

AUTORA BEST SELLER DEL *NEW YORK TIMES*

GAYLE FORMAN

Una fascinante novela
sobre la búsqueda del amor y
el descubrimiento de uno mismo.

Sólo
un
día



de

Título original: *Just One Day*
Gayle Forman, 2013
Traducción: Manuel Manzano
Retoque de cubierta: Edusav

Editor digital: Edusav
ePub base r1.1



Para Tamar: mi hermana, compañera de viaje, amiga, quien, por cierto, se fue y se casó con su holandés.

Todo el mundo es un escenario,
y todos los hombres y mujeres meros actores:
tienen sus salidas y sus entradas;
y un hombre en su tiempo interpreta muchos papeles...

Como gustéis, WILLIAM SHAKESPEARE

Primera parte

UN DÍA

1

Agosto, Stratford-upon-Avon, Inglaterra

¿Y si Shakespeare estaba equivocado?

«Ser o no ser: esa es la cuestión». Tal vez este sea el soliloquio más famoso de *Hamlet*, o puede que de todo Shakespeare. Tuve que memorizar el discurso entero durante el segundo año de instituto, y todavía recuerdo cada palabra. Por aquel entonces no le di mucha importancia. Solo quería recordar bien todas las palabras y sacar la nota más alta. Pero ¿y si Shakespeare —y *Hamlet*— se estaban haciendo la pregunta equivocada? ¿Y si la verdadera cuestión no es ser, sino cómo ser?

La cosa es que no sé si yo me habría planteado esa pregunta —cómo ser— si no fuera por *Hamlet*. Tal vez seguiría siendo la Allyson Healey que era hasta entonces. Haciendo exactamente lo que tenía que hacer, que, en este caso, era ir a ver *Hamlet*.

—Dios mío, qué calor. Pensé que se suponía que no haría este calor en Inglaterra. —Mi amiga Melanie se recogió los cabellos rubios en un moño y con la mano se abanicó el cuello empapado de sudor—. Bueno, ¿a qué hora abren las puertas?

Miro a la señora Foley, que Melanie y prácticamente todo el resto de nuestro grupo ha bautizado como Nuestra Intrépida Líder a sus espaldas. Pero ella está hablando con Todd, uno de los estudiantes de posgrado de Historia, colíder del viaje, y probablemente esté regañándolo por una cosa u otra. ¡En el Tour Adolescente! En el folleto de Cultural Extravaganza que mis padres

me dieron tras mi graduación en la escuela secundaria hace dos meses, los estudiantes de posgrado como Todd eran llamados «asesores históricos» y ¡estaban destinados a reforzar el «valor educativo» del Tour Adolescente! Pero hasta ahora, Todd ha sido mucho más valioso reforzando nuestras resacas, llevándonos a todos a beber casi todas las noches. Estoy seguro de que esta noche va a ser para todos la más salvaje. Después de todo es nuestra última parada, Stratford-upon-Avon, ¡una ciudad llena de cultura! Cosa que parece traducirse en un número desproporcionado de bares con nombres relacionados con las obras de Shakespeare y frecuentado por gente calzada con zapatillas blancas de deporte.

La señora Foley lleva también sus propias zapatillas de deporte, blancas como la nieve, con un par de pantalones vaqueros bien planchados y un polo del Tour Adolescente mientras reprende a Todd. A veces, de noche, cuando todo el mundo ha salido a recorrer la ciudad, me dice que ella debería llamar a la oficina central para hablarles de él. Pero nunca parece decidirse. Creo que en parte es porque cuando lo regaña, él coquetea con ella. Hasta con la señora Foley. Especialmente con la señora Foley.

—Creo que empieza a las siete —le digo a Melanie. Miro mi reloj, otro regalo de graduación, de oro macizo, con una inscripción en el reverso en la que se lee SALGO A VER MUNDO. Tengo la muñeca dolorida y sudada por su enorme peso—. Son las seis y media.

—Caray, los británicos aman hacer filas. O colas. O lo que sea. Deberían aprender de los italianos, que simplemente se amontonan. O tal vez los italianos deberían aprender la lección de los británicos. —Melanie se estira la minifalda hacia abajo (su falda-vendaje, la llama ella) y se ajusta la camiseta de tirantes—. Dios, Roma. Parece que haya pasado un año.

¿Roma? ¿Fue hace seis días? ¿O dieciséis? Toda Europa se ha convertido en un borrón de aeropuertos, autobuses, edificios antiguos y menús a precio fijo en los que sirven pollo bañado en diferentes tipos de salsa. Cuando mis padres me regalaron este viaje como el gran premio de graduación de la escuela secundaria, yo fui un poco reacia a aceptarlo. Pero mamá me había asegurado que había investigado bien. El Tour Adolescente estaba muy bien considerado, destacaba por su componente educativo de alta calidad, así

como porque cuidaban mucho a los estudiantes. Me cuidarían bien. «Nunca estarás sola», me habían prometido mis padres. Y, por supuesto, Melanie también venía.

Y tenían razón. Sé que todo el mundo aborrece a la señora Foley porque no nos quita sus ojos de águila de encima, pero aprecio que siempre haga el recuento de todos, incluso aprecio que desapruebe las excursiones nocturnas a los bares de la zona, aunque la mayoría de nosotros tengamos la edad legal para beber; si bien por aquí no parece que nadie se preocupe por este tipo de cosas.

Yo no voy a los bares. Por lo general vuelvo a la habitación del hotel que comparto con Melanie y me pongo a ver la televisión. Casi siempre ponen películas americanas, el mismo tipo de películas que a menudo Melanie y yo vemos juntas los fines de semana en casa de una o de la otra, con un montón de palomitas de maíz.

—Me estoy asando aquí fuera —gimotea Melanie—. Y solo es media tarde.

Miro hacia arriba. El sol abrasa, y las nubes corren por el cielo. Me gusta lo rápido que van, sin nada que se interponga en su camino. Mirando este cielo puedes saber que Inglaterra es una isla.

—Por lo menos no está lloviendo como cuando llegamos.

—¿Tienes una goma para el pelo? —me pide Melanie—. No, por supuesto que no. Apuesto a que te encanta cómo llevas el pelo ahora.

Me toco la nuca, que todavía noto rara, extrañamente expuesta. El Tour Adolescente había comenzado en Londres, y durante la segunda tarde tuvimos una pocas horas libres para ir de compras, algo que, supongo, puede calificarse cultura. Y entonces Melanie me convenció de que me cortara el cabello. Todo formaba parte de su plan de reinención preuniversitaria que me había explicado otra vez durante el vuelo: «Nadie en la universidad sabrá que éramos autómatas a pilas. Quiero decir, somos demasiado bonitas para ser solo cerebritos, y en la universidad todo el mundo será listo. Así que podemos ser geniales y elegantes a la vez. Ya no serán dos cosas excluyentes entre sí».

Para Melanie, esta reinención aparentemente ha significado reventar el

armario gastándose la mitad de su dinero en una Topshop y cambiarse el nombre, de Melanie a Mel-algo, que soy incapaz de recordar, y no importa la de patadas que me dé por debajo de la mesa cada vez que me equivoco. Para mí, supongo que ha significado el corte de pelo que me ha convencido que me hiciera.

Me he asustado cuando me he visto. He llevado el pelo largo, negro y sin flequillo desde que tengo memoria, y la chica que me miraba desde el espejo de la peluquería no se parecía nada a mí. En ese momento, solo llevaba fuera dos días, pero mi estómago ya tenía un nudo de nostalgia. Yo quería estar de vuelta en casa, en mi habitación, entre mis familiares paredes de color melocotón, mi colección de despertadores antiguos. Me preguntaba cómo me las arreglaría en la universidad si ni siquiera podía soportar eso.

Pero me he acostumbrado al pelo, y la nostalgia ya casi ha desaparecido, y aunque no lo haya hecho, el viaje ya se está acabando.

Mañana, casi todo el mundo cogerá el autobús directo al aeropuerto para volar a casa. Melanie y yo iremos en tren a Londres y pasaremos tres días en casa de su primo. Melanie está hablando de volver a la peluquería donde me han cortado el pelo porque quiere hacerse mechas de color rosa, e iremos a ver *Let It Be* en el West End. El domingo, volaremos a casa, y poco después empieza la universidad. Yo cerca de Boston, Melanie en Nueva York.

—¡Shakespeare gratis!

Levanto la vista. Un grupo de unas doce personas recorre la fila de arriba abajo entregando folletos multicolores, con reflejos de neón. Enseguida queda claro que no son americanos, no llevan brillantes zapatillas blancas de tenis ni pantalones cortos de camuflaje. Todos son increíblemente altos y delgados, y de alguna manera tienen un aspecto diferente. Como si hasta su estructura ósea fuera extranjera.

—Oh, voy a pillar uno de esos. —Melanie extiende su mano pidiendo un folleto y lo utiliza para abanicarse el cuello.

—¿Qué pone? —le pregunto, mirando al grupo. Aquí en el turístico Stratford-upon-Avon destacan como amapolas rojas en un campo verde.

Melanie mira el folleto y arruga la nariz.

—¿Guerrilla Will?

Una chica con el tipo de mechas de color magenta que anhela Melanie se acerca a nosotras.

—Es el Shakespeare para las masas.

Le echo un vistazo al folleto. Reza: GUERRILLA WILL. SHAKESPEARE SIN FRONTERAS. SHAKESPEARE DESATADO. SHAKESPEARE GRATIS. SHAKESPEARE PARA TODOS.

—¿Shakespeare gratis? —lee Melanie.

—Sí —dice la chica del pelo magenta en un inglés con acento—. No hay beneficio capitalista. Como hubiera querido Shakespeare.

—¿No crees que él quisiera realmente vender entradas y ganar dinero con sus obras? —No trato de hacerme la listilla, pero recuerdo que en la película *Shakespeare in Love* él siempre le debía dinero a una u otra persona.

La chica entorna los ojos, y empiezo a sentirme tonta. Miro hacia abajo. Una sombra cae sobre mí, cubriendo momentáneamente el resplandor del sol. Y entonces oigo la risa. Miro hacia arriba. No puedo ver a la persona que está frente a mí porque me encandila el sol de la tarde, todavía brillante. Pero puedo oírla.

—Creo que ella tiene razón —dice—. Ser un artista muerto de hambre quizá no sea tan romántico cuando de verdad estás muerto de hambre.

Parpadeo varias veces y consigo ver que el tipo es alto, tal vez treinta centímetros más alto que yo, y delgado. Su cabello tiene cien tonos de rubio, y sus ojos son de un marrón casi negro de tan oscuro. Tengo que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo, y él inclina su cabeza adelante para mirarme.

—Pero Shakespeare está muerto, no recibe derechos de autor en la tumba. Y nosotros estamos vivos. —Abre los brazos, como si quisiera abrazar el universo—. ¿Qué vais a ver?

—*Hamlet* —digo.

—Ah, *Hamlet*. —Tiene tan poco acento que casi resulta imperceptible—. Creo que en una noche como esta no deberías malgastar el tiempo en tragedias. —Me mira, como si fuera una pregunta. Luego sonrío—. O en interiores. Estamos haciendo *Noche de Reyes*. Fuera. —Me da un folleto.

—Nos lo pensaremos —dice Melanie con su voz tímida.

El hombre levanta un hombro y ladea la cabeza hasta casi tocárselo con la

oreja.

—Como queráis —contesta él, a pesar de que me está mirando a mí. Luego, a paso tranquilo, se reúne con el resto de su grupo.

Melanie lo contempla mientras se aleja.

—Uau, ¿por qué no son ellos los del Tour Adolescente, Cultural Extravaganza? ¡Ese es el tipo de cultura que podría gustarme!

Los veo irse, y siento una sensación extraña en el estómago.

—Yo ya he visto *Hamlet* antes, ya sabes.

Melanie me mira y enarca las cejas, que a fuerza de arrancarse pelos ha convertido en dos líneas delgadísimas.

—Yo también. En la tele, pero aun así...

—Podríamos ir... a ver eso. Quiero decir, sería diferente. Una experiencia cultural, por eso nuestros padres nos apuntaron a este viaje.

Melanie se ríe.

—¡Mírate, vas de mal en peor! Pero ¿qué pasa con Nuestra Intrépida Líder? Parece como si estuviera preparándose para uno de sus recuentos.

—Vale, creo que el calor te está afectando de verdad... —empiezo.

Melanie me mira durante unos segundos, y entonces algo hace *clic*. Se relame los labios, sonrío y luego bizquea.

—Oh, sí. Me ha dado un golpe de calor. —Se vuelve hacia Paula, que es de Maine y está leyendo cuidadosamente una guía de viajes Fodor—. Paula, estoy muy mareada.

—Hace mucho calor —dice Paula, asintiendo con simpatía—. Deberías hidratarte.

—Creo que me voy a desmayar o algo así. Veo puntos negros.

—No sigas —le susurro.

—Es bueno reunir las pruebas necesarias —me dice Melanie disfrutando del momento—. Oh, creo que me voy a desmayar —añade en voz alta.

—Señora Foley —llamo.

La señora Foley levanta la vista de la hoja que contiene la lista de nuestros nombres. Se acerca, con el rostro lleno de preocupación; me siento mal por mentir.

—Creo que a Melanie, quiero decir, a Mel, le ha dado un golpe de calor.

—Pobrecita, ¿te encuentras mal? Ahora ya no falta mucho para que abran. Y el interior del teatro es encantador y muy fresco. —La señora Foley habla en un extraño híbrido entre inglés británico y americano del Medio Oeste del que todo el mundo se burla porque creen que es pretencioso. Pero creo que es simplemente porque es de Michigan y pasa mucho tiempo en Europa.

—Creo que voy a potar —dice Melanie manteniéndose en sus trece—. No me gustaría hacerlo en el interior del teatro Swan.

El ceño fruncido de la señora Foley denota disgusto, aunque no puedo decir si es por la idea de Melanie vomitando en el interior del Swan o por el uso de la palabra «potar» tan cerca de la Royal Shakespeare Company.

—Oh, querida. Será mejor que te acompañe de regreso al hotel.

—Puedo acompañarla yo —digo.

—¿En serio? Oh, no. No puedes. Debes ver *Hamlet*.

—No, está bien. Yo la llevaré.

—¡No! Llevarla es responsabilidad mía. No debería cargarte a ti con el problema. —En su expresión tensa advierto la discusión que está manteniendo consigo misma.

—No se preocupe, señora Foley. Ya he visto *Hamlet* antes, y el hotel está justo al otro lado de la plaza.

—¿En serio? Oh, eso sería maravilloso. ¿Creerías que en todos los años que llevo haciendo esto, nunca he visto el *Hamlet* de Shakespeare interpretado por la Royal Shakespeare Company?

Melanie emite un leve gemido para añadir efecto dramático. Yo le doy un codazo disimulado. Sonrío a la señora Foley.

—Bueno, entonces, definitivamente hoy no puede perderse.

Ella asiente con la cabeza con solemnidad, como si estuviéramos hablando de asuntos muy importantes, el orden de sucesión al trono o algo así. Luego me coge la mano.

—Ha sido un placer viajar contigo, Allyson. Te echaré de menos. Si hubiera más gente joven como tú... Eres una... —Hace una pausa, buscando la palabra exacta—. Una buena chica.

—Gracias —digo mecánicamente. Pero su elogio me deja vacía. No sé si

es porque es lo más bonito que se le ha ocurrido decir sobre mí, o porque no estoy siendo una niña tan buena.

—Buena chica, mi culo. —Melanie se ríe una vez que ya hemos dejado atrás la cola y puede dejar de aparentar que se desmaya.

—Cállate. No me gusta fingir.

—Bueno, pues eres muy buena haciéndolo. Si me lo preguntaras, te diría que tienes por delante una carrera prometedora en el mundo de la actuación.

—Pues no voy a preguntártelo. Ahora, ¿dónde está ese sitio? —Miro el folleto—. ¿El Canal Basin? ¿Qué es eso?

Melanie saca su teléfono, que a diferencia del mío funciona en Europa. Abre la aplicación de los mapas.

—Es una especie de amarradero en el canal.

A los pocos minutos llegamos a un muelle. Parece carnaval, la zona está llena de gente merodeando. Hay barcas amarradas en la orilla, embarcaciones en las que se vende de todo, desde helados hasta pinturas. Lo que no hay es ningún tipo de teatro. O escenario. O sillas. O actores. Miro el folleto de nuevo.

—¿Tal vez sea en el puente? —pregunta Melanie.

Caminamos de nuevo hacia el puente medieval, pero solo hay más de lo mismo: turistas como nosotras dando vueltas en la noche calurosa.

—¿Ha dicho que era esta noche? —pregunta Melanie.

Pienso en el chico, en sus ojos tan imposiblemente oscuros, diciendo específicamente que esta noche es demasiado bonita para malgastarla en tragedias. Pero cuando miro a mi alrededor está claro que no hay ninguna obra de teatro. Probablemente ha sido una especie de broma al turista estúpido.

—Vamos a tomar un helado, así la noche no será un siniestro total —digo.

Estamos haciendo cola para el helado cuando oímos el tañido de unas guitarras acústicas y el reverberar de los golpes de unos bongós. Presto atención, conecto el sónar. Me subo a un banco cercano para mirar alrededor. Ningún escenario ha aparecido por arte de magia, sino que lo que acaba de materializarse es una multitud, bastante grande, debajo de un grupo de

árboles.

—Creo que está empezando —le digo a Melanie cogiéndola de la mano.

—Pero el helado... —se queja.

—Después —digo tirando de ella hacia la multitud.

—*Si la música es el alimento del amor, tocad.*

El tipo en el papel del Duque Orsino no se parece en nada a ningún actor shakespeariano que haya visto nunca, excepto tal vez en la versión cinematográfica de *Romeo y Julieta* con Leonardo DiCaprio. Es alto, negro, lleva rastas, y va vestido como una estrella del glam-rock, con pantalones ajustados de plástico, zapatos puntiagudos y una especie de camiseta de malla desgarrada que le deja el pecho al descubierto.

—Oh, así que hemos tomado la decisión correcta —me susurra Melanie al oído.

Mientras Orsino declama su monólogo de apertura arropado por los sonidos de las guitarras y de los bongós, un escalofrío me recorre la columna vertebral.

Vemos el primer acto completo, persiguiendo a los actores a lo largo de la orilla. Cuando se mueven, nos movemos, detalle que nos hace sentir como si formáramos parte de la obra. Y tal vez eso es lo que la hace tan diferente. Porque he visto a Shakespeare antes. En representaciones escolares y en un par de obras en el teatro Shakespeare de Filadelfia. Pero siempre me dio la impresión de estar escuchando algo en un idioma extranjero que no conocía muy bien. Tenía que obligarme a prestar atención, y me pasaba la mitad del tiempo releendo el programa de mano una y otra vez, como si así fuera a comprenderlo todo mejor.

Pero en esta ocasión, algo vuelve a hacer *clic*. Es como si mis oídos se hubieran sintonizado a ese idioma extraño y acabo completamente absorbida por la historia, del mismo modo que cuando estoy viendo una película, es decir, estoy sintiendo la obra. Cuando Orsino suspira y languidece por la gélida Olivia, siento una punzada en el estómago por todas las veces que he machacado a los chicos para los que era invisible. Y cuando Viola llora a su hermano, siento su soledad. Y cuando ella se enamora de Orsino, que cree que es un hombre, es realmente divertido y conmovedor.

«Él» no aparece hasta el segundo acto. Interpreta a Sebastian, el hermano gemelo de Viola, dado por muerto. Lo cual tiene cierto sentido, porque para cuando él llega, estoy empezando a pensar que en realidad nunca ha existido, que simplemente ha sido fruto de mi imaginación.

Mientras corre por la hierba perseguido por el siempre leal Antonio, nosotras corremos detrás de ambos. Al cabo de un rato, me armo de valor.

—Acerquémonos más —le digo a Melanie. Ella me coge de la mano y nos dirigimos a la parte delantera de la multitud, donde Feste, payaso y sirviente de Olivia, se acerca a Sebastian y ambos discuten, antes de que Sebastian lo eche. Pero justo antes de que lo haga, Sebastian parece cruzar su mirada con la mía durante medio segundo.

A medida que el calor del día se desvanece con el crepúsculo y me empapo profundamente del ilusorio mundo de Illyria, empiezo a sentirme como si hubiera entrado en el extraño espacio de otro mundo, donde todo puede suceder, donde las identidades se pueden intercambiar como si fueran zapatos. Donde los pensamientos muertos reviven. Donde todo el mundo tiene su «y fueron felices para siempre». Reconozco que es un poco cursi, pero el aire es suave y cálido, y los árboles son frondosos, y los grillos cantan, y parece que, por una vez, a lo mejor sucede.

Pero la obra termina demasiado pronto. Sebastian y Viola están juntos. Viola se acerca a Orsino como es en realidad, una chica, y, claro, ahora él quiere casarse con ella. Y Olivia se da cuenta de que Sebastian no es la persona con quien pensaba casarse, pero no le importa, lo ama de todos modos. Los músicos tocan otra vez mientras el payaso declama su soliloquio final. Y entonces salen los actores y hacen sus reverencias al público, cada uno haciendo de paso alguna tontería. Uno da una voltereta. Otro toca una guitarra invisible. Cuando Sebastian hace su reverencia, pasa la mirada por todo el público y cuando me ve se detiene en seco. Muestra una media sonrisa divertida, se saca del bolsillo una de las monedas de atrezo y me la lanza. Está bastante oscuro y la moneda es pequeña, pero la atrapo en el aire, y la gente me aplaude a mí también.

Con la moneda en la mano, me pongo a aplaudir. Aplaudo hasta que me pican las manos. Aplaudo como si al hacerlo pudiera prolongar la noche,

podiera transformar la *Noche de reyes* en *La noche eterna*. Aplaudo para aferrarme a ese sentimiento. Aplaudo porque sé lo que va a pasar cuando me detenga. Es lo mismo que sucede cuando acabo de ver una película muy buena, una en la que me haya metido hasta el fondo, y es que vuelvo a mi propia realidad y se me forma un hueco en el pecho. A veces, veo una película de nuevo solo para recuperar esa sensación de estar dentro de algo real. Cosa que, lo sé, no tiene ningún sentido.

Pero esta noche no hay un segundo pase. La multitud se dispersa, los actores desaparecen. Los únicos miembros de la compañía que quedan son un par de músicos que pasan el sombrero entre la gente. Meto la mano en mi cartera y saco un billete de diez libras.

Melanie y yo estamos de pie, juntas, ambas en silencio.

—Uau —dice ella.

—Sí. Uau —repito yo.

—Esto ha estado genial. Y yo odio a Shakespeare.

Asiento con la cabeza.

—¿Y he sido yo, o ha sido ese tío buenorro del escenario, el que hacía de Sebastian, que nos ha hecho un buen repaso a las dos?

¿A las dos? Pero si me tiró la moneda a mí. ¿O simplemente fui yo quien la cazó al vuelo? ¿Y si en realidad se había fijado en Melanie, con su pelo rubio y su camiseta de tirantes? Mel 2.0, como se hace llamar, mucho más atractiva que Allyson 1.0.

—Yo no sabría decírtelo —admito.

—¡Y nos lanzó la moneda! Buena captura, por cierto. Tal vez deberíamos ir a buscarlos. Pasar un rato con ellos o algo así.

—Se han ido.

—Sí, pero esos chicos todavía están aquí. —Hace un gesto a los chicos que están pidiendo dinero—. Podríamos preguntarles adónde se han ido.

Niego con la cabeza.

—Dudo que quieran pasar el rato con un par de estúpidas adolescentes americanas.

—No somos estúpidas, y la mayoría de ellos no parecían mucho mayores precisamente.

—No. Y, además, la señora Foley podría comprobar si estamos en el hotel. Deberíamos volver a la habitación.

Melanie entorna los ojos.

—¿Por qué siempre haces eso?

—¿El qué?

—Decir que no a todo. Es como si tuvieras aversión a la aventura.

—No siempre digo que no.

—Nueve de cada diez veces. Estamos a punto de empezar la universidad. Vamos a vivir un poco.

—Vivo un montón —le suelto—. Y además, antes nunca te molestaba.

Melanie y yo hemos sido las mejores amigas desde que su familia se trasladó a dos casas más allá de la nuestra el verano anterior a segundo grado. Desde entonces lo hemos hecho todo juntas: hemos perdido los dientes al mismo tiempo, nos vino la regla al mismo tiempo, e incluso nuestros novios llegaron en tándem. Empecé a salir con Evan unas semanas después de que ella comenzara a salir con Alex (que era el mejor amigo de Evan), a pesar de que ella y Alex se separaron en enero y que Evan y yo no lo hicimos hasta abril.

Hemos pasado mucho tiempo juntas, casi tenemos un código secreto de bromas y miradas. Hemos discutido mucho, por supuesto. Las dos somos hijas únicas, así que a veces somos como hermanas. En una ocasión incluso rompimos una lámpara en una pelea. Pero nunca antes había sido así. Ni siquiera estoy segura de qué es lo que pasa, solo que desde que empezamos el viaje, estar con Melanie me hace sentir que estoy perdiendo una carrera que ni siquiera sabía que había empezado.

—He venido aquí esta noche —le digo a la defensiva—. Le mentí a la señora Foley para que pudiéramos venir.

—¿Y? ¡Y nos hemos divertido mucho! Así que ¿por qué no seguimos disfrutando un poco?

Niego con la cabeza.

Rebusca en el bolso, saca el teléfono y estudia los menús.

—*Hamlet* también se ha acabado. Craig dice que Todd ha llevado al grupo a un pub llamado El Pato Sucio. Me gusta cómo suena. Ven con

nosotros. Será un desmadre.

La cosa es que salí con Melanie y con los demás una vez, después de una semana de viaje. Para entonces, ellos ya habían salido un par de veces. Y a pesar de que Melanie conocía a estos chicos desde hacía solo una semana — el mismo tiempo que yo—, hacía un montón de bromas con ellos, chistes que no entendía. Aquella vez me senté a la mesa llena de gente, con una copa en la mano, sintiéndome como la chica con mala suerte que ha tenido que comenzar en una nueva escuela a mitad de curso.

Miro el reloj, que se desliza por mi muñeca hasta casi el antebrazo. Lo empujo hacia abajo hasta que me tapa una fea mancha roja de nacimiento en medio de la muñeca.

—Son casi las once y mañana tenemos que levantarnos temprano para coger el tren. Así que, si no te importa, me llevo mi aversión a la aventura de vuelta a la habitación. —Mi voz suena tan irascible como la de mi madre.

—Está bien. Te acompaño y luego me voy al pub.

—¿Y si la señora Foley viene a comprobar si estamos?

Melanie se ríe.

—Dile que me ha dado un golpe de calor. Y que ya me encuentro bien. —Empieza a ascender por la cuesta en dirección al puente—. ¿Qué? ¿Estás esperando algo?

Miro hacia atrás, hacia el agua, las barcazas, ahora vacías en medio de la noche. Los basureros están en plena faena. El día se acaba, no va a volver.

—No, no espero nada.

2

NUESTRO tren a Londres sale a las ocho y quince. La idea de Melanie es que tendremos un montón de tiempo para ir de compras. Pero cuando a las seis la alarma del reloj empieza a sonar, Melanie mete la cabeza debajo de la almohada.

—Cojamos el siguiente tren —gimotea.

—No. Ya está todo arreglado. Puedes dormir en el tren. Además, te comprometiste a estar abajo a las seis y media para despedirte de todo el mundo.

Y yo le había prometido a la señora Foley que me despediría de ella.

No hago caso de las excusas de Melanie, la arrastro fuera de la cama y la meto debajo de la ducha. Le preparo un poco de café instantáneo y hago una llamada rápida a mi madre, que se ha quedado despierta hasta la una de la mañana, hora de Pennsylvania, para poder hablar conmigo. A las seis y media bajamos penosamente las escaleras. La señora Foley, vestida como de costumbre con sus vaqueros y su polo del Tour Adolescente, le estrecha la mano a Melanie. Y después me abraza con fuerza, me da su tarjeta de visita, y me dice que no dude en llamarla si necesito algo mientras esté en Londres. Su próximo tour empieza el domingo, y se quedará allí hasta entonces. Después me dice que ha pedido un taxi para las siete y media que nos llevará a Melanie y a mí a la estación, nos pregunta una vez más si tenemos en Londres a alguien con quien quedarnos (sí, lo tenemos), me dice de nuevo que soy una buena chica... y me advierte que tenga cuidado con los carteristas del metro.

Dejo que Melanie se vuelva a la cama durante media hora más, lo que significa que tiene que saltarse su sesión diaria de maquillaje, y a las siete y media nos metemos en el taxi que está esperándonos. Cuando llega el tren, arrastro nuestras maletas adentro y encuentro un par de asientos vacíos. Melanie se desploma en el lado de la ventana.

—Despiértame cuando lleguemos a Londres.

La miro durante un segundo, pero ella ya se ha acurrucado contra la ventana y cerrado los ojos. Suspiro y dejo su bolso junto a sus pies y pongo mi chaqueta en el asiento contiguo para desalentar a ladrones o viejos verdes. Después me dirijo hacia el vagón de la cafetería. Me he perdido el desayuno del hotel y ahora me gruñe el estómago y mis sienes empiezan a palpitar anunciando el habitual dolor de cabeza que me provoca el hambre.

A pesar de que Europa es la tierra de los trenes, durante el viaje aún no hemos cogido ninguno, solo aviones para las distancias largas y autobuses para llevarnos a todas partes. Mientras camino por los vagones, las puertas automáticas se abren con su agradable silbido y el tren se balancea suavemente bajo mis pies. Fuera, los campos verdes se deslizan rápidamente.

En el vagón de la cafetería examino las tristes ofrendas existentes y termino pidiendo un sándwich de queso, té y patatas fritas con sal y vinagre de las que me he convertido en adicta. Compró una lata de Coca-Cola para Melanie. Pongo la comida en una bandeja de cartón y empiezo a volver a mi asiento cuando una de las mesas al lado de la ventana queda libre. Por un segundo dudo. Debería volver con Melanie. Por otra parte, está dormida, a ella no le va a importar, así que me siento a la mesa y miro por la ventana. El paisaje es típicamente inglés, todo verde, y ordenado y repartido entre filas de setos, con ovejas mullidas como nubes que reflejan las siempre presentes en el cielo.

—Es un desayuno muy raro.

Esa voz. Después de escucharla anoche durante cuatro actos seguidos, la reconozco de inmediato.

Levanto la vista, y él está ahí, con una especie de media sonrisa perezosa en los labios que le hace parecer como si se acabara de despertar.

—¿Raro? ¿Por qué? —pregunto. Debería estar sorprendida pero, de

alguna manera, no lo estoy. Tengo que morderme el labio inferior para no sonreír. Pero él no responde. Se va hasta la barra y pide un café. Luego hace un gesto con la cabeza hacia mi mesa. Asiento.

—En muchos sentidos —dice, sentándose frente a mí—. Es como un expatriado con *jet lag*.

Miro el sándwich, el té, las patatas fritas.

—¿Esto es un expatriado con *jet lag*? ¿Cómo has deducido eso de esto?

Él sopla el café.

—Fácil. Por un lado, ni siquiera son las nueve de la mañana. Así que el té tiene sentido. Pero el sándwich y las patatas fritas... Son alimentos propios del almuerzo. Ni siquiera voy a decir nada de la Coca-Cola. —Le da un golpecito a la lata—. Mira, los tiempos están mezclados. El desayuno tiene *jet lag*.

No puedo evitar reírme.

—Los donuts parecían repugnantes. —Señalo el mostrador.

—Definitivamente. Por eso traigo mi propio desayuno. —Mete la mano en su bolsa y empieza a desenvolver algo de un trozo arrugado de papel encerado.

—Espera, eso también se parece sospechosamente a un sándwich —le digo.

—No lo es, de verdad. Es pan y *hagelslag*.

—¿Hage... qué?

—*Hagelslag*. —Me enseña el sándwich. En el interior hay mantequilla y lo que parece chocolate espolvoreado.

—¿Y llamas raro mi desayuno? Tú te estás comiendo el postre para desayunar.

—En Holanda, este es el desayuno. Muy típico. Eso o *uitsmijter*, que es básicamente huevos fritos con jamón.

—Eso no entra en el examen, ¿verdad? Porque ni siquiera puedo empezar a tratar de pronunciarlo.

—*Out. Smy. Ter*. Podemos practicarlo más adelante. Pero eso me lleva a mi segundo punto. El desayuno es como un expatriado. Y, adelante, come. Puedo hablar mientras comes.

—Gracias. Me alegro de que seas multitarea —le digo. Entonces me río. Y todo es muy extraño, porque está pasando con mucha naturalidad. Creo que en realidad estoy coqueteando, y durante el desayuno. Acerca del desayuno—. ¿Qué quieres decir con eso de expatriado?

—Alguien que vive fuera de su país natal. Ya sabes, tienes un sándwich. Muy americano. Y té, muy inglés. Pero también tienes patatas fritas o *chips*, o como quiera que se llamen, y podrían ser de cualquier sabor, pero tienen sal y vinagre, que también es muy inglés, pero te las estás comiendo en el desayuno, y también parece muy norteamericano... Coca-Cola para el desayuno. Coca-Cola y patatas fritas, ¿eso es lo que comes para el desayuno en Estados Unidos?

—¿Cómo sabes siquiera que soy de Estados Unidos? —le reto.

—¿Aparte del hecho de que estabas en el grupo de viaje de los estadounidenses y de que hablas con acento estadounidense? —Toma un bocado de su sándwich y bebe otro sorbo de café.

Vuelvo a morderme el labio inferior para no sonreír.

—Así es. Aparte de eso.

—Esas eran las únicas pistas, de verdad. En realidad no pareces tan americana.

—¿En serio? —Abro la bolsa de patatas fritas, y un fuerte olor a vinagre artificial impregna el aire. Le ofrezco una. Él rehúsa y le da un mordisco a su sándwich—. ¿Cómo son las americanas?

Se encoge de hombros.

—Rubias —dice—. Grandes... —Imita unas tetas con las manos—. Rasgos suaves. —Agita las manos delante de su cara—. Guapas. Igual que tu amiga...

—¿Y yo no soy así? —No sé por qué me molesto en preguntarlo. Sé qué aspecto tengo. Pelo oscuro. Ojos oscuros. Rasgos afilados. No tengo curvas, no hay mucho de lo que vanagloriarse en el aspecto tetas. De pronto se me ocurre algo. ¿Me está dando ceba solo para poder acercarse a Melanie?

—No. —Me mira con esos ojos suyos. Ayer me habían parecido muy oscuros, pero ahora que estoy cerca puedo ver que hay todo tipo de colores en ellos, gris, marrón, incluso un dorado que brilla en la oscuridad—. ¿Sabes a

quién te pareces? A Louise Brooks.

Lo miro sin comprender.

—¿No la conoces? —añade—. ¿La estrella del cine mudo?

Niego con la cabeza. El cine mudo nunca me ha llamado la atención.

—Era una gran estrella de los años veinte. Estadounidense. Una actriz increíble.

—Y no era rubia. —Intento que suene como una broma, pero no lo es.

Da otro mordisco a su sándwich. Unos granitos de chocolate espolvoreado se le pegan en la comisura de los labios.

—Tenemos un montón de rubias en Holanda. Veo a un rubio cuando me miro en el espejo. Louise Brooks era oscura. Tenía unos increíbles ojos tristes y rasgos muy definidos y el mismo pelo que tú. —Se toca su propio cabello, tan despeinado como anoche—. Te pareces mucho a ella. Debería llamarte Louise.

Louise. Me gusta.

—No, Louise no. Lulu. La llamaban así.

Lulu. Aún me gusta más.

Extiende la mano.

—Hola, Lulu, soy Willem.

Su mano está caliente, y estrecha la mía con firmeza.

—Encantado de conocerte, Willem. Aunque podría llamarte Sebastian si es que estamos adoptando nuevas identidades.

Cuando se ríe, pequeñas arrugas florecen alrededor de sus ojos.

—No. Prefiero Willem. Sebastian es más bien... ¿cuál es la palabra?... pasivo, si lo piensas bien. Se casa con Olivia, cuando en realidad quiere estar con su hermana. Eso pasa mucho con Shakespeare. Las mujeres van tras lo que quieren; los hombres terminan embaucados.

—No sé. Me alegré cuando anoche todo el mundo tuvo su final feliz.

—Oh, es un bonito cuento de hadas, pero no es más que eso. Un cuento de hadas. Creo que Shakespeare les da a sus personajes cómicos finales felices porque en cambio en sus tragedias es muy cruel. Es decir, *Hamlet*. O *Romeo y Julieta*. Son casi sádicas. —Sacude con la cabeza—. Sebastian está bien, solo que en realidad no es capaz de evitar su propio destino.

Shakespeare le otorga ese privilegio a Viola.

—¿Así que tú eres responsable de tu propio destino? —pregunto. Y de nuevo me escucho y no lo puedo creer. Cuando era pequeña, solía ir a la pista de patinaje sobre hielo. En mi mente siempre sentía que podía girar y saltar, pero cuando salía al hielo, apenas podía mantener rectos los patines. Y al hacerme mayor, me pasa lo mismo con la gente: en mi mente soy audaz y directa, pero lo que siempre me sale parece ser dócil y educado. Incluso con Evan, mi novio durante el último curso y medio, nunca he conseguido ser la persona que patina, girando y saltando, que sospechaba que podría ser. Sin embargo, hoy, al parecer, al menos puedo patinar.

—Oh, no, en absoluto. Voy donde el viento me lleva. —Hace una pausa para considerar eso—. Tal vez esa sea una buena razón para representar a Sebastian.

—Entonces, ahora ¿adónde te lleva el viento? —pregunto, esperando que se baje en Londres.

—Desde Londres cogeré otro tren de regreso a Holanda. Anoche fue el final de la temporada para mí.

Me desinflo.

—Oh.

—No te has comido el sándwich. Ten cuidado, aquí les ponen mantequilla a los sándwiches de queso. Bueno, margarina, creo.

—Lo sé. —Quito los tristes tomates marchitos y parte del exceso de mantequilla o margarina con la servilleta.

—Estaría mejor con mayonesa —dice Willem.

—Eso si hubiera pavo en el sándwich.

—No, el de queso y mayonesa es muy bueno.

—Pues suena asqueroso.

—Solo si nunca has probado la mayonesa apropiada. He oído hablar que la que tenéis en Estados Unidos no es del tipo apropiado.

Me río tan fuerte que el té se me sube por la nariz.

—¿Qué? —pregunta Willem—. ¿Qué?

—El tipo apropiado de mayonesa —digo entre carcajadas—. Suena a como si hubiera una mayonesa/chica mala, cachonda y ladrona, y una

mayonesa/niña buena, bien educada y que cruza las piernas, y que mi problema sea que nunca me hayan presentado a la apropiada.

—Eso es exactamente correcto —dice. Y entonces también empieza a reírse.

Los dos estamos muertos de risa cuando Melanie avanza con dificultad a lo largo del vagón de la cafetería, llevando sus cosas, además de mi suéter.

—No podía encontrarte —dice malhumorada.

—Me dijiste que te despertara en Londres. —Miro por la ventanilla. La campiña inglesa ha dado paso a las afueras feas y grises de la ciudad.

Melanie mira a Willem y abre los ojos como platos.

—No naufragaste, después de todo —le dice.

—No —responde él, pero sigue mirándome a mí—. No te enfades con Lulu. La culpa es mía. La he retenido aquí.

—¿Lulu?

—Sí, abreviatura de Louise. Es mi nuevo álgter ego, Mel. —La miro, mis ojos le imploran que no me delate. Me está gustando ser Lulu. Y de momento no estoy dispuesta a renunciar a ella.

Melanie se frota los ojos, aún está medio dormida. Luego se encoge de hombros y se desploma en el asiento junto a Willem.

—Está bien. Sé quien quieras. Me gustaría ser alguien con una cabeza nueva.

—Es nueva en esto de la resaca —le digo a Willem.

—Cállate —suelta Melanie.

—¿Qué, quieres decir que te levantas así muy a menudo?

—¿Y tú, es que hoy te has levantado siendo la chica sexy?

—Toma. —Willem mete la mano en su mochila, saca un pequeño recipiente blanco y le da a Melanie un par de bolitas blancas—. Ponte esto debajo de la lengua hasta que se disuelva. Enseguida te sentirás mejor.

—¿Qué es esto? —pregunta con recelo.

—Es a base de hierbas.

—¿Estás seguro de que no es una de esas drogas para violar?

—Claro. Porque quiere que pierdas el conocimiento en el tren —le digo.

Willem le enseña la etiqueta a Melanie.

—Mi madre es médico naturópata. Las usa para los dolores de cabeza. No creo que quiera violarme.

—Eh, mi padre también es médico —digo. Aunque es lo opuesto a un naturópata. Es neumólogo, y defiende la medicina occidental hasta el final.

Melanie mira las píldoras durante un segundo antes de metérselas por fin debajo de la lengua. Cuando diez minutos más tarde el tren resopla en la estación, su dolor de cabeza se ha disipado bastante.

Por una especie de acuerdo tácito, bajamos del tren los tres juntos: Melanie y yo con nuestras repletas maletas con ruedas, Willem con su mochila compacta. Avanzamos por el andén bajo el alto sol del verano y luego por el relativo fresco de la estación de Marylebone.

—Veronica me ha enviado un mensaje diciendo que se retrasará —anuncia Melanie—. Dice que la esperemos en el WHSmith. Sea eso lo que sea.

—Es una librería —dice Willem señalando el extremo opuesto de la estación.

La estación es bonita, de ladrillo rojo, pero me llevo una decepción cuando compruebo que no es uno de esos magníficos lugares llenos de paneles que muestran los destinos en esas tablas que van rodando sobre sí mismas y cayendo una encima de la otra con estrépito. En cambio, solo hay una pantalla de información de salidas. Me acerco a echar un vistazo. Los destinos que muestra son lejanos y exóticos: lugares como High Wycombe y Banbury, que por todo lo que sé podrían ser muy bonitos. Es algo tonto, realmente. Acabo de terminar un tour por las grandes ciudades europeas, Roma, Florencia, Praga, Viena, Budapest, Berlín, Edimburgo, y ahora estoy en Londres de nuevo, y durante la mayor parte del viaje he estado contando los días hasta que volvamos a casa. No sé por qué ahora de repente tiene que llegarme la pasión por los viajes.

—¿Qué te pasa? —me pregunta Melanie.

—Oh, nada, solo que me esperaba unos de esos enormes paneles de salida, como los que hay en algunos aeropuertos.

—La Estación Central de Ámsterdam tiene uno de esos —dice Willem—. Me gusta quedarme de pie frente a él, imaginarme que puedo elegir ir al lugar

que quiera.

—¡Exactamente!

—¿Qué pasa? —pregunta Melanie mirando los monitores de televisión—. ¿No te gusta la idea de Bicester?

—No es tan emocionante como París —digo.

—Oh, vamos. No te estarás deprimiendo por eso, ¿no? —Melanie se vuelve hacia Willem—. Se suponía que después de Roma iríamos a París, pero los controladores aéreos se declararon en huelga y se cancelaron todos los vuelos, y estaba demasiado lejos para ir en autobús. Ella todavía está triste por eso.

—En Francia siempre están en huelga por algo —dice Willem, asintiendo con la cabeza.

—Sustituyeron París por Budapest —digo—. Y me gustó Budapest, pero no puedo creer que estuviéramos tan cerca de París y no pudiéramos ir.

Willem me mira fijamente. Se enrosca la tira de su mochila alrededor del dedo.

—Pues ve —dice.

—¿Adónde?

—A París.

—No puedo. Fue cancelado.

—Ve ahora.

—El viaje ha terminado. Y de todos modos, probablemente aún estén en huelga.

—Puedes ir en tren. Solo se tarda dos horas de Londres a París. —Mira el gran reloj de la pared—. Podrías estar en París a mediodía. Y allí los sándwiches son mucho mejores, por cierto.

—Pero, pero... yo no hablo francés. No tengo una guía de viaje. Ni siquiera tengo dinero francés. Ellos usan euros, ¿no? —Le doy todas esas razones como si fueran de verdad los motivos por los que no puedo ir, cuando en realidad Willem también podría estar sugiriéndome que me subiera a un cohete hacia la luna. Sé que Europa es pequeña y algunas personas hacen cosas como esa. Pero yo no.

Él sigue mirándome, con la cabeza ligeramente ladeada.

—No iba a funcionar —concluyo—. No conozco París en absoluto.

Willem mira el reloj de la pared. Y luego, de repente, se vuelve hacia mí.

—Yo conozco París.

Mi corazón empieza a latir ridículamente rápido, pero mi mente sigue chillándome todas las razones por las que esto no va a funcionar.

—No sé si tengo suficiente dinero. ¿Cuánto cuesta el billete? —Meto la mano en mi bolso para contar el dinero que me queda. Tengo algunas libras para pasar el fin de semana, una tarjeta de crédito para imprevistos, y un billete de cien dólares que mamá me dio para emergencias si la tarjeta de crédito no funcionaba. Pero esta no es una situación de emergencia. Y el uso de la tarjeta alertaría a mis padres.

Willem se mete la mano en el bolsillo, saca un puñado con el que envuelve dinero extranjero.

—No te preocupes por eso. Ha sido un buen verano.

Me quedo mirando los billetes en su mano. ¿De verdad que va a hacer eso? ¿Llevarme a París? ¿Por qué haría una cosa así?

—Tenemos entradas para ir a ver *Let It Be* mañana por la noche —dice Melanie, asumiendo la voz de la razón—. Y nos vamos el domingo. Y tu madre se asustaría. En serio, te mataría.

Miro a Willem, pero se encoge de hombros, como si no pudiera negar esa verdad.

Y estoy a punto de echarme atrás, de darle las gracias por el ofrecimiento pero no, y entonces es como si Lulu tomara las riendas, porque me dirijo a Melanie y le digo:

—No puede matarme si no se entera.

—¿Tu madre? Se enterará —dice Melanie en tono de burla.

—No si me cubres las espaldas.

Melanie no abre la boca.

—Por favor. Yo te he cubierto a ti las espaldas un montón de veces durante el viaje.

Melanie suspira dramáticamente.

—Pero lo hiciste en un pub. No en un país totalmente diferente.

—¡Pero si siempre me criticas precisamente por no hacer cosas así!

La he pillado. Cambia de actitud.

—¿Cómo se supone que voy a cubrirte cuando me llame por teléfono y me diga que te pongas? ¿Qué hago entonces? Porque sabes que lo hará.

Mamá se había puesto muy furiosa porque mi teléfono móvil no funcionaba aquí. Nos habían dicho que lo haría, y cuando no lo hizo, llamó a la compañía echa un manojito de nervios, pero al parecer no había nada que hacer, algo acerca de que el ancho de banda no era el correcto. En realidad, al final no importó. Tenía una copia de nuestro itinerario y podía llamarme a las habitaciones de los hoteles, y cuando no daba conmigo directamente, me llamaba al teléfono de Melanie.

—Podrías apagar el teléfono, para que ella dejara mensajes en el contestador automático —le sugiero. Miro a Willem, que todavía tiene el puñado de dinero en la mano, a punto de que se le caiga—. ¿Estás seguro de esto? —le digo—. Pensé que ibas a volver a Holanda.

—Yo también lo pensaba. Pero quizás el viento me lleva en una dirección diferente.

Me vuelvo hacia Melanie. Ahora Willem la mira a ella. Melanie entrecierra sus ojos verdes y le mantiene la mirada a Willem.

—Si violas o asesinas a mi amiga, te mataré.

Willem chasquea la lengua.

—Los estadounidenses sois demasiado violentos... Soy holandés. Lo peor que voy a hacerle es ayudarla a montar en una bicicleta.

—¡Después de drogarla! —apunta Melanie.

—Está bien, puede que sí —admite Willem. Entonces él me mira, y siento una extraña oleada de calor en el pecho. ¿Realmente voy a hacerlo?

—Así qué, ¿Lulu? ¿Qué me dices? ¿Quieres ir a París? ¿Durante un solo día?

Es una completa locura. Ni siquiera lo conozco. Y podría quedarme atrapada en París. ¿Y cuánto de París se puede ver en un solo día? Y todo esto podría ir desastrosamente mal en muchos aspectos. Todo eso es cierto. Y sé lo que es. Pero eso no cambia el hecho de que quiero ir.

Así que esta vez, en lugar de decir que no, intento algo diferente.

Respondo que sí.

3

EL Eurostar es un tren amarillo con el morro chato y salpicado de barro, y con las prisas para subirnos a él acabo sin aliento y empapada en sudor. Desde que nos hemos despedido de Melanie y hemos hecho los planes para dónde reunirnos mañana, Willem y yo no hemos parado de correr. Fuera de Marylebone. Por las atestadas calles de Londres y en el metro, donde he lidiado una especie de duelo con las puertas, que se han negado a abrirse tres veces, y luego finalmente lo han hecho, pero justo antes de cerrarse golpeando mi maleta del Tour Adolescente, que ha salido volando por debajo de la máquina expendedora de billetes.

—Supongo que ahora ya soy una verdadera sinvergüenza —he bromeado con Willem.

En la cavernosa estación de Saint Pancras, Willem ha revisado los paneles de las salidas antes de empezar a embaucar con todo su encanto a la azafata del mostrador de billetes de Eurostar, a la que ha convencido para que le cambiara su billete a casa por uno a París, y luego ha usado sus libras para pagar el mío. Entonces, a toda prisa, hemos enseñado nuestros documentos y cumplido el proceso previo al embarque. Por un segundo, me ha preocupado que Willem viera mi pasaporte, que no pertenece a Lulu tanto como a Allyson; y no solo a Allyson, sino a una Allyson de quince años y con acné. Pero no se ha fijado, y hemos bajado al futurista andén justo a tiempo para subir otras escaleras y meternos en nuestro tren.

Hasta que nos hemos sentado en nuestros asientos asignados no he recuperado el aliento y me he dado cuenta de lo que he hecho. Me voy a

París. Con un extraño. Con este extraño.

Finjo que trasteo con mi maleta mientras aprovecho para mirarlo. Su cara me recuerda a uno de esos conjuntos de vestir que solo pueden llevar las chicas con un cierto estilo: prendas desparejadas que por separado no pegan unas con otras pero que de alguna manera quedan bien al llevarlas juntas. Sus facciones son angulosas, casi bruscas, pero sus labios son mullidos y rojos, y hay bastante rosa manzana en sus mejillas como para hacer un pastel. Parece tanto mayor como joven, un poco entrecano pero delicado. No es guapo como lo sería Brent Harper, que obtuvo el Premio al Mejor Aspecto en último curso, es decir, no posee una hermosura previsible. Pero no puedo dejar de mirarlo.

Al parecer no soy la única. Un par de chicas con mochila, que caminan por el pasillo, parecen decir con los ojos algo así como «comemos sexo para desayunar». Una de ellas sonríe a Willem al pasar y dice algo en francés. Él responde, también en francés, y la ayuda a colocar la mochila en el compartimento superior. Las chicas se sientan al otro lado del pasillo, una fila detrás de la nuestra, y la más bajita dice algo, y todos se ríen. Quiero preguntarle qué ha dicho, pero al mismo tiempo me siento fuera de lugar, como sentada a la mesa de los niños en Acción de Gracias.

Si hubiera estudiado francés en el instituto... Yo quería, al comienzo del noveno curso, pero mis padres me animaron a estudiar chino mandarín. «Será el siglo de China, y podrás competir mejor si hablas su idioma», había dicho mi madre. ¿Competir por qué?, me había preguntado a mí misma. Pero he estudiado chino durante los últimos cuatro años y seguiré haciéndolo cuando el mes que viene empiece la universidad.

Estoy esperando a que Willem se siente, pero en lugar de eso me mira, y luego a las chicas francesas que, después de haber colocado sus equipajes, se pavonean por el pasillo.

—Los trenes me dan hambre. Y tú al final no te comiste el sándwich — dice—. Voy a la cafetería a por más provisiones. ¿Qué te gustaría, Lulu?

Lulu probablemente querría algo exótico. Fresas cubiertas de chocolate. Ostras. Allyson es más de un sándwich pequeño de mantequilla de cacahuete. No sé de qué tengo hambre.

—Cualquier cosa estará bien.

Lo miro alejarse. Cojo una revista del bolsillo del asiento y leo un montón de datos sobre el tren: el túnel del canal de la Mancha tiene cincuenta kilómetros de largo. Se inauguró en 1994 y tardó seis años en construirse. La velocidad máxima del Eurostar son trescientos kilómetros por hora, que es ciento ochenta y seis millas por hora. Si estuviera todavía en el tour, este sería exactamente el tipo de información tipo Trivial-Pursuit que nos leería la señora Foley de una de sus fotocopias. Dejo la revista.

El tren empieza a moverse, aunque de un modo tan suave que solo me doy cuenta de que ya hemos salido cuando veo que el andén se aleja de nosotros, como si en realidad el tren no se moviera. Oigo el pitido del tren. Por la ventana, los grandes arcos de Saint Pancras brillan despidiéndose antes de meternos en un túnel. Paseo la mirada por el interior del vagón. Todo el mundo parece feliz y ocupado: leen revistas, escriben en ordenadores portátiles o mandan mensajes de texto, hablan por sus teléfonos o con sus compañeros de asiento. Me asomo por encima del respaldo de mi asiento, pero no hay señales de Willem. Las chicas francesas todavía no han aparecido.

Cojo de nuevo la revista y leo una crítica de un restaurante en la que no me concentro en absoluto. Pasan los minutos. Ahora el tren va más rápido, dejando atrás los feos suburbios de Londres. El conductor anuncia la primera parada, y un revisor viene a comprobar mi billete.

—¿Hay alguien aquí? —pregunta señalando el asiento vacío de Willem.

—Sí. —Solo que sus cosas no están aquí. Y no hay ninguna evidencia de que alguna vez haya estado aquí.

Echo un vistazo al reloj. Son las diez y cuarenta y tres. Han pasado casi quince minutos desde que salimos de Londres. Unos minutos más tarde nos detenemos en Ebbsfleet, una estación elegante y moderna. Sube una multitud de personas. Un hombre mayor con un maletín se para junto al asiento de Willem como para sentarse en él, pero luego mira su billete y sigue avanzando por el pasillo. Suena el silbato del tren, se cierran las puertas, y estamos de nuevo en marcha. El paisaje urbano de Londres da paso al verde. Veo un castillo a lo lejos. El tren se traga el paisaje con avidez, me imagino

que dejará una nube de tierra a su paso. Me agarro a los brazos del asiento, clavo las uñas como si se tratara de la primera bajada empinada que nunca se acaba de una de esas montañas rusas que te hacen vomitar y a las que Melanie le encanta llevarme. A pesar del aire acondicionado, la frente se me llena de perlas de sudor.

Nuestro tren se cruza con otro que se aproximaba con un sorprendente estruendo. Salto en mi asiento. Dos segundos después, el otro tren ha desaparecido. Pero tengo la extraña sensación de que Willem está en él. Lo cual es imposible. Habría tenido que adelantarse a una estación posterior para subirse a ese tren.

Pero eso no significa necesariamente que esté en este tren.

Miro mi reloj. Ya han pasado veinte minutos desde que se fue al coche cafetería. Nuestro tren no había salido aún del andén. Puede haberse bajado con esas chicas, antes de que arrancáramos. O en esta última estación. Tal vez eso es lo que estaban diciendo. «¿Por qué no te libras de esa chica americana aburrida y pasas el rato con nosotras?».

Él no está en este tren.

La certeza me golpea con el mismo estruendo que produce el tren que se aproxima. Él ha cambiado de opinión. Acerca de París. Acerca de mí.

Llevarme a París ha sido como una compra compulsiva, he sido para él uno de esos artículos inútiles que ponen en el pasillo de salida de todos los supermercados de comestibles, que cuando ya estás fuera de la tienda te das cuenta de que acabas de comprar un pedazo de mierda.

Entonces me golpea otro pensamiento: ¿y si todo esto es una especie de plan siniestro? Encuentra a la americana más ingenua que puedas, la convences de que se suba a un tren, luego la abandonas allí y mandas a... no sé... ¿a unos matones para que se ocupen de ella? Mamá me contó que vio algo así en un programa de la tele. ¿Por eso él me miró anoche, por eso me ha buscado hoy en el tren de Stratford-upon-Avon? ¿Podría haber elegido a una presa más fácil? He visto suficientes reportajes sobre naturaleza animal para saber que los leones siempre van tras las gacelas más débiles.

Y, sin embargo, aunque esta posibilidad sea tan poco realista, a un cierto nivel hay una chispa de consuelo en ella. El mundo tiene sentido otra vez.

Eso, al menos, explicaría por qué estoy en este tren.

Algo aterriza en mi cabeza, suave y crujiente, y como estoy asustada doy un brinco en mi asiento.

Y aún me cae algo más. Cojo el primer proyectil, una bolsita de patatas fritas Walker con sal y vinagre.

Levanto la vista. Willem me muestra la sonrisa culpable de un ladrón de bancos, por no hablar del botín que lleva en las manos: una barra de chocolate, tres tazas de distintas bebidas calientes, una botella de zumo de naranja bajo una axila, una lata de Coca-Cola en la otra.

—Lamento la espera. La cafetería está en el extremo opuesto del tren y no la han abierto hasta que hemos salido de Saint Pancras, y antes ya había cola. Luego no estaba seguro de si te gusta el café o el té, así que he traído los dos. Pero entonces me he acordado de tu Coca-Cola, así que he vuelto a por una. Y luego en el camino de regreso he chocado con un belga muy desagradable y me he derramado el café encima, así que he tenido que meterme en el lavabo, pero creo que solo he empeorado las cosas. —Deja dos de los vasos de cartón y la lata de refresco en la mesita del respaldo que hay delante de mí. Hace un gesto hacia la parte delantera de sus pantalones, que ahora tienen una enorme mancha húmeda a la altura de la entrepierna.

No soy el tipo de persona que se ríe de los chistes de pedos o que aprecie el humor burdo. Cuando el año pasado Jonathan Spalicki dio un concierto de cuescos en la clase de Fisiología y la señora Huberman tuvo que salir histérica de la clase, al final me dio las gracias porque fui la única en exhibir autocontrol.

Así que no es que vaya a partirme. Y menos por una simple mancha de humedad.

Y, sin embargo, cuando abro la boca para decirle a Willem que en realidad no me gustan los refrescos, que la Coca-Cola de antes era para la resaca de Melanie, lo que me sale es una carcajada. Y una vez que oigo mi propia risa, empiezan los fuegos artificiales. Me río tan fuerte que me falta el aire. Las lágrimas de pánico que amenazaban con estallar en mis ojos tienen ahora una excusa creíble para rodar por mi cara.

Willem entorna los ojos, les echa una mirada de resignación a sus

pantalones vaqueros y coge unas cuantas servilletas de la bandeja.

—No creía que fuera tan trágico. —Se frota los vaqueros—. ¿El café deja mancha?

Eso me hace reír aún más. Willem muestra una sonrisa irónica, paciente. Es lo suficientemente maduro para aceptar una broma a su costa.

—Lo siento —boqueo—. No... me... río... de... tus... calzones.

¡Calzones^[1]! La señora Foley nos había explicado que los ingleses usan dos términos muy parecidos para referirse a los calzoncillos y a los pantalones, y que debíamos ser conscientes de no equivocarnos para evitar malentendidos embarazosos. Se sonrojó mientras nos lo explicaba.

Estoy literalmente doblada en dos. Cuando me las arreglo para sentarme, veo que una de las chicas francesas vuelve por el pasillo. Cuando pasa por detrás de Willem apoya una mano en el brazo de él y la deja allí durante un segundo. Luego le dice algo en francés, antes de deslizarse en su asiento.

Willem ni siquiera la mira. En cambio, se vuelve hacia mí con una mirada de interrogación en sus negros ojos.

—He pensado que te habías bajado del tren —digo dándome cuenta de que el alivio que siento ahora me ha traicionado y he hablado más de la cuenta.

Oh, Dios mío. ¿He dicho eso? La risa se me pasa de inmediato. Me da miedo mirarlo. Porque si antes no quería abandonarme en el tren, puede que ahora sí.

Noto que cuando Willem se sienta se mueve el asiento, y cuando reúno el coraje suficiente para mirarle, me sorprende al descubrir que no parece asombrado o disgustado. Solo tiene esa particular sonrisa en los labios.

Comienza a desenvolver la comida y saca de su mochila una barra de pan doblada. Después de colocarlo todo en las bandejas, me mira.

—¿Y por qué iba a bajarme del tren? —pregunta, por fin, con voz clara y burlona.

Podría inventarme una mentira. Porque se olvidó de algo. O porque se dio cuenta de que tenía que volver a Holanda después de todo, y no había tiempo para decírmelo. Algo ridículo, pero menos incriminatorio. Pero no lo hago.

—Porque habías cambiado de opinión. —Espero su disgusto, su sorpresa,

su compasión, pero todavía parece divertido, y ahora puede que también un poco intrigado. Y siento un calor inesperado en el cuello y las sienes, como si acabara de tener el subidón de alguna droga, mi propio y personal suero de la verdad. Así que le cuento el resto—. Pero un minuto después he pensado que quizás esto era algún tipo de trampa y que me ibas a vender como esclava sexual o algo así.

Lo miro, preguntándome si he ido demasiado lejos. Pero él sonrío mientras se acaricia la barbilla.

—¿Y cómo lo haría? —pregunta.

—No lo sé. Tendrías que hacerme perder el conocimiento, supongo. ¿Qué es esa cosa que usan? ¿Cloroformo? Lo ponen en un pañuelo y te lo presionan contra la nariz, y te duermes.

—Creo que eso solo pasa en las películas. Probablemente sería más sencillo echarte droga en la bebida, como sospechaba tu amiga.

—Pero me has traído tres bebidas, una de ellas sin abrir. —Le enseño la lata de Coca-Cola—. Por cierto, yo no bebo Coca-Cola.

—Entonces mi plan se ha frustrado. —Exagera un suspiro—. Es una lástima. Podría conseguir un buen precio por ti en el mercado negro.

—¿Cuánto crees que valgo? —le pregunto, sorprendida por lo rápido que han desaparecido mis miedos.

Me mira de arriba abajo, evaluándome.

—Bueno, depende de varios factores.

—¿Como cuáles?

—La edad. ¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho.

Asiente con la cabeza.

—¿Medidas?

—Cinco pies y cuatro pulgadas. Ciento quince libras. No sé decírtelo en el sistema métrico.

—¿Deformidades, cicatrices, extremidades ortopédicas?

—¿Eso importa?

—Los fetichistas pagan un extra por eso.

—No, no tengo prótesis ni nada. —Pero entonces recuerdo mi marca de

nacimiento, que es fea, casi como una cicatriz, por lo que suelo ocultarla con el reloj. Pero siento la extraña tentación de enseñársela, de exponerme. Así que deslizo mi reloj hacia abajo—. Tengo esto.

Mira la mancha, asiente con la cabeza y pregunta en tono casual:

—¿Eres virgen?

—¿Eso me haría más o menos valiosa?

—Todo depende del mercado.

—Parece que sabes mucho de esto.

—Crecí en Ámsterdam —dice, y eso parece explicarlo todo.

—Así que ¿cuánto valgo?

—No has respondido a todas las preguntas.

Entonces me invade una extraña sensación, como si estuviera aguantando el cinturón de un albornoz y pudiera atarlo fuerte o dejarlo caer.

—No, no lo soy. No soy virgen.

Él asiente con la cabeza y me mira de una manera que me perturba.

—Estoy seguro de que Boris se sentirá decepcionado —dice.

—¿Quién es Boris?

—El matón ucraniano que va a hacer el trabajo sucio. Yo no soy más que el cebo. —Se ríe, echando la cabeza hacia atrás. Cuando vuelve a respirar, dice—: Aunque por lo general suelo trabajar mejor con los búlgaros.

—Búrlate todo lo que quieras, pero una vez dieron algo así por la tele. Y no es que te conozca mucho.

Hace una pausa, me mira directamente a los ojos, y luego dice:

—Veinte. Un metro noventa. Setenta y cinco kilos, la última vez que lo comprobé. Y esto. —Se señala una cicatriz en zigzag en el pie. Luego me mira fijamente a los ojos y añade—: Y no.

Tardo un minuto en darme cuenta de que está respondiendo a las mismas cuatro preguntas que me ha formulado. Cuando lo hago, siento un escalofrío que me recorre la espalda hasta el cuello.

—Además, hemos desayunado juntos. Por lo general, conozco bien a la gente con la que desayuno.

Me ruborizo. Trato de pensar en alguna ocurrencia. Pero es difícil ser ingeniosa cuando alguien te está mirando así.

—¿De verdad crees que te abandonaría en el tren? —me pregunta.

La pregunta es extrañamente discordante después de todas esas bromas acerca de la esclavitud sexual. Pienso en ello. ¿De verdad he creído que sería capaz de hacer algo así?

—No lo sé —respondo—. Tal vez simplemente ha sido un pequeño ataque de pánico por hacer algo tan impulsivo como lo que estoy haciendo. No es propio de mí.

—¿Estás segura de eso? —pregunta—. Estás aquí, después de todo.

—Estoy aquí —repito. Y lo estoy, en efecto. Aquí. De camino a París. Con él. Lo miro. Tiene esa media sonrisa, como si en mí hubiera algo infinitamente divertido. Y tal vez sea eso, o el balanceo del tren, o el hecho de que nunca voy a verlo de nuevo después de este único día, o tal vez que se ha abierto la trampilla de mi honestidad, y que no hay vuelta atrás. O tal vez es solo porque quiero. Me sincero del todo—. He pensado que te habías bajado del tren porque me cuesta creer que estuvieras en este tren. Conmigo. Sin ningún motivo oculto.

Y esa es la verdad. Porque aunque solo tengo dieciocho años, ya me parece bastante obvio que el mundo se divide en dos grupos: los que actúan y los que los observan. Hay gente que hace que las cosas sucedan, y luego estamos los demás, que solo nos dejamos arrastrar por las cosas. Las Lulus y las Allysons.

Nunca se me hubiera ocurrido que, fingiendo ser Lulu, me pasaría a ese otro bando, aunque solo sea por un día.

Miro a Willem, para ver qué va a decir sobre esto, pero antes de que responda, el tren se sumerge en la oscuridad al entrar en el túnel del canal de la Mancha. Según el folleto que he leído, en menos de veinte minutos estaremos en Calais, y luego, una hora más tarde, en París. Pero ahora mismo tengo la sensación de que este tren no me llevará a París, sino a un lugar totalmente nuevo.

4

París

NADA más llegar, empiezan los problemas. La consigna de la estación está cerrada, los trabajadores que manejan las máquinas de rayos X para comprobar el contenido de las maletas antes de que podamos meterlas en las taquillas están en huelga. Como resultado de ello, todas las taquillas lo bastante grandes como para que quepa mi maleta están ocupadas. Willem dice que hay otra estación no lejos de aquí en la que podríamos intentarlo, pero si allí también están en huelga, podríamos tener el mismo problema.

—Puedo arrastrarla todo el rato. O tirarla al Sena —bromeo, aunque hay algo atractivo en abandonar todo vestigio de Allyson.

—Tengo una amiga que trabaja en una discoteca no muy lejos de aquí... —Mete la mano en su mochila y saca un maltrecho cuaderno de cuero. Estoy a punto de hacer una broma acerca de si es su lista negra, pero luego veo todos los nombres y números y direcciones de correo electrónico garabateados en él, y entonces añade—: Ella se encarga de las reservas, así que por lo general está por las tardes. —Una vez que ha encontrado el número que busca, saca un teléfono antiguo y presiona la tecla de encendido varias veces—. Sin batería. ¿El tuyo funciona?

Niego con la cabeza.

—Es inútil en Europa. Excepto como cámara.

—Podemos ir caminando. Está cerca de aquí.

Nos dirigimos de nuevo a las escaleras mecánicas. Antes de llegar a las

puertas automáticas, Willem se vuelve hacia mí y pregunta:

—¿Estás lista para París?

Con todo el estrés del asunto de mi equipaje, casi había olvidado que el objetivo de todo esto era París. De repente me pongo un poco nerviosa.

—Eso espero —respondo con un hilo de voz.

Recorremos el último tramo dentro de la estación y salimos al sol resplandeciente. Entorno los ojos, como si me preparara para una cegadora decepción. Porque la verdad es que en este viaje, hasta el momento, me he sentido defraudada en casi todos los lugares. Puede que sea porque veo demasiadas películas. En Roma quería una experiencia tipo Audrey Hepburn en *Vacaciones en Roma*, pero la Fontana de Trevi estaba abarrotada, había un McDonalds en la Plaza de España, y las ruinas apestaban a pis de gato. Lo mismo ocurrió en Praga, donde anhelaba algo de la bohemia de *La insoportable levedad del ser*. Pero no, no había artistas fabulosos, no había chicos ni remotamente parecidos a un joven Daniel Day-Lewis. Vi a un hombre de aspecto misterioso leyendo a Sartre en una cafetería, pero entonces le sonó el teléfono móvil y empezó a hablar en voz alta con acento tejano.

Y Londres. Melanie y yo conseguimos perdernos por completo en el metro, así que pudimos visitar Notting Hill, pero lo único que encontramos fue una zona sofisticada y carísima, llena de tiendas de lujo. No había librerías pintorescas, ni grupos de amigos entrañables con los que me gustaría cenar. Parecía que había una relación directa entre el número de películas que había visto sobre la ciudad y el grado de mi decepción. Y he visto un montón de películas sobre París.

El París que me saluda fuera de *la Gare du Nord* no es el París de las películas. No están ni la torre Eiffel ni las tiendas de alta costura. Es solo una calle normal, con un montón de hoteles y agencias de cambio de moneda, y en pleno atasco de taxis y autobuses.

Miro alrededor. Hay filas y filas de viejos edificios de un marrón grisáceo. Son todos iguales, las ventanas y puertas de cristal están abiertas, las flores cuelgan de los balcones. Justo enfrente de la estación hay dos cafeterías que hacen esquina. Ninguna de las dos es de lujo, pero ambas están

abarrotaadas, la gente se agrupa en mesas redondas de cristal, bajo el toldo y las sombrillas. Es a la vez tan normal y tan completamente extraño para una extranjera como yo...

Echamos a andar. Cruzamos la calle y pasamos por delante de uno de los cafés. Hay una mujer sentada sola a una de las mesas, bebiendo vino rosado y fumando un cigarrillo; un pequeño bulldog jadea en su regazo. Al pasar, el perro salta y empieza a oler debajo de mi falda, enredándose en su correa.

La mujer debe de tener más o menos la edad de mi madre, pero lleva una falda corta y unas de esas alpargatas de tacón y cintas atadas a las pantorrillas de sus piernas bien torneadas. Regaña al perro y desenreda la correa. Me inclino y le rasco detrás de las orejas, y la mujer dice algo en francés que hace reír a Willem.

—¿Qué te ha dicho? —le pregunto a medida que nos alejamos.

—Ha dicho que cuando se trata de chicas guapas su perro es como un cerdo trufero.

—¿En serio? —Me ruborizo de satisfacción. Lo cual es una tontería, porque se trataba de un perro, y también porque no estoy del todo segura de qué es un cerdo trufero.

Willem y yo caminamos por una calle llena de sex-shops y agencias de viajes y doblamos la esquina en algún bulevar impronunciado, y por primera vez me doy cuenta de que boulevard es una palabra francesa, y que todas las grandes calles a las que llamamos bulevares en casa en realidad son solo vías de mucho tráfico. Porque aquí, un boulevard es un río de vida, magnífico, amplio y fluido, con un gran paseo en medio y bellos árboles a ambos lados que casi nos tapan el cielo.

Ante un semáforo en rojo se detiene un chico guapo vestido con uno de esos ceñidos trajes de motorista, y me mira de arriba abajo hasta que la moto de detrás hace sonar la bocina para que arranque y siga adelante.

Bien, esto es... dos veces en cinco minutos. De acuerdo, la primera vez ha sido un perro, pero ha sido significativo. Durante las últimas tres semanas Melanie es la única que se llevaba los silbidos, como resultado de su melena rubia y su ropa llamativa, y yo lo tenía rencorosamente asumido. Le hablé un par de veces de la mujer considerada como un objeto, pero Melanie puso los

ojos en blanco y me dijo que con mi actitud me perdía lo importante.

Mientras tanto desenfado me anima, me pregunto si tal vez ella tendrá razón. Puede que no se trate de parecerles buenorra a los chicos, sino de sentirte como si el lugar te reconociera, te hiciera un guiño, te aceptara. Es extraño porque, de todas las personas de todas las ciudades, pensaría que a los parisinos yo les resultaría invisible, pero al parecer no lo soy. Al parecer, en París no solo puedo patinar, sino prácticamente clasificarme para los Juegos Olímpicos.

—Ya es oficial —declaro—. ¡Me encanta París!

—Ha sido rápido.

—Cuando lo sabes, lo sabes. Se ha convertido en mi ciudad favorita del mundo entero.

—Suele tener ese efecto.

—Debo añadir que no tiene mucha competencia, ya que en realidad no he disfrutado mucho que digamos de la mayoría de las ciudades del viaje.

Y de nuevo, simplemente sale. Al parecer, cuando solo tienes un día, puedes decir cualquier cosa y vivir para contarlo. El viaje ha sido un fracaso. ¡Qué bien me sienta admitirlo de una vez frente a alguien! Porque no podía decírselo a mis padres, que me han pagado lo que creían que era el viaje de mi vida. Y no podía decírselo a Melanie, que realmente estaba haciendo el viaje de su vida. Y tampoco a la señora Foley, cuyo trabajo consistía en asegurarse de que fuera el viaje de mi vida. Pero es cierto. He pasado las últimas tres semanas tratando de divertirme, sin conseguirlo.

—Creo que quizá viajar sea un talento, como silbar o bailar —continúo—. Y algunas personas lo tienen. Tú, por ejemplo, parece que te cuentas entre ellas. Quiero decir, ¿cuánto tiempo has pasado viajando?

—Dos años —responde.

—¿Dos años con descansos?

Niega con la cabeza.

—Dos años desde que salí de Holanda.

—¿En serio? ¿Y se suponía que volvías hoy? ¿Después de dos años?

Abre los brazos al aire.

—¿Qué es un día más después de dos años?

Supongo que para él, no mucho. Pero para mí, tal vez algo más.

—Eso solo demuestra mi idea. Tienes talento para viajar. No estoy segura de que yo lo tenga. Todo el mundo me dice que viajar amplía los horizontes. Y tampoco estoy segura de qué significa eso, pero a mí no se me ha ampliado nada, porque no soy buena en eso.

Mientras caminamos sobre un puente que pasa por encima de decenas de vías de tren y con pintadas por todas partes, él guarda silencio. Por fin dice:

—Viajar no es algo para lo que se es bueno o no. Es algo que se hace. Igual que respirar.

—No lo creo. Yo respiro bien.

—¿Estás segura? ¿Alguna vez has pensado en ello?

—Probablemente más que la mayoría. Mi padre es neumólogo. Un especialista en pulmones.

—Lo que quiero decir es que... ¿has pensado alguna vez cómo lo haces? ¿Día y noche? Mientras duermes. Mientras comes. Mientras hablas.

—No mucho.

—Piénsalo ahora.

—¿Cómo se puede pensar en respirar? —Pero entonces, de repente, lo hago. Me enredo en pensamientos sobre la respiración, la mecánica de la misma. ¿Cómo es que mi cuerpo sabe hacerlo incluso cuando estoy durmiendo, o llorando, o cuando tengo hipo? ¿Qué pasaría si, de alguna manera, mi cuerpo se olvidara? Y, por supuesto, entonces mi respiración empieza a resultarme un poco dificultosa, como si estuviera caminando cuesta arriba, a pesar de que estoy bajando por la pendiente del puente.

—Bueno, ha sido raro.

—¿Lo ves? —dice Willem—. Has pensado demasiado. Lo mismo pasa con los viajes. No se puede pensar mucho en ellos, o los sientes como un trabajo. Hay que rendirse al caos. A los imprevistos y hasta a los accidentes.

—¿Se supone que si se me lleva por delante un autobús pasaré un buen rato?

Willem se ríe.

—No ese tipo de accidentes. Me refiero a las pequeñas cosas que suceden. A veces son insignificantes, en otras ocasiones lo cambian todo.

—Todo esto suena muy Jedi. ¿Puedes ser más específico?

—Un hombre coge una chica haciendo autoestop en un país lejano. Un año más tarde, ella se queda sin dinero y termina en la puerta de su casa. Seis meses después, se casan. Accidentes.

—¿Te casaste con una autoestopista o algo así?

Su sonrisa se despliega como la vela de un barco.

—Era un ejemplo.

—Cuéntame algo que haya sido verdad.

—¿Cómo sabes que no es verdad? —bromea—. Vale, lo que te voy a contar ahora me pasó a mí. El año pasado cuando estuve en Berlín perdí mi tren a Bucarest, de modo que me fui a Eslovaquia. Las personas con las que viajaba eran de un grupo de teatro, y uno de los chicos se acababa de romper el tobillo y necesitaban un suplente. En el viaje de seis horas a Bratislava me aprendí su papel. Me quedé con la compañía hasta que le mejoró el tobillo, y luego, poco después, conocí a algunas personas de la compañía Guerrilla Will, y necesitaban desesperadamente a alguien que pudiera hacer Shakespeare en francés.

—¿Y tú podías?

Él asiente con la cabeza.

—¿Eres una especie de sabio de las lenguas? —pregunté.

—Solo soy holandés. Así que me uní a Guerrilla Will. —Chasquea los dedos—. Y ahora soy actor.

Esto me sorprende.

—Pues parece que llevaras haciéndolo toda la vida.

—No. Es solo accidental, solo temporal. Hasta el próximo accidente que me envíe a un lugar nuevo. Así es como funciona la vida.

Algo se aviva en mi pecho.

—¿De verdad crees que es así como funciona, que la vida puede cambiar de un plumazo?

—Creo que todo está sucediendo todo el tiempo, pero si no te cruzas en el camino de algo, o de alguien, te lo pierdes. Cuando viajas, cruzas caminos. No siempre es genial. A veces es terrible. Pero otras veces... —Levanta los hombros y le hace un gesto con las manos a París, luego me mira de soslayo

—. No es tan malo.

—Mientras no te atropelle un autobús —digo.

Se ríe. Está de acuerdo conmigo.

—Mientras no te atropelle un autobús —repite.

5

LLEGAMOS al club donde trabaja la amiga de Willem. Parece completamente muerto, pero cuando Willem llama a la puerta, la abre un hombre alto de piel negro azulada. Willem le habla en francés, y después de un minuto, nos acompaña hasta una enorme sala húmeda con un pequeño escenario, una barra estrecha, y un montón de mesas y sillas apiladas en ellas. Willem y el gigante hablan un poco más en francés y luego Willem se vuelve hacia mí.

—A Céline no le gustan las sorpresas. Tal vez sea mejor que vaya yo primero.

—Por supuesto. —En el silencio, mi voz suena como un chasquido, y me doy cuenta de que estoy nerviosa otra vez.

Willem se dirige a una escalera en la parte trasera del club. El gigante reanuda su trabajo detrás de la barra, limpiando las botellas. Obviamente, él no ha recibido el mensaje de que París me ama. Me siento en un taburete. Gira en ambos sentidos, igual que las banquetas de Whipple, la heladería adonde me llevaban mis abuelos. El gigante no me hace caso, así que giro y giro. Y entonces me doy cuenta de que lo hago demasiado rápido, porque en una de las vueltas el taburete se desprende de su base.

—¡Oh, mierda! ¡Ay!

El gigante sale de detrás de la barra y me mira allí tirada en el suelo. Su expresión es de apatía. Recoge las piezas y vuelve a montar el taburete, y luego regresa detrás de la barra. Me quedo en el suelo por un segundo, preguntándome qué es más humillante, si quedarme aquí o volver a sentarme

en el taburete.

—¿Eres americana?

¿Qué me delata? ¿Mi torpeza? ¿Los franceses nunca son torpes? En realidad soy bastante elegante. Fui a clases de ballet durante ocho años. Debería decirle que arregle el taburete antes de que alguien le ponga una demanda. No, si se lo digo, definitivamente sonaré a americana.

—¿Cómo lo sabes? —No sé por qué me molesto en preguntarlo. Desde el momento en que nuestro avión aterrizó en Londres, es como si hubiera llevado un letrero de neón encima de la cabeza, parpadeando: TURISTA, AMERICANA, EXTRANJERA. Que es lo que soy, por otra parte. Excepto desde que he llegado a París, que he sentido como si el letrero se hubiera apagado un poco. Pero es evidente que no.

—Me lo ha dicho tu amigo —repone—. Mi hermano vive en Roché Estair.

—¿Ah, sí? —¿Se supone que debo saber dónde está eso?—. ¿Eso es cerca de París?

Suelta una carcajada.

—No. Está en Nueva York. Cerca del gran lago.

¿Roché Estair?

—¡Ah! Rochester.

—Sí. Roché Estair —repite—. Hace mucho frío allí arriba. Mucha nieve. Mi hermano se llama Aliou Mjodi. Tal vez lo conozcas...

Niego con la cabeza.

—Yo vivo en Pennsylvania, cerca de Nueva York.

—¿Hay mucha nieve en Penisvenia?

Reprimo una carcajada.

—Hay bastante en Penn-syl-vania —le digo, haciendo hincapié en la pronunciación—. Pero no tanta como en Rochester.

Se estremece.

—Demasiado frío. Sobre todo para nosotros. Llevamos sangre senegalesa en nuestras venas, aunque ambos hemos nacido en París. Pero ahora mi hermano se va a estudiar informática en Roché Estair, en la universidad. —El gigante parece muy orgulloso—. No le gusta la nieve. Y dice que, en verano,

los mosquitos son tan grandes como los de Senegal.

Me río.

En el rostro del gigante se dibuja una sonrisa como la de una calabaza de Halloween.

—¿Cuánto tiempo en París?

Miro mi reloj.

—Llevo aquí una hora, y solo voy a quedarme un día.

—¿Un día? ¿Y por qué estás aquí? —Hace un gesto hacia la barra.

Señalo mi maleta.

—Necesitamos un lugar para guardar esto.

—Llévala abajo. No debes perder tu día aquí. Cuando el sol brilla, deja que brille sobre ti. La nieve siempre puede esperar.

—Willem me dijo que esperara aquí, que Céline...

—Pfff —me interrumpe agitando la mano. Sale de detrás de la barra y se cuelga mi maleta del hombro en un santiamén—. Ven, yo te la llevo.

En la parte inferior de las escaleras hay un oscuro pasillo lleno de altavoces, amplificadores, cables y luces. Arriba, alguien llama a la puerta, y el gigante se vuelve y me dice que deje la maleta en la oficina.

Hay un par de puertas, así que me acerco a la primera, llamo y la abro. Hay una pequeña habitación con un escritorio de metal, un viejo ordenador, y un montón de papeles. La mochila de Willem está ahí, pero él no. Vuelvo al pasillo y oigo a una mujer que habla muy rápido en francés, y luego la voz de Willem, lánguida, que responde.

—¿Willem? —lo llamo—. ¿Hola?

Él dice algo, pero no lo entiendo.

—¿Qué?

Dice algo más, pero no puedo oírlo bien, así que abro la segunda puerta. Es un pequeño cuarto trastero lleno de cajas, y en medio está Willem, de pie, frente a una chica, Céline. A pesar de la penumbra advierto que es tan guapa que yo ni siquiera puedo pretender llegar a serlo así en toda mi vida. Le habla a Willem con una voz profunda mientras trata de quitarle la camisa por encima de la cabeza. Él, por supuesto, se está riendo.

Cierro la puerta de golpe y al volver de nuevo hacia las escaleras, con las

prisas se me cae la maleta.

Oigo algo que repiquetea.

—Lulu, abre la puerta. Está atascada.

Me vuelvo. Mi maleta ha caído justo debajo del pomo. Corro de nuevo, la quito de una patada, la agarro y giro de nuevo hacia las escaleras en el momento en que se abre la puerta.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Willem.

—Me voy. —No es que Willem y yo tengamos nada el uno con el otro, pero aun así, ¿me ha dejado ahí arriba para bajarse aquí y echar uno rapidito?

—Vuelve.

He oído hablar de las francesas. He visto un montón de películas francesas. Muchas son sexy, algunas son morbosas. Quiero ser Lulu, pero no tanto.

—Lulu —la voz de Willem es firme—. Céline se niega a guardarme el equipaje a menos que me cambie de ropa —explica—. Ella dice que parezco un viejo verde que acaba de salir de un sex-shop —se señala la entrepierna.

Tardo un minuto en entender lo que quiere decir, y cuando lo hago, me sonrojo.

Céline le dice algo a Willem en francés, y se ríe. Vale, tal vez no es lo que yo he pensado que era. Pero aun así está bastante claro que me he entrometido en algo.

Willem se vuelve hacia mí.

—Le he dicho que voy a cambiarme los vaqueros, pero todas mis otras camisetas están igual de sucias, así que va a darme una.

Céline sigue ladrándole a Willem en francés, y yo es como si no existiera.

Finalmente, ella encuentra lo que está buscando, una camiseta de color gris con un gigantesco SOS estampado en la pechera. Willem la coge y se quita la camiseta que lleva puesta. Céline dice algo más y empieza a desabrocharle la hebilla del cinturón. Él hace un gesto con las manos en señal de rendición, pero se abre los botones de la bragueta él mismo. Los pantalones vaqueros caen al suelo y Willem está ahí de pie, como si fuera de lo más normal, con nada más que un par de calzoncillos bóxer ajustados.

—*Excusez-moi* —dice mientras hace girar su torso desnudo tan cerca de

mí que acaba rozándome el brazo, y sale del cuarto. A pesar de la oscuridad, estoy bastante segura de que Céline puede darse cuenta de que me he ruborizado y que ha marcado esto como un punto en mi contra. Unos segundos más tarde, Willem regresa con su mochila. Saca de ella unos vaqueros arrugados pero sin manchas. Trato de no mirar fijamente cómo se los pone y cómo mete el gastado cinturón de cuero marrón por las trabillas. Luego se pone la camiseta. Céline me ve mirarlo, y entonces desvió la mirada como si me hubiera pillado en falta. Cosa que ha hecho.

En este momento, siento que verlo vestirse me resulta más ilícito que verlo desnudarse.

—*D'accord?* —le pregunta Willem a Céline.

Ella lo evalúa, con las manos en las caderas.

—*Mieux* —dice, sonando como un gato. *Miau.*

—¿Lulu? —me pregunta Willem.

—Bien.

Por fin, Céline me reconoce. Dice algo, gesticulando salvajemente, luego se detiene.

Cuando no respondo, una de las cejas de Céline se dispara hacia arriba en un arco perfecto, mientras que la otra permanece quieta. Desde Florencia a Praga he visto a mujeres que hacían lo mismo. Debe de ser una habilidad que enseñan en las escuelas europeas.

—Te ha preguntado si alguna vez has oído hablar de *Sous ou Sur* —dice Willem, señalando el SOS de la camiseta—. Es un grupo de punk-rap famoso con letras fuertes acerca de la justicia.

Niego con la cabeza, sintiéndome doblemente perdedora por no haber oído hablar del superguay grupo anarquista francés como se llame que canta sobre la justicia.

—Lo siento, no hablo francés.

Céline muestra una expresión de desdén. Otra estúpida norteamericana que no puede molestarse en aprender otros idiomas.

—Hablo un poco de chino mandarín —digo esperanzada, pero no parece sorprenderle.

Céline se digna cambiar al inglés.

—Pero tu nombre, Lulu, ¿es francés, no?

Se produce una pequeña pausa. Como pasa entre dos canciones en un concierto. Un momento perfecto para decir, siempre de una manera casual: «En realidad, mi nombre es Allyson».

Pero entonces Willem responde por mí.

—Es el diminutivo de Louise. —Y me guiña el ojo.

Céline señala mi maleta con la uña púrpura de un dedo que ha gozado de una manicura perfecta.

—¿Esa es la maleta?

—Sí. Es esta.

—Es muy grande.

—No es tan grande —digo pensando en algunas de las maletas que llevaban las otras chicas durante el viaje, llenas de secadores de pelo y adaptadores y tres mudas de ropa por día. Miro a Céline, con su túnica de malla negra hasta los muslos y una minúscula falda negra por la que Melanie pagaría una fortuna, y sospecho que saber eso tampoco la impresionaría.

—Puedes dejarla en el trastero, en mi oficina no.

—Está bien —digo—, con tal de que pueda venir a por ella mañana...

—La señora de la limpieza estará aquí a las diez. Y mira, tenemos muchas más, puedes quedarte una también —dice ella dándome una camiseta igual que la de Willem, solo que la mía es como mínimo una talla más grande.

Estoy a punto de abrir mi maleta y meterla dentro, pero entonces visualizo el contenido: las faldas con forma de A y las camisetas de manga corta que mamá escogió para mí. Mi diario de viaje, con las anotaciones que esperaba que fueran relatos de aventuras vividas sin aliento, pero que han acabado siendo una especie de telegramas: «Hoy hemos ido al Castillo de Praga. Stop. Luego hemos visto La flauta mágica en la Casa de la Ópera. Stop. Había pollo para cenar. Stop». Postales de ciudades famosas europeas, en blanco, porque después de enviar por correo las obligatorias a mis padres y a mi abuela, no tenía a nadie más a quien enviárselas. Y luego está la bolsa de plástico Ziploc con una sola hoja de papel dentro. Antes del viaje, mi madre me hizo un inventario general de todas las cosas que me iba a llevar y

luego hizo copias, una para cada parada, para que cada vez que hiciera la maleta pudiera marcar cada cosa para asegurarme de que no me olvidara nada en los hoteles. Queda una hoja, la de mi supuesta última parada en Londres.

Meto la camiseta en mi bolso de mano.

—La usaré de camisón para dormir esta noche.

La ceja de Céline se dispara de nuevo. Ella probablemente nunca duerme en camiseta. Probablemente duerme en la suavidad sedosa de su desnudez, incluso en la más fría de las noches de invierno. Me viene un flash de ella durmiendo desnuda al lado de Willem.

—Gracias. Por la camiseta. Por guardarme la maleta —le digo.

—*Merci* —me contesta Céline, y me pregunto por qué me da las gracias ella, pero entonces me doy cuenta de que lo que quiere es que le dé las gracias en francés, así que lo hago, solo que lo que me sale suena como *mercy* en inglés, es decir, como «misericordia».

Subimos las escaleras. Céline no deja de parlotear con Willem. Estoy empezando a entender por qué el francés de Willem es tan fluido. Por si no hubiera quedado suficientemente claro que ella es un perro y Willem su palo, cuando llegamos arriba, lo coge del brazo y lo acompaña lentamente hacia la barra. Me siento como si tuviera que ponerme a agitar los brazos y a gritar: «¡Hola! ¿Os acordáis de mí?».

Al lado de Céline, con sus altísimos tacones de aguja, su pelo negro, debajo teñido de rubio, con el rostro perfectamente simétrico, a la vez estropeado y mejorado por muchos piercings, me siento casi enana y plana como una tabla. Y una vez más, me pregunto por qué me ha traído aquí. Entonces pienso en Shane Michaels.

En décimo curso, tuve un flechazo por Shane, de un curso más arriba. Pasábamos el rato juntos, coqueteaba conmigo y me llevaba a un montón de sitios y siempre invitaba él, y me confiaba todo tipo de secretos y cosas personales, incluidas, sí, cosas acerca de las chicas con las que salía. Pero esas relaciones nunca le duraban más de unas pocas semanas, y yo me decía a mí misma todo el tiempo que él y yo estábamos cada vez más cerca y que al final caería en mis brazos. Cuando pasaron los meses y no pasó nada entre nosotros, Melanie me dijo que nunca pasaría. «Tienes el síndrome de

Sidekick», dijo. En ese momento pensé que ella estaba celosa, pero, por supuesto, tenía razón. Me duele que, a pesar de Evan, pueda ser una afección de por vida.

Siento que me marchito, siento que la bienvenida que París me ha brindado un poco antes se desvanece, si es que realmente ha sucedido. ¡Qué estupidez pensar que el hecho de que un perro me haya olfateado la entrepierna y que un tipo al azar me haya echado una mirada pudiera significar nada! París adora a las chicas como Céline. A las Lulus originales, no a las falsificaciones.

Pero entonces, justo cuando estamos en la puerta, el gigante sale de detrás de la barra, me coge la mano y con un alegre «*À bientôt*» me besa en ambas mejillas.

Una sensación de calor me cosquillea en el pecho. Esta es la primera vez en todo el viaje que alguien local ha sido descaradamente amable conmigo, porque quería, no porque yo le estaba pagando por algo. Y no se me escapa que Willem ya no mira a Céline sino que me mira a mí con una expresión curiosa que le ilumina el rostro. No estoy segura de si es por todo esto o por alguna otra cosa, pero hace que ese beso, que me ha parecido simplemente platónico —amistoso, uno de esos de mejilla contra mejilla— lo sienta trascendental. Como si todo París me besase.

6

—**L**ULU, tenemos algo muy importante que hablar.

Willem me mira solemnemente, y siento que la ansiedad me atenaza el estómago: otra sorpresa desagradable.

—¿Y ahora qué? —le pregunto, tratando de no parecer nerviosa.

Se cruza de brazos y se frota la barbilla. ¿Va a enviarme de vuelta a casa? ¡No! Ya he tenido bastantes ataques de nervios por hoy.

—¿Qué? —pregunto de nuevo, alzando la voz, a pesar de mis mejores esfuerzos.

—Hemos perdido una hora para venir a Francia, así que son más de las dos. La hora del almuerzo. Y esto es París. Y solo tenemos un día. Por lo tanto, debemos considerar esto muy en serio.

—Ah —digo aliviada. ¿Está tratando de jugar conmigo ahora?—. No me importa. Cualquier cosa excepto pan con chocolate, por favor. Podría ser tu alimento básico, pero no parece particularmente francés —añado, no del todo segura de por qué estoy tan molesta, excepto porque tengo la sensación de que, a pesar de que ahora ya estamos a varias manzanas de distancia del club, es como si de alguna manera Céline nos estuviera siguiendo.

Willem finge ofenderse.

—El pan con chocolate no es mi alimento básico —dice sonriendo—. No es el único, vaya. Y además es algo muy francés. ¿Cruasanes de chocolate? Podemos probarlos mañana para desayunar.

Desayuno. Mañana. Después de esta noche. Ahora siento a Céline un poco más lejos.

—A menos, claro está, que prefieras desayunar patatas fritas —continúa—. O tortitas. Eso sí es americano. ¿Quizá patatas fritas con tortitas?

—Yo no como patatas fritas en el desayuno. De vez en cuando como tortitas en la cena. Soy una rebelde para eso.

—*Crêpes* —dice, chasqueando los dedos—. Comeremos *crêpes*. Son muy francesas. Y así puedes seguir siendo rebelde.

Recorremos los cafés comprobando los menús, hasta que encontramos una esquina tranquila donde hay una cafetería en la que sirven *crêpes*. El menú está garabateado a mano, en francés, pero no le pido a Willem que me lo traduzca. Después de todo el asunto con Céline, mi falta de fluidez está empezando a pesarme como un hándicap. Así que me leo el menú y me detengo en *citron*, que estoy bastante segura de que debe de ser algo de limón o naranja, cítricos de algún tipo. Me decido por una *citron crêpe* y por una bebida llamada *citron pressé*, con la esperanza de que sea algo parecido a la limonada.

—¿Qué te pides? —le pregunto.

Se rasca la barbilla. En ella despunta el vello en leves reflejos dorados.

—Pensaba pedirme una *crêpe* de chocolate, pero está tan cerca del pan con chocolate que temo que me pierdas el respeto —dice mostrando esa media sonrisa perezosa.

—Yo no me preocuparía por eso. Ya te he perdido el respeto cuando te he pillado mientras Céline te desnudaba en su oficina —bromeo.

Y eso es lo que parece: sorpresa, diversión.

—No era su oficina —dice lentamente, arrastrando las palabras—. Y yo diría que más bien me estaba desvistiendo.

—Oh, no importa, entonces. Por supuesto, pídete chocolate.

Él reflexiona.

—No —dice por fin—. Voy a pedírmela con Nutella.

—Pero si la Nutella es prácticamente chocolate.

—Está hecha con avellanas.

—¡Y chocolate! Es repugnante.

—Dices eso porque eres americana.

—¡Eso no tiene nada que ver! Tú tienes un apetito insaciable de pan con

chocolate, pero no por eso asumo que seas holandés.

—Entonces ¿por qué?

—¿Por el cacao holandés? Tenéis el monopolio.

Willem se ríe.

—Creo que nos confundes con los belgas. Y creo que mi gusto por lo dulce me viene de mi madre, que ni siquiera es holandesa. Ella dice que tuvo muchos antojos de chocolate cuando estaba embarazada de mí y que por eso me gusta tanto.

—Quién lo hubiera imaginado. Culpas a una mujer.

—¿Quién está echándole la culpa a nadie?

La camarera se acerca con nuestras bebidas.

—Así que, Céline... —empiezo, sabiendo que no debería, pero de alguna manera soy incapaz de hacerlo—. ¿Ella es... la que lleva las reservas en el club?

—Sí.

Sé que es algo malicioso, pero estoy satisfecha de que sea un trabajo tan aburrido. Hasta que lo explica mejor.

—En realidad no es la que se encarga de las reservas. Se ocupa sobre todo de contactar con las bandas, por lo que conoce a un montón de músicos. —Y por si eso no fuera suficiente, añade—: También se encarga del diseño gráfico de los carteles.

—Ah. —Me desinflo—. Debe de tener mucho talento. ¿La conoces por el tema de las actuaciones?

—No.

—Bueno, ¿cómo os conocisteis?

Juega con la envoltura de mi pajita, sin responder.

—Lo entiendo —digo, preguntándome por qué me molesto en preguntar algo que está tan dolorosamente claro—. Tuvisteis un asunto.

—No, no es eso.

—Oh. —Sorpresa. Y alivio.

Y entonces Willem suelta, como siempre tan a la ligera:

—Me enamoré, una vez.

Doy un sorbo a mi *citron pressé*, y me atraganto. Resulta que no es

limonada, sino más bien zumo de limón y agua. Willem me da un terrón de azúcar y una servilleta.

—¿Una vez? —digo cuando me recupero.

—Fue hace tiempo.

—¿Y ahora?

—Somos buenos amigos. Como has podido ver.

No estoy segura de qué es exactamente lo que he visto.

—¿Así que ya no estás enamorado de ella? —paso los dedos por el borde de mi vaso.

Willem me mira.

—Nunca dije que estuviera enamorado de ella.

—Acabas de decir que te enamoraste.

—Sí.

Lo miro, confusa.

—Hay un mundo de diferencia, Lulu, entre enamorarse y estar enamorado.

Siento que me arde la cara, y no estoy del todo segura de por qué.

—¿No es algo secuencial? ¿A seguido de B?

—Tienes que enamorarte para estar enamorado, pero enamorarse no es lo mismo que estar enamorado. —Willem me mira desde debajo de sus largas pestañas—. ¿Te has enamorado alguna vez?

Evan y yo terminamos el día después de que pagara el depósito de la matrícula universitaria. No fue algo inesperado. En realidad no. Habíamos acordado que romperíamos cuando fuéramos a la universidad si no terminábamos en la misma zona geográfica. Y él iba a la universidad de Saint Louis. Yo iba a la de Boston. Lo que no me esperaba era el momento. Evan decidió que tenía más sentido «quitarnos la venda de los ojos» y no romper en junio, cuando nos graduamos, o en agosto, cuando iríamos a la universidad, sino en abril.

Pero la cosa es que, aparte de que significó una especie de humillación porque corrió el rumor de que se había deshecho de mí y encima sufrí la decepción de perderme el baile de graduación, yo no estaba realmente triste por la pérdida de Evan. En cuanto a lo emocional, la ruptura con mi primer

novio fue sorprendentemente neutral. Era como si nunca hubiera estado allí. No lo echo de menos, y Melanie llenó rápidamente cualquier laguna que hubiera dejado en mi agenda.

—No —le respondo—. Nunca he estado enamorada.

En ese momento la camarera llega con nuestras *crêpes*. La mía es de color castaño dorado, flota en una salsa dulce y ácida de limón y azúcar. Me concentro en eso, en cortar un pedazo y hacerlo estallar en mi boca. Se derrite en la punta de mi lengua como un cálido y dulce copo de nieve.

—No te he preguntado eso —dice Willem—. Te he preguntado si te has enamorado alguna vez.

La alegría en su voz es como un picor que no puedo rascarme. Lo miro, preguntándome si siempre analiza así la semántica.

Willem coge el tenedor y el cuchillo.

—Esto es enamorarse. —Con el dedo, coge un poco de Nutella del interior de la *crêpe* y me lo pone en la parte interior de mi muñeca. Está caliente y rezuma y empieza a derretirse contra mi piel pegajosa, pero antes de que se escurra y caiga al suelo, Willem se lame el pulgar, me limpia la mancha de Nutella y se lleva el dedo a la boca. Todo sucede rápidamente, como un lagarto cazando a una mosca—. Y esto es estar enamorado. —Y entonces me coge la otra muñeca, en la que llevo el reloj, y mueve la correa hasta que ve lo que está buscando. Una vez más, se lame el dedo. Solo que esta vez lo frota contra mi marca de nacimiento, con fuerza, como si tratara de borrarla.

—¿Estar enamorado es una marca de nacimiento? —bromeo mientras retiro el brazo. Pero me tiembla la voz, y el lugar donde su huella húmeda se seca sobre mi piel me arde.

—Es algo que nunca se borra, no importa lo mucho que lo desees.

—¿Comparas el amor con una... mancha?

Se inclina tan hacia atrás en el asiento que las patas delanteras de la silla se separan del suelo. Parece muy satisfecho, con la *crêpe* o consigo mismo, no estoy segura.

—Exacto.

Pienso en la mancha de café de sus pantalones vaqueros. Pienso en Lady

Macbeth y su «¡Fuera, mancha maldita!», otro texto que tuve que memorizar para la asignatura de Inglés.

—«Mancha» parece una palabra muy fea para describir el amor —le digo.

Willem solo se encoge de hombros.

—Tal vez solo en inglés. En holandés, es *vlek*. En francés, es *tache*. — Niega con la cabeza, se ríe—. No, siguen siendo feas.

—¿En cuántos idiomas te has manchado?

Se lame el dedo de nuevo y lo lleva hacia mi muñeca, donde ya no queda la más mínima mancha de Nutella. Esta vez me limpia a mí.

—En ninguno. Las manchas siempre acaban saliendo.

Se mete el resto de la *crêpe* en la boca, y con el borde romo del cuchillo recoge la Nutella que hay en el plato. Luego recorre el borde con el dedo, untándoselo con lo último que queda.

—Bien —le digo—. Y ¿por qué quedarte manchado cuando te ensucias es mucho más divertido? —Saboreo los limones en mi boca otra vez, y me pregunto adónde se ha ido toda la dulzura.

Willem no dice nada. Solo le da un sorbo a su café.

Tres mujeres caminan por el interior de la cafetería. Todas son increíblemente altas, casi tanto como Willem, y delgadas, con unas piernas que parecen terminar en sus tetas. Son como una extraña raza de humanos jirafa. Modelos. Nunca antes había visto una en libertad, pero es obvio que lo son. Una de ellas lleva un pequeñísimo par de pantalones cortos y unas sandalias de plataforma, mira a Willem, y él le ofrece su media sonrisa, pero luego se reprime y me mira a mí.

—¿Sabes a qué suena? —pregunto—. Suena como si simplemente te gustara follar. Lo cual está bien. Pero dice mucho de ti. No te inventes falsas distinciones entre enamorarse y estar enamorado.

Oigo mi voz. Me suena como Little Miss Muffet, toda zapatitos de charol y santurronería. Lulu no es así. Y no sé por qué estoy molesta. ¿A mí qué me importa si cree que enamorarse es distinto de estar enamorado, o si cree que el amor es algo que el ratoncito Pérez te mete debajo de la almohada?

Cuando levanto la vista, Willem ha entrecerrado los ojos y sonrío, como

si yo fuera su bufón de la corte y estuviera aquí para divertirle. Me hace sentir codiciosa, como una niña a punto de tener una rabieta porque le han negado algo que sabe que no puede tener, por ejemplo un poni.

—Probablemente ni siquiera crees en el amor. —Mi voz suena petulante.

—Sí que creo. —Su voz suena tranquila.

—¿En serio? Defíneme el amor. ¿Qué sería, algo como «mancharse»? — Hago la señal de las comillas en el aire y pongo los ojos en blanco.

Él ni siquiera se detiene a pensar en ello.

—Como Yael y Bram.

—¿Quiénes son? ¿Los Brangelina holandeses? Esos no cuentan, porque ¿quién sabe lo que realmente significa para ellos? —Miro cómo desaparece la manada de modelos en el interior de la cafetería, donde seguro que se dan un festín de café y aire. Me las imagino en el futuro, gordas y normales. Porque nada de esa hermosura dura para siempre.

—¿Quién es Brangelina? —me pregunta Willem, ausente. Mete la mano en el bolsillo, saca una moneda y la balancea un par de segundos entre dos nudillos, después se la pasa por todos los nudillos de la mano.

Miro la moneda, miro sus manos. Son grandes, pero sus dedos son delicados.

—No importa.

—Yael y Bram son mis padres —dice en voz baja.

—¿Tus padres?

Completa una vuelta entera con la moneda y luego la lanza al aire.

—Mancharse. Me gusta cómo lo dices. Yael y Bram: manchados durante veinticinco años.

Lo dice con tanto cariño y tristeza, que siento un nudo en el estómago.

—¿Tus padres son así? —me pregunta en voz baja.

—Todavía están casados después de casi veinticinco años, pero ¿manchados? —No puedo evitar reírme—. No sé si alguna vez lo estuvieron. Se conocieron en una cita a ciegas en la universidad. Y siempre han parecido no tanto dos tortolitos como dos socios de trabajo, amables, para los que yo soy el único producto.

—El único. ¿Así que estás sola?

¿Sola? Creo que quiere decir que solamente estoy yo. Porque nunca estoy sola, no con mamá y su calendario con códigos de colores en la nevera, lo que hace que cada momento de mi tiempo libre esté programado, asegurándose de que todos los aspectos de mi vida estén felizmente bien administrados. Excepto cuando hago una pausa por un momento y pienso en cómo me siento, en casa, a la mesa de la cena con mamá y papá hablando de mí, no hablándome a mí, en la escuela con un montón de gente que nunca se convirtieron en verdaderos amigos míos, entiendo que aunque no fuera su intención, lo hicieron así.

—Sí —le digo.

—Yo también.

—Nuestros padres abandonaron mientras llevaban ventaja —le digo, repitiendo la frase que siempre usan mis padres cuando la gente les pregunta si soy hija única. «Abandonamos mientras llevábamos ventaja».

—Nunca he entendido algunas frases hechas inglesas —responde Willem—. Si vas ganando, ¿por qué abandonas?

—Creo que es un término de juego.

Pero Willem sacude la cabeza.

—Creo que es propio de la naturaleza humana seguir adelante cuando vas ganando, no importa lo que pase. Abandonas cuando pierdes. —Entonces me mira de nuevo, y como si se diera cuenta de que tal vez me ha insultado, se apresura a añadir—: Estoy seguro de que contigo fue diferente.

Cuando yo era pequeña, mis padres trataron de tener más hijos. Primero de un modo natural, luego recurrieron a terapias de fertilidad, mamá pasó por un montón de procedimientos horribles que nunca funcionaron. Luego valoraron la adopción y estaban en el proceso de rellenar todo el papeleo cuando mamá se quedó embarazada. Ella era tan feliz... En esa época yo estaba en primer curso, y ella había trabajado desde que yo era muy pequeña, pero cuando llegara el nuevo bebé, ella iba a pedir una excedencia de su trabajo en una compañía farmacéutica, tal vez solo trabajaría media jornada. Pero entonces, en el quinto mes de embarazo, perdió el bebé. Fue entonces cuando ella y papá decidieron abandonar cuando iban por delante. Eso es lo que me dijeron. Excepto incluso que en aquel entonces creo que ya me di

cuenta de que era mentira. Querían tener más hijos, pero habían tenido que conformarse solo conmigo, y yo tenía que ser lo suficientemente buena para que todos pudiéramos fingir que estábamos realmente satisfechos.

—Tal vez tengas razón —le digo a Willem—. Tal vez nadie abandona mientras va ganando de verdad. Mis padres siempre dicen eso, pero la verdad es que solo abandonaron conmigo porque ya no podían tener más. No porque yo fuera suficiente.

—Estoy seguro de que eras suficiente.

—¿En serio? —pregunto.

—Quizá más que suficiente —dice enigmáticamente. Casi suena como si estuviera presumiendo, salvo que no parece que esté presumiendo.

Empieza a hacer eso con la moneda otra vez. Mientras estamos allí en silencio miro la moneda, sintiendo cómo crece el suspense en mi estómago, preguntándome si la dejará caer. Pero no lo hace. Solo sigue haciendo que gire. Cuando termina, le da la vuelta en el aire y me la lanza, como anoche.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le digo después de un minuto.

—Sí.

—¿Era parte del show?

Él ladea la cabeza.

—Quiero decir, en cada actuación, ¿siempre le lanzas una moneda a una chica, o yo he sido especial?

Anoche, después de regresar al hotel, pasé un largo rato examinando la moneda que me había tirado. Era una corona checa, por valor de unos cinco centavos. Pero aun así, la metí en un bolsillo separado de mi cartera, lejos de todas las monedas de otros países. La saco ahora. En ella se refleja el sol de la tarde.

Willem también la mira. No estoy segura de si su respuesta es verdadera o simplemente enloquecedoramente ambigua, o tal vez ambas cosas. Porque esto es exactamente lo que dice:

—Tal vez ambas cosas.

7

CUANDO salimos del restaurante, Willem me pregunta la hora. Hago girar el reloj en mi muñeca. Lo noto más pesado que nunca, la piel de debajo me pica y está pálida porque lleva atrapada debajo de ese trozo grueso de metal desde hace al menos tres semanas. No me lo he quitado ni una sola vez.

Es un regalo de mis padres, aunque fue mamá quien me lo dio la noche de mi graduación, después de la fiesta en el restaurante italiano con la familia de Melanie, donde nos dijeron lo del tour.

—¿Qué es esto? —le había preguntado entonces. Estábamos sentados a la mesa de la cocina, descansando de los acontecimientos del día—. Ya me habéis hecho un regalo de graduación.

Ella había sonreído.

—Pues aquí tienes otro.

Abrí la caja, vi el reloj, toqué los pesados eslabones de oro. Leí lo que había grabado.

—Es demasiado. —Y así era. En todos los sentidos.

—El tiempo no se detiene para nadie —había dicho mamá, sonriendo con cierta tristeza—. Te mereces un buen reloj para mantener el ritmo. —Entonces me puso el reloj en la muñeca, mostrándome que había hecho ponerle un cierre de seguridad adicional, señalando que también era sumergible—. Nunca se te caerá. Así que puedes llevártelo contigo a Europa.

—Oh, no. Es demasiado valioso.

—Está bien. Está asegurado. Además, he tirado tu Swatch a la basura.

—¿En serio? —Yo había llevado mi Swatch a rayas de cebra durante toda

la secundaria.

—Ahora ya eres adulta. Necesitas un reloj de adulto.

Ahora miro mi reloj. Son casi las cuatro. Si aún estuviera en el tour, me encontraría disfrutando de un descanso, porque la parte más estresante del día se habría acabado. Por lo general, descansábamos en torno a las cinco, y casi todas las noches, a las ocho en punto, estaba de vuelta en mi habitación de hotel viendo una película.

—Probablemente deberíamos empezar a visitar algunos lugares —dice Willem—. ¿Sabes qué quieres hacer?

Me encojo de hombros.

—Podríamos comenzar por el Sena. ¿Es eso? —Señalo un dique de hormigón, debajo del cual hay un río de alguna clase.

Willem se echa a reír.

—No, eso es un canal.

Caminamos por el sendero empedrado, y Willem saca una gruesa guía de Europa. Abre un pequeño plano de París, señala, más o menos, donde estamos, un área llamada Villette.

—El Sena está aquí —dice trazando una línea en el mapa.

—Oh. —Miro un barco, que ahora se ha quedado atascado entre dos grandes puertas de metal, la zona se está llenando de agua. Willem me explica que es un dique, por donde pasan los barcos de un lado a otro de un canal con dos niveles de agua distintos.

—¿Cómo sabes tanto de todo?

Se ríe.

—Soy holandés.

—¿Eso significa que eres un genio?

—Solo en lo que se refiere a canales. Solemos decir: «Dios hizo el mundo, pero los holandeses hicieron Holanda». —Y pasa a explicarme que gran parte del país fue ganado al mar, y cómo es posible recorrer en bicicleta los terraplenes bajos que mantienen el agua fuera de Holanda. Me cuenta que el hecho de ir en bicicleta por debajo del nivel de los diques, sabiendo que a pesar de que estés bajo el nivel del mar no estás debajo del agua, es una especie de acto de fe. Cuando me lo cuenta parece tan joven que casi puedo

verlo como un niño pequeño, de pelo muy claro y ojos muy abiertos, mirando hacia los cursos de agua sin fin y preguntándose adónde llevan.

—Tal vez podríamos coger uno de esos barcos —le digo señalando la barcaza que acabo de ver pasar por el dique.

Los ojos de Willem se iluminan y, por un segundo, veo de nuevo a ese niño.

—No sé. —Mira la guía—. En realidad no cubren este barrio.

—¿Podemos preguntarlo?

Willem pregunta a alguien en francés y le dan una respuesta muy complicada llena de gestos con las manos. Se vuelve hacia mí, claramente emocionado.

—Tienes razón. Dice que hay paseos en barco que salen desde el muelle del lago.

Recorremos el sendero empedrado hasta que llegamos a un gran lago donde la gente rema en canoas. Un par de barcos están amarrados junto a un muelle de hormigón. Pero cuando llegamos allí, nos damos cuenta de que son barcos privados. Todas las embarcaciones turísticas han salido ya.

—Podemos subirnos a un barco y recorrer el Sena —dice Willem—. Son mucho más económicos, y hay barcos que salen a todas horas. —Baja la mirada. Advierto que está decepcionado, como si me hubiera defraudado.

—Oh, no pasa nada. No importa.

Mira con nostalgia hacia el agua, y veo que se preocupa. Y sé que no lo conozco, pero puedo jurar que siente nostalgia. De los barcos y los canales de su país. Y por un segundo, creo saber qué se debe de sentir al estar lejos de casa durante dos años y aplazar tu regreso durante otro día más. Y él ha hecho eso. Y lo ha hecho por mí.

Hay una fila de barcos y barcazas amarrados, balanceándose en la brisa. Miro a Willem; una expresión melancólica hace más profundas sus facciones. Vuelvo a mirar las barcas.

—En realidad, sí me importa —digo. Meto la mano en mi bolso, saco la cartera y extraigo el billete de cien dólares doblado en su interior. Lo sostengo en el aire y grito—: Busco a alguien que nos dé un paseo por los canales. Y puedo pagar.

Willem da un respingo.

—Lulu, ¿qué estás haciendo?

Pero ya me estoy alejando de él.

—¿Hay alguien dispuesto a darnos un paseo por los canales? —grito de nuevo—. Tengo uno de esos billetes verdes americanos.

Un tipo con cara picada de viruela y rasgos afilados rematados por una perilla aparece a un lado de una barcaza azul con dosel.

—¿Como cuántos de esos billetes verdes? —me pregunta con mucho acento francés.

—¡Un montón!

Coge el billete y lo mira de cerca. Luego lo huele.

Debe de oler bien, porque dice:

—Si mis pasajeros están de acuerdo, os llevaré por el canal hasta Arsenal, cerca de la Bastilla. Es donde amarramos por la noche. —Hace un gesto hacia la parte posterior del barco, donde un cuarteto de personas de cabellos grises están sentadas alrededor de una mesa pequeña, jugando al bridge o a algo así. Se dirige a uno de ellos.

—Hola, capitán Jack —responde el hombre. Debe de tener unos sesenta años. Su pelo es de color blanco, y su cara está roja, quemada por el sol.

—Hay un par de autoestopistas que quieren subir a bordo con nosotros.

—¿Pueden jugar al póquer? —pregunta una de las mujeres.

Yo solía jugar al póquer de siete cartas a cinco centavos la apuesta con mi abuelo, antes de que se muriera. Decía que yo era una excelente farsante.

—No se moleste. Ella me ha dado todo su dinero —dice el capitán Jack.

—¿Cuánto te ha sacado? —pregunta uno de los hombres.

—Le he ofrecido cien dólares —digo.

—¿Para ir adónde?

—Canal abajo.

—Por eso lo llaman capitán Jack —dice uno de los hombres—. Porque es un pirata.

—No. Es porque mi nombre es Jacques, y porque soy su capitán.

—¿Cien dólares, Jacques? —le pregunta una mujer con una larga trenza gris y ojos sorprendentemente azules—. Me parece que es demasiado, incluso

para ti.

—Me lo ofreció ella. —Jacques se encoge de hombros—. Además, ahora voy a tener más dinero para perder al póquer.

—Ah, buen punto —dice ella.

—¿Zarpáis ahora? —pregunto.

—Pronto.

—¿Cuándo es pronto? —Son más de las cuatro. El día avanza rápidamente.

—Estas cosas requieren calma —dice sacudiendo el billete en el aire—. El tiempo es como el agua. Un fluido.

A mí el tiempo no me parece un fluido. Me parece real y animado y duro como una roca.

—Lo que quiere decir —empieza el de la coleta—, es que el viaje hasta Arsenal lleva un tiempo y estábamos a punto de abrir una botella de clarete. Vamos, capitán Jack, larguémonos. Por cien dólares, puede beberse el vino más tarde.

—Seguiremos con esta ginebra francesa tan buena —dice la señora de la trenza.

Él se encoge de hombros y luego se guarda mi billete. Miro a Willem y le sonrío. A continuación, asiento con la cabeza al capitán Jack. Me ofrece la mano para acompañarme a bordo.

Los cuatro pasajeros se presentan. Son daneses, jubilados, y cada año, nos dicen, alquilan una embarcación y hacen un crucero por un país europeo durante cuatro semanas. Agnethe es la de la trenza y Karin tiene el pelo de punta, rapado al uno. Bert tiene una mata de pelo blanco y Gustav es casi calvo pero lleva una cola de caballo y luce las siempre elegantes sandalias con calcetines. Willem se presenta a sí mismo y, casi automáticamente, me presento como Lulu. Es casi como si me hubiera convertido en ella. Tal vez lo he hecho. Allyson, ni en un millón de años, habría hecho lo que acabo de hacer.

El capitán Jack y Willem empiezan a desatar los cabos, y estoy a punto de decir que tal vez debería devolverme parte de mi dinero si Willem va a hacer de primer oficial, pero entonces veo que Willem recoge la cuerda con mucha

destreza. Es evidente que se sabe mover en un barco.

La barcaza resopla fuera del amplio muelle, ofreciéndonos la visión de un viejo edificio de columnas blancas y una cúpula de aspecto moderno. Los daneses regresan a su partida de póquer.

—No pierdan todo su dinero —les dice el capitán Jack—, o no les quedará para perderlo conmigo.

Me deslizo hasta la proa del barco y contemplo el paisaje. Aquí abajo, en el canal, en las estrechas pasarelas de arcos bajo los puentes, hace más frío. Y también huele diferente. A viejo, a mustio, como si los siglos de historia se acumularan en las húmedas paredes. Si estas paredes pudieran hablar, me pregunto qué secretos explicarían.

Cuando llegamos al primer dique, Willem se coloca en un lado de la barcaza para enseñarme cómo funciona el mecanismo. Las puertas de metal de aspecto antiguo, oxidadas, del mismo color que el agua salobre, se cierran detrás de nosotros, el agua baja debajo de la barcaza, y se vuelven a abrir las puertas en una sección más baja del canal.

Esta parte del canal es tan estrecha que la barcaza ocupa casi todo el ancho. Taludes empinados conducen a las calles, y por encima de ellos, álamos y olmos (según el capitán Jack) forman una glorieta, un suave respiro del ardiente sol de la tarde.

Una ráfaga de viento sacude los árboles, lanzando las hojas sobre la cubierta.

—Va a llover —dice el capitán Jack olfateando el aire como un conejo. Miro hacia arriba y luego a Willem y pongo los ojos en blanco. El cielo está despejado, y no ha llovido en esta parte de Europa durante los últimos diez días.

Arriba, París continúa haciendo lo suyo. Las madres toman café mientras vigilan a sus hijos, que corretean por las aceras. Los vendedores de los puestos al aire libre ofrecen frutas y verduras. Los amantes se abrazan, no importa el calor. Hay un clarinetista sobre un puente, amenizándolo todo.

Casi no he sacado ninguna foto en todo el viaje. Melanie se burlaba de mí por eso, y yo siempre le decía que prefería vivir algo, a grabarlo obsesivamente. Aunque, en realidad, la verdad era que, a diferencia de

Melanie (que quería recordar al vendedor de zapatos y al mimo y al camarero guapo y a todas las otras personas del tour), nada de eso me importaba de verdad. Al comienzo del viaje saqué algunas fotos de los lugares de interés. El Coliseo. El palacio Belvedere. La plaza Mozart. Pero paré de hacerlo. Nunca me salen demasiado bien, y siempre puedo comprar postales.

Pero no hay postales de esto. De la vida.

Le saco una foto a un hombre calvo que pasea a cuatro perros peludos. A una niña con una absurda falda de volantes que le está arrancando los pétalos a una flor. A una pareja que se besa descaradamente en la playa artificial que hay en la orilla. A los daneses, haciendo caso omiso de todo a su alrededor, pero pasando el mejor momento de sus vidas jugando a las cartas.

—Oh, déjame sacaros una de los dos —dice Agnethe, tambaleándose un poco al levantarse—. Pero qué guapos sois. —Se da la vuelta hacia la mesa—. Bert, ¿alguna vez fui yo así de guapa?

—Todavía lo eres, mi amor.

—¿Cuánto tiempo lleváis casados? —le pregunto.

—Trece años —dice ella, y me pregunto si están manchados, pero luego añade—: Por supuesto, hemos estado divorciados durante diez.

Ella ve la expresión de confusión en mi cara.

—Nuestro divorcio ha tenido más éxito que la mayoría de los matrimonios.

Me dirijo a Willem.

—¿Qué tipo de mancha es esa? —susurro, y él se ríe mientras Agnethe saca la foto.

La campana de una iglesia suena a lo lejos. Agnethe me devuelve el teléfono, y saco una foto de ella y Bert.

—¿Me la enviarás? ¿Me las enviarás todas?

—Por supuesto. Tan pronto como tenga cobertura. —Me dirijo a Willem—. También te las pasaré a ti, si me das tu número.

—Mi teléfono es tan viejo que no puedo ver imágenes.

—Cuando llegue a casa, entonces, pasaré las fotos al ordenador y te las enviaré por correo electrónico —le digo, pero voy a tener que encontrar un lugar donde esconder de mamá estas fotos, porque no sería la primera vez

que me revisa el teléfono o el ordenador. Aunque eso, me doy cuenta ahora, pasará durante solo un mes más. Y luego seré libre. Igual que lo soy hoy.

Contempla una de las fotografías durante un buen rato. Después me mira.

—Te voy a tener aquí —se da unos golpecitos en la sien—. Donde no puedo perderte.

Me muerdo el labio inferior para disimular mi sonrisa mientras guardo el teléfono, pero cuando el capitán Jack llama a Willem para que tome el timón mientras él pasa a la proa, lo saco de nuevo y me desplazo por las fotos, deteniéndome en la que nos ha sacado Agnethe. Estoy de perfil, con la boca abierta. Él ríe. Siempre ríe. Paso el pulgar sobre su rostro, casi esperando que de él emane una especie de calor.

Guardo el teléfono y veo pasar París. Me siento relajada, casi borracha de esta alegría soñolienta. Al cabo de un rato, Willem vuelve conmigo. Nos sentamos en silencio, escuchando el chapoteo del agua, el murmullo de los daneses. Willem saca una moneda y hace esa cosa, pasársela de nudillo a nudillo. Lo miro, hipnotizada por su mano, por el suave balanceo de las aguas. Todo permanece tranquilo hasta que los daneses empiezan a discutir en voz alta. Willem traduce: al parecer discuten acaloradamente si una famosa actriz francesa ha hecho nunca una película pornográfica.

—¿También hablas danés? —pregunto.

—No, solo que se parece al holandés.

—¿Cuántos idiomas hablas?

—¿Con fluidez?

—Oh, Dios. Siento haberlo preguntado.

—Con fluidez, cuatro. También me las arreglo en alemán y en español.

Sacudo la cabeza, asombrada.

—Sí, pero tú dijiste que hablas chino.

—Yo no diría que lo hablo tanto como que lo perpetro. No tengo mucho oído y en el chino mandarín es muy importante la entonación.

—Déjame escucharlo.

Lo miro.

—*Ni Zhen Shuai.*

—Di algo más.

—*Wo xiang wen ni.*

—Ahora lo comprendo. —Se cubre la cabeza—. Para. Me sangran los oídos.

—Cállate o lo harás. —Finjo que lo empujo.

—¿Qué has dicho? —pregunta.

Le echo una mirada. No se lo voy a decir, de ninguna manera.

—Te lo acabas de inventar —añade.

Me encojo de hombros.

—Nunca lo sabrás.

—¿Qué significa eso?

Sonrío.

—Que tendrás que buscarlo.

—¿Puedes escribirlo, también? —Se saca su pequeño libro negro y lo abre en una página en blanco en la parte del final. Rebusca de nuevo en su bolsa—. ¿Tienes un lápiz?

Tengo un de esos lujosos bolígrafos que le quité a mi padre, lleva grabada una frase que dice: RESPIRA TRANQUILO CON PULMOCLEAR. Escribo el signo del sol, la luna, las estrellas. Willem asiente con admiración.

—Y mira, me encanta este. Es la doble felicidad.

—¿Ves que los signos son simétricos?

—Doble felicidad —repite Willem, resiguiendo las líneas con el dedo índice.

—Es una frase muy popular. La verás en los restaurantes y en las cosas. Creo que tiene que ver con la suerte. En China, lo escriben mucho en los adornos de las bodas. Probablemente por la historia de su origen.

—¿Cuál es?

—Un hombre joven se dirigía a hacer una prueba muy importante para convertirse en ministro. Por el camino se pone enfermo en un pueblo de montaña, así que el médico rural se hace cargo de él, y mientras se está recuperando, conoce a la hija del médico, y se enamoran. Justo antes de irse, la chica le recita un verso. El joven se dirige a la capital para hacer el examen y lo hace bien, y el emperador queda impresionado. En consecuencia, supongo que para ponerlo a prueba una vez más le recita un verso. Por

supuesto, el joven reconoce de inmediato ese verso misterioso como la otra mitad del que la chica le había recitado, por lo que repite lo que dijo la chica. El emperador queda doblemente impresionado, y el chico consigue el trabajo. Luego se va y se casa con la chica. De ahí la doble felicidad, supongo. Él consigue el trabajo y a la chica. Ya sabes, los chinos valoran mucho la suerte.

Willem sacude la cabeza.

—Creo que la felicidad es doble porque las dos mitades se encuentran. Igual que con los versos.

Nunca había pensado en ello pero, por supuesto, es así.

—¿Te acuerdas de cómo va? —pregunta Willem.

Asiento con la cabeza.

—«Árboles verdes contra el cielo bajo la lluvia de primavera, mientras el cielo inunda los árboles primaverales de oscuridad. Flores rojas salpican la tierra perseguidas por la brisa, mientras la tierra se tiñe de rojo después del beso».

La sección final del canal es subterránea. Las paredes están arqueadas y son tan bajas que puedo alcanzarlas y tocar los ladrillos lisos y húmedos. El eco hace que el silencio aquí debajo sea misterioso. Hasta los ruidosos daneses se han callado. Willem y yo nos sentamos con las piernas colgando por el borde de la embarcación, tocando con los pies las paredes del túnel cuando podemos.

Él roza mi tobillo con la punta del pie.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por regalarme esto. —Hace un gesto hacia el barco.

—Ha sido un placer. Gracias por regalarme esto. —Señalo por encima de nosotros, donde París está en pleno bullicio.

—De nada. —Mira alrededor—. Todo esto es precioso. El canal. —Me mira—. Tú.

—Apuesto a que les dices eso a todos los canales. —Pero me sonrojo en esta húmeda y agradable oscuridad.

Nos quedamos así durante el resto del viaje, balanceando las piernas contra el costado de la embarcación, escuchando las risas o la música de París

que se filtra bajo tierra. Tengo la sensación de que aquí abajo la ciudad cuenta sus secretos, solo para aquellos que cree que la escuchan.

8

ARSENAL Marina es como un estacionamiento para botes, aprisionados en los muelles de hormigón a ambos lados del agua. Willem ayuda al capitán Jack a guiar la embarcación hacia el estrecho amarre, y después salta a tierra para amarrar las cuerdas con unos nudos complicados. Nos despedimos de los daneses, que ya están bastante achispados, y Agnethe me da su número de teléfono, y le prometo que le enviaré las fotos tan pronto como pueda.

Al bajar, el capitán Jack sacude las manos.

—Me siento un poco mal por haber aceptado tu dinero —dice.

—No. No se sienta mal. —Pienso en la expresión del rostro de Willem cuando estábamos en el túnel. Solo eso ya valía los cien dólares.

—Te los vamos a ganar muy pronto —dice Gustav.

Jacques se encoge de hombros. Besa mi mano antes de ayudarme a bajar del barco, y prácticamente aplasta a Willem en un abrazo.

Cuando nos alejamos, Willem me da un golpecito en el hombro.

—¿Has visto cómo se llama el barco?

No lo he visto. Está justo en la parte trasera, grabado en letras azules, al lado de las rayas verticales rojas, blancas y azules de la bandera francesa.

Viola. Deauville...

—¿Viola? ¿La Viola de Shakespeare?

—No. Jacques quería que se llamara *Voilà*, pero su primo pintó mal la palabra, y le gustó el nombre, por lo que la registró como Viola.

—Es un poco raro —digo.

Como siempre, Willem sonrío.

—¿Un accidente? —Inmediatamente, un temblor extraño me recorre la columna vertebral.

Willem asiente con la cabeza, casi con solemnidad.

—Un accidente —confirma.

—Pero ¿qué significa? ¿Significa esto que se supone que debíamos subirnos a ese barco? Y si no lo hubiéramos hecho, ¿sería mejor o peor? ¿Subirnos a ese barco altera el curso de nuestras vidas? ¿La vida es realmente tan azarosa?

Willem solo se encoge de hombros.

—¿O solo quiere decir que el primo de Jacques no sabe deletrear una palabra? —le digo.

Willem se ríe de nuevo. El sonido es claro y fuerte como una campana, y me llena de alegría, y es como si, por primera vez en mi vida, entendiera que ese es el objetivo de la risa, contagiar felicidad.

—A veces no puede saberse hasta que se sabe —dice.

—Eso es de gran ayuda.

Se ríe y me mira durante un buen rato.

—Sabes, creo que, después de todo, podrías ser buena para esto de los viajes.

—¿En serio? No, no lo soy. Lo de hoy es una anomalía total. Me he sentido muy mal durante el tour. Créeme, no he cogido un solo barco. Ni siquiera un taxi. Ni siquiera una bicicleta.

—¿Y antes del tour?

—No he viajado mucho, y las veces que lo he hecho... no es que haya habido mucha ocasión para los accidentes.

Willem levanta una ceja.

—He estado en algunos lugares. Florida, por ejemplo. Esquiando. Y en México, pero suena más exótico de lo que es. Todos los años vamos a un resort en el sur de Cancún. La intención es que se parezca a un templo maya gigante, pero juro que la única pista que hay de que no estás en Estados Unidos es el hilo musical que emite todo el rato villancicos mariachis en los toboganes que dan al río artificial. Nos quedamos en la misma zona. Vamos a la misma playa. Comemos en los mismos restaurantes. Apenas salimos por la

puerta, y cuando lo hacemos, es para visitar las ruinas, pero vamos a las mismas todos los años. Es como la agenda de un tour, pero no cambia nada.

—Lo mismo, lo mismo, pero diferente —dice Willem.

—Más bien lo mismo, lo mismo, pero lo mismo.

—La próxima vez que vayas a Cancún, puedes escaparte y ver el verdadero México —sugiere—. Tentar a la suerte. Ver qué pasa.

—Tal vez —acepto, imaginando la respuesta de mi madre si le sugiriese un pequeño viaje independiente.

—Tal vez vaya a México algún día —dice Willem—. Toparé contigo y nos escaparemos a la selva.

—¿Crees que podría pasar algo así? ¿Que sencillamente topáramos el uno con el otro por simple azar?

Willem levanta las manos en el aire.

—Tendría que haber otro accidente. Uno grande.

—Oh, ¿así que estás diciendo que soy un accidente?

Su sonrisa se extiende como el caramelo.

—Por supuesto.

Froto mi dedo del pie contra el interior del zapato. Pienso en mis bolsas Ziploc. Pienso en el programa de todas mis actividades marcadas con códigos de colores que hemos tenido pegado a la nevera desde que tenía ocho años. Pienso en mis pulcros archivos que contienen todos los materiales y apuntes universitarios. Todo ordenado. Todo planeado. Miro a Willem, es decir, a lo opuesto a todo eso, y a mí. Pienso en hoy, también lo contrario a todo eso.

—Creo que, posiblemente, podría ser una de las cosas más halagadoras que nadie me ha dicho nunca. —Hago una pausa—. No estoy segura de lo que dice de mí, sin embargo.

—Dice que no te han halagado lo suficiente.

Me inclino y le hago una reverencia.

Se detiene y me mira, y es como si sus ojos fueran dos escáneres. Tengo la misma sensación que tuve en el tren, de que me está evaluando, pero esta vez no para descifrar mi valor en el mercado negro, sino para algo distinto.

—No voy a decir que eres bonita, porque ya lo ha hecho ese perro. Y no voy a decir que eres graciosa, porque me has hecho reír desde que te conocí.

Evan me decía que él y yo éramos «tan compatibles», como si ser como él fuera la forma más alta de alabanza. «Bonita y divertida»: Willem podría callarse en ese momento, y sería suficiente.

Pero no se detiene ahí.

—Creo que eres el tipo de persona que encuentra dinero en el suelo y lo agita en el aire mientras pregunta si alguien lo ha perdido. Creo que lloras con las películas que ni siquiera son tristes porque tienes el corazón blando, aunque no lo dejes ver. Creo que haces cosas que te asustan, y eso te hace más valiente que los adictos a la adrenalina que saltan de los puentes.

Entonces se detiene. Abro la boca para decir algo, pero no emito sonido. Siento un nudo en la garganta y por un instante temo echarme a llorar.

Porque yo había esperado chucherías, baratijas, lisonjas: «Tienes una bonita sonrisa. Tiene unas piernas bonitas. Eres sexy».

Pero lo que ha dicho... Una vez le entregué al guardia de seguridad cuarenta dólares que encontré en la zona de restaurantes de un centro comercial. He llorado en todas y cada una de las películas de Jason Bourne. En cuanto a lo último que ha dicho, no sé si es verdad. Pero espero más que nada que lo sea.

—Hay que ponerse en marcha —le digo, aclarando la garganta—. Si queremos llegar al Louvre. ¿Está muy lejos de aquí?

—Tal vez unos pocos kilómetros. Pero en bicicleta se llega enseguida.

—¿Quieres que empiece a parar ciclistas? —bromeo.

—No, solo tendremos que encontrar un *Vélib'*. —Willem mira a su alrededor y se acerca a un stand de bicicletas grises—. ¿Alguna vez has oído hablar de las Bicicletas Blancas? —pregunta. Niego con la cabeza, y Willem me explica que durante un breve tiempo, en el Ámsterdam de los años sesenta, solía haber bicicletas blancas en todas partes, y eran para compartir. Cuando querías una bicicleta, cogías una, y cuando llegabas a tu destino, la dejabas. Pero no funcionó porque no había suficientes bicicletas, y la gente las robaba—. En París puedes alquilar una bicicleta de forma gratuita durante una media hora, pero tienes que devolverla, de lo contrario, la pagas.

—Oh, creo que hace poco leí algo como eso en casa. ¿Así que es gratis?

—Todo lo que necesitas es una tarjeta de crédito para la fianza.

No tengo una tarjeta de crédito. Bueno, no tengo una que no esté vinculada de nuevo a la cuenta de mis padres, pero Willem tiene su tarjeta de crédito, aunque dice que no está seguro de si habrá suficiente saldo. Cuando la pasa por la ranura del servicio automático, una de las bicis se desbloquea, pero cuando lo intenta de nuevo para desbloquear una segunda bici, la tarjeta se niega a funcionar. No estoy completamente decepcionada. Recorrer París en bici, sin casco, parece vagamente suicida.

Pero Willem no vuelve a poner la bici en su sitio. La empuja hasta donde estoy y sube el asiento. Me mira. Luego acaricia el sillín.

—Espera, ¿quieres que me suba a la bici?

Asiente con la cabeza.

—¿Y tú qué? ¿Correrás a mi lado?

—No. Te voy a montar. —Sus cejas se disparan, y yo noto que me sonrojo—. En la bicicleta —aclara.

Subo al ancho sillín. Willem se pone delante de mí.

—¿Dónde te vas a poner exactamente? —pregunto.

—No te preocupes por eso. Tú ponte cómoda —dice, como si fuera posible en la situación actual, con él a pocos centímetros de mi cara, tan cerca que puedo sentir el calor que irradia su cuerpo, tan cerca que percibo el olor de su camiseta. Pone un pie en uno de los pedales. Luego se da la vuelta, una sonrisa pícaro le llena el rostro—. Avísame si ves a la policía. Esto no es del todo legal.

—Espera, ¿qué no es legal?

Pero ya ha arrancado. Cierro los ojos. Esto es una locura. Nos vamos a matar. Y entonces mis padres me matarán de verdad.

Una manzana más allá todavía estamos vivos. Mantengo un ojo abierto. Willem se inclina totalmente hacia delante sobre el manillar, sin esfuerzo, de pie sobre los pedales, mientras que yo me inclino hacia atrás, las piernas me cuelgan a los lados de la rueda trasera. Abro mi otro ojo, relajo la presa de mis manos húmedas en el borde de su camiseta. El puerto deportivo está muy por detrás de nosotros, y vamos por una calle normal, por el carril bici, adelantando a todas las demás bicicletas grises.

Pasamos por una calle completamente en obras, la mitad de la avenida

está bloqueada por andamios y vallas, y veo un montón de pintadas en las paredes, veo una de «SOS» con la misma grafía que en la camiseta del grupo *Sous ou Sur*. Estoy a punto de señalársela a Willem, pero entonces gira en la otra dirección y topamos con el Sena. Y esto es París. ¡La postal de París! El París de *French Kiss* y de *Midnight in Paris* y de *Charade* y todas las películas que he visto. Miro boquiabierto el Sena, cuya superficie ondea al viento y brilla bajo el sol bajo de la tarde. En su recorrido veo una serie de puentes con arcos, el río parece envuelto en caras pulseras, como la muñeca de una mujer elegante. Willem señala *Notre Dame*, que se eleva solitaria en una isla en medio del río, como si nada. ¡Como si fuera un edificio cualquiera, y no, es la maldita *Notre Dame*! Pasamos por delante de otro edificio, un dulce pastel de bodas que parece que podría albergar a la realeza. Pero no, solo es la alcaldía.

Es curioso, pero en el tour, a menudo vistas como esta pasaban por nuestro lado como una bala mientras recorríamos las ciudades en autocar. La señora Foley se ponía en la parte delantera del vehículo, micrófono en mano, y nos contaba los hechos sobre esta catedral o aquel palacio de la ópera. A veces queríamos parar y entrar, como solo teníamos uno o dos días para cada ciudad, la mayoría de las veces pasábamos de largo.

En este momento también estoy pasando de largo. Pero, de alguna manera, lo veo todo diferente. Porque estando aquí, al aire libre, en la parte trasera de la bici, con el viento en el pelo y los sonidos cantando en mis oídos y los adoquines centenarios traqueteando debajo de mi trasero, no me falta nada. Al contrario, me estoy empapando de todo, me estoy alimentando de todo, me estoy convirtiendo en parte de la ciudad.

No estoy segura de cómo explicar el cambio, o más bien todos los cambios de hoy. ¿Es París? ¿Es Lulu? ¿O es Willem? ¿Es estar a su lado lo que hace que la ciudad me resulte tan embriagadora, o es la ciudad la que convierte su cercanía en algo tan irresistible?

Un fuerte silbido me saca del ensueño, y Willem detiene la bici bruscamente.

—Se acabó —dice Willem. Puedes bajar, y Willem empieza a empujar la bicicleta por la calle.

Un policía con un fino bigote y una expresión estreñida viene hacia nosotros. Empieza a gritarle a Willem, gesticulando, moviendo un dedo. Su cara está encendida de un rojo brillante, y cuando saca su libreta y empieza a señalarnos, me pongo nerviosa. Creía que Willem había estado bromeando acerca de que esto era ilegal.

Entonces Willem le dice algo al policía, que detiene su fiera diatriba.

El policía empieza a parlotear, y no entiendo ni una palabra, excepto que estoy bastante segura de que ha dicho «Shakespeare», mientras sostiene un dedo levantado y lo mueve en un gesto que sugiere que, sea lo que sea lo que le ha dicho Willem, le ha gustado. Willem asiente con la cabeza, y el tono del policía se suaviza. Sigue meneando el dedo frente a nosotros, pero ya se ha guardado la libreta en su cartera. Se toca la divertida gorra con la punta de un dedo y se aleja.

—¿Acabas de citarle Shakespeare a un policía? —pregunto.

Willem asiente.

No estoy seguro de qué es mayor locura: si lo que ha hecho Willem, o que aquí los policías sepan de Shakespeare.

—¿Qué le has dicho?

—*La beauté est une enchanteresse, et la bonne foi qui s'expose à ses charmes se dissout en sang* —dice—. Es de Mucho ruido y pocas nueces.

—¿Qué quiere decir?

Willem me regala su media sonrisa y se lame los labios.

—Vas a tener que averiguarlo.

Caminamos a lo largo del río y por una calle llena de restaurantes, galerías de arte y boutiques de lujo. Willem aparca la bicicleta en una plataforma, cruzamos a pie por debajo de un ancho pórtico y luego llegamos a lo que al principio parece que debería ser una residencia presidencial o un palacio real, Versalles o algo así, porque los edificios son realmente enormes. Entonces veo la pirámide de cristal en el centro del patio, y me doy cuenta de que hemos llegado al Louvre.

Está atestado. Miles de personas llenan los edificios, y otras tantas salen de ellos cargadas con tubos de cartón de esos que contienen reproducciones de cuadros, y con grandes bolsas blancas y negras. Algunas parecen

animadas, parlotean sin parar, pero muchas parecen más bien emocionadas, cansadas, aturdidas después de un día consumiendo porciones épicas de cultura. Conozco esa mirada. El folleto del Tour Adolescente se jactaba de que «ofrecemos a los jóvenes la experiencia de una inmersión completa en Europa. Exponemos a sus hijos a la mayor cantidad de cultura posible en un corto período de tiempo, ampliando su visión de la historia, del lenguaje, del arte, del patrimonio, de la cocina». Se suponía que iba a ser algo que nos iluminara, pero la mayoría de las veces simplemente nos cansaba.

Por eso, cuando descubrimos que el Louvre acababa de cerrar, me sentí realmente aliviada.

—Lo siento —dice Willem.

—Oh, yo no. —No estoy segura de si esto puede calificarse como un accidente o no, pero de todos modos me siento feliz.

Damos media vuelta, cruzamos un puente y pasamos a la otra orilla del río. Junto a la orilla hay todo tipo de vendedores de libros y revistas, antiguas primicias del Paris Match con Jackie Kennedy en la portada al lado de antiguos libros de bolsillo con escabrosas cubiertas de pasta, titulados en inglés y francés. Hay una vendedora que tiene un montón de antiguallas, jarrones antiguos, bisutería, y en una caja una colección de polvorientos despertadores antiguos. Rebusco en la caja y encuentro uno de baquelita blanca. «Veinte euros», me dice la vendedora envuelta en su pañuelo palestino. Trato de mantener cara de póquer. Veinte euros son unos treinta dólares. Ese reloj puede valer doscientos dólares fácilmente.

—¿Lo quieres? —pregunta Willem.

Mi madre se volvería loca si lo llevara a casa, y es tan grande y bonito que nunca tendría que saber dónde lo ha puesto. La mujer da cuerda al reloj para demostrarme que funciona, pero al escuchar el tictac me acuerdo de lo que ha dicho Jacques poco antes, eso de que el tiempo es un fluido. Miro hacia el Sena, que ahora es de color rosa brillante porque refleja el color de las nubes que recorren el cielo. Devuelvo el reloj a la caja.

Subimos por el dique y nos adentramos en el laberinto sinuoso y estrecho de calles que Willem me dice que es el Barrio Latino, donde viven los estudiantes. Es diferente. No hay tantas avenidas y tantos magníficos

bulevares, sino callejones apenas lo suficientemente anchos como para que quepa uno de esos coches biplaza llamados Smart que ahora están de moda en todo el mundo. Iglesias pequeñas, rincones, callejas. Es un París completamente distinto. Tanto como deslumbrante.

—¿Vamos a tomar una copa? —propone Willem.

Asiento con la cabeza.

Cruzamos una concurrida avenida, llena de cines, cafés al aire libre, todos ellos atestados, y también unos cuantos hoteles pequeños no demasiado caros a juzgar por los precios anunciados en sus tableros. La mayoría tiene puesto el cartel de *complet*, pero otros no, y podría pagar algunas de esas habitaciones si tuviera dónde cambiar lo que me queda de efectivo, alrededor de cuarenta libras.

No he sido capaz de pensar en qué haremos Willem y yo esta noche.

¿Dónde dormiremos? No me ha parecido que a él le preocupe mucho, y lo que me preocupa a mí es que tengamos que recurrir a Céline. Pasamos por delante de una agencia de cambio. Le digo a Willem que quiero cambiar algo de dinero.

—Yo aún tengo algo —dice—. Y tú acabas de pagar el viaje en barco.

—Pero no tengo ni un solo euro, solo libras. ¿Qué pasa si quiero, no lo sé, comprar una postal? —Me detengo frente a un expositor de postales—. Además, tendremos que pagar las bebidas y la cena, y necesitamos un lugar para, para... —Me callo antes de reunir el coraje para terminar—. Esta noche. —Siento que me sube una oleada de calor por la nuca.

Las palabras parecen quedarse allí flotando mientras espero la respuesta de Willem, alguna pista de qué está pensando. Pero él está mirando hacia uno de los cafés, donde un grupo de chicas sentadas a una mesa parece que le hacen gestos. Entonces, se vuelve hacia mí.

—¿Perdón? —pregunta.

Las chicas siguen haciéndole señas. Una de ellas con más entusiasmo que las demás.

—¿Las conoces?

Mira hacia la cafetería, y luego a mí, y luego de nuevo a la cafetería.

—¿Puedes esperar aquí un momento?

Me da un vuelco el estómago.

—Sí, no hay problema.

Me deja en una tienda de recuerdos, donde hago girar el expositor de postales mientras les espío. Cuando llega al grupo de chicas, les da tres besos en las mejillas, en vez de dos, como hizo con Céline. Se sienta al lado de la chica que le ha hecho los gestos con más entusiasmo. Está claro que se conocen, porque ella le pone la mano en la rodilla. Él lanza miradas como dardos en mi dirección, y espero que me llame, pero no lo hace, y después de cinco minutos infinitos, la chica delicada y entusiasta escribe algo en un trozo de papel y se lo da. Willem se lo mete en el bolsillo. Luego se pone de pie, y vuelven a besarse en las mejillas una y otra vez. Y se dirige hacia mí, que estoy fingiendo un profundo interés en una postal de Toulouse-Lautrec.

—Vamos —dice mientras me coge por el codo.

—¿Amigas tuyas? —pregunto mientras me veo obligada a trotar para seguir el paso de sus largas zancadas.

—No.

—Pero ¿las conoces?

—Las vi una vez.

—¿Y te las has encontrado por casualidad?

Me mira y, por primera vez hoy, advierto que está molesto.

—Es París, Lulu, la ciudad más turística del mundo. Estas cosas pasan.

Accidentes, pienso. Pero me siento celosa, posesiva, no solo por la chica, cuyo número de teléfono sospecho que ahora tiene en su bolsillo, si es que no lo tiene ya en su librito negro, sino por los «accidentes». Porque hoy sentía como si los accidentes fueran solo nuestros, de Willem y míos.

Willem se ablanda.

—Las conocí en Holanda.

Algo en la actitud general de Willem ha cambiado, como una lámpara cuya bombilla se atenuara antes de quemarse. Y es entonces cuando me doy cuenta de la forma en que ha dicho «Holanda», como derrotado, y me doy cuenta de que a lo largo de todo el día no ha dicho ni una sola vez que iba a volver a casa. Y luego otro pensamiento me golpea. Se suponía que hoy debería haber llegado a casa, o a Holanda, después de dos años de estar fuera.

En tres días yo llegaré a casa, y habrá una multitud en el aeropuerto. De regreso a mi casa habrá una pancarta de bienvenida y una cena de celebración, aunque probablemente tendré demasiado *jet lag* como para poder comer. Después de solo tres semanas de un viaje en el que simplemente me han dado vueltas como en uno de esos paseos encima de un poni, voy a tener la bienvenida de una heroína.

Se fue hace dos años. ¿Por qué Willem no espera que lo reciban con una bienvenida de héroe? ¿Hay alguien que lo esté esperando?

—Cuando estábamos en el club de Céline —le pregunto—, ¿has llamado a alguien?

Se vuelve hacia mí, con el ceño fruncido y una expresión de confusión en los oscuros ojos.

—No. ¿Por qué?

Porque entonces ¿cómo puede nadie saber que llegarás con retraso? Porque entonces ¿cómo sabrán que deben posponer la bienvenida de su héroe hasta mañana?

—¿No tienes a nadie que te espere? —pregunto.

Algo le pasa a su rostro, porque por un instante se le cae la máscara de alegría, que no me había dado cuenta de que era una máscara hasta que advierto lo cansado que se ve debajo de ella.

—¿Sabes qué pienso? —pregunta Willem.

—¿Qué?

—Deberíamos perdernos.

—Tengo noticias para ti, llevo perdida todo el día.

—Esto es diferente. Esto es perderse a propósito. Es algo que hago cuando llego a una nueva ciudad. Me meto en el metro o me subo a un tranvía y selecciono al azar una parada.

Me doy cuenta de lo que está haciendo. Está cambiando de tema. Y me da que, de alguna manera, necesita hacerlo. Así que dejo que lo haga.

—¿Como un par de viajeros pinchándole la cola al burro? —pregunto.

Willem me lanza una mirada de sorpresa. Su inglés es tan bueno que a veces se me olvida que puede no entender algo.

—¿Se trata de accidentes? —pregunto.

Me mira, y durante medio segundo la máscara se desliza de nuevo. Pero enseguida vuelve a su lugar. No importa. Se le ha caído, y lo he visto. Y lo entiendo. Willem está solo, del mismo modo que yo estoy sola. Y ahora este dolor que no puedo distinguir si es suyo o mío se ha abierto dentro de mí.

—Siempre se trata de accidentes —dice.

9

ESCOJO al azar.

Con la estrategia de «ponle la cola al burro», cierro los ojos frente al plano del metro y presiono mi dedo contra un nombre que suena muy bien: Château Rouge.

Al salir del metro nos encontramos en un París completamente nuevo, y no hay ningún castillo, rojo o no, a la vista.

Las calles son estrechas, como en el Barrio Latino, pero polvorientas. Recibo una embestida de olores: curry que sale de las confiterías, el olor metálico de la sangre de los cadáveres de animales enormes que llevan en carros por la calle, el olor dulce y exótico del humo del incienso, los gases de los escapes de los coches y las motos, el aroma omnipresente del café, aunque no hay muchas cafeterías por aquí, de esas que abarcan una esquina entera, sino que son mucho más pequeñas, adaptadas a los bajos de los edificios estrechos, con mesas que ocupan las aceras. Y todas están llenas de hombres fumando y tomando café. Mujeres, pocas. Algunas llevan burkas negros que solo muestran sus ojos a través de unas rendijas, otras, vestidos de colores, con sus bebés dormidos y sujetos a la espalda, entrando y saliendo de las tiendas. Somos los únicos turistas de la zona, y la gente se fija en nosotros, no con actitud amenazadora, sino solo con curiosidad, como si estuviéramos perdidos. Que lo estamos. Precisamente por eso, ni en un millón de años habría hecho esto yo sola, por mi cuenta.

Pero Willem adora hacerlo. Así que trato de seguir su ejemplo y relajarme, y simplemente contemplo boquiabierto esta parte de París en la que

se encuentran Oriente Próximo y África.

Pasamos por delante de una mezquita, y luego por una iglesia descomunal, todo torres y contrafuertes, que parece que haya aterrizado en el barrio igual que nosotros. Damos vueltas y vueltas por las calles hasta que llegamos a una especie de parque: un cuadrado de césped lleno de senderos y pistas de frontón intercaladas entre edificios de apartamentos. Está lleno de chicas con pañuelos en la cabeza jugando a alguna versión de la rayuela, y de niños en las pistas de frontón, y de personas paseando perros y jugando al ajedrez y sentados fumando al final de esta tarde de verano.

—¿Tienes alguna idea de dónde estamos? —le pregunto a Willem.

—Estoy tan perdido como tú.

—Oh, pues estamos jodidos. —Pero me río. Es agradable perdernos, juntos.

Nos tumbamos debajo de un grupo de árboles en un tranquilo rincón del parque, bajo un mural que representaba a unos niños jugando entre nubes. Me quito las sandalias. Tengo los pies sucios de polvo y sudor.

—Creo que tengo los pies destrozados.

Willem se quita las chanclas. Veo la cicatriz en zigzag que le sube desde los dedos del pie izquierdo.

—Yo también.

Nos tumbamos de espaldas mientras el sol se oculta detrás de las nubes que empieza a arrastrar la brisa fresca, trayendo consigo el olor de la lluvia. Tal vez Jacques tuviera razón, después de todo.

—¿Qué hora es? —pregunta Willem.

Cierro los ojos y le tiendo la muñeca para que mire mi reloj.

—No me lo digas. No quiero saberlo.

Me coge el brazo, mira la hora. Pero después no me suelta. Examina mi muñeca, haciéndola girar a un lado y a otro, como si se tratara de un objeto extraño, como si fuera la primera muñeca que ve en su vida.

—Es un reloj muy bonito —dice por fin.

—Gracias.

—¿No te gusta?

—No. No es eso. Es decir, es un regalo muy generoso de mis padres, que

me hicieron justo después de regalarme este viaje, y es muy caro. —Me callo. Es Willem, y algo me obliga a decirle la verdad—. Pero, no, no me gusta mucho.

—¿Por qué?

—No lo sé. Pesa mucho. Hace que me sude la muñeca. Y el tictac suena muy alto, como si continuamente tratara de recordarme que el tiempo pasa. Como si no dejara que lo olvidase.

—Entonces, ¿por qué te lo pones?

Es una pregunta simple. ¿Por qué llevo un reloj que odio? Incluso aquí, a miles de kilómetros de casa, sin que nadie vea que lo llevo, ¿por qué me lo pongo? Porque mis padres me lo compraron con la mejor de las intenciones. Porque no puedo decepcionarlos.

Siento la suave presión de los dedos de Willem en mi muñeca. El cierre se abre y el reloj desaparece, dejando una fantasmal huella blanca. Siento el refrescante cosquilleo de la brisa acariciándome mi marca de nacimiento.

Willem examina el reloj, la inscripción que reza SALGO A VER MUNDO.

—¿Adónde, exactamente?

—Bueno, ya sabes. A Europa. Al instituto. A la facultad de Medicina.

—¿A la facultad de Medicina? —No hay sorpresa en su voz.

Asiento con la cabeza. Ese ha sido el plan desde octavo curso, cuando le hice la maniobra de Heimlich a un chico que se estaba ahogando con un trozo de pierna de cordero en la mesa de al lado. Papá se había ido para atender a un enfermo cuando me di cuenta de que el chico de la mesa de al lado se empezaba a poner de color morado. Así que me levanté y tranquilamente le pasé los brazos alrededor del diafragma y presioné hasta que el trozo de carne salió disparado. Mamá quedó impresionada. Empezó a decir que yo sería médico, como papá. Después de un tiempo, yo también empecé a hablar de serlo.

—¿Así que vas a cuidar de mí?

Su voz tiene el habitual tono de broma, por lo que entiendo que está bromeando, pero vuelvo a sentir un estremecimiento. Porque, ¿quién lo cuida ahora? Lo miro, y él hace que todo parezca fácil, pero recuerdo esa sensación de antes, la certeza de que está solo.

—¿Quién cuida de ti ahora?

No estoy segura de haberlo dicho en voz alta y, si lo he hecho, no estoy segura de que me haya oído, porque permanece callado durante un largo rato. Pero, finalmente, dice:

—Yo me ocupo de mí.

—Pero ¿qué pasa cuando no puedes? ¿Cuando estás enfermo?

—Nunca estoy enfermo.

—Todo el mundo enferma. ¿Qué pasa cuando estás viajando y pillas la gripe o algo así?

—Pues me pongo enfermo. Y me curo —responde, tratando de dar por zanjado el tema.

Me apoyo en un codo. Un abismo extraño de sentimientos se ha abierto en mi pecho, haciendo que se me acelere la respiración y que mis palabras dancen como hojas dispersas.

—Sigo pensando en la historia de la doble felicidad. Ese chico viajaba solo y enfermó, pero alguien se ocupó de él. ¿Es eso lo que te pasa cuando enfermas? ¿O estás solo en una cruda habitación de hotel?

Trato de imaginarme a Willem en un pueblo de montaña, pero lo único que consigo visualizar es una imagen de él en una habitación lúgubre. Pienso en cómo me pongo cuando estoy enferma, en la tristeza profunda, en la soledad que me invade, si no tengo a mamá que me cuide. ¿Qué pasa con él? ¿Tiene quien le prepare una sopa? ¿Tiene quien le hable de los árboles verdes contra el cielo bajo la lluvia de primavera?

Willem no contesta. En la distancia, puedo oír los golpes de una pelota contra la pared del frontón, el sonido de la risa coqueta de una mujer. Pienso en Céline. En las chicas del tren. En las modelos de la cafetería. Del trozo de papel en su bolsillo. Probablemente no le falten chicas que quieran jugar con él a las enfermeras. Tengo una extraña sensación en el estómago. He dado un giro equivocado, como si estuviese esquiando y me saliese de la pista para meterme en una zona llena de piedras.

—Lo siento —digo—. Es probable que me esté saliendo la médico que hay en mí. O la madre judía.

Willem me dirige una mirada peculiar. Otro giro equivocado. Siempre se

me olvida que en Europa casi no hay judíos, y que los chistes sobre judíos no tienen sentido.

—Soy judía, y al parecer eso significa que cuando sea mayor estaré condenada a preocuparme por la salud de todo el mundo —me apresuro a explicar—. Eso es lo que significa lo de la madre judía.

Willem yace de espaldas y mantiene el reloj frente a su cara.

—Es extraño que menciones la historia de la doble felicidad. A veces me pongo enfermo y acabo vomitando en retretes, y no es muy agradable.

Me estremezco al pensar en ello.

—Pero una vez fue así, yo viajaba de Marruecos a Argelia en autobús, y pillé disentería. No tuve más remedio que bajar del autobús en medio de la nada. Era una población en los límites del Sahara, y ni siquiera salía en las guías. Estaba deshidratado, tenía alucinaciones, me parece, e iba dando tumbos para encontrar un lugar donde descansar, cuando vi un hotel y restaurante llamado Saba. Saba es como yo llamaba a mi abuelo. Me pareció una señal, como si me estuviera diciendo «ven aquí». El restaurante estaba vacío. Me fui directamente al baño a vomitar otra vez. Cuando salí, había un hombre con una barba corta y gris que llevaba una larga chilaba. Le pedí un poco de té con jengibre, que es lo que mi madre me daba siempre para el malestar estomacal. Él negó con la cabeza y me dijo que ahora estaba en el desierto y que teníamos que usar los remedios del desierto. Entró en la cocina y regresó con un limón asado a la parrilla, cortado por la mitad. Lo roció con sal y me dijo que exprimiera el jugo en mi boca. Yo pensaba que lo vomitaría, pero en veinte minutos mi estómago estaba bien. Me dio un poco de un té horrible que sabía a corteza de árbol y me envió a una habitación de arriba, donde me acosté y dormí unas dieciocho horas seguidas. Cada día bajaba, y él me preguntaba cómo me sentía, y luego me preparaba una comida específica para mis síntomas. Después hablábamos, tal como lo había hecho de pequeño con Saba. Me alojé allí durante una semana, en ese pueblo en los límites del mapa, que ni siquiera estoy seguro de que exista. Así que se parece bastante a tu historia de antes.

—Excepto que él no tenía una hija —puntoalizo—. O ahora estarías casado.

Nos hallamos el uno frente al otro, tan cerca que puedo sentir el calor que irradia, tan cerca que respiramos el mismo aire.

—Tú serás la hija. Recítame esos versos otra vez —dice.

—Árboles verdes contra el cielo bajo la lluvia de primavera, mientras el cielo inunda los árboles primaverales de oscuridad. Flores rojas salpican la tierra perseguidas por la brisa, mientras la tierra se tiñe de rojo después del beso.

La última palabra, beso, queda flotando en el aire.

—La próxima vez que enferme, puedes recitármelos de nuevo. Puedes ser mi chica de la montaña.

—Vale —le digo—. Seré tu chica de la montaña y cuidaré de ti.

Sonríe, como si fuera otra broma, otro coqueteo más, y le devuelvo la sonrisa, aunque yo no estoy bromeando.

—Y a cambio, te eximo de la carga del tiempo. —Se pone mi reloj en su muñeca larga y delgada, donde ya no parece un grillete—. Por ahora, el tiempo no existe. Es lo que ha dicho Jacques, un... ¿fluido?

—Fluido —repito como un conjuro. Porque si el tiempo puede ser un fluido, entonces tal vez algo que por ahora es solo un día puede continuar indefinidamente.

10

ME duermo. Y luego despierto y todo es diferente. Ahora el parque está tranquilo. El sonido de la risa y los ecos de la pelota del frontón se han desvanecido en el oscuro crepúsculo. Los grandes nubarrones cargados de lluvia han pasado ya por el cielo oscuro.

Pero algo más ha cambiado, algo menos cuantificable pero de alguna manera elemental. Lo noto tan pronto como despierto, los átomos y las moléculas se han reorganizado, haciendo que el mundo entero cambie irrevocablemente.

Y es en ese momento cuando reparo en la mano de Willem.

Él también se ha quedado dormido, y su largo cuerpo se curva alrededor del mío como un signo de interrogación. No nos tocamos, a excepción de su mano, que está escondida en el pliegue de mi cadera, casualmente, como una bufanda que hubiera caído allí arrastrada por la brisa suave del sueño. Y sin embargo, ahora que está ahí, siento como si ese fuera su lugar natural. Como si siempre lo hubiera sido.

Me quedo muy quieta, escuchando el susurro del viento entre los árboles, la suave y rítmica respiración de Willem. Me concentro en su mano, que noto como si conectara una corriente directa de electricidad desde las yemas de sus dedos hacia alguna parte esencial de mí que hasta ahora ni siquiera sabía que existía.

Willem se agita en el sueño, y me pregunto si también siente lo mismo. ¿Cómo no va a sentirlo? La electricidad es tan real, tan palpable, que si alguien pasara a menos de un metro recibiría una descarga.

Se mueve de nuevo, y sus dedos aprietan la tierna carne del hueco de mi cadera, enviándome un relámpago, una chispa tan deliciosamente intensa que me estremezco y golpeo levemente su pierna detrás de mí.

Lo juro, de alguna manera puedo sentir el aleteo de sus pestañas al abrirse, seguido por el calor de su aliento en mi nuca.

—*Goeiemorgen* —dice con la voz dócil del sueño.

Me vuelvo hacia él, agradecida de que su mano siga sobre mi cadera. Sus mejillas rubicundas muestran las muescas que las briznas de hierba han dejado en ellas, como las cicatrices de una suerte de rito de iniciación tribal. Quiero tocarlas, sentir los surcos sobre su piel suave. Quiero tocar todo su cuerpo. Es como un sol gigante, emite su propia fuerza de gravedad.

—Creo que eso significa buenos días, aunque técnicamente aún es por la tarde. —Mis palabras salen como un jadeo. Me he olvidado de cómo hablar y respirar a la vez.

—Olvídate, el tiempo ya no existe. Me lo has dado.

—Te lo di, sí —respondo. Y mis palabras suenan a deliciosa rendición, y me acerco a él aún más. Una pequeña parte de mí me advierte de que no lo haga. Solo es un día. Solo soy una chica. Pero la parte que puede resistirse, que debería resistirse, ha quedado atrapada en el sueño, y me he despertado liberada de ella.

Willem parpadea frente a mí con sus oscuros ojos, perezosos y sexy. Nos besamos. Siento sus labios sobre los míos. Siento su pubis contra el mío. El parque está casi desierto. Hay un par de chicas jóvenes con vaqueros y pañuelos en la cabeza hablando con algunos chicos. Pero están en un rincón, ocupados en sus asuntos. Y ahora no me importa el decoro.

Mis pensamientos parecen una película proyectada en una pantalla. Él lo observa todo. Lo veo en su sonrisa de complicidad. Nos acercamos el uno al otro aún más. Bajo el canto de las cigarras, prácticamente puedo oír el zumbido de energía entre nosotros, como el de las torres de alta tensión que zumban en el campo.

Pero entonces oigo algo más. Al principio no sé identificar qué es, por su discordancia con el sonido de nuestra burbuja de electricidad que estamos generando. Y lo escucho una segunda vez, frío y afilado y claro, y sé

exactamente lo que es. Porque el miedo no necesita traducción. Un grito es igual en cualquier idioma.

Willem salta. Yo salto.

—¡Quédate aquí! —ordena. Y antes de saber lo que ha sucedido, se aleja a grandes zancadas, dejándome ahí, sobrecogida entre el deseo y el terror.

Se oye otro grito. El grito de una chica. Todo parece ir más despacio ahora, como la secuencia a cámara lenta de una película. Veo a las chicas, las que llevaban pañuelos en la cabeza, hay dos, solo que ahora una de ellas ya no lo lleva puesto. Está en el suelo, y ha revelado una melena negra, salvaje y erizada, como si el cabello estuviera aterrorizado. Ella se acerca a la otra chica, como si quisiera huir de los chicos. Pero ahora veo que no son chicos, son hombres, de esos que van con la cabeza rapada, uniforme de combate y grandes botas negras. La maldad primaria de esos hombres con esas chicas en este parque hasta ahora en silencio me devuelve a la realidad. Cojo la mochila de Willem, que él había dejado aquí, y me acerco un poco.

Oigo los gritos indefinidos de una de las chicas y las risas guturales de los hombres. Entonces hablan de nuevo. Nunca pensé que el francés podría sonar tan feo.

Justo cuando me pregunto adónde va, Willem se interpone entre los hombres y las chicas y empieza a decirles algo. Habla en voz baja, pero puedo escucharlo desde aquí, parece una especie de truco de actor. Pero también está hablando en francés, así que no tengo idea de lo que está diciendo. Sea lo que sea, ha llamado la atención de los skinheads. Le responden, con voces muy altas y entrecortadas, que hacen eco en las pistas vacías del frontón. Willem responde con una voz tan tranquila y silenciosa como un suspiro, y me esfuerzo por entender alguna una palabra, pero no puedo.

Ellos se mueven de un lado a otro y mientras lo hacen, las chicas aprovechan la maniobra de despiste y escapan. Los skinheads no se dan cuenta. O no les importa. En este momento están mucho más interesados en Willem. En un primer momento, pienso que los poderes de encanto de Willem no conocen límites. Parece que incluso se ha hecho amigo de los skinheads. Pero entonces mi oído armoniza con el tono de lo que está

diciendo, en lugar de con las palabras. Y reconozco el tono porque lo he estado oyendo todo el día. Les está tomando el pelo. Se está burlando de ellos de una manera que ni siquiera estoy segura de que reconozcan plenamente. Son tres contra uno, y si ellos supieran lo que está haciendo, él ya no estaría allí de pie, hablando todavía.

Me llega el olor dulzón de la bebida y el sabor acre de la adrenalina y presiento lo que le van a hacer a Willem. Puedo sentirlo como si fueran a hacérmelo a mí. Y eso debería paralizarme de miedo. Pero no es así.

En su lugar, me llena de algo vivo y tierno y malicioso.

«¿Quién cuida de ti?».

Sin siquiera pensar en ello, meto la mano en la bolsa de Willem y busco lo más pesado que haya, cojo la guía de viajes y camino hacia ellos. Nadie me ve llegar, ni siquiera Willem, así que tengo la sorpresa de mi parte. También, al parecer, siento una suerte de reflejo atávico que me empuja a luchar. Porque cuando le lanzo el libro al hombre más cercano a Willem, el que sostiene una botella de cerveza, lo golpea con tanta fuerza que la botella se le cae. Y cuando se lleva la mano a la frente, una línea de sangre florece como una flor roja.

Sé que debería estar asustada, pero no lo estoy. Estoy extrañamente tranquila, feliz de estar de nuevo en presencia de Willem después de esos segundos interminables de distancia. Willem, sin embargo, me está mirando con los ojos como platos y boquiabierto. Los skinheads me miran y luego pasean la mirada por el parque, como si no pudieran creer que yo sea el origen del ataque.

Ese momento de confusión es lo que nos salva. Porque en ese instante, la mano de Willem encuentra la mía. Y echamos a correr. Fuera del parque, por delante de la iglesia, y otra vez por ese loco barrio de extrañas mezclas, más allá de los salones de té y las cafeterías, y los cadáveres de animales. Saltamos por encima de las alcantarillas desbordadas, corremos más allá de las filas de motos aparcadas en la acera y de los aparcamientos metálicos de bicicletas, esquivamos furgonetas de reparto que sacan bastidores llenos de ropa enjorada, llena de abalorios y destellos.

Los residentes del barrio se detienen a vernos, apartándose para dejarnos

pasar como si formáramos parte de un espectáculo deportivo, de un evento olímpico, la Carrera de los Locos Blancos.

Debería estar asustada. Nos persiguen unos skinheads enfurecidos, las únicas personas que me han perseguido nunca, a excepción de mi padre cuando salimos a correr. Puedo escuchar el ruido de sus botas golpeando el suelo al mismo ritmo que los latidos del corazón en mi cabeza. Pero no estoy asustada. Siento que mis piernas se alargan por arte de magia, lo que me permite igualar las zancadas de Willem. Siento el suelo bajo nuestros pies ondulante, como si también estuviera de nuestro lado. Me siento como si estuviéramos tocando apenas la tierra, como si pudiéramos despegar hacia el cielo y correr por encima de los tejados de París, donde nadie puede tocarnos.

Los oigo gritar detrás de nosotros. Oigo el sonido de cristales rotos. He oído silbar algo junto a mi oreja y luego algo húmedo en la nuca, como si mis glándulas se hubieran abierto y liberaran sudor a borbotones. Y entonces oigo unas risas y cómo se detiene abruptamente el ruido de los pasos que nos perseguían.

Pero Willem sigue adelante. Tira de mí por ese laberinto de calles hasta que se abren a un gran bulevar. Dejamos a un lado el destello de las luces de un vehículo policial. Ahora hay una multitud por las calles. Estoy bastante segura de que ya no nos persiguen. Estamos a salvo. Pero aun así, Willem sigue corriendo, tirando de mí por una serie de pequeñas calles tranquilas hasta que, como si fuera una estantería para libros que esconde una puerta secreta, emerge de pronto un vacío en el paisaje urbano. Es la entrada de uno de esos grandes edificios de apartamentos. Un anciano con un carrito de ruedas sale del patio interior cuando Willem y yo entramos a toda velocidad. Nuestro impulso pasa de sesenta a cero cuando topamos juntos contra un muro de piedra mientras se oye el *clic* de la puerta cerrándose detrás de nosotros.

Nos quedamos ahí, nuestros cuerpos apretados el uno contra el otro, apenas nos separa un centímetro de espacio. Puedo sentir los latidos rápidos y constantes de su corazón, su fuerte respiración. Puedo ver el reguero de sudor corriendo por su cuello. Siento mi sangre, bombeando, como un río a punto de desbordar sus orillas. Es como si mi cuerpo ya no pudiera contenerme. De

algún modo, ahora soy demasiado grande para caber en él.

—Willem —empiezo. Hay tantas cosas que tengo que decirle.

Me roza el cuello con un dedo, y me quedo callada, esa caricia es a la vez calmante y electrizante. Pero luego aparta el dedo, manchado de rojo. De sangre. Me llevo la mano a la nuca. Mi sangre.

—*Godverdomme!* —jura entre dientes. Mete una mano en su mochila y saca un pañuelo mientras se lame la sangre del dedo de la otra mano.

Presiona el pañuelo contra el costado de mi cuello. Definitivamente estoy sangrando, pero no mucho. Ni siquiera estoy segura de qué ha pasado.

—Te lanzaron una botella rota. —La voz de Willem es pura furia.

Pero no me duele. No estoy herida. No de verdad. Solo es un pequeño rasguño.

Él está de pie muy cerca de mí, presiona suavemente el pañuelo contra mi nuca. Y entonces el corte del cuello ya no es el punto de salida de la sangre, sino el punto de entrada de esa extraña línea de alta tensión eléctrica que nace entre nosotros.

Le deseo, lo quiero todo de él. Quiero saborear su boca, su boca que ya conoce el sabor de mi sangre. Me apoyo en él.

Pero él me aparta. Deja caer una mano y el pañuelo, ahora empapado en sangre, cuelga al costado de su cuerpo.

Levanto la mirada y busco sus ojos. Todo su color ha desaparecido, ahora solo parecen negros. Pero lo más desconcertante es lo que veo en ellos, algo reconocible al instante: miedo. Y más que nada, quiero hacer algo que le haga desaparecer esa expresión. Porque yo también debería tener miedo. Pero hoy no.

—No pasa nada —empiezo—. Estoy bien.

—¿En qué estabas pensando? —me interrumpe. Su voz suena fría como la de un extraño. Y tal vez sea eso, o tal vez solo es alivio, pero ahora tengo ganas de llorar.

—Iban a hacerte daño —le digo. Mi voz se quiebra. Lo miro, a ver si me entiende, pero su expresión se ha endurecido, ahora al miedo lo acompaña su hermana gemela, la ira—. Y te lo prometí.

—¿Me prometiste qué?

La repetición instantánea de la escena del parque aparece en mi cabeza: no han intercambiado golpes. Ni siquiera he sido capaz de entender lo que estaban diciendo. Pero ellos iban a hacerle daño. Podía sentirlo en mis huesos.

—Que cuidaré de ti. —Me callo cuando la certeza desaparece.

—¿Cuidar de mí? ¿Esto es cuidar de mí? —Abre su mano teñida de sangre.

Da un paso atrás, y con el crepúsculo titilando entre nosotros, me doy cuenta de lo absolutamente mal que he hecho todo. Era una tontería, eso de cuidar de él. ¿Cuándo he cuidado de nadie? Y está claro que él no me ha dicho que necesitara que lo cuidaran.

Estamos allí, en silencio. El último rayo de sol se desvanece, y entonces, casi como si esperara colarse por la oscuridad, empieza a llover. Willem mira al cielo y luego mira el reloj de pulsera, mi reloj, todavía sujeto en su muñeca.

Pienso en las cuarenta libras que me quedan. Me imagino una habitación de hotel, limpia y tranquila. Nos veo en ella, no como me había imaginado una hora antes en ese parque de París, sino en calma, oyendo la lluvia caer. Por favor, imploro en silencio, simplemente vayamos a algún lugar y hagámoslo mejor.

Pero entonces Willem saca de su bolsa los horarios de Eurostar. Y después se quita mi reloj. Y entonces me doy cuenta de que me está devolviendo el tiempo. Aunque en realidad significa que se lo está llevando.

11

HAY dos trenes a Londres esta noche. Willem me dice que el siguiente sale poco después de las nueve, así que probablemente no tenga tiempo suficiente para cambiar mi billete y subirme a ese, pero que sin duda puedo coger el último tren. Porque de vuelta a Inglaterra se gana una hora, y debo llegar a Londres justo antes de que cierren el metro. Willem me dice todo esto de una manera amable y servicial, como si yo fuera una extraña que lo ha parado por la calle. Y asiento con la cabeza a todo, como si fuera la clase de persona que siempre va en metro sola, sea de día o de noche.

Es extrañamente formal mientras me abre la puerta que da al patio, como si estuviera dejando salir al perro. Es tarde, la noche nace del largo crepúsculo estival, y el París por el que he caminado parece totalmente distinto del de hace media hora, aunque, una vez más, sé que no es por la lluvia ni por todas las luces que se han encendido. Algo ha cambiado. O tal vez ha vuelto a ser como antes. O tal vez nunca ha cambiado y me estaba engañando a mí misma.

Sin embargo, al ver este nuevo París afloran lágrimas a mis ojos, que a su vez convierten todas las luces en una cicatriz roja. Me limpio la cara con la chaqueta mojada, el reloj que me ha devuelto sigue en mi mano. No puedo soportar la idea de ponérmelo de nuevo. Siento que me haría daño, mucho más que el corte en el cuello. Intento caminar por delante de Willem, para interponer espacio entre nosotros.

—Lulu —me llama.

No respondo. Esa no soy yo. Nunca lo he sido.

Acelera para alcanzarme.

—Creo que la *Gare du Nord* está por ahí. —Me coge del codo y me resisto, pero, como cuando te pones tensa cuando el médico va a ponerte una inyección, solo empeora las cosas.

—Solo dime cómo llegar hasta allí.

—Creo que tienes que seguir esta calle unas pocas manzanas más y girar a la izquierda. Pero primero tenemos que ir al club de Céline.

Vale. Céline. Ahora se comporta de un modo normal, pero no normal como lo haría Willem, sino normal respecto de hace veinte minutos; el miedo ha desaparecido de sus ojos, sustituido por una especie de alivio. El alivio de deshacerse de mí. Me pregunto si ese ha sido el plan desde el principio. Deshacerse de mí y volver con Céline para pasar la noche. O tal vez con la otra chica, cuyo número de teléfono lleva metido en el bolsillo. Con tantas opciones, ¿por qué iba a elegirme?

«Eres una buena chica». Eso es lo que significa «enamoramiento», Michaels Shane, me había dicho cuando yo había estado lo más cerca que estaría jamás de admitir mis sentimientos hacia él. «Eres una buena chica». Esa soy yo. Shane solía cogerme de la mano y coquetear conmigo diciéndome cosas dulces. Yo siempre había pensado que eso significaba algo. Y entonces se fue con otra chica, para hacer las cosas que realmente significaban algo.

Recorremos un gran bulevar de regreso a la estación, pero al cabo de unas pocas manzanas nos metemos de nuevo por calles estrechas. Busco el club con la mirada, pero esto no es un barrio industrial. Es residencial, lleno de casas de apartamentos, de jardineras con flores absorbiendo la lluvia, de gatos gordos felizmente dormidos detrás de las ventanas cerradas. Hay un restaurante en la esquina, las ventanas están empañadas, brillan. Incluso desde el otro lado de la calle, puedo oír el sonido de las risas y el ruido de los cubiertos contra los platos. Personas, secas y confortablemente cálidas, disfrutando de la cena del jueves por la noche en París.

La lluvia cae ahora con más fuerza. El suéter empapado empieza a mojarme la camiseta. Me bajo las mangas hasta taparme los puños. Me empiezan a castañetear los dientes, aprieto la mandíbula para que no se me

note, pero solo para que el temblor se desvíe al resto de mi cuerpo. Me quito el pañuelo de la nuca. Ya no sangro, pero ahora tengo el cuello sucio de sangre y sudor.

Willem me mira consternado, o tal vez su expresión sea de asco.

—Tenemos que limpiarte.

—Llevo ropa limpia en la maleta.

Willem me mira el cuello y se estremece. Luego me coge por el codo, cruzamos la calle y abre la puerta del restaurante. En el interior parpadea la luz de las velas, iluminando las botellas de vino en fila detrás de una barra de zinc y hay menús garabateados en pizarras verdes. Me detengo en el umbral. No pertenecemos a este lugar.

—Podemos limpiarte la herida aquí. A lo mejor tienen un botiquín de emergencia.

—Lo haré en el tren. —Mamá metió en mi maleta un botiquín de primeros auxilios, naturalmente.

Estamos aquí parados, frente a frente. Un camarero aparece. Espero que nos eche una reprimenda por dejar la puerta abierta y que entre el aire frío, o por nuestro aspecto de gentuza sucia y ensangrentada. Pero me acompaña adentro como si fuera el anfitrión de una fiesta y yo su invitada de honor. Ve mi cuello, y abre los ojos como platos. Willem le dice algo en francés, y él asiente con la cabeza y hace un gesto hacia la mesa del rincón.

El ambiente del restaurante es cálido, huele a picante, a cebolla, y a vainilla dulce, y yo estoy demasiado derrotada como para resistirme. Me desplomo en una silla, tapándome el corte con una mano. Relajo la otra mano y libero mi reloj sobre el mantel blanco, donde continúa su tictac con resentimiento.

El camarero vuelve con una pequeña caja blanca de primeros auxilios y un menú escrito en una pizarrita. Willem abre el estuche y saca una gasa esterilizada, pero se la arrebato.

—¡Puedo hacerlo yo misma! —digo.

Me limpio la herida con un desinfectante y la cubro con una gasa limpia demasiado grande. El camarero vuelve y revisa mi trabajo. Asiente con la cabeza. Entonces me dice algo en francés.

—Te pregunta si quieres que cuelgue tu suéter en la cocina para que pueda secarse —dice Willem.

Tengo que luchar contra la tentación de enterrar mi cara en su largo delantal blanco y llorar de gratitud por su amabilidad. En su lugar, le entrego mi jersey empapado. Debajo, mi húmeda camiseta se me adhiere al cuerpo, y hay manchas de sangre en el cuello. Tengo la camiseta que me dio Céline, la misma que lleva Willem, oscura y superguay, pero preferiría desfilas solo con un sujetador que ponérmela. Willem dice otra cosa en francés, y momentos después traen una jarra grande de vino tinto a nuestra mesa.

—Pensé que tenía que coger un tren.

—Tienes tiempo para comer algo. —Willem sirve un vaso de vino y me lo da.

Técnicamente tengo edad para beber en toda Europa, pero no lo he hecho, ni siquiera cuando en algunos de los almuerzos organizados nos ofrecían vino como una cuestión de rutina y algunos de los chicos bebían a escondidas cuando la señora Foley no estaba mirando. Esta noche no lo dudo. A la luz de las velas, el vino emite destellos de un color rojo sangre y cuando doy el primer sorbo es como recibir una transfusión. El calor desciende de la garganta hasta el estómago antes de ponerse a trabajar contra el frío que se ha instalado en los huesos. Me bebo medio vaso de una sola vez.

—Tranquila —me previene Willem.

Vacío el vaso de un trago. Willem me valora por un segundo, después llena el vaso hasta el borde.

El camarero vuelve y, con los gestos formales propios de su oficio, nos entrega una carta en una pizarrita y una cesta de pan con una cazuelita de plata.

—Et pour vous, le paté —dice.

—Gracias —respondo—. Quiero decir, merci.

Él sonrío.

—De rien.

Willem parte un pedazo de pan, lo unta con la pasta marrón y me lo ofrece. Lo miro a los ojos.

—Es mejor que la Nutella —bromea con voz casi cantarina.

A lo mejor es el vino o la perspectiva de deshacerse de mí, pero Willem, el Willem con el que he estado todo el día, está de vuelta. Y de alguna manera, eso me pone furiosa.

—No tengo hambre —digo, aunque, de hecho, estoy famélica. No he comido nada desde la *crêpe*—. Y parece comida para perros —agrego por si acaso.

—Solo pruébalo. —Él me acerca el pan y el paté a la boca. Se lo arrebato de las manos y tomo un bocado de muestra. El sabor es a la vez delicado e intenso, como la mantequilla de carne. Pero me niego a darle la satisfacción de verme disfrutar. Mordisqueo otro bocado y hago una mueca. Entonces le devuelvo el trozo de pan.

El camarero vuelve, ve nuestra jarra de vino vacía y la señala con un gesto. Willem asiente. Regresa con una llena.

—El lenguado se ha... acabado —dice en inglés, limpiando la entrada del pescado en la pizarra. Me mira—. Usted está helada y ha perdido sangre —dice, como si hubiera tenido una hemorragia o algo así—. Le recomiendo algo que le dé fuerza. —Cierra el puño—. El *bœuf bourguignon* es excelente. También tenemos un pescado *pot au feu* muy bueno.

—Solo mantén esto lleno —le digo, señalando el vaso.

El camarero frunce el ceño ligeramente y me mira, primero a mí y después a Willem, y como si de alguna manera yo le hubiera concedido la responsabilidad, dice:

—¿Puedo sugerir, para empezar, una ensalada con un poco de salmón ahumado y espárragos?

Mi estómago traidor gruñe. Willem asiente con la cabeza, luego pide para ambos las dos cosas que nos ha recomendado el camarero. Ni siquiera se molesta en preguntarme lo que quiero. Lo cual está bien, porque ahora lo único que quiero es vino. Extiendo el brazo para llevarme la copa, pero Willem tapa la boca de la jarra con la mano.

—Tienes que comer algo antes —dice—. Es de pato, no de cerdo.

—¿Y? —Me meto un trozo entero de baguette con foie en la boca. La mastico ruidosamente, desafiante, ocultando la verdadera satisfacción que me provoca. Luego lleno mi copa de nuevo.

Willem me mira durante un buen rato. Pero se obliga a cambiar de expresión y aparece su media sonrisa perezosa. En un solo día, he llegado a amar esa sonrisa. Y ahora querría borrarla de un grito.

Guardamos silencio hasta que el camarero nos trae la ensalada y la deja en la mesa con una floritura acorde con la belleza del plato: una naturaleza muerta de salmón rosado, espárragos verdes, salsa de mostaza y tostadas repartidas por los bordes del plato que provocan que se me haga la boca agua, y es como si mi cuerpo empezara a agitar la bandera blanca, como si me dijera que me rinda, que abandone mientras llevo ventaja, que acepte el precioso día que he tenido, que en realidad es mucho más de lo que tenía derecho a esperar. Pero hay otra parte de mí que sigue quedándose con hambre, no un hambre solo de alimentos, sino de todo lo que hoy se me ha puesto frente a los ojos. En nombre de esa chica con hambre, me niego a comer la ensalada.

—Todavía estás molesta —dice—. No es tanto como pensaba. No te quedará cicatriz.

Sí, me quedará cicatriz. Incluso si se cura la semana que viene, me quedará cicatriz, aunque tal vez no del tipo al que él se refiere.

—¿Crees que estoy molesta por esto? —Me toco la gasa del cuello.

Él no me mira. Sabe muy bien que no estoy molesta por eso.

—Vamos a comer algo, ¿de acuerdo?

—Me estás echando. Haz lo que tengas que hacer, pero no me pidas que sea feliz.

Por encima de la luz titilante de las velas, veo sus expresiones pasar como nubes rápidas: sorpresa, diversión, frustración y dolor, o tal vez sea lástima.

—Ibas a irte mañana, así que ¿cuál es la diferencia? —Aparta algunas migas de pan del mantel.

¿La diferencia, Willem? La diferencia es la noche.

—La que quieras —es mi respuesta estelar.

—¿La que quiera? —pregunta Willem. Roza el borde de la copa con el dedo, y el cristal emite un sonido grave, como una sirena en la niebla—. ¿Has pensado en lo que podría haber pasado?

Es precisamente en lo que he estado pensando, y en lo que he estado

tratando de no pensar, en lo que iba a suceder esta noche.

Pero, de nuevo, lo he entendido mal.

—¿Has pensado en lo que nos habría sucedido si nos hubiesen alcanzado?
—continúa.

He sentido lo que querían hacerle. He notado el sabor de su violencia en mi propia boca.

—Por eso les he tirado el libro. Querían hacerte daño —le digo—. ¿Qué les has dicho para enfadarlos tanto?

—Ya estaban enfadados —dice, evadiendo mi pregunta—. Yo solo les he dado una razón diferente. —Pero por su respuesta y la expresión de su rostro, sé que no estoy equivocada. Iban a hacerle daño. Lo que yo sentía, al menos, era real.

—¿Te imaginas si nos hubieran atrapado? ¿Si te hubieran atrapado a ti?
—dice Willem en voz tan baja que tengo que inclinarme hacia delante para oírlo—. Mira lo que te han hecho. —Se acerca como si fuera a tocarme el cuello, pero luego se retira.

Con la adrenalina de la persecución y la extraña euforia de después, no he pensado en que pudieran cogerme. Tal vez porque no parecía posible. Teníamos alas en los pies, y ellos botas de plomo. Pero ahora, aquí, con Willem sentado frente a mí, con esta expresión extraña, sombría, con su pañuelo ensangrentado arrugado en una bola a un lado de la mesa, puedo oír esas botas acercarse, pisar fuerte, puedo oír crujir los huesos.

—Pero no nos han cogido. —Me trago el temblor de mi voz con otro sorbo de vino.

Él termina su vino y mira fijamente por un momento el vaso vacío.

—Esto no es para lo que te traje aquí.

—¿Y para qué me has traído aquí? —Porque nunca me lo ha dicho. Nunca me ha dicho por qué me pidió que viniera a París con él.

Se frota los ojos con las palmas de las manos. Cuando las aparta del rostro, de alguna manera parece diferente. Despojado de todas las máscaras.

—No para que las cosas se salieran de control.

—Bueno, pues ya es un poco tarde para eso. —Trato de ser brusca, áspera, trato de convocar lo poco que me queda de Lulu. Pero cuando lo digo,

la verdad me golpea en el estómago. Nosotros, o por lo menos yo, hace tiempo que hemos pasado el punto de no retorno.

Lo miro. Sus ojos encuentran los míos. La chispa de electricidad estalla de nuevo.

—Supongo que sí —dice Willem.

12

TAL vez Jacques tenía razón, y el tiempo es un fluido. Porque a medida que comemos, el reloj sobre la mesa parece doblarse y distorsionarse como un cuadro de Dalí. Y luego, en algún momento entre el bœuf bourguignon y la crème brûlée, Willem lo coge y me mira durante un buen rato antes de ponérselo de nuevo en la muñeca. Siento una profunda sensación de alivio. No solo porque no me manda de vuelta a Londres esta noche, sino porque se está haciendo cargo del tiempo otra vez. Mi rendición es completa.

Es tarde cuando salimos a la calle, y París se ha convertido en una fotografía en tonos sepia. Ya es demasiado tarde para conseguir un hotel o un albergue juvenil, y de todos modos no nos queda dinero. Le he dado el resto del mío a Willem, mis cuarenta libras, para ayudarlo a pagar la cena. El camarero ha protestado cuando hemos pagado, no porque le diéramos un batiburrillo de euros y libras, sino porque le hemos dado una propina equivalente a veinticinco dólares. «Demasiado», ha protestado. Totalmente insuficiente, he pensado.

Pero ahora, aquí me tenéis. No tengo dinero. No tengo un lugar donde quedarme. Debería ser mi peor pesadilla. Pero no me importa. Es curioso, hay cosas que crees que te dan miedo que te pasan, y entonces no te asustan.

Y echamos a andar. Las calles están tranquilas. Parece que solo estemos nosotros y los barrenderos con sus ropas de color verde brillante, sus escobas de ramitas de color verde neón como si hubieran sido arrancadas de un bosque mágico, y el destello de los faros de los coches y de los taxis que salpican al pasar por encima de los charcos dejados por la lluvia anterior, que

ahora se ha convertido en una leve llovizna brumosa.

Caminamos a lo largo de los tranquilos canales y luego por el parque en el que está el lago por el que hemos dado un paseo por la mañana temprano. Caminamos bajo las vías del tren elevado.

Al final, terminamos en una especie de pequeño barrio chino. Está cerrado por la noche, pero todos los carteles están iluminados.

—Mira —le digo a Willem, señalando uno—. Es la doble felicidad.

Willem se detiene y mira el cartel. Su rostro es hermoso, incluso cuando en él se reflejan las brillantes luces de neón.

—Doble felicidad. —Sonríe. Luego me coge de la mano.

Me da un vuelco el corazón.

—¿Adónde vamos?

—¿Nunca has visto una exposición de arte?

—Es la una de la mañana.

—¡Es París!

Nos adentramos en el barrio chino, recorriendo las calles hasta que Willem encuentra lo que está buscando: una serie de altos edificios en ruinas, con ventanas enrejadas. Todos parecen iguales a excepción de uno que se levanta en el extremo derecho, que está cubierto de andamios rojos de los que cuelgan una serie de retratos muy modernos, muy distorsionados. La puerta principal está completamente cubierta de pintadas de colores y carteles.

—¿Qué es esto?

—Una casa ocupada; art squat.

—¿Y eso qué significa?

Willem me habla del movimiento artístico de los años noventa, cuando artistas o músicos o punkis o activistas políticos ocupaban edificios abandonados.

—Por lo general, te dejan pasar la noche. No he dormido en este, pero estuve dentro una vez, y estaba bastante bien.

Pero cuando Willem se dirige a abrir la pesada puerta principal de acero, se encuentra trancada con una gruesa cadena con candado. Da un paso atrás para mirar por las ventanas, pero el sitio entero, como el barrio que lo rodea, está sumido en la noche.

Willem me mira con expresión de disculpa.

—Creía que esta noche habría alguien. —Suspira—. Podemos quedarnos con Céline. —Pero incluso él parece menos que emocionado ante esa perspectiva.

Niego con la cabeza. Prefiero caminar toda la noche bajo la lluvia. Y, de todos modos, la lluvia se ha detenido. Un fino gajo de luna aparece y desaparece detrás de las nubes. Parece tan esencialmente parisina ahí colgada sobre los tejados oblicuos que es difícil creer que sea la misma luna que brillará en la ventana de mi habitación cuando esté de regreso en casa. Willem sigue mi mirada hacia el cielo. Entonces sus ojos se detienen en algo.

Camina hacia el edificio, y le sigo. En una esquina, una pieza de andamiaje se extiende hasta un borde que conduce a una ventana abierta. La brisa agita la cortina.

Willem mira por la ventana. Y luego se vuelve hacia mí.

—¿Puedes subir?

Ayer habría dicho que no. Demasiado alto. Demasiado peligroso. Pero hoy digo:

—Puedo intentarlo.

Me pongo el bolso en bandolera y me subo a las palmas de las manos de Willem, que ha entrecruzado los dedos y me ofrece su apoyo. Me alza a media altura, y me indica un punto de apoyo donde afirmar un pie. Alcanzo el andamio y me subo a la cornisa. Meto la cabeza por la ventana y me arrastro dentro.

—Estoy bien —digo—. Estoy muy bien.

Asomo la cabeza por la ventana. Willem está de pie justo debajo. Me muestra de nuevo su media sonrisa. Y luego, tan ágil como una ardilla, se balancea hacia arriba, salta, se pone de pie sobre la repisa con los brazos extendidos como si fuera un equilibrista, dobla las rodillas, y se desliza dentro.

Mis ojos tardan un minuto en acostumbrarse a la oscuridad, pero una vez que lo hacen, veo blanco por todas partes: paredes blancas, estanterías blancas, escritorio blanco, esculturas de arcilla blanca.

—Alguien nos dejó una llave —dice Willem.

Ambos permanecemos unos instantes en silencio. Me gusta pensar que es un momento de agradecimiento por la providencia del accidente.

Willem saca una pequeña linterna.

—¿Vamos a explorar?

Asiento con la cabeza. Nos ponemos en marcha, examinamos una escultura que parece hecha de nubes de azúcar, una serie de fotos en blanco y negro de chicas gordas desnudas, una serie de pinturas al óleo de chicas flacas desnudas. Willem enfoca la linterna hacia una escultura gigante, muy futurista, de metal y tubos, toda retorcida y llena de espirales, como la representación artística de una estación espacial.

Bajamos por unas escaleras que crujen bajo nuestros pies y llegamos a una habitación con paredes negras y enormes fotografías de personas flotando en agua de un color azul muy intenso. Ahí de pie casi puedo sentir el agua suave, la forma en que me acariciaban las olas cuando a veces me escapaba de la multitud por la noche a nadar, durante mis vacaciones en México.

—¿Qué te parece? —pregunta Willem.

—Mejor que el Louvre.

Volvemos a subir las escaleras. Willem apaga la linterna.

—¿Sabes? Un día, uno de estos podría estar en el Louvre —dice. Toca una escultura elíptica blanca que parece brillar en la oscuridad—. ¿Crees que Shakespeare se imaginó alguna vez que los Guerrilla Will representarían sus obras cuatrocientos años después? —Se ríe, pero hay algo en su voz que suena casi reverente—. Uno nunca sabe lo que va a durar.

Eso es algo de lo que ya ha hablado antes, pero sobre el accidente, sobre no saber si solo es un desvío en la carretera o si se trata de un cruce, sobre que nunca sabes si tu vida está cambiando hasta que ya ha sucedido.

—Creo que a veces lo sabes —digo. El tono de mi voz delata mi emoción.

Willem se vuelve hacia mí, y posa los dedos por la correa de mi bolso. Por un segundo no puedo moverme. No puedo respirar. Levanta mi bolso y lo deja caer al suelo. Un remolino de polvo se eleva y me hace cosquillas en la nariz. Estornudo.

—Gezondheid —dice Willem.

—*Hagelslag* —le contesto.

—¿Recuerdas eso?

—Recuerdo todo lo que ha pasado hoy. —Siento un nudo en la garganta al comprender hasta qué punto es verdad.

—¿Y qué recordarás? —Deja caer su mochila al lado de mi bolso. Se apoyan la una en el otro como viejos camaradas de guerra.

Echo la espalda hacia atrás, contra la mesa de trabajo. Las imágenes del día parpadean ante mí: de los comentarios juguetones de Willem acerca de mi desayuno en el primer tren a la alegría de hacerle mi extraña confesión en el siguiente tren, al beso amable del gigante en el club, a la refrescante y húmeda saliva de Willem en mi muñeca en el café, al sonido de los secretos bajo París, a la liberación que experimenté cuando me quitó el reloj, a la luz que sentí cuando encontré la mano de Willem en mi cadera, al miedo estremecedor del grito de la chica, a la reacción valiente e inmediata de Willem, a nuestra carrera por las calles de París, que ha sido casi como volar, a sus ojos: la forma en que me miran, en que se burlan de mí, en que me ponen a prueba, y que, sin embargo, de alguna manera me entienden.

Eso es lo que veo ante mis ojos cuando pienso en el día de hoy.

Tiene que ver con París, pero más que eso, tiene que ver con la persona que me ha traído aquí. Y con la persona que me ha permitido llegar a ser aquí. Estoy demasiado superada por la situación para explicarlo todo, así que en lugar de eso pronuncio las únicas palabras que lo resumen:

—A ti.

—¿Y qué pasa con esto? —Me toca la gasa del cuello. Siento una sacudida que no tiene nada que ver con la herida.

—No me importa —susurro.

—A mí me importa —susurra.

Lo que no sabe Willem, lo que no puede saber porque no me conocía antes de hoy, es que nada de eso importa.

—Hoy no he estado en peligro —le digo con voz ahogada—. Escapé del peligro. —Y así lo hice. No solo porque me librara de los skinheads, sino porque siento que todo el día ha sido como una descarga eléctrica que me ha

golpeado directamente en el corazón, que me ha sacado de un letargo que me ha atenazado durante toda la vida y que ni siquiera sabía que me tenía cautiva —. Escapé —repito.

—Escapaste. —Se acerca, se inclina sobre mí.

Mi espalda presiona el escritorio, mi corazón empieza a latir con fuerza porque no puedo escaparme de esto. No quiero escaparme de esto.

Como si se desconectara del resto de mi cuerpo, mi mano se eleva en el aire para acariciarle la mejilla. Pero antes de que llegue a hacerlo, Willem me agarra por la muñeca. Durante un confuso segundo creo que he entendido mal la situación de nuevo, estoy a punto de ser rechazada.

Willem mantiene su presa en mi muñeca durante un largo rato, pero está mirando mi marca de nacimiento. Luego se la lleva a la boca. Y aunque sus labios son suaves y su beso, dulce, lo siento como si fuera un cuchillo entrando en un enchufe eléctrico. Lo siento como el momento en que nazco a la vida.

Willem me besa la muñeca, luego sus labios suben por la parte interior de mi brazo y de mi codo hasta la axila, lugares que nunca he creído merecedores de besos. Mi respiración entrecortada se acelera cuando ahora sus labios rozan mi hombro, deteniéndose para beber en el hueco de mi clavícula antes de volver su atención a la piel de mi cuello, a la zona alrededor de la gasa, y luego por encima. Partes de mi cuerpo que ni siquiera sabía que existían cobran vida mientras el circuito recibe los chispazos eléctricos.

Cuando por fin me besa en la boca, todo es extrañamente tranquilo, como el momento de silencio entre el relámpago y el trueno. A la de una. A la de dos. A la de tres. A la de cuatro. A la de cinco...

Bang.

Nos besamos otra vez. Este beso es de los que abren el cielo. Me roba el aliento y me lo devuelve. Me demuestra que cualquier otro beso que me hayan dado en toda mi vida ha sido un error.

Enredo mis manos en su pelo y tiro de él hacia mí. Willem me coge por la nuca, pasa los dedos a lo largo de los pequeños afloramientos de mis vértebras. Ping. Ping. Ping. Se disparan las descargas eléctricas.

Me rodea la cintura con las manos y me sienta en la mesa, nos encontramos cara a cara, besándonos con fuerza. Me desprende de la chaqueta. Después de la camiseta. Se quita la suya. Su pecho es suave y definido, y apoyo mi cabeza en él, le beso el valle que desciende hacia su vientre. Le desabrocho el cinturón, le bajo los vaqueros con unas ansias que no reconozco.

Enlazo las piernas alrededor de su cintura. Sus manos me acarician todo el cuerpo, migran hacia abajo, hasta el pliegue de la cadera donde habían descansado durante nuestra siesta. Emito un gemido que no reconozco.

Un condón se materializa. Mi ropa interior se desliza hasta mis pies aún calzados con las sandalias y mi falda se arremolina alrededor de mi cintura. Los bóxers de Willem caen. Entonces me levanta de la mesa. Y me doy cuenta de que antes me había equivocado. Solo ahora mi rendición es total.

Después, caemos al suelo, Willem de espaldas, yo descansando a su lado. Sus dedos me rozan la marca de nacimiento, que la noto palpar de calor, y los míos le acarician la muñeca, el suave vello contra los pesados eslabones de mi reloj...

—Entonces, ¿así es como ibas a cuidar de mí? —bromea, señalándose una marca roja en el cuello, donde creo que le he mordido.

Como con todo, ha convertido mi promesa en algo divertido, algo con lo que tomarme el pelo. Pero yo no tengo ganas de reír, no ahora, no sobre esto, no después de esto.

—No —le digo—. Así no. —Una parte de mí quiere negarlo todo. Pero no lo haré. Porque él me preguntó si deseaba cuidarlo, e incluso si se trataba de una broma, le hice la promesa de que lo haría, y eso no es una broma. Cuando le dije que iba a ser su chica de la montaña, sabía que no iba a volver a verlo. Ese no era el punto. Yo quería que supiera que cuando se sintiera solo por ahí en el mundo... Yo estaría allí también.

Pero eso fue ayer. Sintiendo un dolor en mi pecho que me hace comprender realmente el significado de la angustia, me pregunto si lo que me preocupa no será su soledad.

Willem pasa los dedos por encima de la fina película de polvo de arcilla blanca que cubre mi cuerpo.

—Eres como un fantasma —dice—. Pronto desaparecerás. —Su voz es clara, pero cuando trato de llamar su atención, no me devuelve la mirada.

—Lo sé. —Tengo un nudo en la garganta. Si seguimos hablando de esto, va a convertirse en un sollozo.

Willem me limpia un poco de polvo y emerge mi piel bronceada. Pero otras cosas, ahora me doy cuenta, no salen tan fácilmente. Cojo a Willem por la barbilla y le vuelvo la cara, suavemente, hasta que me mira. Bajo el tenue resplandor de las farolas de la calle, sus facciones son a la vez sombrías y luminosas. Y entonces me mira, realmente me mira, y la expresión de su rostro es triste y melancólica y tierna y anhelante, y eso me dice todo lo que necesito saber.

Me tiembla la mano cuando me la llevo a la boca. Me chupo el pulgar y lo froto contra mi muñeca, contra mi marca de nacimiento. Luego la froto otra vez. Levanto la mirada y lo miro a los ojos, que ahora son tan oscuros como la noche que no quiere terminar.

El rostro de Willem vacila por un momento, luego su expresión se vuelve solemne, como después de que nos persiguieran. Se acerca y roza mi marca de nacimiento. No se va por mucho que frotes, es lo que me está diciendo.

—Pero te vas mañana —dice.

Oigo en las sienes el eco de los latidos de mi corazón.

—No tengo por qué hacerlo.

Por un segundo, parece confuso.

—Puedo quedarme un día más —le explico.

Otro día. Eso es todo lo que pido. Solo un día más. No puedo pensar más allá de eso. Antes de que las cosas se compliquen. De que el vuelo se retrase. De que mis padres se pongan furiosos. Pero un día más. Un día más en el que pueda escabullirme sin una mínima molestia, sin que nadie se enfade, a excepción de Melanie. Que lo entenderá. Con el tiempo.

Una parte de mí sabe que un día más solo significará aplazar la angustia. Pero otra parte de mí lo ve diferente. Nacemos en un día. Morimos en un día. Podemos cambiar en un día. Y podemos enamorarnos en un día. Todo puede pasar en un solo día.

—¿Qué te parece? —le pregunto a Willem—. ¿Un día más?

No contesta. En vez de eso, me atrae hacia sí. Siento que me hundo en el suelo de cemento, bajo su peso. Hasta que algo presiona con fuerzas mi espalda.

—¡Ay!

Willem rebusca debajo de mí y saca un pequeño cincel de metal.

—Tenemos que encontrar otro lugar para quedarnos —digo—. Y no con Céline.

—Chist... —Willem me tranquiliza con un beso.

Más tarde, después de tomarnos nuestro tiempo, de explorar cada pliegue oculto de nuestros cuerpos, después de habernos besado y lamido y cuchicheado y reído hasta que nos pesan las extremidades y fuera el cielo ha empezado a volverse púrpura con la luz del alba, Willem nos cubre con una lona.

—Goeienacht, Lulu —dice con la mirada palpitante por el agotamiento.

Acaricio los pliegues de su rostro con los dedos.

—Goeienacht, Willem —le respondo. Apoyo la boca en su mejilla, aparto a un lado la mata desordenada de su cabello y susurro—: Allyson. Mi nombre es Allyson. —Pero para entonces, él ya está dormido. Apoyo la cabeza en el hueco entre su brazo y el hombro, trazando las letras de mi verdadero nombre en su antebrazo, donde me imagino que sus contornos se mantendrán hasta mañana.

13

DESPUÉS de una ola de calor de diez días, me he acostumbrado a despertar empapada en sudor, pero hoy me despierta una brisa fresca que entra por una ventana abierta. Busco una manta, pero en vez de encontrar algo cálido y suave, topo con algo duro y áspero. Una lona. Y en ese espacio nebuloso entre la vigilia y el sueño, todo vuelve a mí. Dónde estoy. Con quién estoy. La felicidad me calienta desde dentro.

Busco a Willem a tientas, pero no está aquí. Abro los ojos, y los entrecierro inmediatamente contra la luz que se refleja en el blanco brillante de las paredes del estudio.

Instintivamente, me busco el reloj para ver qué hora es, pero mi muñeca está desnuda. Camino hacia la ventana, apretándome la falda contra el pecho desnudo. Las calles están muy tranquilas, las tiendas y los cafés todavía están cerrados. Todavía es temprano.

Quiero llamarle, pero reina un silencio parecido al de las iglesias, y romperlo no me parece bien. Él debe de estar abajo, tal vez en el baño. Yo también necesito usarlo. Me pongo mi ropa y bajo de puntillas por la escalera. Pero Willem tampoco está en el baño. Orino rápidamente, me lavo la cara, bebo agua para combatir la incipiente resaca.

Debe de estar explorando los estudios a la luz del día. O tal vez ha vuelto a subir la escalera. «Cálmate», me digo. Es probable que en este momento esté en el piso de arriba.

—¿Willem? —llamo.

No obtengo respuesta.

Corro escaleras arriba al estudio donde hemos dormido. Está desordenado. Mi bolsa está en el suelo, su contenido esparcido. Sin embargo, su bolsa, sus cosas, no están.

Mi corazón empieza a latir con fuerza. Corro hasta mi bolsa y la abro, compruebo la cartera y el pasaporte, mi poco dinero en efectivo. Inmediatamente me siento estúpida. Él me pagó el billete para venir aquí. No me robaría. Recuerdo los nervios y la película que me monté sola ayer en el tren.

Corro arriba y abajo de las escaleras, ahora gritando su nombre. Pero simplemente el eco me devuelve «¡Willem, Willem!», como si las paredes se rieran de mí.

Estoy a punto de entrar en estado de pánico. Trato de tranquilizarme recurriendo a la lógica. Ha salido a buscar algo para desayunar. A buscar un lugar donde podamos dormir.

Me acerco a la ventana y espero.

París comienza a despertar. Empiezan a subir las persianas de las tiendas, a barrer las aceras. Las bocinas de los coches empiezan a sonar, los timbres de las bicicletas, el sonido de las pisadas sobre el pavimento mojado por la lluvia se multiplican.

Si las tiendas están abiertas, ¿deben de ser las nueve? ¿Las diez? Pronto llegarán los artistas, y ¿qué harán cuando me encuentren ocupando su casa ocupada como Ricitos de Oro?

Decido esperar fuera. Me pongo mis zapatos y me cuelgo el bolso del hombro y saco la cabeza por la ventana abierta. Pero a la fría luz del día, sin vino que me envalentone ni Willem que me ayude, la distancia hasta el suelo parece un espacio muy largo por el que caer.

«Hazlo, puedes bajar», me castigo. Pero cuando salgo a la cornisa y trato de alcanzar el andamio, la mano me pesa y siento que me mareo. Me imagino a mis padres recibiendo la noticia de que me maté cayendo de un edificio en París. Me derrumbo de nuevo en el estudio, hiperventilándome, con las manos en la cara.

¿Dónde está? ¿Dónde diablos está?, me pregunto. En mi mente las razones para su retraso rebotan como las bolas de una máquina del millón. Ha

ido por más dinero. Ha ido a buscar mi maleta. ¿Y si se ha caído al salir por la ventana? Me levanto de un salto, llena de un optimismo algo retorcido que me dice que voy a encontrarlo tumbado debajo de la tubería de la fachada, solo un poco herido pero bien, y entonces puedo cumplir mi promesa de cuidar de él. Pero no hay nadie debajo de la ventana, excepto un charco de agua sucia.

Me dejo caer de nuevo sobre el suelo del estudio, el miedo no me deja respirar bien, un miedo que ha subido en la escala Richter muchos grados por encima de mi pequeño susto en el tren.

Pasa más tiempo. Me abrazo las rodillas, temblando en esta húmeda mañana. Me arrastro escaleras abajo. Trato de abrir la puerta principal, pero está cerrada por fuera. Tengo la sensación de que voy a quedarme aquí atrapada para siempre, que voy a envejecer y a marchitarme y a morir encerrada, en cuclillas.

¿Hasta qué hora duermen los artistas? ¿Qué hora es? Pero no necesito un reloj para saber que Willem hace mucho que se ha ido. A cada minuto que pasa, las explicaciones que sigo inventando suenan cada vez más vacías.

Por fin, oigo el ruido metálico de la cadena y de la llave en el candado. Pero cuando la puerta se abre, hay una mujer con dos largas trenzas que lleva un montón de lienzos enrollados. Me mira y empieza a hablarme en francés, pero salgo corriendo por la puerta y la dejo atrás.

En la calle, miro alrededor buscando a Willem, pero no está aquí. Parece que nunca haya estado aquí, en este feo tramo de restaurantes chinos baratos y garajes de automóviles y bloques de apartamentos, todo gris bajo la lluvia gris. ¿Por qué se me ocurrió pensar que este lugar era hermoso?

Corro por la calle. Los coches me tocan la bocina, los cláxones suenan extraños y ajenos, como si hasta ellos hablaran otro idioma. Doy vueltas sin tener la menor idea de dónde estoy, ni adónde ir, pero deseando desesperadamente estar en casa. En casa y en mi cama. A salvo.

Las lágrimas me nublan la vista, pero de alguna manera avanzo a trompicones por la calle, por la acera, rebotando de un bloque a otro. Esta vez nadie me persigue. Pero esta vez tengo miedo.

Corro varias manzanas, subo un montón de escaleras y llego a una plaza

donde hay uno de esos aparcamientos para bicicletas, una agencia inmobiliaria, una farmacia y una cafetería, y frente a ella una cabina telefónica. ¡Melanie! Puedo llamar a Melanie. Respiro hondo, me trago los sollozos y sigo las instrucciones para conectar con una operadora internacional. Pero la llamada va directamente al contestador automático. Por supuesto. Melanie ha desconectado el teléfono para evitar las llamadas de mi madre.

Una operadora entra en la línea para decirme que no puedo dejar un mensaje porque la llamada es a cobro revertido. Me echo a llorar. La operadora me pregunta si quiere que llame a la policía por mí. Balbuceo un no, y ella me pregunta si acaso hay alguien más a quien pueda llamar. Y es entonces cuando me acuerdo de la tarjeta de la señora Foley.

Le digo su número y después su nombre, y ella me lo repite con un enérgico «Pat Foley, ahora mismo». La operadora tiene que preguntarle varias veces si acepta la llamada a cobro revertido porque durante un largo minuto no puedo hacer nada más que llorarle al auricular mientras la señora Foley trata de entender qué pasa, así que no puede oír lo que le dice la operadora.

—Allyson. Allyson. ¿Cuál es el problema? ¿Estás herida? —pregunta por encima del ruido de la conexión.

Estoy demasiado asustada, demasiado aturdida para estar herida. Eso vendrá después.

—No —digo con un hilo de voz—. Necesito ayuda.

La señora Foley se las arregla para sacarme la información básica. Que me he ido a París con un chico que conocí en el tren. Que estoy aquí, sola, sin dinero, y que no tengo ni idea de dónde estoy.

—Por favor —le ruego—. Solo quiero irme a casa.

—Vamos a hacer que vuelvas a Inglaterra, ¿de acuerdo? —dice con calma—. ¿Tienes un billete de vuelta?

Willem me compró uno de ida y vuelta, creo. Hurgo en mi bolso y saco el pasaporte. El billete sigue cuidadosamente doblado en el interior.

—Creo que sí —le digo a la señora Foley con voz temblorosa.

—¿Para cuándo es la reserva del viaje de vuelta?

Busco. Los números y las fechas nadan revueltos ante mis ojos.

—No encuentro el horario.

—Mira en el ángulo superior izquierdo.

Y entonces lo veo.

—Trece treinta.

—Trece treinta —repite la señora Foley con su tono reconfortante, eficiente como es costumbre en ella—. Excelente. A la una y media. Solo un poco después del mediodía, así que tienes tiempo para coger el tren. ¿Puedes llegar a la estación de tren, o a una de metro?

No sé cómo hacerlo. Y no tengo dinero.

—No.

—¿Qué tal un taxi? ¿Puedes coger un taxi hasta la *Gare du Nord*?

Niego con la cabeza. No tengo euros para pagar un taxi. Se lo digo a la señora Foley. Advierto la desaprobación en su silencio. Como si nada de lo que le he dicho antes hubiera rebajado su estima por mí, pero ¿venir a París sin dinero suficiente? Suspira.

—Te puedo pedir un taxi desde aquí y pagarlo por adelantado para que te lleve a la estación de tren.

—¿Puede hacer eso por mí?

—Solo dime dónde estás.

—No lo sé. —Me derrumbo. No he prestado ninguna atención a donde Willem me llevó ayer. Me había rendido.

—Allyson. —Su voz es una bofetada en la cara, y surte exactamente el efecto deseado. Detiene mis maullidos—. Cálmate. Ahora deja el teléfono por un momento, ve a buscar la intersección de calles más cercana y apunta sus nombres.

Busco el bolígrafo en mi bolso, pero no está ahí. Dejo el auricular y memorizo los nombres de las calles.

—Estoy en la avenida Simon Bolivar y la Rue de l'Equerre —digo haciendo una carnicería con la pronunciación—. Frente a una farmacia.

La señora Foley repite las señas que le doy y luego me dice que no me mueva, que en media hora llegará un coche para recogerme y que la llame de nuevo si no aparece. Que si no vuelvo a llamarla, entenderá que habré subido

al tren de la una y media que va a Saint Pancras, y que ella se reunirá conmigo en Londres justo al final del andén a las tres menos cuarto. Me dice que no salga de la estación de tren sin ella.

Quince minutos más tarde, un Mercedes negro llega a la esquina. El conductor asoma un cartel por la ventanilla, y cuando veo mi nombre «Allyson Healey» me siento aliviada y vacía a la vez. Lulu, viniera de donde viniese, ha desaparecido.

Me deslizo en el asiento de atrás, arranca y tardamos unos diez minutos en llegar a la estación de tren. La señora Foley le ha dado instrucciones al conductor de que me acompañe dentro, para que me indique exactamente en qué andén debo subir a bordo del tren. Estoy en las nubes mientras nos abrimos paso y es solo en el momento en que me dejo caer en el asiento y veo a la gente arrastrando bolsas por los pasillos cuando me doy cuenta de que he dejado mi maleta en el club. Toda mi ropa y todos los recuerdos del viaje están ahí. Y ni siquiera me importa. He perdido algo mucho más valioso en París.

Me mantengo bastante serena hasta que el tren entra en el túnel. Y entonces, tal vez debido a la seguridad de la oscuridad o al recuerdo del viaje acuático de ayer que define todo lo indefinido, una vez que pasamos Calais y las ventanas se oscurecen, empiezo de nuevo a llorar en silencio, mis lágrimas saladas no tienen fin, como el mar a través del que estoy viajando.

En Saint Pancras, la señora Foley me acompaña hasta una cafetería, me sienta a una mesa en un rincón y me invita a un té que se enfría en su taza. Ahora se lo cuento todo: la obra de Shakespeare alternativa en Stratford-upon-Avon. El encuentro de Willem en el tren. El viaje a París. El día perfecto. Su misteriosa desaparición de esta mañana que todavía no entiendo. Mi huida presa del pánico.

Espero que me suelte una reprimenda severa, por engañarla, por no ser una buena chica, pero en lugar de eso es simpática conmigo.

—Ay, Allyson... —dice ella.

—Simplemente no sé qué ha podido pasarle. He esperado y esperado, al menos un par de horas, y me dio mucho miedo. Me entró el pánico. No sé, tal vez debería haber esperado más tiempo.

—Podrías haber esperado hasta la próxima Navidad, y me temo que no habría servido de nada —dice la señora Foley.

La miro. Puedo sentir mis ojos suplicantes.

—Él era un actor, Allyson. Un actor. Son los peores de todos.

—¿Cree que todo el asunto era una actuación? ¿Que era una pantomima? —Niego con la cabeza—. Lo de ayer no fue una pantomima —digo con énfasis, aunque ya no estoy segura de a quién estoy tratando de convencer.

—Me atrevo a decir que en ese momento era real —dice ella, midiendo sus palabras—. Pero los hombres son diferentes de las mujeres. Sus emociones son caprichosas. Y los actores pueden conectarlas y desconectarlas.

—No fue una actuación —repito, pero mi argumento pierde fuerza.

—¿Te has acostado con él?

Por un segundo, todavía puedo sentirlo dentro de mí. Me deshago de ese pensamiento, miro a la señora Foley, asiento.

—Entonces él ha conseguido lo que vino a buscar. —Sus palabras constatan un hecho, pero no hay crueldad en ellas—. Me imagino que él nunca pensó que fueras más que la aventura de un día. Eso fue exactamente lo que te propuso, después de todo.

Lo fue. Hasta que dejó de serlo. Ayer por la noche nos declaramos el uno al otro nuestros sentimientos. Estoy a punto de decírselo a la señora Foley. Pero entonces me detengo, y pienso fríamente: ¿Nos declaramos algo? ¿O simplemente estaba ocupada en relamerme la baba que se me caía?

Pienso en Willem. Pienso en él de verdad. ¿Qué es lo que sé realmente de él? Solo un puñado de hechos, qué edad tiene, lo alto que es, lo que pesa, su nacionalidad, excepto que ni tan solo estoy segura de eso, porque me dijo que su madre no era holandesa. Es un viajero. Un vagabundo, en realidad. Los accidentes son la fuerza que determina su vida.

No sé cuándo es su cumpleaños. O su color favorito, o su libro favorito, o el tipo de música que escucha. O si tiene una mascota. No sé si alguna vez se ha roto un hueso. O cómo se hizo la herida que le dejó la cicatriz de su pie o por qué no ha estado en casa durante tanto tiempo. ¡Ni siquiera sé su apellido! Y esto es aún más de lo que él sabe de mí. ¡Ni siquiera sabe mi

nombre!

En este café pequeño y feo, sin el romántico brillo de París que todo lo vuelve de color rosa, empiezo a ver las cosas como realmente son: Willem me ha invitado a París por un día. Nunca me prometió nada más. Ayer por la noche, incluso trató de enviarme a casa. Sabía que Lulu no era mi verdadero nombre, y no hizo absolutamente ningún intento de saber quién era yo realmente. Cuando mencioné los mensajes de texto o de correo electrónico para enviarle la foto de nosotros dos, se negó hábilmente a darme sus datos de contacto.

Y no es que me haya mentido. Me dijo que se había enamorado muchas veces, pero nunca había estado enamorado de verdad. Se había ofrecido en sacrificio a sí mismo. Pienso en las chicas del tren, en Céline, en las modelos, en la chica de la cafetería. Y eso solo en un día juntos. ¿Cuántas éramos allí fuera? Y en lugar de aceptar mi destino y disfrutar de mi día y seguir adelante, rechacé hacerlo. Le dije que estaba enamorada de él. Que quería cuidar de él. Le rogué que se quedara conmigo un día más, asumiendo que él también quería. Pero nunca me respondió. Nunca llegó a decirme que sí.

¡Oh, Dios mío! Ahora todo tiene sentido. ¿Cómo he podido ser tan ingenua? ¿Estar enamorado? ¿En un día? Todo lo que ocurrió ayer era una pantomima. Todo es una ilusión. La realidad cristaliza en su lugar, y la vergüenza y la humillación me duelen tanto que me siento mareada. Hundo la cara en mis manos.

La señora Foley me acaricia la cabeza.

—No, no, querida. Déjalo salir. Predecible, sí, pero todavía brutal. Al menos podría haberte acompañado a la estación de tren, despedirse con la mano y luego no volverte a llamar. Sería un poco más civilizado. —Me aprieta la mano—. Esto también se te pasará. —Hace una pausa, se inclina más cerca—. ¿Qué le ha pasado a tu cuello, cariño?

Mi mano vuela hasta mi cuello. La gasa se ha desprendido, y la herida está empezando a picarme.

—Nada —le digo—. Ha sido un... —Estoy a punto de decir «accidente», pero me detengo—. Un árbol.

—¿Y dónde está tu hermoso reloj? —pregunta.

Me miro la muñeca. Veo mi marca de nacimiento, fea y desnuda, y estridente. Me bajo la manga del suéter para cubrirla.

—Lo tiene él.

Chasquea la lengua.

—A veces hacen eso. Cogen cosas como una especie de trofeo. Igual que los asesinos en serie. —Se acaba su té de un último sorbo—. Y ahora, ¿vamos con Melanie?

Le doy a la señora Foley el trozo de papel con la dirección de Veronica, y ella saca un callejero de Londres Z para trazar nuestro camino. Me duermo en el metro, se me han secado las lágrimas, el vacío del agotamiento es el único consuelo que tengo ahora. La señora Foley me despierta en la parada de Veronica y me lleva a la casa victoriana de ladrillo rojo donde está su piso.

Melanie viene saltando a la puerta, ya vestida para ir a una representación teatral esta noche. Su rostro se ilumina de pura expectación, esperando oír una historia realmente buena. Pero luego ve a la señora Foley y su expresión desaparece. Sin saber nada lo sabe todo: ayer se despidió de Lulu en la estación de tren, y ahora le devuelven a Allyson como un juguete roto. Asiente levemente, como si nada de esto la sorprendiera. Entonces golpea el suelo con los talones y me abre sus brazos, y cuando me hundo en su abrazo, la humillación y la angustia me doblan las rodillas. Melanie se sienta en el suelo junto a mí, abrazándome con fuerza. Detrás de mí, oigo los pasos de la señora Foley alejándose. Dejo que se vaya sin decirle una palabra. No le doy las gracias. Y sé que nunca lo haré, y sé que está mal teniendo en cuenta lo buena que ha sido conmigo.

Pero si quiero sobrevivir, nunca, nunca volveré a este día.

Segunda parte

UN AÑO

Septiembre, Universidad

—**A**LLYSON. Allyson. ¿Estás ahí?

Me tapo la cabeza con la almohada y aprieto los ojos cerrados, fingiendo dormir.

La llave gira en la cerradura cuando mi compañera de habitación, Kali, abre la puerta.

—Me gustaría que no cerraras la puerta cuando estés aquí. Y sé que no estás dormida. Solo te haces la muerta. Como Buster.

Buster es el perro de Kali. Un Lhasa Apso. Hay unas cuantas fotos de él entre las docenas que tiene clavadas en la pared. Me lo contó todo sobre Buster en julio pasado, cuando hablamos en nuestra primera llamada telefónica de compañeras de habitación, para presentarnos mutuamente. Entonces pensé que Buster sonaba bonito, y me pareció extravagante que se llamara Kali por el lugar donde había nacido, y la forma en que hablaba, como si de alguna manera soltara las palabras a trompicones, me pareció muy dulce.

—Vaaale, Allyson. Bien. No me contestes, pero mira, ¿puedes llamar a tus padres? Tu madre me ha llamado, a mí, preguntándome por ti.

Debajo de la almohada, abro los ojos. Me preguntaba cuánto tiempo podría dejar mi teléfono descargado antes de que pasara algo. Puedo esperarme la misteriosa entrega del paquete que me ha traído un mensajero de UPS. O incluso podría esperarme que apareciera una paloma mensajera. Pero

¿llamar a mi compañera de habitación?

Sigo escondida debajo de la almohada mientras Kali se cambia de ropa, se maquilla y se rocía con ese perfume de vainilla que lo impregna todo. Una vez que se marcha, me aparto la almohada de la cabeza y saco las piernas por un lado de la cama. Aparto a un lado el libro de química, el rotulador fluorescente sigue entre dos páginas, sin estrenar, con la esperanza de ser usado antes de que se seque. Busco mi teléfono en el cajón de los calcetines y el cargador entre la ropa sucia apilada en mi armario. Enciendo el teléfono y el buzón de voz me dice que tengo veintidós mensajes nuevos. Compruebo las llamadas perdidas. Dieciocho son de mis padres. Dos de mi abuela. Una de Melanie, y una del registro civil.

«Hola, Allyson, soy mamá. Solo llamaba para saber cómo va todo. Llámame».

«Hola, Allyson, soy mamá. Tengo el nuevo catálogo de Boden, y hay algunas faldas muy bonitas. Y algunos vaqueros de pana para el frío. Te compraré algo y te lo traeré el fin de semana de los padres. ¡Llámame!».

Luego hay una de papá.

«Tu madre quiere saber en qué restaurantes haremos las reservas para el fin de semana de los padres: italianos, franceses, japoneses... Le he dicho que a ti te gustaría cualquiera de esos. Me imagino que los menús del restaurante estudiantil no habrán mejorado mucho en veinticinco años».

Después, otra vez mamá.

«Allyson, ¿se te ha roto el teléfono? Por favor, dime que no has vuelto a perderlo. ¿Puedes llamar al campamento base? Estoy tratando de programar el fin de semana de los padres. He pensado que podría ir a clase contigo...»

«Hola, Ally, soy la abuela. Estoy en Facebook ahora. No estoy segura de cómo funciona, así que hazme amiga tuya. O también podrías llamarme. Pero quiero hacerlo como lo hacéis los jóvenes».

«Allyson, soy papá. Llama a tu madre. Además, estamos tratando de conseguir reservas en Prezzo...»

«Allyson, ¿estás enferma? Porque ya no se me ocurre ninguna otra explicación para tu silencio...»

Los mensajes van a peor, mamá se comporta como si hubieran pasado

tres meses, no tres días, desde nuestra última conversación telefónica. Acabo borrando el último lote, sin escucharlos siquiera, deteniéndome solo en la vaga explicación de Melanie sobre su universidad y los chicos guapos de Nueva York y la superioridad de la pizza.

Miro la hora en mi teléfono. Son las seis en punto. Si llamo a casa, tal vez mamá esté fuera y salte el contestador. No estoy muy segura de qué hace con sus días ahora. Cuando yo tenía siete años dejó su trabajo, a pesar de que no se había tomado en su momento la baja por maternidad. El plan era volver a trabajar cuando yo empezara la universidad, pero aún no ha conseguido despegar.

Descuelga al segundo timbrado.

—Allyson, ¿dónde estabas? —pregunta, impaciente y un poco metomentodo.

—Salí corriendo para unirme a una secta. —Hay una breve pausa, como si estuviera realmente considerando esa posibilidad—. Estoy en la universidad, mamá. Estoy ocupada. Tratando de adaptarme a todo el trabajo que tengo encima.

—Si crees que eso es malo, ya verás cuando empieces a estudiar de verdad. ¡Ya verás cuando hagas la residencia! Apenas vi a tu padre.

—Entonces debes de estar acostumbrada.

Mamá hace una pausa. Este sarcasmo mío es nuevo. Papá dice que es desde que volví de Europa, y que es un caso de adolescentitis retardada. Nunca antes había actuado así, pero ahora al parecer tengo una mala actitud y un mal corte de pelo y una racha de irresponsabilidad, como lo demuestra el hecho de que no solo perdí mi maleta y todo su contenido, sino también mi reloj de graduación, aunque, de acuerdo con la historia que Melanie y yo les contamos, alguien en el tren me robó la maleta y el reloj, que estaba en su interior. Lo que en teoría debería hacer que me hubiera librado de la culpa. Pero no es así. Tal vez porque es mentira.

Mamá cambia de tema.

—¿Recibiste el envío? Una cosa es que me ignores a mí, pero tu abuela agradecería una nota siquiera.

Busco el paquete de UPS entre las prendas arrugadas. Envuelto en

plástico de burbujas hay un despertador antiguo con forma de Betty Boop y una caja de galletas de Shriner, una panadería del pueblo. La nota pegajosa que está pegada a la caja de galletas reza: ESTO ES DE PARTE DE LA ABUELA.

—Pensé que el reloj sería perfecto para tu colección.

—Y lo es. —Miro a las cajas de mi colección de despertadores, todavía sin abrir, en el armario, donde guardo todas mis cosas no esenciales.

—Te he comprado un montón de ropa nueva. ¿Te la envío o me espero y te la traigo?

—Tráemela, supongo.

—Hablando de fin de semana de los padres, hemos hecho planes. Para el sábado por la noche queremos hacer una reserva para cenar en Prezzo. El domingo almorzamos, y después de eso, antes de volar a casa, tu padre tiene una cosa con alumnos, así que pensé que tú y yo podríamos irnos a un spa. Ah, y el sábado por la mañana, antes de comer, me tomaré un café con la madre de Kali, Lynn. Hemos estado enviándonos correos electrónicos.

—¿Por qué te escribes con la madre de mi compañera de habitación?

—¿Y por qué no? —El tono de mamá es insolente, como si yo no tuviera ninguna razón para preguntarle eso, como si no hubiera ninguna razón para que ella no esté presente en cada minuto de mi vida.

—Bueno, ¡no puedes llamarme al teléfono de Kali! Es un poco extraño.

—Lo que es un poco extraño es tener a tu madre sin una sola noticia durante una semana.

—Tres días, mamá.

—Así que también los has contado. —Hace una pausa, se anota el punto —. Si me dejaras instalarte un teléfono fijo, no tendríamos este problema.

—Nadie tiene ya teléfonos fijos. Todos tenemos móviles. Nuestros propios números. Por favor, no me llames al de ella.

—Entonces devuélveme las llamadas, Allyson.

—Lo haré. Había perdido el cargador —miento.

Su resoplido al otro lado de la línea me dice que he escogido mal la mentira.

—¿Tendremos que atarte las cosas con una cuerda? —pregunta.

—Se lo presté a mi compañera de cuarto y acabó entre sus cosas.

—¿Te refieres a Kali?

Kali y yo ni siquiera hemos compartido una pastilla de jabón.

—Sí.

—Estoy deseando conocerla, a ella y a su familia. Parecen encantadores. Nos invitaron a La Jolla.

Estoy a punto de preguntarle si ella realmente quiere ser sociable con personas que llamaron a su hija Kali por California.

Mamá tiene algo con los nombres, odia los apodos. Cuando yo era pequeña, ella era una especie de fascista al respecto, siempre trataba de evitar que acortaran mi nombre y me llamaran Ally o Al. La abuela no le hacía caso, pero todos los demás, incluso los profesores en la escuela, acataron la orden. Nunca he llegado a saber por qué, si le molestaba tanto, no me puso un nombre que no pudiera acortarse, aunque Allyson es un nombre de familia. Pero no digo nada sobre Kali, porque si soy maliciosa desmontaré mi coartada de Estudiante Universitaria Feliz. Y mamá especialmente, cuyos padres no pudieron permitirse el lujo de enviarla a la universidad que había elegido y que tuvo que abrirse camino hasta la facultad y luego apoyar a papá mientras estudiaba Medicina, está muy preocupada porque sea una Estudiante Universitaria Muy Feliz.

—Tengo que irme —le digo—. Esta noche voy a salir con mis compañeras.

—¡Oh, qué divertido! ¿Adónde vas?

—A una fiesta.

—¿Es una fiesta de estudiantes? ¿Una fiesta cervecera?

—Quizá veamos alguna peli.

—Acabo de ver una muy buena de Kate Winslet. Tienes que verla.

—Vale, lo haré.

—Llámame mañana. Y deja el teléfono conectado.

—Los profesores tienden a fruncir el ceño si suena un teléfono en la clase, mamá. —Vuelve a salirme el sarcasmo.

—Mañana es sábado. Y me conozco tus horarios, Allyson. Todas las clases son por la mañana.

Se conoce mi agenda de memoria. Básicamente la creó ella. Todas las

clases por la mañana porque decía que estarían menos llenas y yo prestaría más atención y así tendría todo el resto del día para estudiar. O bien, como ha resultado ser, para dormir.

Después de colgar el teléfono meto el reloj despertador en una caja en el armario, cojo las galletas y me las llevo a la sala, donde el resto de mis compañeras ya han abierto un paquete de seis cervezas. Están todas vestidas y listas para salir.

Cuando empezaron las clases, todas estaban muy emocionadas. Ellas sí que eran verdaderas estudiantes universitarias felices. Jenn hizo brownies orgánicos, y Kendra escribió y colgó un cartelito en la puerta con todos nuestros nombres y un apodo para el grupo, las Fabulosas Cuatro. Kali, por su parte, nos dio cupones para un salón de bronceado para evitar el inevitable desorden afectivo estacional.

Ahora, un mes después, las otras tres han formado un grupo muy unido. Y yo soy como un grano. Quiero decirle a Kendra que no pasa nada si quita el cartelito o lo sustituye por otro que diga algo así como «El Trío Fantástico y Allyson».

Entro en el salón y me acerco a las chicas.

—Toma —digo dándole las galletas a Kali, aunque sé que mira los carbohidratos que contienen y que sabe que estas galletas blancas y negras son mis favoritas—. Siento mucho lo de mi madre.

Kendra y Jenn chasquean la lengua con simpatía, pero Kali entorna los ojos y dice:

—No quiero ser zorra, pero ya es bastante malo tener que defenderme de mis propios padres, ¿vaaaale?

—Debe de tener el síndrome del nido vacío o algo así. —Eso es lo que papá me dice—. No lo volverá a hacer —añado con más confianza de la que tengo.

—Mi madre convirtió mi dormitorio en una sala de arte dos días después de que me fuera —dice Jenn—. Al menos a ti te echan de menos.

—Ya.

—¿Qué tipo de galletas son? —pregunta Kendra.

—Blancas y negras.

—Igual que nosotras —bromea Kendra. Ella es negra, o afroamericana, nunca estoy segura de cuál es el término correcto, y además utiliza los dos.

—La armonía racial de las galletas —digo.

Jenn y Kendra se ríen.

—Deberías venir con nosotras esta noche —dice Jenn.

—Vamos a una fiesta al Henderson y luego está ese otro bar en Central, que parece que tiene una política muy liberal sobre eso de pedir los carnés — dice Kendra, recogiendo el recién alisado cabello negro en un moño, y luego se lo piensa mejor y se lo suelta—. Y también un montón de buenos especímenes macho.

—Y especímenes hembra, si eso es lo que te va —apunta Jenn.

—No es lo mío. Quiero decir, nada de esto es lo mío.

Kali esboza una sonrisa maliciosa.

—Creo que te has matriculado en el lugar equivocado. Creo que hay un convento en Boston.

Algo gruñe en mi estómago.

—No aceptan judíos.

—Vale ya, vosotras dos —interviene Kendra, siempre tan diplomática. Se vuelve hacia mí—. ¿Por qué no sales solo un rato con nosotras?

—Química. Física. —Se hace el silencio. Todas se han matriculado en facultades de Arte o de Empresariales, por lo que la invocación a la ciencia las hace callar.

—Bueno, será mejor que vuelva a mi habitación. Tengo una cita con la tercera ley de la termodinámica.

—Suenan guay —dice Jenn.

Sonrío y regreso a mi habitación, donde abro Fundamentos de Química diligentemente, pero mientras el Trío Fantástico se dirige a la puerta, empiezo a notar que los párpados me pesan como dos sacos de arena. Me quedo dormida debajo de una montaña de ciencia que aún no he leído. Y así comienza otro fin de semana en la vida de la Estudiante Universitaria Feliz.

Octubre, Universidad

HE evitado pensar en el fin de semana de los padres siempre que he podido, y entonces el jueves antes de que lleguen, miro mi dormitorio e intento verlo no como yo lo veo, paredes, una cama, un escritorio, un armario, sino como lo verán ellos. Este no es el dormitorio de una Estudiante Universitaria Feliz. Hay ropa sucia y apuntes por todas partes. Mi madre detesta el desorden. Me salto las clases y me paso el día limpiando. Meto toda la ropa sucia en la lavadora, la conecto y a medida que gira y gira, limpio de polvo las superficies. Escondo en el armario todos los trabajos en curso, los apuntes de chino mandarín, los montones de periódicos leídos, el libro Scantron de Química y los exámenes de física con sus puntuaciones ominosamente garabateadas en rojo, los informes de laboratorio con comentarios como «Necesitas ser más exhaustiva», «Revisa tus cálculos» y el temido «Ven a verme». En su lugar, pongo un montón de notas señuelo y gráficos del principio, de antes de que empezara el bombardeo. Desenvuelvo la funda nórdica que compramos en Bed, Bath & Beyond el verano pasado y la pongo sobre la sencilla colcha debajo de la que he estado durmiendo. Saco algunas de las fotos de las cajas y las esparzo por toda la habitación. Incluso me dejo caer por la Librería Universitaria y compro uno de esos estúpidos y enormes banderines con el nombre de la escuela y lo pongo encima de la cama. *Voilà*. Espíritu universitario.

Pero por alguna razón me olvido de los relojes. Y eso me delata.

Cuando mamá entra en el dormitorio, después de murmurar que el salón parece un pequeño basurero, suelta un «Oooh» mientras contempla las fotos de Buster que tiene colgadas Kali y luego mira mis paredes relativamente desnudas y resopla. Por su expresión de horror, se podría pensar que he decorado el cuarto con fotos de la escena de un crimen.

—¿Dónde está tu colección?

Señalo las cajas en el armario, sin abrir.

—¿Por qué están ahí?

—Son demasiado ruidosos —miento con rapidez—. No quiero molestar a Kali con ellos. —Da igual que la radio de Kali parezca explotar cada día a las siete de la mañana.

—Puedes ponerlos y no darles cuerda —dice—. Esos relojes te definen.

¿Lo hacen? No recuerdo cuándo empecé a coleccionarlos. A mamá le gustaba ir a los mercadillos los fines de semana, y de repente, un día, yo ya era coleccionista de relojes. Los tengo desde hace mucho tiempo, pero no recuerdo el momento en que vi un reloj despertador antiguo y decidí que quería coleccionarlos.

—Tu mitad se ve terriblemente desértica comparada con la de Kali —dice mamá.

—Deberías haber visto mi dormitorio —dice papá, perdido en su nube de nostalgia—. Mi compañero de cuarto ponía papel de aluminio en las ventanas. Parecía una nave espacial. Él lo llamaba el «dormitorio universitario del futuro».

—A mí me va más el dormitorio minimalista.

—Tiene un cierto encanto carcelario —dice papá.

—Es como un antes/después de uno de esos reality shows de decoración del hogar. —Mamá señala la mitad de Kali de la habitación, que tiene tapado cada centímetro de la pared, ya sea con pósteres, reproducciones o fotografías—. Tú eres el antes —dice. Como si yo no lo hubiera entendido ya.

Nos dirigimos a uno de los talleres especiales, algo terriblemente aburrido sobre la evolución de la tecnología en el aula. Mamá toma notas, de verdad. Papá asiente ante cada pequeña cosa que recuerda y cada pequeña cosa nueva. Es lo mismo que hizo cuando recorrimos la escuela el año pasado

durante la visita; él y mamá estaban muy emocionados con la idea de que viniera aquí. Estaban creando una tradición académica, yo era su heredera. De alguna manera, por entonces yo también estaba ilusionada.

Después del taller, papá se reúne con los padres de los otros alumnos, y mamá se toma su café con Lynn, la madre de Kali. Parecen llevarse a las mil maravillas. Si Kali no le ha dicho a su mamá el fiasco que ha sido conocerme, o si lo ha hecho, su mamá tiene la delicadeza de no hablar de ello.

Antes del Almuerzo del Presidente, las integrantes de las Fabulosas Cuatro y nuestras respectivas familias nos reunimos en nuestro apartamento de la residencia de estudiantes y todos los padres se presentan y parlotean sobre lo pequeñas que son nuestras habitaciones y admiran lo que hemos hecho con nuestro pequeño salón y sacan fotografías de todas posando en plan LAS FABULOSAS CUATRO RECIBEN A LOS FABULOSOS OCHO. Entonces salimos todos juntos al patio y recorreremos el camino largo que rodea todo el campus mientras les enseñamos algunos de los viejos edificios más majestuosos, llenos de hiedra trepando por sus viejos ladrillos rojos. Y todo el mundo parece contento con sus faldas de franela y sus botas altas negras y los jerséis de cachemira y las chaquetas de piel de oveja mientras arrastramos los pies por entre los montones de hojas otoñales. Realmente parecemos los Estudiantes Universitarios Felices que salen en los catálogos.

El almuerzo es formal y aburrido, pollo de goma y discursos de goma en una sala grande, fría y con mucho eco. Y justo después del almuerzo es cuando el mito de las Fabulosas Cuatro empieza a desmoronarse. Sin abandonar la sutileza, las familias de Kendra, de Jenn y de Kali empiezan a discutir entre ellas. Estoy segura de que hablan de las vacaciones de Navidad y de Acción de Gracias y de las vacaciones de primavera y la comida comunitaria y cosas por el estilo. Mi mamá los mira, pero sin pronunciar palabra.

Ella y papá vuelven al hotel para prepararse para la cena. Mamá me dice que el lugar es elegante y sugiere que me ponga mi vestido cruzado rojo y negro. Y que me lave el pelo, que parece grasiento.

Cuando regresan a buscarme, hay un momento incómodo cuando mi familia se reúne con el resto de las Fabulosas Cuatro y sus Fabulosas

Familias, que van todas juntas a una cena de grupo en alguna marisquería famosa del centro de Boston. Hay una especie de punto muerto cuando mis padres se encuentran frente a los otros padres. Mis compañeras, ruborizadas, tienen un interés enorme en la alfombra gris industrial. Por último, el papá de Jenn interviene y nos ofrece una invitación tardía para que vayamos a cenar con ellos.

—Estoy seguro de que cabremos aunque seamos tres más.

—Oh, eso no será necesario —dice mamá con su voz altiva—. Tenemos una reserva en Prezzo, en Back Bay.

—¡Guau! ¿Cómo lo ha conseguido? —pregunta Lynn—. Lo intentamos y no nos daban mesa hasta el mes que viene. —Prezzo, según mamá, es el restaurante más chic de toda la ciudad.

Mamá sonrío misteriosamente. No lo dirá, pero papá me dijo que uno de sus compañeros de golf tenía un amigo en uno de los hospitales de Boston que había movido algunos hilos para conseguirnos una mesa. Mamá se puso muy contenta, pero ahora me doy cuenta de que la victoria ha sido mancillada.

—Disfrutad de vuestra crema de marisco —dice imitando el acento bostoniano. Solo papá y yo pillamos su tono de condescendencia.

La cena resulta un fracaso. Incluso sentados en este lugar cursi lleno de bostonianos de pro, puedo decir que mamá y, por extensión, papá, se sienten marginados. Y no es así. Lo que sienten es mi marginación.

Me preguntan acerca de mis clases, y yo, respetuosamente, les cuento cosas de química, física, biología y chino mandarín, evitando comentarles lo difícil que es mantenerse despierto en clase, no importa lo temprano que me vaya a la cama, o lo mal que llevo ahora temas en los que me lucí en la escuela secundaria. Hable de ello o no hable, todo esto se me hace tan pesado que quiero hundir la cabeza en ensalada de trece dólares.

Cuando llegan los platos principales, mamá pide una copa de Chardonnay, y papá una de Shiraz. Trato de no mirar la forma en que la luz de las velas baila contra los colores del vino. Todavía me duele. Miro mi plato de raviolis. Huelen bien, pero no tengo ningunas ganas de comérmelos.

—¿Estás deprimida por algo? —pregunta mamá.

Y por un instante me pregunto qué pasaría si les dijera la verdad. Que esta facultad no es como me imaginaba que sería. Que no soy la chica del catálogo ni de lejos. Que no soy una Estudiante Universitaria Feliz. Que no sé quién soy. O tal vez sí sé quién soy, y no quiero serlo nunca más.

Pero no es una opción. Mamá se sentiría agraviada, decepcionada, como si mi infelicidad fuera un insulto personal a su manera de criarme. Y entonces me culparía por no sentirme muy afortunada. ¡Es la universidad! La experiencia de la universidad que ella nunca llegó a tener. Y que fue una de las razones por las que afrontó toda mi escuela secundaria como un ejercicio general, trazando mis actividades extracurriculares, poniéndome tutores para los temas en que fallaba, preparándome para la selectividad.

—Estoy cansada —le digo. Esto, al menos, no es mentira.

—Probablemente pases demasiado tiempo en la biblioteca —interviene papá—. ¿Ves poco la luz del sol? Eso sí que puede afectarte el ritmo circadiano.

Niego con la cabeza. Esto también es cierto.

—¿Has estado corriendo? Hay algunas pistas bonitas por aquí. Y no estás demasiado lejos del río.

Creo que la última vez que corrí fue con papá, y fue un par de días antes de partir para el viaje.

—Vamos a salir mañana temprano, antes del almuerzo. Quemaremos la cena. Le daremos un poco de aire a tus pulmones.

Solo pensar en ello me agota, pero esto no es tanto una invitación como una expresión de deseo, y el plan ya está hecho incluso antes de que yo esté de acuerdo.

A la mañana siguiente, el resto de las chicas están sentadas en el saloncito bebiendo café, charlando felizmente acerca de la cena de la noche anterior, que incluyó un incidente con un camarero guapo y un mazo de langosta que a estas horas ya se está mitificando en un cuento llamado «El mazo y el tío buenorro». Me miran dos veces cuando aparezco vestida con un chándal y una sudadera, rebuscando a su alrededor mis zapatillas de correr. Nuestra residencia de estudiantes tiene un gimnasio de última generación al que

Kendra y Kali son adictas y al que suelen arrastrar a Jenn, pero en el que yo todavía no he puesto un pie.

Espero a papá, pero también se presenta mamá, toda contenta con sus pantalones de lana negros y su capa de cachemira.

—Pensé que os reuniríais en el almuerzo —digo.

—Oh, solo quería pasar un rato aquí, en la residencia de estudiantes. Me ayudará a imaginar dónde estás cuando no estoy contigo. —Se vuelve hacia Kali—. Si no os importa. —Su voz es tan amable, que Kali nunca podría pillarle la mala leche que destila.

—Creo que es adorable —dice Kali.

—¿Estás lista, Allyson? —me pregunta papá.

—Casi. No encuentro mis zapatillas de deporte.

Mamá me echa una mirada, como si fuera obvio que lo pierdo todo continuamente.

—¿Dónde las dejaste la última vez? —pregunta papá—. Solo visualízalas. Así es como se encuentran las cosas que se pierden. —Este es su típico consejo, pero normalmente funciona. Y por supuesto, cuando me imagino mis zapatillas todavía dentro de la maleta debajo de la cama, es donde están.

Cuando llegamos abajo, papá hace algunos estiramientos a medias.

—Vamos a ver si me acuerdo de cómo va esto —bromea. No es un gran corredor, pero siempre les dice a sus pacientes que hagan ejercicio, así que trata de hacer lo que predica.

Cogemos un camino hacia el río. Es un verdadero día de otoño, claro y fresco, y aún flota ese olor a invierno en el aire. No me gusta correr, al principio al menos, pero por lo general al cabo de diez minutos más o menos algo en mi cerebro se desconecta y me olvido de lo que estoy haciendo. Hoy, sin embargo, cada vez que empiezo a olvidarme es como si mi mente reiniciara los valores predeterminados de otra carrera, la mejor carrera, la carrera de mi vida, la carrera por mi vida. Y entonces mis piernas se convierten en troncos de árboles inundados, y todos los hermosos colores del otoño se desvanecen en un gris anodino.

Después de aproximadamente un kilómetro y medio, tengo que parar. Me

quejo de un calambre. Quiero volver, pero papá quiere ver el centro de la ciudad, ver lo que ha cambiado, así que seguimos. Paramos en un café para tomarnos un capuchino, y papá me pregunta cómo me van las clases y me habla nostálgico de sus días en la asignatura de Química orgánica. Después me cuenta lo ocupado que ha estado y que mamá está pasando por un momento muy difícil y que yo debería ponérselo más fácil.

—¿No se supone que va a volver a trabajar? —le pregunto.

Papá se mira el reloj.

—Es hora de irnos —dice.

Papá me deja en la residencia y va a cambiarse antes del almuerzo. Tan pronto como entro en mi habitación, sé que algo va mal. Oigo tictacs. Y entonces miro alrededor y por un segundo me siento desconcertada porque el dormitorio ya no se parece a mi dormitorio, sino a mi habitación de casa. Mamá ha desenterrado todos los pósteres de mi armario y los ha puesto en la misma posición exacta que en casa. Ha rebuscado entre mis fotos, por lo que también son un reflejo de mi antigua habitación. Ha hecho la cama y ha puesto una montaña de cojines, los que le dije específicamente que no quería llevarme porque no me gustan los cojines. Tienes que quitarlos y recolocarlos todos los días. Encima de la cama está la ropa que mamá ha plegado en montones ordenados que ha dispuesto como hacía cuando estaba en cuarto grado.

Y por todas las estanterías y repisas están todos mis relojes repartidos. Todos funcionando perfectamente.

Mamá levanta la vista, con unas tijeras les corta las etiquetas a un par de pantalones que ni siquiera me he probado.

—Anoche parecías tan triste... Pensé que podría animarte si esto se parecía más a casa. Así es mucho más alegre —declara.

Empiezo a protestar. Pero no estoy segura de qué es por lo que debo protestar.

—Y he hablado con Kali, y encuentra el sonido de los relojes muy relajante. Como una de esas máquinas que imitan el sonido del agua o de los árboles de un bosque.

A mí no me suenan relajantes en absoluto. Me suenan como un centenar

de bombas de tiempo a punto de explotar.

Noviembre, Nueva York

LA última vez que vi a Melanie, ella llevaba mechass de color rosa en el pelo rubio y llevaba puesto su microuniforme de colegiala con unas sandalias de plataforma que había comprado en las rebajas de Macy. Así que cuando se abalanza sobre mí en la esquina de una concurrida calle del Chinatown neoyorquino tan pronto como bajo del bus, casi no la reconozco. Ahora ya no lleva mechass rosas, se ha teñido el pelo de castaño oscuro con tonos rojizos. Unos cuantos mechones sueltos le caen sobre la frente, y el resto del cabello está sujeto en un moño con un par de palillos chinos de colores. Lleva un extraño vestido de flores muy a la moda y un par de botas vaqueras, y unas de esas gafas redondas que usan las abuelitas. Lleva los labios pintados de rojo sangre. Está increíble, aunque ya no se parece en nada a mi Melanie.

Cuando me abraza, sin embargo, todavía huele a Melanie: acondicionador para el cabello y talco.

—Dios, estás muy delgada —me dice—. Se supone que tenías que ganar unos kilitos, no perderlos.

—¿Has estado comiendo en un self-service?

—Sí. En una de esas barras libres donde puedes zamparte todo el helado que quieras. Solo por eso vale la pena matricularte.

Doy un paso atrás. La miro otra vez. Todo es nuevo. Incluyendo las gafas.

—¿Necesitas gafas?

—Son falsas. Mira, no llevan cristales. —Mete un dedo por la montura y

se toca un ojo para demostrarlo—. Es parte de mi look de bibliotecaria punki. ¡A los músicos les encanta! —Se quita las gafas, se acicala el pelo. Se ríe.

—Y ya no llevas el pelo rubio.

—Quiero que la gente me tome en serio. —Se pone las gafas y agarra mi maleta por el asa—. Así que, ¿cómo está casi Boston?

Cuando elegí la universidad, Melanie se burló del hecho de que estuviera en las afueras, a cinco kilómetros de Boston, como la ciudad en la que crecimos, a treinta kilómetros de Filadelfia. Me dijo que yo estaba intentando evitar la vida urbana. Ella, por su parte, se lanzó de cabeza adentro. Su facultad está en el centro de Manhattan.

—Casi bien —respondo—. ¿Qué tal Nueva York?

—¡Más que bien! ¡Hay tanto que hacer! Como esta noche, porque tenemos varias opciones: hay una fiesta en la residencia de estudiantes, un club decente que celebra la fiesta de los veinteañeros en Lafayette, o también un amigo de un amigo que nos ha invitado a una fiesta en un loft de Greenpoint, donde toca un grupo increíble. O podríamos ir a la venta de entradas de último minuto a Times Square y ver un espectáculo en Broadway.

—Lo que tú quieras. Solo estoy aquí para verte.

Siento un leve remordimiento cuando lo digo. A pesar de que técnicamente es cierto que he venido a verla, no se lo he contado todo. De todos modos iba a ver a Melanie en casa para Acción de Gracias en unos pocos días, pero cuando mis padres reservaron mi billete, me dijeron que tenía que coger el tren porque los vuelos eran demasiado caros y poco fiables en un fin de semana de fiesta.

Cuando me imaginé seis horas en un tren, casi me pongo mala. Seis horas tratando de evitar recuerdos. Luego Melanie dijo que sus padres vendrían en coche el martes antes de Acción de Gracias para hacer algunas compras y se la llevarían con ellos de vuelta, así que tuve la brillante idea de coger el autobús barato de Chinatown a Nueva York y volver a casa con Melanie. Y luego cogeré el autobús de regreso a Boston.

—Ay, qué contenta estoy de verte también. ¿Alguna vez hemos pasado tanto tiempo sin vernos?

Niego con la cabeza. Desde que nos conocemos, no.

—Bien, entonces... ¿fiesta en la residencia de estudiantes, Broadway, club, o ese grupo en Brooklyn que es tan bueno?

Lo que realmente quiero hacer es ir a su habitación, ver películas y pasar el rato como en los viejos tiempos, pero sospecho que si se lo sugiero, Melanie me acusará de ser una aguafiestas. El grupo de Brooklyn suena al menos atractivo, y probablemente es lo que quiere hacer Melanie, así que es posiblemente lo que debo elegir. Así que elijo Brooklyn.

La forma en que se le iluminan los ojos me dice que he acertado la respuesta correcta del examen.

—¡Excelente! También vendrán algunos de mis amigos de la facultad. Primero vamos a comer, y luego volvemos y dejamos tus cosas y nos preparamos para la ocasión y hacemos la excursión juntas. ¿Suena bien?

—¡Genial!

—Ya estamos en Chinatown, y mi restaurante vietnamita favorito está aquí cerca.

Mientras recorremos las calles llenas de gente, de farolillos rojos, sombrillas de papel y falsas pagodas, trato de mantener la mirada fija en la acera. Hay señales por todas partes. Una de ellas, inevitablemente, va a decir doble felicidad. París está a más de cuatro mil kilómetros de distancia, pero los recuerdos... Aparece uno, lo rechazo. Pero entonces aparece otro. Nunca sé cuándo me va a asaltar uno. Están enterrados en todas partes, al igual que las minas antipersona.

Entramos en un pequeño restaurante lleno de luces fluorescentes y mesas de formica y nos sentamos en la del rincón. Melanie pide por las dos, unos rollitos de primavera y un plato de pollo y té, y luego se quita las gafas y las mete en una funda (¿para proteger mejor los cristales imaginarios?). Después de que cada una nos hayamos bebido una taza de té, me mira y dice:

—Así que, ¿estás mejor?

No es tanto una pregunta como una orden. Melanie me vio tocar fondo. Cuando volví de París y me sentía completamente perdida, me dejó llorar durante toda la noche, maldiciendo a Willem por ser un sórdido sinvergüenza como ella había sospechado desde el principio. En el vuelo a casa, le echó miradas furibundas a cualquier persona del avión que me mirara raro, porque

me pasé las ocho horas del viaje llorando. Cuando, en algún lugar sobre Groenlandia, empecé a preguntarme si no habría cometido un error épico, si tal vez no había algo que se me escapaba, si tal vez él no había tenido la intención de tenderme una trampa, ella me puso en mi sitio.

—Sí. Él lo hizo. Te tendió una trampa. ¡A ti! ¡Y después se largó dejándote allí!

—Pero ¿qué pasaría si...?

—Vamos, Allyson. En un solo día viste que lo desnudaba una chica, que otra le escribía secretitos en un papel y se lo daba, y Dios sabe lo que pasó en el tren con las otras chicas, ¿cómo crees si no que se hizo esa mancha en los pantalones?

No había pensado en eso.

Ella me había llevado al baño del avión y había tirado la camiseta de *Sous ou Sur* al cubo de la basura. Luego tiró la moneda que me había dado Willem por el inodoro, que me imaginé cayendo todos esos miles de metros, hundiéndose en el océano.

—Ya está, hemos destruido toda evidencia de él —había dicho ella.

Bueno, casi. No le había hablado de la foto en mi teléfono, la que Agnethe nos sacó de los dos. Todavía no la he borrado, aunque no la he mirado ni una sola vez.

Cuando regresamos a casa, Melanie estaba dispuesta a olvidarse del viaje y a prestar atención a nuestro siguiente capítulo: la universidad. Lo entendí. Yo también debería haber estado excitada. Solo que no lo estaba. Todos los días íbamos a IKEA y a Bed, Bath & Beyond, y a American Apparel y a J. Crew con nuestras madres. Pero era como si sufriera un caso de *jet lag* permanente, lo único que quería hacer era dormir la siesta. Cuando Melanie se fue a la facultad dos días antes que yo, me eché a llorar. Todo el mundo pensaba que lloraba por la separación de mi mejor amiga, pero Melanie me conoce mejor, y tal vez por eso sonó un poco impaciente cuando me abrazó y me susurró al oído: «Fue solo un día, Allyson. Lo superarás».

Así que cuando Melanie me pregunta si ahora estoy mejor, no puedo decepcionarla.

—Sí —respondo—. Estoy muy bien.

—Bien. —Da unas palmadas de aprobación con las manos y saca el teléfono. Escribe un mensaje—. Hay un tipo que va a venir esta noche, un amigo de mi amigo Trevor. Creo que te gustará.

—Oh, no. No lo creo.

—Acabas de decirme que ya pasas de ese capullo holandés.

—Y paso.

Me mira.

—Se supone que los primeros tres meses de universidad son los que tendrás más acción en toda tu vida. ¿Ni siquiera le has parpadeado a un chico?

—Durante todas las orgías salvajes mantuve los ojos cerrados.

—¡Ja! Buen intento. Olvidas que te conozco mejor que nadie. Apuesto a que ni siquiera te has besado con ningún chico.

Separo las partes extrañas, que tienen pinta de ser tripas, del rollo de primavera, y limpio el exceso de grasa con una servilleta de papel.

—¿Y?

—Nada, que el chico que quiero que conozcas esta noche es mucho más de tu tipo.

—¿Qué se supone que significa eso? —digo, aunque sé lo que significa. Era absurdo pensar que él era mi tipo. O yo del suyo.

—Guapo. Normal. Le enseñé una foto tuya y me dijo que parecías oscura y misteriosa. —Extiende la mano para tocarme el pelo—. Aunque debes cortarte el pelo. Ahora mismo no tiene forma alguna.

No me he cortado el pelo desde Londres, y me cuelga hasta los hombros en una cortina enredada.

—Esta es la pinta que busco.

—Bueno, pues lo estás consiguiendo. Pero de todos modos es muy guapo, Mason.

—¿Mason? ¿Qué clase de nombre es ese?

—¿Te vas a fijar solo en su nombre? Hablas igual que tu madre.

Me resisto a la tentación de clavarle los palillos chinos en los ojos.

—De todos modos, ¿qué importa? Tal vez su nombre de verdad es Jason pero quiere que lo llamen Mason —continúa Melanie—. Hablando de eso,

nadie me llama Melanie aquí. Me llaman Mel o Lainie.

—Dos nombres por el precio de uno.

—Es la universidad, Allyson. Nadie sabe quién eras antes. No existe mejor momento para reinventarte. Deberías probarlo —dice mientras me echa una mirada mordaz.

Quiero decirle que ya lo hice. Pero que simplemente no funcionó.

Mason en realidad resulta no ser tan malo. Es inteligente y un poco empollón, y es del Sur, lo que explica el nombre, supongo, y habla con un acento cantarín que suena divertido. Cuando llegamos a la fiesta en un tramo desolado de una calle azotada por el viento, a kilómetros de la parada de metro, bromea diciendo que es de la policía secreta y que si tengo tatuajes suficientes para estar en esta parte de la ciudad. Momento en el que Trevor muestra su brazalete tribal y Melanie comienza a hablar de que quiere hacerse un tatuaje en el tobillo o en los glúteos o en otras partes del cuerpo donde suelen hacérselos las chicas, y Mason me mira y entorna un poco los ojos.

En la fiesta, el ascensor se abre directamente a un loft tan grande como decrepito, con lienzos gigantes en las paredes y olor a pinturas al óleo y a trementina. Huele como aquel de la casa ocupada de París. Otra mina. La pateo lejos antes de que explote.

Melanie y Trevor hablan y hablan sobre ese grupo tan bueno, cuyo precario vídeo me ha enseñado Melanie en su teléfono. Están felices de verlos en un lugar como este, antes de que el mundo entero los descubra. Cuando el grupo empieza a tocar, Melanie (Mel, Lainie, quien sea) y Trevor se adelantan y empiezan a bailar como locos. Mason se queda atrás conmigo. Suenan demasiado fuerte como para tratar de tener una conversación, de lo que me alegro, pero también me alegra que alguien se quede conmigo. De pronto me asaltan imágenes del viaje.

Después de lo que parece una eternidad, el grupo se toma por fin un descanso, y los oídos me zumban tan fuerte que es como si todavía estuvieran tocando.

—¿Libamos? —me pregunta Mason.

—¿Eh? —Todavía estoy medio sorda.

Imita con un ademán el acto de llevarse un vaso a la boca.

—Oh, no, gracias.

—Yo sí. Voy. Vale. Vuelvo —dice, exagerando las palabras como si tuviera que leerle los labios.

Mientras tanto, Melanie y Trevor están haciendo otra especie de lectura de sus respectivos labios. Están en la punta de un sofá, morreándose. Es como si creyeran que no hay nadie más en la habitación. No quiero mirarlos, pero no puedo evitarlo. Verlos besarse me duele físicamente. Es difícil olvidar ese recuerdo. Es lo más difícil. Por eso lo mantengo enterrado en lo más profundo.

Mason regresa con una cerveza para él y un agua para mí. Ve a Melanie y a Trevor.

—Tenía que pasar —dice—. Esos dos han estado rondándose como un par de perros en celo durante semanas. Me preguntaba qué sería lo que les rompería las correas.

—El alcohol y la música superguay —digo en tono irónico.

—Vacaciones. Es más fácil empezar algo cuando sabes que no tienes que ver a alguien durante un tiempo. Le quita presión al asunto. —Los mira—. Yo les doy dos semanas, como mucho.

—¿Dos semanas? Eso es muy generoso. Algunos chicos no les darían más de una noche. —Incluso por encima del estruendo, puedo oír mi amargura. Puedo saborearla en la boca.

—Yo te daría más de una noche —dice Mason.

Y, oh, eso es precisamente lo que me faltaba por oír. ¿Y quién sabe? Incluso puede que sea sincero, aunque ahora sé que no puedo confiar en que sabré discernir entre sinceridad y simulación.

Pero aun así, quiero acabar con esto. Quiero que todos esos recuerdos desaparezcan y sean sustituidos por otros, para que dejen de perseguirme. Así que cuando Mason se inclina para besarme, cierro los ojos y se lo permito. Trato de olvidarme de todo, trato de no preocuparme de si el amargor que noto en la boca hace que tenga mal aliento. Trato de que me bese otro, y trato de ser otra persona.

Pero entonces Mason me acaricia el cuello, y llega hasta la herida de aquella noche, ya curada, y doy un paso atrás.

Él tenía razón, después de todo: no me quedó cicatriz, aunque una parte de mí lo hubiera deseado. Por lo menos tendría alguna evidencia, alguna justificación de esta permanencia. Las manchas son aún peores cuando eres el único que puede verlas.

Diciembre, Cancún, México

PARA Melanie y para mí se ha convertido en una tradición: cuando llegamos a Cancún nos ponemos los trajes de baño tan pronto como entramos en el apartamento y corremos a la playa para darnos el chapuzón inaugural. Es como nuestro bautismo vacacional. Lo hemos hecho durante los últimos nueve años que hemos venido.

Pero este año, cuando Melanie hurga en su maleta en busca del biquini, me voy a la mesa que hay junto a la cocina, en la que normalmente no hay más que libros de cocina, y abro mis libros de texto. Todos los días, de cuatro a seis, estudio. Paso fuera el día de Año Nuevo, pero eso es todo. Estas son las condiciones de mi libertad condicional.

Evité comprobar mis notas durante todo el semestre, así que cuando recibí las calificaciones al final, fue una especie de sorpresa. Lo había intentado. Realmente lo había intentado. Después de que mis exámenes parciales fueran tan pobres, me esforcé, pero mis malas calificaciones no son el resultado de holgazanear. O de saltarme las clases. O de irme de fiesta.

Pero es que ni siquiera podía irme de fiesta, teniendo en cuenta lo cansada que estaba todo el tiempo. No importaba si dormía diez horas la noche anterior, una vez que ponía un pie en el aula y el profesor empezaba a disertar sobre el movimiento ondulatorio y escribía las ecuaciones en la pizarra, los números se ponían a bailar ante mis ojos y entonces los párpados empezaban a pesarme, y me despertaban otros estudiantes al tropezar con mis piernas

mientras trataban de salir para irse a la siguiente clase.

Durante la Semana de Lectura, bebí tanto café expreso que no dormí en absoluto, como si estuviera agotando todos los créditos de las siestas que me echaba en clase. Me zambullí en el estudio tanto como pude, pero en ese momento ya me había quedado tan atrás que nada podía ayudarme.

Teniendo en cuenta todo eso, pensé que era un milagro haber terminado el semestre con un 2,7.

Ni que decir tiene que mis padres pensaron lo contrario.

Cuando mis notas llegaron la semana pasada, enloquecieron. Y cuando mis padres se enfadan, no gritan, sino que se quedan callados. Sin embargo, su decepción y su ira son ensordecedoras.

—¿Qué crees que deberíamos hacer al respecto, Allyson? —me preguntaron sentados los tres a la mesa del comedor, como si estuvieran realmente pidiendo mi opinión. Luego presentaron una lista de opciones. Podríamos cancelar el viaje, lo que sería terriblemente injusto para ellos dos, o podríamos ir, pero bajo ciertas condiciones.

Melanie me lanza una mirada de ánimo cuando desaparece para ponerse el biquini. Una parte de mí desea que boicotee el baño en la playa como gesto de solidaridad hacia mí. Sé que estoy siendo egoísta, pero me parece que es algo que la vieja Melanie habría hecho.

Pero esta es la nueva Melanie. O la doblemente nueva Melanie. Durante el mes que ha pasado desde Acción de Gracias parece totalmente diferente. Una vez más. Se ha cortado el pelo de un modo completamente asimétrico y se ha dejado algunos mechones largos, y lleva un aro en la nariz, por el que sus padres no pararon de echarle broncas hasta que les dijo que era o eso o un tatuaje. Ahora que se ha puesto el biquini, veo que se ha dejado crecer el vello de las axilas, aunque su pelo es tan fino y rubio que apenas se nota.

—Adiós —articula en voz muy baja mientras sale por la puerta principal con su madre, Susan, que lleva un tubo de protección solar factor cuarenta en las manos. Mi mamá está rebuscando en una maleta su lupa especial para comprobar que los colchones no tengan chinches. Cuando la encuentra, pasa por mi lado y finge mirar mi libro de Química con la lupa. Cierro el libro de golpe. Me echa una mirada de irritación.

—¿Crees que me gusta ser tu guardián? Y pensaba que ahora que estás en la universidad tendría tanto tiempo libre... Pero mantenerte en el buen camino parece un trabajo a tiempo completo.

Me pregunto quién le habrá pedido que me mantenga en el buen camino. Me enfurezco. Pero me muerdo los labios y abro el libro de texto de Química, y obedientemente leo los primeros capítulos, tal como mamá me ha dicho que haga para ponerme al día. Lo que leo tiene tan poco sentido para mí como la primera vez que lo hice.

Esa noche, los seis vamos a cenar al restaurante mexicano, uno de los ocho restaurantes que hay en el complejo. Vamos allí la primera noche, todos los años. Los camareros llevan sombreros gigantes, y hay unos mariachis, pero la comida sabe igual que en El Torito, allá en casa. Cuando el camarero nos pregunta qué queremos beber, Melanie pide una cerveza.

Sus padres la miran boquiabiertos.

—Aquí tenemos la edad legal para beber —dice.

Mamá mira a Susan.

—No creo que sea inteligente —comenta.

—¿Por qué? —la desafía.

—Si quieres mi opinión, tiene que ver menos con la edad que con la previsión. Llegar a la edad legal de veintiún años no es estar necesariamente preparado para beber —es la respuesta de la Susan terapeuta.

—Lo siento, pero ¿no fuiste a la universidad? —pregunto—. No puedo imaginar que haya cambiado tanto. ¿No te acuerdas de que lo único que se hace es beber?

Mis padres se miran el uno al otro, y luego a Susan y a Steve.

—¿Eso es lo que te pasa? ¿Has estado bebiendo demasiado en la universidad? —me pregunta papá.

Melanie se ríe tan fuerte que a mamá le sale pulverizada por la nariz el agua especialmente embotellada que se estaba bebiendo.

—Lo siento, Frank, pero ¿es que no conoces a Allyson? —Ellos vuelven a mirarse—. En el viaje del verano pasado todos bebieron. —Se produce un silencio atónito—. ¡Oh, vamos! ¡La edad legal para beber alcohol en Europa es de dieciocho años! De todos modos, todo el mundo bebía... menos

Allyson. Ella fue absolutamente responsable y casta. ¿Y le preguntas si bebe en la universidad? Eso es ridículo.

Mi padre me mira fijamente, luego mira a Melanie y dice:

—Solo tratamos de entender qué le pasa, por qué ha sacado una media de dos con siete.

Ahora le toca curiosear a Melanie.

—¿Has sacado un dos con siete? —Se medio tapa la boca con la mano y murmura—: Lo siento. —La mirada que me echa es mitad de sorpresa, mitad de respeto.

—Melanie ha sacado un ocho con tres —se jacta mi madre.

—Sí, Melanie es una genio, y yo soy una idiota. Ya es oficial.

Melanie se siente herida.

—Voy a la Escuela Gallatin. Todo el mundo saca excelentes —dice en tono de disculpa.

—Y Melanie probablemente bebe —digo, sabiendo muy bien que lo hace.

Por un instante parece nerviosa.

—Por supuesto que sí. Pero no hasta perder el conocimiento. Es la universidad. Bebo. Todos beben.

—Yo no —digo—. Y Melanie tiene una media de excelente, y yo he suspendido, por lo que quizá debería emborracharme alguna vez a ver si así mejoran las cosas. Quizás esa sea una idea mucho mejor que estudiar aquí todos los días.

Me dejo llevar por la rabieta, aun cuando ni siquiera quiero beberme una cerveza. Una de las pocas cosas que me gustan de este restaurante es que los margaritas están hechos con fruta fresca.

Mamá se vuelve hacia mí, boquiabierta y azorada.

—Allyson, ¿tienes un problema con la bebida?

Me doy con la palma de la mano en la frente.

—Mamá, ¿tienes un problema de audición? Porque no sé si has oído una palabra de lo que acabo de decir.

—Creo que te está diciendo que puedes ser un poco más permisiva y dejar que se beban una cerveza con la cena —dice Susan.

—¡Gracias! —digo, mirándola.

Mamá mira a papá.

—Dejemos que las niñas se beban una cerveza —dice cordial mientras le hace señas al camarero, que se acerca, y le pide un par de Tecates.

Es una especie de victoria. Excepto que en realidad no bebo cerveza, así que al final finjo que le doy sorbos a la mía mientras aumenta el cerco de agua que se condensa en el vaso lleno, y encima no me he pedido el margarita que realmente quería.

Al día siguiente, Melanie y yo estamos sentadas junto a la piscina gigante. Es la primera vez que conseguimos estar a solas desde que llegamos aquí.

—Creo que deberíamos hacer algo diferente —dice.

—Yo también —digo—. Cada año venimos y hacemos las mismas cosas. Incluso vamos a las mismas malditas ruinas. Tulum es bonito, pero creo que podríamos ir más allá. Tenemos que decirles a nuestros padres que vayamos a un lugar nuevo.

—¿Como a nadar con los delfines? —pregunta Melanie.

—Nadar con delfines es diferente, pero no es lo que busco. Ayer estuve mirando un mapa de la península de Yucatán, y hay algunas ruinas tierra adentro poco conocidas. Tal vez podríamos visitar un poco más del México real. Pensaba que podríamos ir a Cobá o a Chichén-Itzá. Ruinas diferentes.

—Vaya, qué aventurera —se burla Melanie mientras bebe un sorbo de té helado—. De todos modos, yo hablaba de Nochevieja.

—Oh. ¿Quieres decir que no quieres bailar la Macarena con Johnny Máximo? —Johnny Máximo es una estrella fracasada del cine mexicano que ahora tiene un poco de trabajo en el complejo. Todas las madres lo adoran porque es guapo y macho y siempre finge que las confunde con nuestras hermanas.

—¡Cualquier cosa menos la Macarena! —Melanie deja su libro, uno de Rita Mae Brown que tiene pinta de ser para la universidad, pero que Melanie dice que no lo es—. Uno de los camareros me habló de una gran fiesta en la playa de Puerto Morelos. Es una cosa local, aunque dice que van muchos turistas, pero gente como nosotras. Gente joven. Tocaré un grupo de reggae

mexicano, que suena muy bizarro. En el buen sentido.

—Solo estás buscando a un tipo menor de sesenta años para salir con él en Nochevieja.

Melanie se encoge de hombros.

—Menor de sesenta, sí. ¿Un tipo? Puede que no —dice mirándome con picardía.

—¿Qué?

—Creo que he estado haciendo cositas con... chicas.

—¿Qué? —digo casi gritando—. ¿Desde cuándo?

—Desde justo después de Acción de Gracias. Conocí a una chica en clase de Teoría del Cine, nos hicimos amigas y una noche salimos y simplemente pasó.

Miro su nuevo corte de pelo, el aro de su nariz, las axilas peludas. Todo tiene sentido.

—Así que, ¿ahora eres lesbiana?

—Prefiero no etiquetarme —dice ella, con cierta mojigatería, lo que implica que tengo que etiquetarla. Ella es la que se etiqueta constantemente: Mel, Mel 2.0, bibliotecaria punki. Le pregunto el nombre de su novia. Me dice que no la definiría como su novia, pero que su nombre es Zanne.

—¿Con equis?

—Con zeta. Abreviatura de Suzanne.

¿Ya nadie utiliza un nombre real?

—No se lo digas a mis padres, ¿de acuerdo? Ya conoces a mi madre. Me obligaría a analizarlo todo con ella y a considerarlo como una fase de mi desarrollo. Quiero asegurarme de que esto es más que una aventura antes de que me someta al tercer grado.

—Por favor, no tienes que hablarme de exceso de análisis parental.

Lleva las gafas de sol en la punta de la nariz y se vuelve hacia mí.

—Sí, ¿y de qué va todo eso?

—¿Qué quieres decir? Ya conoces a mis padres. ¿Hay algún aspecto de mi vida en el que no se metan? Deben de estar volviéndose locos por no poder meter la nariz en todo lo que estoy haciendo.

—Lo sé. Y cuando me enteré de lo de estudiar aquí cada día, pensé que

era eso. Pensé que tal vez habías sacado un suficiente bajo. Pero dos con siete... ¿En serio?

—No empieces conmigo.

—No hago nada. Solo estoy sorprendida. Siempre has sido una estudiante excelente. No lo entiendo. —Bebe un sorbo de su té; ya se ha derretido casi todo el hielo—. La terapeuta dice que estás deprimida.

—¿Tu mamá? ¿Te ha dicho eso?

—He oído que se lo decía a tu madre.

—¿Y qué ha dicho mi madre?

—Que no estabas deprimida. Que te quejabas y lloriqueabas porque no estabas acostumbrada a que te castiguen. A veces, de verdad, me gustaría darle una bofetada a tu madre.

—Tú y yo.

—De todos modos, luego mi madre me ha preguntado si yo pensaba que estabas deprimida.

—¿Y qué le has dicho?

—Que mucha gente pasa momentos difíciles durante el primer año de universidad. —Me lanza una mirada de complicidad desde detrás de sus gafas oscuras—. No podía decirle la verdad, ¿o sí puedo? Que pienso que aún suspiras por un tipo con el que tuviste una aventura de una noche en París.

Me quedo callada, escuchando el grito de un niño que salta a la piscina. Cuando Melanie y yo éramos pequeñas solíamos saltar juntas, cogidas de la mano, una y otra vez.

—Pero ¿y si no es él? ¿Y si no es Willem? —Me resulta raro pronunciar su nombre en voz alta. Aquí. Después de habérmelo callado durante tanto tiempo. Willem. Apenas si me permito pensar en su nombre.

—¡No me digas que te ha jodido otro tipo más!

—¡No! Hablo de mí.

—¿De ti?

—Es, no sé, la que fui ese día. De alguna manera, yo era diferente.

—¿Diferente? ¿Cómo?

—Yo era Lulu.

—Pero eso fue solo un nombre. Solo fingiste ser otra.

Tal vez hice eso. Pero aun así, todo ese día con Willem, siendo Lulu, me hizo darme cuenta de que toda mi vida he estado metida en una pequeña habitación cuadrada, sin puertas ni ventanas. Y que estaba bien. Incluso feliz. Pensaba. Entonces alguien vino y me mostró que había una puerta en la habitación. Una que no había visto antes. Y luego la abrió para mí. Me cogió de la mano mientras la cruzaba. Y durante un día perfecto estuve al otro lado. Estuve en otra parte. Y yo era otra. Y luego él se fue, y volví a mi pequeña habitación. Y ahora, no importa lo que haga, me parece que no puedo encontrar esa puerta.

—No sentía que estuviera fingiendo —le digo a Melanie.

Ahora la expresión de Melanie es de compasión.

—Oh, cariño. Eso es porque respirabas el aire de la pasión. Y estabas en París. Pero la gente no cambia en una noche. Sobre todo tú. Tú eres Allyson. Eres sólida. Es una de las cosas que me gustan de ti, que puedo fiarme de ti porque siempre eres la misma.

Quiero protestar. ¿Y qué hay de las transformaciones? ¿Qué pasa con eso de la reinención con la que siempre se le llena la boca? ¿Es algo reservado solo para ella? ¿Conmigo tiene que ser una cosa diferente?

—¿Sabes lo que necesitas? Un poco de Ani DeFranco. —Se saca su iPhone y me pone los auriculares en las orejas, y mientras Ani empieza a encontrar su voz y a dejármela escuchar, me siento frustrada conmigo misma. Tanto que me gustaría abrirme la piel y salir de mí misma. Deslizo los pies sobre el suelo de cemento caliente y suspiro, deseando que hubiera alguien capaz de explicarme todo esto. Alguien capaz de entender lo que estoy sintiendo.

Y por un instante me imagino a la persona con quien pude hablar sobre la búsqueda de esa puerta, y cruzarla. Él lo entendería.

Pero esa es la única puerta que debe permanecer cerrada.

DE alguna manera, usando el mismo argumento de «somos adultas y deberíais tratarnos como a tales» sobre la cerveza de la cena de la otra noche, además de la promesa de contratar un taxi del hotel durante toda la noche, Melanie y yo nos las hemos arreglado para conseguir permiso de nuestros padres para ir a esa fiesta de Fin de Año. La han montado en una playa estrecha y en forma de media luna, toda iluminada con antorchas, y a las diez en punto ya está a tope. Hay un escenario bajo donde tocará el grupo de reggae mexicano, aunque en estos momentos un dj está poniendo techno.

Hay varios montones gigantes de zapatos. Melanie se sacude de los pies sus chanclas de color naranja brillante. Dudo antes de quitarme mis sandalias negras de cuero, pero por fin las dejo ahí con la esperanza de encontrarlas después, porque si pierdo algo estoy segura de que tendré quien me lo recuerde continuamente.

—¡Está bien la bacanal! —dice Melanie en tono de aprobación, asintiendo con la cabeza hacia los chicos en bañador con botellas de tequila en las manos y las chicas con pareos y con el pelo lleno de trenzas africanas. Incluso hay mexicanos de verdad, chicos elegantemente vestidos con camisas blancas transparentes y el pelo repeinado hacia atrás, y chicas con elegantes vestidos cortos de fiesta, con las piernas largas y bronceadas.

—¿Bailamos primero o bebemos?

No quiero bailar. Por eso elijo beber. Nos colamos en la barra atestada. Detrás de nosotros hay un grupo de personas que habla en francés, y no puedo evitar volverme y mirarlas. No veo a ninguno de los norteamericanos

de nuestro hotel, pero, por supuesto, hay gente de todo el mundo que ha venido a México.

—Toma. —Melanie me pone en la mano media piña vaciada con alguna clase de bebida dentro. La huelo. Parece loción bronceadora. Es dulce y caliente y quema un poco cuando me baja por la garganta—. Buena chica.

Pienso en la señora Foley.

—No me llames así.

—Mala chica.

—Tampoco soy eso.

Parece molesta.

—Chica nada.

Bebemos en silencio, disfrutando de la fiesta, que ahora va en aumento.

—Vamos a bailar —dice Melanie, tirando de mí hacia el círculo de arena que han marcado como pista de baile.

Niego con la cabeza.

—Tal vez más tarde.

Y entonces suelta uno de sus suspiros.

—¿Vas a estar así toda la noche?

—¿Así, cómo? —Pienso en lo que me dijo en el viaje, que yo tenía aversión a la aventura, y lo que dijo junto a la piscina—. ¿Así como yo? Pensé que eso es lo que adorabas de mí.

—¿Cuál es tu problema? ¡Has llevado un palo metido en el culo todo el viaje! ¡Yo no tengo la culpa de que tu madre te obligue a estudiar cada día como si estuvieras en un campo de concentración!

—No, pero es culpa tuya que me hagas sentir como una mierda porque no quiero bailar. No me gusta el techno. Siempre he odiado el techno, así que deberías saberlo, ya que estás tan segura de que siempre soy la misma.

—Está bien. Pues sigue siendo la misma y quédate aquí sentada mientras yo bailo.

—Genial.

Me deja en el perímetro del círculo y se pone a bailar con gente al azar. Primero baila con un tipo con rastas y luego se da la vuelta y baila con una chica con el pelo supercorto. Parece que se lo está pasando bien, girando y

girando, y se me ocurre que si no la conociera, sería alguien a quien no debería tardar en conocer.

La observo durante al menos veinte minutos. Entre las monótonas canciones techno, habla con otras personas, se ríe. Después de media hora, me está entrando dolor de cabeza. Trato de llamar su atención, pero finalmente me rindo y me voy de allí.

La fiesta se extiende por toda la orilla del agua y dentro de ella, donde un grupo de personas nadan desnudas en el mar iluminado por la luna. Un poco más allá se está más tranquilo, hay una hoguera y gente alrededor tocando la guitarra. Me planto a unos metros de distancia de la hoguera, lo suficientemente cerca para sentir su calor y oír el crujido de la leña. Me gusta meter los pies en la arena, la capa superior está fría, pero más adentro sigue notándose el cálido sol del día.

En la playa, el techno se detiene, y el grupo de reggae sube al escenario. El suave bump bump bump es agradable. En el agua, una chica empieza a bailar a hombros de un hombre, se quita la parte de arriba del bikini y se queda allí, medio desnuda, como una sirena a la luz de la luna, antes de lanzarse al agua con suavidad. Detrás de mí, los chicos con las guitarras empiezan con Stairway to Heaven, que se mezcla extrañamente bien con el reggae.

Me tumbo en la arena y miro el cielo. Desde esta perspectiva, es como si tuviera la playa entera para mí sola. El grupo termina una canción y el cantante anuncia que falta una media hora para el Año Nuevo. «Año Nuevo. Año Nuevo. Tábula rasa. Tiempo para hacer borrón y cuenta nueva», canta, ahora en español. «Una oportunidad para borrar la pizarra».

¿Realmente se puede hacer eso? ¿Borrar la pizarra? Y ¿quiero hacerlo? ¿Borraría todo el año pasado si pudiera?

«Tábula rasa», repite el cantante. «Una nueva oportunidad para empezar desde cero. Empezar fresco, nena. Hacer las paces. Hacer ca-ca-cambios. Para ser quien quieres ser. Ven a acariciar la medianoche, antes de besar a tu amor, que guarda un beso para ti. Cierra los ojos, piensa en el próximo año. Esta es tu oportunidad. Hoy puede ser el día en que todo cambie».

¿En serio? Es una buena idea, pero ¿por qué el primero de enero? Es lo

mismo que decir que el 19 de abril es el día en que todo cambia. Un día es un día. No significa nada.

«Al filo de la medianoche, cumple tu voluntad. ¿Cuál es tu deseo? Para ti. Para el mundo».

Es Año Nuevo. No es un pastel de cumpleaños. Y ya no tengo ocho años. No creo que los deseos se hagan realidad. Pero si fuera así, ¿qué desearía yo? ¿Deshacer ese día? ¿Verlo a él de nuevo?

Normalmente tengo bastante fuerza de voluntad. Igual que alguien a dieta se resiste ante una galleta, no me dejo arrastrar. Pero por un breve segundo, lo hago. Me lo imagino aquí, caminando por la playa, las llamas reflejadas en el cabello, los ojos oscuros y brillantes y llenos de incitación, y de tantas otras cosas. Y por un momento casi lo veo.

Mientras me dejo invadir por la fantasía, espero la llegada del dolor que la acompaña. Pero no llega. En cambio mi respiración se ralentiza y noto algo cálido dentro de mí. Abandono toda precaución y sentido común y dejo que los pensamientos sobre él me envuelvan. Me abrazo, como si fuera él quien me abraza. Por un breve instante, todo está bien.

—¡Pensé que no te encontraría!

Miro a un lado. Melanie camina hacia mí.

—Estaba aquí.

—¡Llevo buscándote media hora! Arriba y abajo de la playa. No tenía ni idea de dónde estabas.

—Estaba aquí —repito.

—Te he buscado por todos lados. La fiesta está totalmente fuera de control, como si le hubieran echado pastillas al ponche. Una chica ha vomitado a solo un palmo de mis pies, y unos chicos han tratado de toquetearme de la peor manera posible. Me han pellizcado el culo más veces de las que puedo contar, y un chico encantador me preguntó si quería un bocado de su sándwich, y no estaba hablando de comida. —Sacude la cabeza, como tratando de librarse de la imagen—. ¡Se supone que debemos vigilarnos las espaldas la una a la otra!

—Lo siento. Te estabas divirtiendo, y creo que he perdido la noción del tiempo.

—¿Has perdido la noción del tiempo?

—Supongo que sí. Lo siento de veras si te has preocupado. Pero estoy bien. ¿Quieres volver a la fiesta?

—¡No! Ya estoy harta. Vámonos de aquí.

—No tenemos que hacerlo si no quieres. —Miro hacia la hoguera. Las llamas bailan contra el cielo, es difícil dejar de mirarlas—. No me importa si nos quedamos aquí. —Por primera vez en mucho tiempo me lo estoy pasando bien, estoy bien donde estoy.

—Mira, me he pasado la última media hora con un ataque de pánico, y ahora estoy sobria, y esto es un rollo.

—Entonces vámonos.

Volvemos a los montones de zapatos, donde tarda una eternidad en encontrar sus chanclas y después nos metemos en el taxi que nos espera. Cuando miro el reloj del salpicadero del coche son la doce y veinte de la noche. No me creo lo que el cantante dijo acerca de los deseos de medianoche, pero ahora que he perdido la oportunidad de formular el mío, me siento como que al menos debería haberlo intentado.

Vamos a casa en silencio, salvo por el conductor del taxi, que canta suavemente al compás de la radio. Cuando nos deja frente a la puerta Melanie le da unos billetes, y en ese instante tengo una idea.

—Melanie. ¿Y si contratamos a un tipo durante un día o dos y nos vamos a alguna parte, lejos de los turistas?

—¿Y por qué querríamos hacer eso?

—No lo sé. Pero ¿qué pasa si probamos algo diferente? Disculpe, señor, ¿cuánto nos cobraría por contratarlo durante todo un día?

—Lo siento. No hablo inglés —dice en español.

Melanie entorna los ojos.

—Creo que ya deberías estar satisfecha con tu gran aventura.

Al principio creo que se refiere a la fiesta, pero luego me doy cuenta de que está hablando de las ruinas. Porque me las he arreglado para que fuéramos con nuestras familias a unas ruinas diferentes. Fuimos a Cobá en lugar de Tulum. Y tal como esperaba, nos detuvimos en un pequeño pueblo por el camino, y por un momento me sentí emocionada, pensé que me había

escapado y llegado al verdadero México. Bueno, mi familia fue a remolque, pero era un pueblo maya. Solo que entonces Susan y mamá se pusieron a comprar bisutería a lo loco, y los habitantes del pueblo salieron y tocaron los tambores para nosotros, y nos invitaron a bailar en un círculo y luego incluso celebraron un rito tradicional de limpieza espiritual. Pero todo el mundo lo estaba grabando en vídeo todo, y después de su purificación, papá «donó» diez dólares a un señor que nos puso visiblemente su sombrero delante de nosotros, y me di cuenta de que todo aquello no era muy diferente del tour.

El apartamento está tranquilo. Nuestros padres están en la cama, pero tan pronto como cierro la puerta mamá sale de su dormitorio.

—Llegáis temprano —dice ella.

—Estaba cansada —miente Melanie—. Buenas noches. Feliz Año Nuevo. —Camina hacia nuestra habitación, y mamá me da su beso de Año Nuevo y se mete en la suya.

No estoy nada cansada, así que me siento en el balcón y escucho los sonidos de la fiesta del hotel, que se está acabando. En el horizonte se está gestando una tormenta. Meto la mano en mi bolso y saco el teléfono y, por primera vez en meses, abro el álbum de fotos.

Su rostro es tan hermoso que se me hace un nudo en el estómago. Pero parece irreal, no alguien a quien haya conocido. Pero entonces me miro a mí, mi yo en la foto, y también me cuesta reconocermelo, y no solo porque el pelo es diferente, sino porque ella parece diferente. Esa no soy yo. Esa es Lulu. Y ella, como él, también se ha ido.

Tábula rasa. Eso es lo que dijo el cantante de reggae. Tal vez no pueda cumplir mi deseo, pero puedo tratar de borrarlo todo, tratar de superarlo.

Me permito mirar la foto de Willem y Lulu en París durante un largo minuto.

—Feliz Año Nuevo —les digo.

Y luego la borro.

Enero, Universidad

MEDIO metro de nieve ha caído en Boston mientras estoy en México, y la temperatura nunca sube por encima de cero, por lo que cuando regreso dos semanas más tarde, el campus parece una deprimente tundra gris. Llego unos días antes de empezar las clases, con la excusa de prepararme para el nuevo semestre, pero la verdad es que no podía soportar estar más en casa, bajo la atenta mirada de la directora, un día más. Había sido bastante malo en Cancún, pero en casa, sin Melanie que me distrajera (se había marchado a Nueva York el día después de regresar, antes de que tuviéramos la oportunidad de resolver la extrañeza que se había instalado entre nosotras) era insoportable.

Los miembros del Trío Fantástico han regresado de las vacaciones llenas de historias y chistes privados. Pasaron el Año Nuevo juntas en el apartamento de la familia de Kendra en Virginia Beach y fueron a nadar bajo la nieve, y ahora llevan camisetas con osos polares estampados. Son bastante amables, me preguntan por mi viaje, pero tanta afabilidad me agobia, por lo que me enfundo en mi suéter y en mi parka y camino penosamente hasta la Librería Universitaria para recoger un nuevo libro de chino mandarín.

Estoy en la sección de lenguas extranjeras cuando me suena el teléfono. Ni siquiera necesito ver el identificador de llamada. Mamá me ha estado llamando por lo menos dos veces al día desde que llegué.

—Hola, mamá.

—Allyson Healey. —La voz al otro extremo es alta y encantadora, lo contrario que la de mamá.

—Sí, soy Allyson.

—Ah, hola, Allyson. Soy Gretchen Price, de la oficina de orientación.

Hago una pausa, respiro hondo, una sensación enfermiza me invade el estómago.

—¿Sí?

—Me pregunto si te gustaría pasar por mi oficina. Para saludar.

Ahora siento que voy a vomitar justo en la pila de Buongiorno Italiano.

—¿Te ha llamado mi madre?

—¿Tu madre? No lo creo. —Oigo el sonido de algo golpeando—. Maldita sea. Espera. —Hay más ruidos y luego vuelve al teléfono—. Mira, me disculpo por avisarte en el último momento, pero estos días parece ser mi modus operandi. Me encantaría que vinieras antes de que comience el semestre.

—Hum, comienza pasado mañana.

—Sí. ¿Qué tal hoy, entonces?

Lo he echado todo a perder en un solo semestre. Saben que no soy una Estudiante Universitaria Feliz. No pertenezco a este lugar.

—¿Me he metido en algún tipo de problema?

Esa risa tintineante de nuevo.

—No conmigo. ¿Por qué no vienes a verme? ¿Qué tal a las cuatro?

—¿Estás segura de que mi madre no ha llamado?

—Sí, Allyson, estoy bastante segura. ¿Así que a las cuatro?

—¿De qué se trata?

—Oh, solo tengo que darte una información. Nos vemos a las cuatro.

La oficina de Gretchen Price está en una esquina concurrida del edificio de la administración cubierto de hiedra. Pilas de libros y papeles y revistas se encuentran dispersos por todas partes, en la mesa redonda y en las sillas junto a la ventana, en el diván, en su escritorio desordenado.

Está hablando por teléfono cuando me hace pasar, así que me quedo de pie en la puerta. Hace un gesto para que entre.

—Tú debes de ser Allyson. Quita esos papeles de la silla y siéntate.

Estaré contigo en un segundo.

Quito una muñeca Repollo con una de las trenzas cortadas y una pila de carpetas de una de las sillas. Algunas de las carpetas tienen notas adhesivas pegadas: «Sí. No. Quizá». Unos papeles caen de una de ellas. Es una copia impresa de la solicitud de la universidad, como la que envié yo hace un año. La meto de nuevo en la carpeta y la pongo en la silla de al lado.

Gretchen cuelga el teléfono.

—Así que, Allyson, ¿cómo te va?

—Muy bien. —Echo un vistazo a las solicitudes, todos los recién llegados que desean un lugar como el mío—. Fantástico en realidad.

—¿En serio? —Coge un archivo, y tengo la impresión de que he perdido toda esperanza.

—Sí —le digo con toda la alegría de la que soy capaz.

—Mira, la cosa es que he estado mirando tus notas del primer semestre.

Siento que se me llenan los ojos de lágrimas. Me ha atraído hasta aquí engañada. Me ha dicho que no tenía problemas, que era solo una sesión informativa. Y no he suspendido. ¡He sacado un aprobado!

Ella mira mi cara afligida y me hace movimientos con sus manos para que me calme.

—Relájate, Allyson —dice con voz suave—. No estoy aquí para echarte una reprimenda. Solo quiero saber si necesitas alguna ayuda, y ofrecértela si es el caso.

—Es mi primer semestre. Estoy adaptándome. —He usado esta excusa tanto que casi he llegado a creérmela.

Ella se echa hacia atrás en su silla.

—Ya sabes, la gente tiende a pensar que la admisión en la universidad es inherentemente injusta. Que no puedes juzgar a la gente por un papel. Pero lo cierto es que en realidad un papel te puede decir muchas cosas. —Toma un sorbo de una de esas tazas de café que pintan los niños. La suya está cubierta de huellas dactilares borrosas en tonos pastel—. Nunca nos habíamos visto antes, pero a juzgar solo por lo que estoy viendo en el papel, sospecho que tienes dificultades.

No me está preguntando si tengo dificultades. No me está preguntando

por qué tengo dificultades. Ella lo sabe. Las lágrimas afloran, y se lo permito. El alivio es más poderoso que la vergüenza.

—Déjame hablarte con claridad. —Gretchen me pasa una caja de pañuelos de papel—. No estoy preocupada por tu promedio de calificaciones. En el primer semestre es tan común rendir poco como engordarse. Oh, mira, tendrías que haber visto mi media de notas del primer semestre. —Sacude la cabeza y se ríe—. En general, los estudiantes con dificultades aquí se dividen en dos categorías: aquellos que se acostumbran a la libertad, a ir a demasiadas fiestas, y no pasan suficiente tiempo en la biblioteca. Por lo general, se enderezan después de uno o dos semestres. —Me mira—. ¿Demasiados chupitos de Jägermeister, Allyson?

Niego con la cabeza, aunque por el tono de su pregunta, parece que ya sabe la respuesta.

Asiente.

—El otro tipo es un poco más traicionero. Pero en realidad suele predecir la deserción estudiantil. Y por eso quería verte.

—¿Crees que voy a abandonar?

Me mira fijamente.

—No. Pero después de ver tus notas de la escuela secundaria y de tu primer semestre, es una situación que se ajusta a un patrón. —Agita una carpeta, que obviamente contiene mi historial académico—. Los estudiantes como tú, chicas jóvenes en particular, lo hacen extraordinariamente bien en la escuela secundaria. Mira tus notas. En general, son excelentes. Tanto en las asignaturas de ciencias como en las de humanidades sacaste todo excelentes. Unas notas extremadamente altas. Luego llegas a la universidad, que se supone que es por lo que has estado trabajando tanto, ¿no?

Asiento.

—Bueno, llegas hasta aquí, y te arrugas. Te sorprenderías de la cantidad de estudiantes con excelentes en secundaria que terminan abandonando la universidad. —Niega con la cabeza, desalentada—. Odio cuando sucede eso. Ayudo a elegir a los que se quedan aquí. Habla mal de mí si se estrellan y se quemán.

—Como cuando un médico pierde a un paciente.

—Gran analogía. ¿Ves como eres muy inteligente?

Esbozo una sonrisa triste.

—La cosa es que, Allyson, la universidad se supone que es...

—¿Los mejores años de mi vida?

—Iba a decir estimulante. Una aventura. Una exploración. Pero te miro y no pareces muy estimulada. Y veo tus asignaturas..., —mira la pantalla del ordenador—. Biología. Química. Física. Chino mandarín. Laboratorio. Es muy ambicioso para un primer año.

—Estoy en el curso preparatorio de ingreso en Medicina —digo—. Tengo que ir a esas clases.

No dice nada. Bebe otro sorbo de café. Después me dice:

—¿Esas son las clases a las que quieres ir?

Hago una pausa. Nadie me ha preguntado eso antes. Cuando nos llegó por correo el catálogo de cursos, simplemente se dio por hecho que yo haría las asignaturas del curso de preparación de Medicina. Mamá sabía exactamente lo que tenía que hacer yo. Había visto algunas asignaturas optativas, había mencionado que pensaba que Cerámica sonaba bien, pero también podría haber dicho que estaba pensando en especializarme en hacer calceta debajo del agua.

—No sé lo que quiero hacer.

—¿Por qué no echas un vistazo al catálogo y cambias un poco las cosas? La matrícula aún puede cambiarse, y yo podría mover algunos hilos. —Hace una pausa y empuja hacia mí el catálogo por encima del escritorio—. Incluso si terminas el preparatorio de Medicina, tienes cuatro años para hacer estas asignaturas, y también hay un montón de asignaturas para entrar en Humanidades. No tienes que hacerlas todas juntas de una vez. Esto aún no es la facultad de Medicina.

—¿Y qué pasa con mis padres?

—¿Qué pasa con tus padres?

—No puedo defraudarlos.

—¿Aunque eso signifique tener que abandonar? Dudo que quieran que te pase eso.

Las lágrimas afloran de nuevo. Me da otro pañuelo de papel.

—Entiendo tu deseo de complacer a tus padres, para que se sientan orgullosos. Es un impulso noble, y te felicito por ello. Pero, al fin y al cabo, es tu educación, Allyson. Y tienes que decidirla tú. Y tienes que disfrutarla. —Hace una pausa, sorbe un poco más de café—. Y de alguna manera me imagino que tus padres van a ser más felices si ven que subes la media.

En eso tiene razón. Asiento con la cabeza. Ella vuelve a la pantalla del ordenador.

—Así que, finjamos que cambiamos algunas clases. ¿Alguna idea de lo que te gustaría?

Niego con la cabeza.

Coge el catálogo de cursos y lo hojea.

—Vamos. Es como un bufet intelectual. Arqueología. Bailar salsa. Desarrollo infantil. Pintura. Introducción a las finanzas. Periodismo. Antropología. Cerámica.

—¿Es algo así como la alfarería? —la interrumpo.

—Así es. —Ahora mira con más atención la pantalla—. Iniciación a la Cerámica, martes a las once. Está abierta. Oh, pero entra en conflicto con tu Laboratorio de Física. ¿Vamos a posponer Laboratorio, y tal vez Física, para otro semestre?

—Bórralas. —Decirlo me sienta maravillosamente bien; como soltar un montón de globos de helio y verlos desaparecer en el cielo.

—¿Ves? Ya le estás cogiendo el truco —dice Gretchen—. ¿Qué tal alguna de Humanidades, para equilibrar? De todos modos las necesitarás como parte del plan de estudios para graduarte. ¿Te interesa más la historia antigua o la historia moderna? Hay una asignatura sobre historia europea maravillosa. Y un gran seminario sobre la Revolución rusa. O una asignatura fascinante sobre la pre-revolución americana para la que va de perlas que estemos tan cerca de Boston. O bien, podrías asistir a algunas de las clases de literatura. Vamos a ver. En las pruebas de admisión que hiciste superaste con creces las exigencias básicas de escritura. Ya sabes, podríamos ser un poco traviesas y colarte en los seminarios más interesantes. —Pasa las páginas en la pantalla—. Poesía Beat. Literatura del Holocausto. Prosa Política. Poesía Medieval. Shakespeare En Voz Alta.

Siento que algo sacude mi columna vertebral. Un viejo interruptor olvidado hace tiempo ha sido conectado y suelta chispas en la oscuridad.

Gretchen tiene que haber visto mi expresión, porque empieza a hablarme de que no es una clase cualquiera sobre Shakespeare, que el profesor Glenny tiene opiniones muy interesantes de cómo se debe enseñar Shakespeare y que por eso es un profesor de culto en el campus.

No puedo dejar de pensar en él. Y entonces pienso en la tábula rasa. La decisión que tomé en Año Nuevo. El hecho de que estoy en preparatorio de Medicina.

—No me parece que deba ir a esa clase.

Eso le arranca una sonrisa.

—A veces la mejor manera de saber lo que tienes que hacer es hacer lo que no debes hacer. —Se pone a teclear—. Está llena, como siempre, por lo que tendrías que apuntarte a la lista de espera. ¿Por qué no le das una oportunidad? Déjasele al destino.

El destino. Creo que es otra manera de llamar a los accidentes.

En los que ya no creo.

Pero dejo que me registre en la asignatura de todos modos.

20

AL entrar en el salón de clases de Shakespeare Out Loud es como entrar en una escuela totalmente diferente a la que he asistido en los últimos cuatro meses. En lugar de una sala de conferencias gigantesca, que es donde se encuentran todos mis cursos de ciencias, o incluso un aula grande como el mandarín, es solo un pequeño salón íntimo, del tipo que teníamos en la escuela secundaria. Hay unos veinticinco pupitres colocados en un arco en forma de U, alrededor de un atril. Y los estudiantes que se sientan en ellos también parecen distintos. Piercings en los labios, cabellos teñidos de los colores más increíbles... Y hay un mar de manos con la manicura perfecta. Jóvenes dotados para el arte, supongo. Al entrar, busco un asiento y advierto que todos están ocupados; nadie me mira.

Me siento en el suelo, cerca de la puerta, para tener una vía de escape fácil. Puede que no pertenezca a Química, pero tampoco pertenezco a esto. Cuando el profesor Glenny entra cinco minutos tarde me fijo en que tiene el aspecto de estrella de rock: melena canosa, botas de cuero y hasta unos labios parecidos a los de Mick Jagger. Y entonces tropieza conmigo. Literalmente, porque me pisa la mano. Aunque mis otras clases eran malas de verdad, nadie me había pisado todavía. No es un buen comienzo, y estoy a punto de marcharme de clase en ese mismo momento, pero mi camino está bloqueado por un nutrido grupo de estudiantes.

—Que levanten la mano... —empieza el profesor Glenny después de dejar ingeniosamente su cartera de cuero encima del atril—... todos aquellos que hayan leído alguna vez una obra de Shakespeare por el puro placer de

hacerlo. —Tiene acento británico, aunque no como el presentador de Obras maestras del teatro, ese programa pomposo de la tele.

Aproximadamente la mitad de las manos de la clase se disparan hacia arriba. Pienso en la posibilidad de levantar la mía, pero sería una mentira descarada, y no tengo que hacerle la pelota a nadie.

—Excelente. Pregunta aclaratoria: ¿cuántos se han dormido al intentar leer una obra de Shakespeare por su cuenta?

La clase queda en silencio. No hay manos alzadas. Entonces, el profesor Glenny me mira, y me pregunto cómo lo sabe, pero luego me doy cuenta de que no es a mí, sino al tipo de detrás de mí, que es la única persona que ha levantado la mano. Junto con todos los demás alumnos, me doy la vuelta y lo miro. Es uno de los dos estudiantes afroamericanos de la clase, aunque es el único que luce una enorme diadema afro cubierta de cuentas y brillo labial de color rosa. En cambio, va vestido como una mamá en el partido de fútbol de su hijito: sudadera y zapatillas deportivas. En un campo de rarezas cuidadosamente cultivadas, él es una flor silvestre, o tal vez una mala hierba.

—¿Qué obra le aburrió hasta hacer que se duerma? —le pregunta el profesor Glenny.

—*Hamlet*. Macbeth. Oteló. Elija. He dado cabezadas con las mejores.

La clase suelta risitas, como si quedarse dormido mientras estudias ya no estuviera de moda.

El profesor Glenny asiente.

—¿Por qué?, entonces, por favor... Disculpe, ¿su nombre...?

—D'Angelo Harrison, pero mis amigos me llaman Dee.

—Voy a ser presuntuoso y le llamaré Dee. Dee, ¿por qué asiste a esta clase? A menos que esté aquí para disfrutar de una buena siesta.

De nuevo, la clase se ríe.

—Según mis cálculos, este curso cuesta unos cinco mil dólares por semestre —dice Dee—. Podría dormir gratis en mi habitación.

Echo cuentas. ¿Eso es lo que cuesta un curso?

—Muy prudente —dice el profesor Glenny—. Así que, de nuevo, ¿por qué asiste a esta clase, dado el gasto y teniendo en cuenta los antecedentes soporíferos de Shakespeare?

—Bueno, aún no me he matriculado realmente en este curso. Estoy en lista de espera.

En este punto, no puedo decir quién va ganando el duelo dialéctico, pero de cualquier manera, estoy impresionada. Aquí todo el mundo parece dispuesto a dar la respuesta más aguda, y obviamente este chico trata de tomarle el pelo al profesor. En beneficio del profesor Glenny tengo que decir que parece más divertido que molesto.

—Mi pregunta es, Dee, ¿por qué intentarlo siquiera?

Se produce una larga pausa. Se puede oír el zumbido de las luces fluorescentes, el carraspeo de unos pocos estudiantes que claramente tienen una respuesta preparada. Y luego Dee dice:

—Porque la película de *Romeo y Julieta* me hace llorar más que cualquier otra cosa en el mundo. Cada maldita vez que la veo.

Una vez más, la clase se ríe. No es una risa amable. El profesor Glenny se vuelve hacia el atril y saca un papel y un bolígrafo de su maletín. Es una lista. La mira amenazadoramente y luego tacha un nombre, y me pregunto si el tal Dee no acaba de jugarse su oportunidad de seguir en la lista de espera. ¿En qué clase de curso me has apuntado, Gretchen Price? ¿En Shakespeare Gladiador?

El profesor Glenny se vuelve hacia una chica de extraños ricitos de color rosa que tiene la nariz metida en un volumen de las obras completas de Shakespeare, el tipo de chica que probablemente nunca se dignaría ver la versión de Leo y de Claire de *Romeo y Julieta* o que nunca se quedaría dormida durante la lectura de *Macbeth*. Él se cierne sobre ella por un momento. Ella lo mira y sonrío tímidamente, en plan «oh, me ha pillado leyendo mi libro». Él esboza a su vez una sonrisa de mil vatios. Y entonces le coge el libro de las manos y lo cierra de golpe. Es un libro grande. Hace un ruido muy fuerte.

El profesor Glenny vuelve al atril.

—Shakespeare es un personaje misterioso. Hay mucho escrito acerca de este hombre, del que en realidad sabemos muy poco. A veces pienso que solo sobre Jesucristo se ha derramado más tinta con un resultado menos fructífero. Así que me resisto a hacer cualquier caracterización del hombre. Pero voy a

permitirme flotar en el limbo por un momento y decir lo siguiente: Shakespeare no escribió sus obras para que ustedes se sienten en un cubículo de la biblioteca y las lean en silencio. —Hace una pausa, deja que se asienten sus palabras antes de continuar—. Los dramaturgos no son novelistas. Porque crean obras que deben realizarse, interpretarse. Ser interpretadas a través de los siglos. El genio de Shakespeare nos dio tal gran material en bruto que puede sobrevivir a las épocas, resistir las innumerables reinterpretaciones que se hacen de él. Pero para apreciar verdaderamente a Shakespeare, para entender por qué ha perdurado, debe escucharse en voz alta, o mejor aún, verlo interpretado, ya sea en escena con trajes de época o con personajes desnudos, un dudoso placer que he tenido. Si bien, una buena producción cinematográfica puede conseguir hacer sus trucos, que nuestro amigo Dee ha demostrado tan acertadamente. Ah, por cierto, señor Harrison —dice mirando a Dee otra vez—. Gracias por su honestidad. Yo también me he quedado dormido mientras leía a Shakespeare. Mi libro de texto universitario todavía tiene algunas marcas de babas. Usted ya no está en la lista de espera, ya forma parte de esta clase.

El profesor Glenn y camina de nuevo hacia la pizarra y garabatea en ella «Inglés 317-Shakespeare En Voz Alta».

—El nombre de este curso no es accidental. Es bastante literal. Porque en este curso, no leeremos a Shakespeare para nosotros mismos o en la privacidad de nuestras habitaciones o bibliotecas. Lo representaremos —añade, enfatizando esta última palabra—. Lo veremos realizado. Lo leeremos en voz alta en clase o con los compañeros. Todos y cada uno de nosotros seremos los protagonistas de esta clase, los intérpretes para los demás, frente a los demás. Para aquellos que no están preparados para esto o que prefieren un enfoque más convencional, esta excelente institución ofrece una amplia gama de cursos de estudios sobre Shakespeare, y les sugiero que opten por uno de ellos.

Hace una pausa, como si quisiera dar a la gente la ocasión de escapar. Esta sería mi oportunidad de irme, pero algo me tiene clavada al suelo.

—Si por algo es conocida esta clase es por coordinar las lecturas con las obras de Shakespeare que se realizan durante el curso, ya sea por grupos de la

comunidad o por compañías de teatro profesionales. Espero que asistan a todas las obras, y que yo pueda conseguir excelentes tarifas de grupo. Como suele suceder, el invierno y la primavera llegan siempre con una deliciosa selección de obras.

Empieza a repartir el plan de estudios, y antes de que me llegue uno a mí, antes de que termine de escribir el orden de las obras en la pizarra, sé que estará entre ellas. A pesar de que Shakespeare escribió más de treinta obras de teatro, sé que esa obra estará en nuestra lista.

Está a mitad del plan de estudios, después de Enrique V y Cuento de invierno y antes de *Como gustéis* y *Cimbelino* y *Medida por medida*. Pero figura en la página, y atrae mi atención como una valla publicitaria. Noche de Reyes. Y el hecho de que quiera asistir a esta asignatura es irrelevante. No puedo quedarme aquí y leer esa obra. Es lo opuesto a la tábula rasa.

El profesor Glenly se alarga mucho hablando de las obras, señalando una a una con la mano, borrando la tiza en su entusiasmo.

—Lo que más me gusta, y de lejos, de este curso es que, en efecto, los temas nos elegirán porque dejaremos que las obras nos elijan. Al principio el decano era escéptico acerca de esta vía académica a través de la casualidad, pero siempre parece funcionar. Mirad esta lista. —Señala las obras de nuevo—. ¿Puede alguien adivinar el tema de este semestre basándose en estas obras en particular?

—¿Todas son comedias? —dice la chica de los ricitos.

—Buena suposición. Cuento de invierno, *Medida por medida* y *Cimbelino*; aunque todas tienen mucho humor, no se consideran comedias tanto como «obras problemáticas», una categoría que discutiremos más adelante. Y Enrique V, aunque tiene muchos pasajes divertidos, es una obra muy seria. ¿Alguien más quiere intentarlo?

Silencio.

—Les daré una pista. Es más evidente en *Noche de reyes* o en *Como gustéis*, que son comedias, lo cual no quiere decir que no sean también obras muy conmovedoras.

Más silencio.

—Vamos. Alguno de ustedes, estudiantes excelentes, tiene que haber

visto una de estas. ¿Quién de ustedes ha visto *Como gustéis* o Noche de Reyes?

No me doy cuenta de que he levantado la mano hasta que es demasiado tarde. El profesor Glenny me ha visto y ahora asiente hacia mí con una expresión de curiosidad en los ojos. Quiero decirle que he cometido un error, que ha sido otra versión de Allyson la que solía levantar la mano en clase y que ha reaparecido temporalmente. Pero no puedo, así que dejo escapar que vi Noche de Reyes durante el verano.

El profesor Glenny se queda ahí, como esperando a que termine mi discurso. Pero eso fue todo, eso es todo lo que tengo que decir. Hay un silencio incómodo, como si acabara de anunciar que era alcohólica en una reunión de la Hijas de la Revolución Americana.

Pero el profesor Glenny no se rinde.

—Y ¿cuál es la principal fuente de tensión y de humor en esta obra en particular?

Por un segundo no estoy en esta aula sobrecalentada en una mañana de invierno. Es la calurosa noche inglesa, y estoy en la cuenca del canal en Stratford-upon-Avon. Y luego estoy en un parque en París. Y luego estoy aquí. En los tres lugares, la respuesta sigue siendo la misma:

—Nadie es quien pretende ser.

—Gracias. ¿Te llamas...?

—Allyson —respondo—. Allyson Healey.

—Allyson. Tal vez eso sea una generalización levemente excesiva, pero para nuestros propósitos has dado de lleno en el clavo. —Se vuelve hacia la pizarra y garabatea «Identidad alterada, Realidad alterada». Luego comprueba algo en su hoja de papel y continúa—: Ahora, antes de acabar, un último consejo de organización. No vamos a tener tiempo para leer cada una de las obras enteras en clase, aunque leeremos partes extensas. Creo que ya he dado mi opinión acerca de la lectura individual, así que me gustaría que lean las secciones restantes en voz alta con los compañeros. Esto no es opcional. Por favor, hagan ahora las parejas. Si están en la lista de espera, busquen pareja también en la lista de espera. Allyson, ya no estás en la lista de espera. Como puedes ver, por aquí recompensamos la participación en

clase.

Se monta un poco de follón mientras se forman las parejas. Miro a mi alrededor. A mi lado hay una chica que trata de parecer normal y que lleva gafas de esas con forma de ojos de gato. Podría preguntarle.

O podría levantarme y salir de la clase. A pesar de que ya no estoy en la lista de espera, podría dejar la clase, dejarle mi lugar a otra persona.

Pero por alguna razón, no lo hago. Me alejo de la chica de las gafas y miro detrás de mí. Ese tipo, Dee, está sentado ahí, como el chico impopular y poco atlético que siempre dejan fuera del equipo durante los preparativos para los partidos de kickball en la escuela. Tiene una expresión de perplejidad exagerada, como si supiera que nadie se lo va a pedir y les estuviera evitando a todos el problema de hacerlo. Por eso, cuando le pregunto si quiere ser mi compañero, su expresión pícaro desaparece y se muestra auténticamente sorprendido.

—Solo porque da la casualidad de que mi tarjeta de baile no está muy llena en este momento.

—¿Eso es un sí?

Asiente con la cabeza.

—Bien. Tengo una condición. Es más bien un favor. Dos favores, en realidad.

Frunce el ceño durante un instante, luego arquea una ceja tanto que casi se junta con la línea del cuero cabelludo.

—No quiero leer Noche de Reyes en voz alta. Tú puedes hacer todos los papeles, si quieres, y yo te escucharé, y luego leeré una de las otras obras. O podemos alquilar una versión de la película y tú lees tu parte del texto. Es solo que no quiero tener que leerla yo en voz alta. Ni una sola palabra.

—¿Y cómo vas a salirte con la tuya en clase?

—Aún he de pensarlo.

—¿Y qué tienes en contra de Noche de Reyes?

—Esa es la otra cosa. No quiero hablar de ello.

Suspira como si lo estuviera considerando.

—¿Eres un bicho raro o una diva? Con una diva puedo trabajar, pero no tengo tiempo para bichos raros.

—Creo que ninguna de las dos cosas. —Dee me mira, escéptico—. Solo será con esa obra, te lo juro. Estoy segura de que estará en DVD.

Me mira durante un largo minuto, como si tratara de ver mi verdadero yo por rayos equis. Entonces o bien decide que no soy un bicho raro o reconoce que no tiene otras opciones, porque entorna los ojos y suspira en voz alta.

—En realidad, hay varias versiones de Noche de Reyes. —De repente, su voz y su dicción han cambiado por completo. Incluso su expresión es casi como la de un profesor—. Hay una versión en película con Helena Bonham Carter, que es magnífica. Pero si vamos a hacer trampa, al menos tenemos que alquilar la versión teatral.

Lo miro durante un momento, completamente perpleja. Él me devuelve la mirada, luego su boca se abre levemente y me enseña la más pequeña de las sonrisas. Y me doy cuenta de que lo que he dicho antes era cierto: nadie es quien pretende ser.

Febrero, Universidad

DURANTE las primeras semanas de clase, Dee y yo tratamos de reunirnos en la biblioteca, pero nos miraban mal, sobre todo cuando Dee empezaba a declamar los distintos papeles en voz alta. Y su registro de voces es enorme: un acento inglés solemne cuando leía a Enrique, un extraño acento irlandés (su idea de cómo imitar el acento galés, supongo) cuando leía a Fluellen, un exagerado acento francés al hacer los personajes franceses... Yo no me molesto en imitar los acentos. Ya tengo suficiente con conseguir leer correctamente.

Después de que en la biblioteca nos hicieran callar demasiadas veces, nos cambiamos a la Unión de Estudiantes, pero Dee no podía oírme por culpa del estruendo. Él modula la voz tan bien, que podría pensar que es un curtido actor de teatro. Pero creo que quiere hacer Historia o Ciencias Políticas. No es que me lo haya dicho, no hablamos mucho después de las lecturas. Pero he visto sus libros de texto, y todos son volúmenes sobre la historia del movimiento obrero o tratados sobre el gobierno.

Entonces, justo antes de empezar a leer la segunda obra, Cuento de invierno, le sugiero que vayamos a mi dormitorio, donde por lo general se está tranquilo por las tardes. Dee me echa una larga mirada y luego acepta. Le digo que venga a las cuatro.

Esa tarde, pongo un plato con las galletas que me sigue enviando la abuela, y hago té. No tengo ni idea de lo que espera Dee, pero esta es la

primera vez que me he entretenido en hacer algo en mi habitación, aunque no estoy segura de si lo que estoy haciendo puede calificarse como entretenimiento o de si Dee puede llamarse «compañía».

Pero cuando ve las galletas, Dee sonrío divertido. Luego se quita la chaqueta y la cuelga en el armario, aunque yo lanzo la mía sobre una silla. Se quita las botas. Luego mira alrededor y pregunta:

—¿Tienes un reloj? Mi teléfono está muerto.

Me levanto y le muestro la caja de relojes de alarma, que ahora sigo guardando en el armario.

—Elige.

Tarda mucho en escoger uno, y se decide por fin por uno de caoba de 1940 de estilo art déco. Le enseño cómo se le da cuerda. Me pregunta cómo se ajusta la alarma. Se lo muestro. Luego lo pone a las cinco cincuenta, y me explica que tiene que estar en su puesto de trabajo en el comedor a las seis. La lectura no suele tardar más de media hora, así que no estoy segura de por qué pone la alarma. Pero no digo nada. Sobre eso. O acerca de su trabajo, a pesar de que tengo curiosidad sobre el tema.

Se sienta en la silla de mi escritorio. Me siento en mi cama. Coge de la estantería un tubo de ensayo con moscas de la fruta y lo examina con una expresión ligeramente divertida.

—Son *Drosophila* —explico—. Estoy criándolas para una clase.

Niega con la cabeza.

—Si se te acaban, puedes venir a la cocina de mi madre a por más.

Quiero preguntarle dónde está esa cocina. De dónde es él.

Pero su actitud es de cautela. O tal vez sea yo. Tal vez hacer amigos sea una habilidad específica, y yo me haya olvidado de cómo se hace.

—Bueno, hora de trabajar. Nos vemos más tarde, «dropsilas» mías —les dice a los bichos. No le corrijo.

Leemos una escena muy buena del principio de *Cuento de invierno*, cuando Leontes se asusta y piensa que Hermione le engaña. Cuando llegamos al punto final, Dee recoge su libro de texto de Shakespeare, y creo que va a irse, pero en vez de eso saca un libro escrito por alguien llamado Marcuse. Me echa una mirada rápida.

—Voy a hacer más té —le digo.

Estudiamos juntos en silencio. Es bonito. A las cinco cincuenta salta la alarma y Dee recoge sus cosas para irse a trabajar.

—¿El miércoles? —pregunta.

—Por supuesto.

Dos días más tarde, pasamos por la misma rutina, galletas, té, hola a las «dropsilas», Shakespeare en voz alta y estudiamos en silencio. No hablamos. Solo trabajamos. El viernes, Kali entra en la habitación. Es la primera vez que ve a Dee, que ve a nadie, en la habitación conmigo, y lo mira durante un buen rato. Los presento.

—Hola, Dee. Un placer conocerte —dice con una voz extrañamente coqueta.

—Oh, el placer es todo mío —dice Dee; su voz es exageradamente animada.

Kali lo mira y luego sonrío. Luego va a su armario y saca un abrigo beis y un par de botas de ante marrones.

—Dee, ¿puedo hacerte una pregunta? ¿Qué piensas de estas botas con esta chaqueta? ¿Demasiado conjuntadas?

Miro a Dee. Va vestido con un chándal azul celeste y una camiseta con letras brillantes estampadas que dicen YO CREO. No me queda nada claro cómo ese aspecto le indica a Kali que Dee es un experto en moda.

Pero Dee se desenvuelve bien:

—Oh, niña, esas botas están muy bien. Podría robártelas.

Lo miro, víctima de una especie de shock. Quiero decir que pensaba que Dee era gay, pero nunca antes lo había oído con tantísima pluma.

—Oh, no, no —responde Kali, con su extraña manera de hablar a golpes pero ahora mezclada con dejes de niña pija de California—. Me costaron, como cuatrocientos dólares. Puedo prestártelas.

—Oh, eres una muñeca. Pero tienes los pies de Cenicienta, y yo como una de las hermanastras feas.

Kali se ríe, y siguen así durante un rato, hablando de moda. Me siento un poco mal. No me había dado cuenta de que Dee estuviera tan metido en este tipo de cosas. Kali lo ha pillado enseguida. Es como si ella tuviera un radar

que le dice cómo hacer las cosas con la gente, cómo hacer amigos. En realidad no me importa la moda, pero esta tarde, cuando se activa la alarma y Dee recoge para irse, le muestro la última falda que me ha enviado mi madre, y le pregunto si cree que es demasiado pija. Pero él apenas la mira de refilón.

—Está bien.

Después de eso, Kali empieza a aparecer con más frecuencia, y ella y Dee se ponen en plan Project Runway^[2], y Dee siempre habla con pluma. Pienso que solo lo hace cuando habla de moda. Pero unos días después, cuando ya nos vamos, entra Kendra, y los presento. Kendra mide a Dee de arriba abajo, y como siempre hace con la gente pone sonrisa de azafata y le pregunta de dónde es.

—De Nueva York —dice. Tomo nota de ello. Lo conozco desde hace casi tres semanas, y ahora empiezo a descubrir lo básico.

—¿De Nueva York?

—De la ciudad de Nueva York.

—¿De dónde?

—Del Bronx.

La sonrisa de azafata ha desaparecido, reemplazada por una fina línea que parece pintada a lápiz.

—Oh, ¿del sur del Bronx? Bueno. Debes de estar muy contento de vivir aquí.

Ahora es Dee el que mira a Kendra de arriba abajo. Se miran el uno al otro como perros, y me pregunto si es porque los dos son negros. Luego, cambia a una voz diferente de la que usa con Kali o conmigo.

—¿Tu eres del sur del Bronx?

Kendra retrocede un poco.

—¡No! Soy de Washington.

—Ah ¿de allí donde no para de caer lluvia y mierda?

¿Lluvia y mierda?

—No, del estado, no. De Washington DC.

—Oh. Tengo unos primos en Washington DC. Abajo, en Anacostia. Vaya lugar asqueroso. Es incluso peor que de donde vengo yo. Hay un tiroteo en la escuela cada maldita semana.

Kendra lo mira horrorizada.

—Nunca he estado en Anacostia. Yo vivo en Georgetown. Y fui al instituto Sidwell Friends, donde van las hijas de Obama, vaya.

—Yo fui al instituto South Bronx High. El peor de Estados Unidos. ¿Has oído hablar de él?

—No, me temo que no. —Ella me mira de reojo—. Bueno, tengo que irme. He quedado con Jeb. —Jeb es su nuevo novio.

—Nos vemos más tarde, colega —le dice Dee a Kendra mientras esta se mete en su habitación. Cuando Dee coge su mochila para irse, está temblando de risa.

Para cambiar un poco, decido comer en el comedor universitario. Comer sola hace que los demás te vean como a una apestada, pero solo hay un número finito de burritos al microondas que una chica pueda soportar. Al llegar abajo, le pregunto si realmente fue al instituto South Bronx High.

Cuando habla de nuevo, suena como Dee. O como el Dee que conozco.

—No creo que ni siquiera exista un instituto llamado South Bronx High. Fui a una escuela concertada. Luego estudié en un instituto privado que es incluso más caro que el Sidwell Friends. ¿Qué dices a eso, señorita Thang?

—¿Por qué no le has dicho dónde fuiste?

Me mira y, luego, volviendo a la voz que había usado con Kendra dice:

—Si las colegas quieren verme como una basura del gueto... —Hace una pausa y cambia a su voz con pluma—. O como a una reinona... —Ahora cambia a su voz shakespeareana más profunda—. No voy a desengañarlas.

Al llegar al comedor, me siento como si tuviera que decir algo. Pero no estoy segura de qué. Al final, solo le pregunto si quiere chispas de chocolate o galletas de mantequilla la próxima vez. La abuela me ha enviado de las dos.

—Traeré cookies. Mi madre me ha mandado unas hechas con melaza y especias.

—Qué amable, tu madre.

—Nada de eso. Se ha ofendido. No iba a ser menos que la abuela de alguien.

Me río. Es un sonido extraño, como un coche viejo que arrancara después de mucho tiempo aparcado en el garaje.

—No se lo diré a mi abuela. Si acepta el reto y hornea sus propias cookies puede provocar una intoxicación alimentaria. Es la peor cocinera del mundo.

A partir de ese día se convierte en una rutina. Todos los lunes, miércoles y viernes: galletas, té, despertador, Shakespeare, estudio. Todavía no hablamos mucho sobre nosotros mismos, aunque a veces se nos escapa algún que otro detalle. Su madre trabaja en un hospital. No tiene hermanos, aunque sí trocientos primos. Tiene una beca completa. Está colado por el profesor Glenny. Va a estudiar un doble grado en Historia y Literatura, y tal vez se especialice en Ciencias Políticas. Tararea cuando está aburrido, y cuando está muy metido en la lectura, caracolea un mechón de cabello con el dedo índice con tanta fuerza que este se le enrojece. Y como sospechaba desde el primer día en clase, es muy inteligente. No me lo ha dicho, claro, pero es obvio. Es el único de toda la clase que ha sacado un excelente en su primer trabajo sobre Enrique V en la clase del profesor Glenny. De hecho, Glenny lo elogia delante de todo el mundo, y lee fragmentos de su examen en clase para darnos un ejemplo de lo que los demás deberíamos llegar a hacer. Dee parece martirizado, y me siento un poco mal, pero las grupis de Glenny miran a Dee con tan evidente envidia que casi vale la pena. Yo, mientras tanto, saco un sólido notable en mi artículo sobre Perdita y el tema de la pérdida y el encuentro.

A Dee también le explico algunas cosas sobre mí, pero la mitad de las veces me doy cuenta de que censuro lo que quiero decirle. Me cae bien. De verdad. Pero trato de seguir mi promesa de hacer tábula rasa. Aun así, en cierto modo me gustaría poder pedirle su opinión sobre Melanie. Le envié la primera pieza que hice en clase de Cerámica, junto con una nota sobre cómo había puesto patas arriba mi programa de estudios. Se la envié por correo urgente, y pasó una semana y aún no sabía nada de ella. Así que la llamé para asegurarme de que le había llegado, aunque solo era un tazón de mierda, hecho a mano, pero tenía un hermoso esmalte de color turquesa, y se disculpó por no haberme respondido diciendo que estaba ocupada.

Le conté todo sobre mis nuevas clases, y sobre las artimañas que me he

montado para que mis padres no se enteren: les envié los exámenes de Biología para que vieran que había mejorado mucho (Dee y mis largas sesiones de estudio están dando sus frutos), pero también les envié exámenes viejos de un compañero que asiste a Laboratorio de Química, con mi nombre en ellos. Imaginé que se reiría mucho con aquello, pero su respuesta fue plana, y me había advertido sobre los problemas que tendría si me pillaban, como si yo no lo supiera ya. Entonces cambié de tema, se lo expliqué todo sobre el profesor Glenn y Dee y las lecturas en voz alta y en cómo me mortificaba pensar que tendría que leer frente a toda la clase, pero que todo el mundo lo hace, y que en realidad no es algo tan malo. Esperaba que se emocionara por mí, pero su voz seguía inexpresiva, y entonces me enfadé. No hemos hablado ni nos hemos enviado correos electrónicos en un par de semanas, y estoy molesta y aliviada a la vez.

Quería hablarle a Dee sobre esto, pero no estoy segura de cómo hacerlo. Aparte de Melanie, nunca he tenido una amiga tan querida, y no sé muy bien cómo se hacen amigos. Es una tontería, lo sé. He visto a otras personas hacerlo. Y hacen que parezca tan fácil: se divierten, se abren a los otros, comparten historias. Pero ¿cómo se supone que voy a hacer eso cuando la historia que yo realmente quiero contar es la misma que tengo que quitarme de la cabeza? Y, además, la última vez que me abrí a alguien... bueno, precisamente por eso tengo que hacer tábula rasa. Parece más seguro mantener las cosas como están: amistosas, cordiales, agradables y simples.

A finales de febrero, mis padres vienen para pasar el Fin de Semana del Presidente. Es la primera vez que estoy con ellos desde el Fin de Semana de los Padres y, tras aprender la lección, mantendré la imagen que esperan de mí. Saco los relojes del armario. Subrayo las páginas de mi libro de Química sin usar y copio apuntes de los libros de mis antiguos compañeros de Laboratorio. Hago un montón de planes en Boston para mantenernos lejos de la universidad, lejos de las pruebas inculpativas y del Trío Fantástico (que ahora se ha convertido en un Dúo Dinámico porque Kendra está siempre con su novio). Y le digo a Dee, con quien ahora a veces estudio los fines de semana, que no voy a estar por aquí y que no podemos reunirnos el viernes y el lunes.

—¿Me estás abandonando para irte con Drew? —Drew es el segundo mejor lector de Shakespeare de la clase.

—No. Por supuesto que no —le respondo con voz tensa y casi presa del pánico—. Es que el viernes voy a una de esas salidas con los compañeros de mi clase de Iniciación a la Cerámica. —Esto no es del todo mentira. Salgo de excursión con los de Cerámica de vez en cuando. Estamos experimentando con esmaltes, utilizando diferentes tipos de materiales orgánicos en el horno, y a veces incluso cocemos nuestras piezas de cerámica en hornos de barro que construimos al aire libre. Tengo unas cuantas excursiones por delante, solo que no en los próximos dos días.

—Y probablemente escribiré un trabajo este fin de semana. —Otra mentira, la única clase para la que hago trabajos es la de Shakespeare. Es increíble lo bien que miento ahora—. Te veré el miércoles, ¿de acuerdo? Yo traeré las galletas.

—Dile a tu abuela que te mande más de esos dulces que llevan semillas de amapola.

—*Rugelach*.

—No puedo pronunciarlos. Solo comérmelos.

—Se lo diré.

El fin de semana con mis padres marcha decentemente bien. Vamos al Museo de Bellas Artes, al Museo de la Ciencia. Vamos a patinar sobre hielo (no puedo mantener rectos mis patines). Vamos al cine. Nos hacemos un montón de fotos. Hay un momento incómodo o dos cuando mamá saca el programa del próximo curso y empieza a repasar los horarios de clase conmigo y luego empieza a preguntarme sobre mis planes para el verano, pero escucho sus sugerencias como siempre y no digo nada. Al final del fin de semana, estoy tan agotada como después de una de las maratónicas sesiones de lectura en voz alta de Shakespeare en las que trato de ser todas esas personas diferentes.

El domingo por la tarde volvemos a mi apartamento antes de la cena, y aparece Dee. Y aunque no le he dicho ni una sola palabra sobre mi familia, ni siquiera que iban a venir, y mucho menos lo que creen de mí, lo que esperan de mí, aparece vestido con un par de pantalones vaqueros y un jersey liso,

ropa que nunca le había visto ponerse antes. Se ha recogido el cabello con una gorra y no lleva brillo labial. Casi no lo reconozco.

—Entonces, ¿cómo os conocisteis? —me pregunta nerviosa mamá después de que los presento.

Me quedo muda, presa del pánico.

—Somos compañeros de Laboratorio de Biología —interviene Dee—. Criamos *Drosophila* juntos. —Es la primera vez que le he oído pronunciarlo correctamente. Señala el tubo de ensayo—. Aquí crecen todo tipo de anomalías genéticas.

Mi padre se ríe.

—También tuve que hacer este mismo experimento cuando estuve aquí. —Mira a Dee mientras coge el tubo de ensayo—. ¿También estás en el preparatorio de Medicina?

Dee enarca apenas las cejas en un gesto de sorpresa casi imperceptible.

—Sigo sin decidirme.

—Bueno, no hay prisa —dice mamá. Lo que casi me hace reír a carcajadas.

Papá vuelve a poner el tubo al lado del cilindro de cerámica que se me olvidó esconder.

—¿Qué es esto?

—Oh, lo he hecho yo —dice Dee, cogiendo la pieza. Y entonces empieza a explicar cómo es la asignatura de Iniciación a la Cerámica, y que en la clase de este año están experimentando con diferentes tipos de esmaltes y métodos de cocción, y que esa pieza precisamente la coció en un horno de barro alimentado por plastas de vaca.

—¿Plastas de vaca? —pregunta mamá—. ¿Con... heces?

Dee asiente.

—Sí, fuimos a una granja local y preguntamos si podíamos recoger el estiércol de vaca. En realidad no huele tan mal. Son vacas alimentadas con pasto.

Y entonces me doy cuenta de que Dee está usando otra voz, pero esta vez a quien interpreta es a mí. Yo le había contado todo sobre las plastas de vaca, el olor a tierra, cómo las habíamos ido a buscar a la granja... aunque cuando

lo había hecho se había partido de risa al pensar en todos esos niños ricos pagando cuarenta mil dólares por año escolar para ir a una clase en la que se dedicaban a recoger cacas de vaca en una granja. Le he contado a Dee muchas cosas de mí sin darme cuenta. Y él escuchaba. Prestó atención, se empapó un poco de mí. Y ahora me está salvando el culo.

—Heces de vaca. Fascinante —dice mi madre.

Al día siguiente, mis padres se van, y el miércoles, en clase de Shakespeare, empezamos Noche de Reyes. Dee ha sacado de la biblioteca dos versiones diferentes para que podamos verlas. Cree que como penitencia por no haber hecho los deberes, al menos debemos ver varias versiones. Me entrega la versión teatral mientras enciendo mi portátil.

—Gracias por traerlas —le digo—. Tendría que haberlo hecho yo.

—Tenía que pasar por la biblioteca de todos modos.

—Bueno, gracias. Gracias también por la forma totalmente impresionante de comportarte con mis padres. —Hago una pausa durante un segundo, más que un poco avergonzada—. ¿Cómo sabías que iban a venir?

—Mi amiga Kali. Ella me lo dijo. Me lo dice todo, porque somos las mejores amigas. —Entorna los ojos—. ¿Ves? ¿Acaso no era necesario ocultar un poco a Miss Dee de la gente? Puedo ser muy amable.

—Oh, está bien. Lo siento por eso.

Dee me mira fijamente, esperando más.

—En serio. Es que mis padres... Son muy... bueno, es complicado.

—No es tan complicado. Me lo tomo bien. Está bien visitar el gueto con Dee, pero no hay que dejarlo solo con los cubiertos de plata.

—¡No! ¡Te equivocas! —exclamo—. No estoy marginándote. Me gustas mucho.

Cruza los brazos y me mira fijamente.

—¿Qué tal tu viaje campestre? —pregunta con acritud.

Quiero explicárselo, de verdad. Pero ¿cómo? ¿Cómo puedo hacerlo sin traicionarme a mí misma? Porque lo estoy intentando. Estoy tratando de ser una persona nueva, una persona diferente, una tábula rasa. Pero si le explico

cosas de mis padres, de Melanie, de Willem, si muestro quién soy realmente, entonces ¿no estaré de vuelta donde empecé?

—Siento haberte mentado. Pero te juro que no es por ti. No puedo decirte lo mucho que aprecio lo que hiciste.

—No hice nada.

—No, lo digo en serio. Estuviste genial. Mis padres te adoraron. Y tú estabas tan tranquilo... No sospechan nada.

Se saca el brillo labial del bolsillo y, con una precisión meticulosa, se lo aplica primero en el labio superior y luego en el inferior. Luego les da golpecitos a los dos, ruidosamente, como una especie de reprimenda.

—¿Qué tenían que sospechar? Yo no sé nada de nadie. Solo ayudé.

Quiero hacer las cosas bien. Para que sepa que me preocupo por él. Que no me avergüenzo de él. Que conmigo está a salvo.

—Sabes —empiezo—, no tienes que hacer eso con las voces cuando estés conmigo. Puedes simplemente ser tú mismo.

Lo digo como un cumplido, para que sepa que me gusta cómo que es. Pero no se lo toma así. Frunce los labios y sacude la cabeza.

—Este soy yo, nena. Todos mis yoes. Soy dueño de todos y cada uno de ellos. Sé quién finjo ser y quién soy. —Me mira con una cierta tristeza—. Soy así.

Me había propuesto mantenerlo todo lejos de él, pero Dee —el inteligente y agudo Dee— lo pilló. Lo pilló todo. Sabe muy bien que no soy quien muestro ser. Y estoy tan avergonzada que no sé ni qué decir. Al poco, mete Noche de Reyes en mi ordenador. Vemos toda la obra en silencio, sin voces, sin comentarios. No hay risas, solo cuatro globos oculares mirando una pantalla. Y eso es lo que me dice que la he fastidiado con Dee.

Me entristece tanto esto que me olvido de estar enfadada con Willem.

Marzo, Universidad

EL invierno se alarga, no importa lo que diga la marmota. Dee deja de venir por las tardes, al parecer porque no estamos leyendo Noche de Reyes en voz alta, pero sé que esa no es la verdadera razón. Las cookies de mi abuela se acumulan. Llevo un resfriado encima que no hay manera de quitármelo, aunque tiene el beneficio adicional de evitarme la lectura de Noche de Reyes en clase. El profesor Glenny, que también está resfriado, me da un paquete de algo llamado Lemsips y me dice que es para ponerme en forma y que así pueda redoblar esfuerzos como Rosalinda en *Como gustéis*, una de sus obras favoritas.

Terminamos Noche de Reyes. Pensaba que me sentiría aliviada, como si hubiera esquivado una bala. Pero no. Con Dee fuera de mi vida, siento que la bala me ha dado de lleno, aunque no haya leído la obra. Hacer tábula rasa fue la decisión correcta. Asistir a estas clases fue el paso en falso. Ahora solo tengo que pasar por el aro. Y me estoy acostumbrando a ello.

Pasamos a *Como gustéis*. En su perorata introductoria, el profesor Glenny nos dice que esta es una de las obras más románticas de Shakespeare, la más sexy, y esto hace que todas las grupis de Glenny de la primera fila se desmayen. Tomo notas ausente mientras él describe la trama: Rosalinda, hija de un conde depuesto, y el caballero Orlando se encuentran y se enamoran a primera vista. Pero entonces el tío de Rosalinda la echa de su casa, y ella huye con su prima Celia al bosque de Arden. Allí, Rosalinda asume la

identidad de un chico llamado Ganímedes. Orlando, que también ha huido a Arden, se reúne con Ganímedes, y entre los dos nace la amistad. Rosalinda en su papel de Ganímedes usa su disfraz y su amistad para comprobar el proclamado amor de Orlando por Rosalinda. Mientras tanto, todo tipo de gente asume identidades diferentes y se enamora. Como siempre, el profesor Glenny nos dice que debemos prestar atención a temas y pasajes específicos, específicamente en cómo Rosalinda se envalentona al convertirse en Ganímedes y cómo eso la altera a ella y a su noviazgo con Orlando. En cierto modo todo suena igual que una comedia de situación, y tengo que trabajar duro para tomármelo en serio.

Dee y yo volvemos a leer juntos otra vez, pero ahora estamos de nuevo en la Unión de Estudiantes, y recogemos tan pronto como terminamos. Ha dejado de hacer todas esas voces locas, detalle que hace que me dé cuenta de lo útiles que eran para la interpretación de las obras, porque ahora, ambos leyendo de manera monótona, las palabras flotan frente a mí como una lengua extranjera. Es casi tan aburrido como leer en silencio. Ahora, Dee solo utiliza sus voces cuando tiene que hablar conmigo. Le sale una voz diferente, o dos, o tres, cada día. El mensaje es claro: he sido degradada.

Quiero arreglarlo. Para hacer las cosas bien. Pero no tengo ni idea de cómo hacerlo. Parece que no sé cómo abrirle la puerta a la gente sin darle en las narices. Así que no hago nada.

—Hoy vamos a leer una de mis escenas favoritas en *Como gustéis*, el principio del cuarto acto —dice el profesor Glenny un día de marzo que hace un frío de esos que te llegan a los huesos y en los que parece que llega el invierno, no que se va—. Orlando y Ganímedes/Rosalinda se reúnen de nuevo en el bosque de Arden, y la química entre ellos alcanza su punto de ebullición. Que es una situación a la vez confusa y divertida, ya que Orlando cree estar hablando con Ganímedes, que es un chico. Pero es igualmente confuso para Rosalinda, que se encuentra en una especie de tormento delicioso, dividida entre dos identidades, hombre y mujer, y dos deseos, el deseo de protegerse y mantenerse a la misma altura que Orlando, y el deseo

exquisito de rendirse y presentarse a sí misma. —En la primera fila del aula, las grupis parecen emitir a la vez un leve suspiro. Si Dee y yo siguiéramos siendo amigos, sería el tipo de cosa que haría que nos miráramos el uno al otro y entornáramos los ojos. Pero no lo somos, así que ni siquiera lo miro.

—Entonces, Orlando encuentra a Ganímedes en el bosque, y los dos realizan una suerte de escena de teatro kabuki, y al hacerlo se sienten más profundamente enamorados, aunque no saben exactamente de quién. —El profesor Glenny hace una pausa y continúa—: La línea entre el yo real y el fingido es borrosa. Creo que es más bien una útil metáfora sobre el acto de enamorarse. Así que, hoy es un buen día para leer. ¿A quién le toca? —Mira a los que están levantando las manos—. Drew, ¿por qué no lees a Orlando? —Se oye un amago de aplauso cuando Drew camina hacia la parte delantera de la sala. Es uno de los mejores lectores de la clase. Normalmente el profesor Glenny lo empareja con Nell o con Kaitlin, dos de las mejores chicas. Pero hoy no—. Allyson, creo que me debes una Rosalinda.

Avanzo hasta el frente del aula junto con los otros lectores que ha elegido. Nunca me han gustado estas cosas, pero al menos antes podía sentir a Dee animándome. Una vez reunidos, el profesor Glenny se convierte en el director, que al parecer es lo que solía hacer antes de convertirse en académico, y nos da algunos consejos.

—Drew, en estas escenas, Orlando es ardiente y firme, está completamente enamorado. Allyson, tu Ganímedes está rota, herida, pero también está jugando con Orlando, como un gato con un ratón. Lo que hace que esta escena sea tan fascinante para mí es que a medida que Ganímedes le pregunta a Orlando, lo reta a demostrar su amor, se puede sentir cómo cae el muro entre Rosalinda y Ganímedes. Me encanta ese momento en las obras de Shakespeare. Cuando la identidad real y la falsa se convierten en un laberinto de emociones. Ambos personajes sienten eso aquí. Es algo muy intenso. Vamos a ver cómo os sale.

La escena se abre con Rosalinda/Ganímedes/yo que le pregunta a Orlando/Drew dónde ha estado, por qué ha tardado tanto en venir a verme a mí, que estoy fingiendo ser Rosalinda. Ese es el truco. Rosalinda ha estado fingiendo ser Ganímedes, que ahora finge ser Rosalinda. Y trata de disuadir a

Orlando de su amor por Rosalinda, a pesar de que en realidad es Rosalinda y aunque ella lo ama de verdad. Al tratar de no perder de vista todos estos dobles juegos la cabeza me da vueltas.

Drew/Orlando responde que ha llegado una hora después de lo prometido. Yo le digo que incluso solo una hora más tarde, cuando se ha hecho una promesa en nombre del amor, hace que me pregunte si está realmente enamorado. Él me pide perdón. Charlamos un poco más, y entonces yo, como Rosalinda haciendo de Ganímedes fingiendo a su vez ser Rosalinda, le pregunto:

—¿Qué me dirías ahora, si yo fuera tu mismísima Rosalinda?

Drew hace una pausa, y me doy cuenta de que realmente estoy esperando, conteniendo la respiración incluso, su respuesta.

Y él responde:

—Antes de hablar me gustaría besarte.

Los ojos de Drew son azules, no se parecen en nada a los de él, pero, por un segundo, veo los ojos oscuros de él. Eléctricos y emocionados, justo antes de que me besara.

Estoy un poco afectada cuando declamo mis siguientes líneas, aconsejando a Orlando que debería hablar antes de besar. Vamos hacia atrás y adelante, y cuando llegamos a la parte en que Orlando dice que quiere casarse conmigo/ella, no sé Rosalinda, pero yo me siento mareada. Por suerte, Rosalinda tiene más agallas que yo. Ella, como Ganímedes, dice:

—Entonces, como si fuera ella, te digo que yo no.

Luego Drew dice:

—Entonces, yo, como yo mismo, me muero.

Y en ese momento algo en mí se desmonta. No puedo encontrar la línea correcta, ni siquiera la página. Y me parece que he perdido algo más. La sujeción en mí misma, en este lugar. En el tiempo. No estoy segura de cuánto rato pasa mientras estoy aquí congelada. Oigo a Drew aclararse la garganta, esperando a que yo diga mi siguiente línea. Oigo al profesor Glenni moverse en su silla. Drew me susurra la línea, y yo la repito y me las arreglo para recuperar la orientación. Sigo cuestionando a Orlando. Sigo preguntándole para que demuestre su amor. Pero ya no estoy actuando, ya no finjo.

—Ahora dime cuánto tiempo estarías con ella después de haberla poseído —le pregunto como Rosalinda. Mi voz ya no suena como la mía. Es delicada y resuena con la emoción plena de las preguntas que debería haber hecho cuando tuve la oportunidad.

—Para siempre y un día más —responde.

Me quedo sin aliento. Esta es la respuesta que necesito. Incluso si no es cierta.

Trato de leer la siguiente línea, pero no puedo hablar. No puedo respirar. Oigo un ruido de viento en mis oídos y parpadeo intentando que las palabras dejen de bailar por toda la página. Un instante después, consigo decir la siguiente frase:

—Di «un día» sin «para siempre» —antes de que se rompa la voz.

Porque Rosalinda lo entiende. Di un día sin el para siempre. Que después de ese día llega el desamor. No me extraña que no le diga quién es ella realmente.

Siento que las lágrimas me arden en los ojos y a través de su velo miro la clase, en silencio, mirándome. Dejo caer mi libro al suelo y corro hacia la puerta. Corro por el pasillo, más allá de las aulas, y me meto en el lavabo de señoras. Me acurruco en el rincón, respiro hondo, trago y oigo el zumbido de las luces fluorescentes, tratando desesperadamente de hacer retroceder este vacío que amenaza con tragarme viva.

Tengo una vida plena. ¿Cómo puedo sentirme tan vacía? ¿Por culpa de un tipo? ¿Por culpa de un día? Pero a medida que contengo las lágrimas, recuerdo los días previos a Willem. Me veo con Melanie en la escuela, sintiéndome protegida pero siendo una engreída, chismorreando acerca de las chicas que nunca me molesté en conocer, o más tarde en el tour, fingiendo una amistad que se convirtió en humo. Me veo con mis padres, cenando en la mesa, mamá con su siempre presente calendario, programando mis clases de baile o la selectividad o alguna otra actividad enriquecedora, hojeando catálogos para comprarme un nuevo par de botas para la nieve, hablando la una o la otra, pero no entre nosotras. Me veo con Evan, cuando nos acostamos por primera vez y me dijo algo así como que aquello significaba que estábamos más cerca el uno del otro, y que había sido dulce que me lo

dijera, pero que se sentía como si lo hubiera sacado de un libro. O tal vez fue que no había sentido nada porque había empezado a sospechar que solo estábamos juntos porque Melanie había empezado a salir con su mejor amigo. Cuando yo había empezado a llorar, Evan había confundido mis lágrimas de tristeza con lágrimas de alegría, lo cual lo había empeorado todo aún más. Y, sin embargo, me quedé con él.

He estado vacía durante mucho tiempo. Mucho antes de que Willem entrara y saliera de mi vida de manera tan abrupta.

No estoy segura de cuánto tiempo llevo aquí antes de escuchar el chirrido de la puerta. Entonces veo las botas de color rosa de Dee por debajo de la puerta.

—¿Estás aquí? —pregunta en voz baja.

—No.

—¿Puedo pasar?

Quito el cerrojo. Dee lleva todas mis cosas.

—Lo siento mucho —le digo.

—¿Cómo dices? Estuviste estupenda. Has recibido una ovación de todo el mundo, se han puesto de pie.

—Siento no haberte dicho que venían mis padres. Siento haberte mentado. Siento haberlo estropeado todo. No sé cómo ser una amiga. No sé cómo ser nada.

—Sabes cómo ser Rosalinda —dice.

—Eso es porque soy una farsante redomada. —Me seco una lágrima con la mano—. Soy tan buena fingiendo, que no sé ni cuándo lo estoy haciendo.

—Oh, cariño, ¿no has aprendido nada de estas obras? No hay diferencia entre fingir y ser. —Abre los brazos y me hundo entre ellos—. Yo también lo siento —añade—. Creo que he reaccionado un pelín exageradamente. Puedo ser muy dramático, suponiendo que no lo hayas notado ya.

Me río.

—¿En serio?

Dee me echa mi abrigo sobre los hombros.

—No me gusta que me mientan, pero me doy cuenta de lo que intentabas decirme. Las personas nunca han sabido qué pensar de mí, ni en mi barrio, ni

en la escuela secundaria, ni aquí, de modo que siempre están tratando de averiguarlo y de decirme lo que soy.

—Sí, sé algo al respecto.

Nos miramos el uno al otro durante un largo minuto. Durante ese silencio nos decimos muchas cosas. Entonces Dee me pregunta:

—¿Quieres contarme lo que siempre has estado a punto de contarme?

Quiero. Tanto que se me agolpa todo en el pecho. Quería contarle todo de mí desde hace semanas. Asiento con la cabeza.

Dee me ofrece su brazo, me apoyo en él y salimos del lavabo justo cuando entran un par de chicas, que nos miran con extrañeza.

—Bueno, hubo un tipo... —empiezo.

Sacude la cabeza y chasquea suavemente la lengua como una abuela regañándome con dulzura.

—Siempre lo hay.

Llevo a Dee de vuelta a mi habitación. Le sirvo un montón de cookies. Y se lo cuento todo. Cuando termino, nos hemos comido una cantidad absurda de galletas blancas y negras y de mantequilla de cacahuete. Se limpia las migajas del regazo y me pregunta si alguna vez pensé en *Romeo y Julieta*.

—No todo vuelve a Shakespeare.

—Sí que lo hace. ¿Alguna vez pensaste lo que podría haber pasado si no hubieran sido tan impacientes? ¿Si tal vez Romeo se hubiera detenido un momento y llamado a un médico, o esperado a que Julieta se despertara? ¿No simplemente sacar una conclusión y suicidarse envenenándose pensando que estaba muerta, cuando ella simplemente estaba durmiendo?

—Puedo ver que tú sí lo has pensado. —Y realmente puedo, porque él está bastante alterado.

—He visto esa película muchas veces, y cada maldita vez es como si le gritara a la chica de una película de terror: «Detente. No bajas al sótano. El asesino está ahí abajo». Cuando veo *Romeo y Julieta*, grito: «No saquéis conclusiones». Pero esos tontos nunca me escuchan. —Desalentado, sacude la cabeza—. Siempre me imagino lo que podría haber pasado si hubiera

esperado. Julieta habría despertado. Y ya estarían casados. Puede que se hubieran mudado lejos, muy lejos de los Montesco y de los Capuleto, puede que estuvieran en un hermoso castillo para ellos solos. Bien decorado. Tal vez habría sido como en el Cuento de invierno. Al pensar que Hermione estaba muerta, Leontes se da tiempo para dejar de actuar como un idiota y entonces siente la felicidad de saber que estaba viva. Tal vez los Montesco y los Capuleto se enteraran más tarde de que sus hijos amados no estaban muertos, y acabarían con su fea enemistad, y todo el mundo sería feliz. Puede que entonces toda la tragedia se hubiera convertido en una comedia.

—Cuento de invierno no es una comedia, es una obra problemática.

—¡Eh, chitón! Ya sabes adónde voy a parar.

Y lo hago. Y tal vez no lo había pensado al leer *Romeo y Julieta*, pero había pensado un poco en qué habría pasado conmigo y Willem. En el tren de vuelta a Inglaterra, y luego en el vuelo a casa, había pensado en ello. ¿Y si le había pasado algo? Pero en ambas ocasiones, había expresado mis dudas, primero a la señora Foley y luego a Melanie, y las dos veces había puesto los puntos sobre las íes. Willem no era Romeo. Era un Romeo de muchos posibles. Y yo no soy Julieta. Se lo digo a Dee. Enumero todos los ejemplos que indican que él estaba jugando, comenzando por el hecho de que eligió a una chica al azar en un tren y, una hora más tarde, la invitó a París a pasar el día.

—La gente normal no hace eso —digo.

—¿Quién ha dicho nada acerca de ser normal? Y tal vez no fue al azar. Tal vez tú también fueras algo para él.

—Pero ni siquiera me conocía. Yo era otra persona ese día. Yo era Lulu. Eso es lo que a él le gustaba. Y, además, si vamos a suponer que pasó algo, no me habría abandonado en la cuneta. Solo sé su nombre de pila. Y él ni siquiera sabe cómo me llamo yo. Y vive en otro continente. Lo perdí irremediabilmente. ¿Cómo puedo encontrar a alguien así?

Dee me mira como si la respuesta fuera obvia.

—Ya lo verás.

23

NOMBRE: Willem

NACIONALIDAD: Holandesa

EDAD: 20 a finales de agosto del año pasado

CRECIÓ EN AMSTERDAM.

PADRES: Yael y Bram. La madre no es holandesa. La madre es médico naturópata

1,90 metros, que es aproximadamente 6 pies y 3 pulgadas; 75 kilos, que es alrededor de 165 libras.

Actuó con el grupo de teatro Guerrilla Will el pasado verano.

ESTA es la lista completa de los desnudos hechos biográficos que tengo de Willem. Ocupa apenas un tercio de página en uno de mis cuadernos de Laboratorio abandonados. Cuando termino la lista es como si recibiera una bofetada de la realidad. «¿Crees que te enamoraste de alguien, y esto es todo lo que sabes de él? ¿Ocho cosas?». ¿Y cómo iba yo a encontrarlo con estas ocho cosas? Olvídate de buscar una aguja en un pajar. Eso es fácil. Por lo menos, destaca. Estoy buscando una aguja específica en una fábrica de agujas.

Ocho cosas. Es humillante. Me quedo mirando la página y estoy a punto de arrancarla y arrugarla hasta convertirla en una bola de papel.

Pero en cambio, vuelvo la página y empiezo a escribir una lista diferente. Cosas al azar. La mirada divertida en su rostro cuando le confesé que había pensado que era un secuestrador. El aspecto que tenía en el café cuando se enteró de que era hija única y me preguntó si estaba sola. La felicidad tonta

cuando saltó a la barcaza del capitán Jack. Qué bien me sentí al darme cuenta de que yo era la responsable de que él estuviera así. La forma en que París sonaba bajo el canal. La forma en que se veía desde la parte trasera de la bici. La forma en que sentí su mano en el hueco de mi cadera. La fiereza de sus ojos cuando se levantó para ayudar a las chicas del parque. La tranquilidad de su mano, cogiendo la mía mientras corríamos por las calles de París. La expresión dura en su rostro en la mesa mientras cenamos, cuando le pregunté por qué me había llevado hasta allí. Y después, en la casa ocupada, cuando él me miró y me sentí tan grande y fuerte, tan capaz y valiente.

Dejo que los recuerdos me inunden mientras lleno una página. Y luego otra. Y ya ni siquiera estoy escribiendo sobre él. Estoy escribiendo sobre mí. Sobre todas las cosas que sentí ese día, incluyendo el pánico y los celos, pero más que nada sobre la sensación de que el mundo estaba lleno de posibilidades.

Lleno tres páginas. Nada de lo que estoy escribiendo me ayudará a encontrarlo. Sin embargo, mientras escribo me siento bien; no, no solo bien, sino llena. Bueno, de alguna manera. Es una sensación que no he experimentado desde hace mucho, mucho tiempo, y es esto, más que nada, lo que me convence de que debo buscarlo.

Lo más concreto en la lista es Guerrilla Will, así que empiezo por ahí. Tienen un sitio web con lo básico, cosa que me anima mucho hasta que veo que hace una eternidad que no lo actualizan. Es la programación de hace dos veranos. Pero aun así, hay una pestaña de contacto con una dirección de correo electrónico. Me paso horas escribiendo diez correos electrónicos diferentes y al final los elimino todos en favor de un simple:

Hola: Estoy tratando de encontrar a un chico holandés llamado Willem, de veinte años, que actuó en la representación del pasado verano de Noche de Reyes. Vi la obra y me encontré con él en Stratford-upon-Avon, y fui a París con él en agosto pasado. Si alguien sabe dónde está, por favor, decidle que a Lulu, también conocida como Allyson Healey, le gustaría estar en contacto con él. Es muy importante.

Repaso toda mi información de contacto y luego hago una pausa, imaginando los unos y los ceros o lo que sea de lo que están hechos los correos electrónicos, viajando a través de los océanos y las montañas, aterrizando en algún lugar de la bandeja de entrada de alguien. ¿Quién sabe? Tal vez incluso la tuya.

Y luego pulso Enviar.

Treinta segundos después, mi bandeja de entrada emite una señal de alarma. ¿Es posible? ¿Tan rápido? ¿Así de fácil? Alguien sabe dónde está. O tal vez él ha estado buscándome todo este tiempo.

Me tiembla la mano cuando abro la bandeja de entrada. Pero todo lo que ha llegado es el mensaje que acabo de enviar, rebotado. Compruebo la dirección. Lo envío de nuevo. Rebota de nuevo.

—Strike uno —le digo a Dee antes de entrar a la clase del día siguiente. Le explico lo del correo electrónico rebotado.

—Las metáforas deportivas no son lo mío, pero estoy bastante seguro de que los partidos de béisbol son muy largos.

—¿Y eso qué significa?

—Que no hay que dar el brazo a torcer.

El profesor Glenny entra en el aula y empieza a hablar de *Cimbelino*, la obra que estamos a punto de comenzar, y nos anuncia la última oportunidad que tenemos de sacar las entradas de *Como gustéis*, antes de recordarnos que tenemos que empezar a pensar en las presentaciones orales de fin de curso.

—Podéis trabajar solos o con vuestros compañeros, podéis hacer una presentación normal o algo más teatral.

—Vamos a hacer algo más teatral —susurra Dee.

—Es el estilo de Glenny.

Y entonces nos miramos el uno al otro como si ambos hubiéramos tenido la misma idea. Después de clase, subimos a la tarima donde el círculo habitual de grupis suele quedarse embobado frente a Glenny.

—Bueno, Rosalinda, ¿vienes a comprar tu entrada para *Como gustéis*?

Me sonrojo.

—Ya la he comprado. En realidad estoy tratando de encontrar a alguien con quien perdí el contacto, y no tengo muchas pistas, pero la que tengo es a

través de una compañía shakespeariana que vi en Stratford-upon-Avon el año pasado, y tiene un sitio web, pero el correo electrónico rebota, aunque los vi representar una obra hace menos de un año...

—¿En Stratford-upon-Avon?

—Sí. Pero no en un teatro. Era una especie de compañía alternativa. Se llama Guerrilla Will. Actuaron en una especie de amarradero del canal. Eran realmente buenos. De hecho, no fui a ver el *Hamlet* de la Royal Shakespeare Company por ir a verlos representar Noche de Reyes.

Al profesor Glenny le gusta eso.

—Ya veo. Y has perdido a un Sebastian, ¿verdad?

Yo trago saliva y me sonrojo, pero luego me doy cuenta de que se refiere a la obra.

—Tengo un viejo amigo en la oficina de turismo de allí. ¿Guerrilla Will, has dicho?

Asiento con la cabeza.

—Voy a ver qué puedo averiguar.

A la semana siguiente, justo antes de las vacaciones de primavera, el profesor Glenny me da una dirección.

—Esto es lo que encontró mi amigo. Lo sacó de los archivos policiales. Al parecer, los amigos de Guerrilla Will tienen la costumbre de representar obras de teatro sin permiso del ayuntamiento, y esto es de una detención anterior. No estoy seguro de dónde están ahora.

—Veo la dirección. Es una ciudad de Inglaterra llamada Leeds.

—Gracias —digo.

—De nada. Hazme saber cómo termina esto.

Esa noche, imprimo la copia del correo electrónico que envié a Guerrilla Will, pero luego cambio de opinión y le escribo a mano una carta a Willem.

Querido Willem:

He estado tratando de olvidarme de ti y de nuestro día en París durante nueve meses, pero, como puedes ver, no me ha salido del todo bien. Creo que, más que nada, me gustaría saber... ¿te fuiste? Si es así, está bien. Quiero decir que no, pero conocer la verdad me ayudará a superarlo. Y si no te fuiste, no sé qué decir. Excepto que lamento haberlo hecho yo.

No sé cuál será tu respuesta al recibir esta carta, que te llegará como un fantasma de tu pasado. Pero no importa lo que pasó, espero que estés bien.

Firmo «Lulu y Allyson» y dejo todos mis datos posibles de contacto. La meto en un sobre y escribo «A la atención de Guerrilla Will: reenviar a Willem». La noche antes de irme para las vacaciones de primavera la envió por correo.

Me paso las vacaciones aburrida en casa. Mis días de fiesta no coinciden con los de Melanie, y la echo de menos pero también me siento aliviada por no tener que verla. Me atrincho en mi habitación y me apoyo en mis viejos libros de ciencia y paso el tiempo haciendo búsquedas en Facebook y Twitter y por todas las redes sociales imaginables, pero resulta que tener solo un nombre de pila es un problema. Sobre todo porque Willem es un nombre holandés bastante común. Sin embargo, busco en cientos de páginas, y miro fotos de todos los Willem que encuentro, pero no es ninguno de ellos.

Publico una página en Facebook como Lulu con fotos de Louise Brooks y de mí. Cambio el estado todos los días, escribo algo que solo él entendería. «¿Crees en los accidentes del universo? ¿La Nutella es chocolate? ¿Es lo mismo enamorarse que estar enamorado?». Me mandan solicitudes de amistad todos los friquis de la New Age. Me mandan solicitudes varios pervertidos. Me manda una solicitud un club de fans de la Nutella en Minnesota (¿quién sabe?). Pero de él, nada de nada.

Trato de buscar a sus padres. Hago búsquedas combinadas: Willem, Bram, Yael y después solo Bram, Yael. Pero sin un apellido no consigo nada. Busco todos los sitios holandeses de naturopatía que puedo encontrar en los que aparezca una Yael, pero tampoco encuentro nada. Busco en Google el nombre Yael, y descubro que es un nombre hebreo. ¿Su madre es judía? ¿Israelí, quizá? ¿Por qué no se me ocurrió hacerle cualquiera de estas preguntas cuando tuve la oportunidad? Pero yo sé por qué. Porque cuando estaba con él me sentía como si ya lo supiera.

24

LAS vacaciones de primavera terminan, y en la clase de Shakespeare empezamos a leer *Cimbelino*. Dee y yo estamos a media obra, en la parte más jugosa, donde Posthumus, esposo de Imogen, ve que Iachimo lleva el brazalete secreto que él le había dado a Imogen y piensa que es una prueba de que ella lo engaña, aunque, por supuesto, Iachimo ha robado el brazalete, precisamente para ganarle la apuesta a Posthumus, en la que se jugaban que él podría hacer que Imogen engañara a Posthumus.

—Otro que saca conclusiones antes de hora —dice Dee, mirándome intencionadamente.

—Bueno, él tenía una buena razón para sospechar —le digo—. Iachimo sabía cosas de ella, cómo era su dormitorio, que tenía un lunar en la teta.

—Porque la espiaba cuando ella estaba durmiendo —dice Dee—. Había una explicación.

—Lo sé. Lo sé. Y también crees que podría haber una buena explicación para la desaparición de Willem. Pero, sabes, algunas veces tenemos que aceptar que lo que parece es lo que es. En un solo día vi a Willem coquetear, vi que lo desnudaban con la mirada y que le daban sus números de teléfono un mínimo de tres chicas, sin contarme a mí. Estaba jugando. Y yo me la jugué a mi vez.

—Pues para estar jugando, el chico hablaba mucho de enamorarse.

—De enamorarse, no de estar enamorado —le corrijo—. Y de Céline. — Aunque cuando habló de sus padres, de mancharse, recuerdo la expresión de anhelo de su rostro, sin máscara alguna. Y luego siento el calor en mi

muñeca, como si su saliva todavía estuviera ahí, húmeda.

—Céline —dice Dee, chasqueando los dedos—. El bomboncito francés.

—No estaba tan buena.

Dee entorna los ojos.

—¿Por qué no se nos ha ocurrido antes? ¿Cuál es el nombre del club donde trabajaba? Donde dejaste tu maleta.

—No tengo ni idea.

—Vale. ¿Dónde estaba?

—Cerca de la estación de tren.

—¿Qué estación del tren?

Me encojo de hombros. Es como si lo hubiera borrado todo.

Dee coge mi portátil.

—Ahora estás siendo intratable. —Empieza a teclear—. Si veníais de Londres, llegasteis a la estación *Gare du Nord*. —Él lo pronuncia Gary du Nord.

—¿No eres tan listo?

Abre el Google Maps y a continuación teclea algo en el buscador y aparece un grupo de banderas rojas.

—Ahí.

—¿Qué?

—Esos son los clubes nocturnos cerca de la *Gare du Nord*. Llama. Presumiblemente, Céline trabaja en uno de ellos. Búscala a ella, encuéntralo a él.

—Sí, tal vez en la misma cama.

—Allyson, acabas de decir que tenías que tener los ojos bien abiertos.

—Y lo hago. Pero no quiero volver a ver a Céline otra vez.

—¿Tan malo es lo que crees que vas a descubrir? —pregunta Dee.

—No lo sé. Supongo que, más que nada, quiero saber lo que pasó.

—Razón de más para llamar a Céline.

—¿Así que tengo que llamar a todos estos clubes y preguntar por ella? Te olvidas de que no hablo francés.

—¿Tan difícil puede ser? —Hace una pausa y su rostro adopta una expresión muy particular, como si estuviera a punto de ponerse a hacer

pucheros—. *Bon Lacroix monsoir oui, tres, chic chic croissant French Ho-bag.* —Sonríe—. ¿Lo ves? Más fácil, imposible.

—¿Eso también es francés?

—No, latín. Y puedes también preguntar por el otro chico, el africano.

El Gigante. Con él no me importaría hablar, pero claro, ni siquiera sé su nombre.

—Hazlo tú. Eres mucho mejor que yo para todo esto.

—¿De qué hablas? Yo estudié español.

—Solo quiero decir que eres mejor en eso de poner voces, fingiendo.

—Te he visto hacer de Rosalinda. Y pasaste un día interpretando a Lulu, y delante de tus padres vas disfrazada de estudiante del preparatorio de Medicina.

Me miro las uñas.

—Eso solo me convierte en una mentirosa.

—No, no es así. Interpretas identidades diferentes, como todo el mundo en los dramas de Shakespeare. Y las personas por las que nos hacemos pasar, ya están en nosotros. Por eso las fingimos en primer lugar.

Kali está asistiendo a su primer año de francés, así que le pido con toda la naturalidad de la que soy capaz qué tengo que decir para preguntar por Céline o por un camarero senegalés cuyo hermano vive en Rochester. Al principio, me mira sorprendida. Probablemente, desde que nos conocemos, sea la primera vez que le pregunto algo más complicado que «¿estos calcetines son tuyos?».

—Bueno, eso depende de muchos factores —dice—. ¿Quiénes son esas personas? ¿Cuál es tu relación con ellas? El francés es un idioma lleno de matices.

—Vaya, ¿simplemente no pueden ser personas con las que quiero hablar por teléfono?

Kali entrecierra los ojos y vuelve a su trabajo.

—Busca un programa de traducción en Internet.

Respiro hondo, suspiro.

—Está bien. Ellos son, respectivamente, una zorra guapísima y un tipo muy agradable que conocí una vez. Ambos trabajan en un club nocturno parisino, y siento como que podrían ser la clave para mi... felicidad. ¿Eso te ayudará con los matices?

Kali cierra su libro de texto y se vuelve hacia mí.

—Sí. Y no. —Coge un pedazo de papel y lo golpea contra su barbilla—. ¿Por casualidad sabes el nombre del hermano de Rochester?

Niego con la cabeza.

—Solo me lo dijo una vez, y muy rápido. ¿Por qué?

Se encoge de hombros.

—Sencillamente porque si lo supieras, podrían seguirle la pista en Rochester y luego encontrar a su hermano.

—Oh, Dios mío, ni siquiera se me había ocurrido. Tal vez consiga recordarlo y probar eso también. Gracias.

—Suceden cosas asombrosas cuando pides ayuda. —Me lanza una mirada mordaz.

—¿Quieres saber toda la historia?

Su ceja enarcada dice: «¿A los cerdos les gusta el barro?».

Así que le explico a ella, Kali, la más improbable de todos los confidentes del mundo, una versión breve de la saga.

—Oh. Dios. Mío. Así que eso lo explica todo.

—¿Explica el qué?

—¿Por qué eres una solitaria, siempre diciéndonos que no a todo? Pensábamos que nos odiabas.

—¿Qué? ¡No! Yo no os odio. Solo sentía rechazo, y también me sentía mal porque os habíais atascado conmigo.

Kali entorna los ojos.

—Rompí con mi novio justo antes de llegar aquí, y Jenn se separó de su novia. ¿Por qué crees que tengo tantas fotos de Buster? Todo el mundo se siente triste y nostálgico. Por eso vamos a tantas fiestas.

Sacudo la cabeza. No lo sabía. No me preocupé por saberlo. Y entonces me río.

—He tenido la misma mejor amiga desde que tenía siete años. Ella es la

única novia con la que he salido realmente, por eso me perdí todos los años en los que se aprende a cómo ser amigo de la gente.

—No te has perdido nada. A menos que también te perdieras el jardín de infancia.

La miro con impotencia. Por supuesto que fui al jardín de infancia.

—Si fuiste al jardín de infancia, aprendiste a hacer amigos. Es lo primero que te enseñan. —Me mira—. Para hacer un amigo... —empieza.

—Tienes que ser amigo —termino, recordando el dicho que me enseñaron en la clase de la señorita Finn. O tal vez era en la de Barney.

Ella sonrío mientras coge un bolígrafo.

—Creo que será más fácil si les preguntas a esa tal Céline y al camarero de Senegal. Olvídate del hermano, porque ¿cuántos camareros senegaleses habrá en Rochester? Entonces, si encuentras a un camarero senegalés, le preguntas si tiene un hermano en Rochester.

—Roche Estair —la corrijo—. Así es como lo decía él.

—Puedo ver por qué. Suena mucho más elegante de esa manera. Mira esto. —Me entrega una hoja de papel. «*Je voudrais parler à Céline ou au barman qui vient du Senegal, s'il vous plaît.*». Lo ha escrito tanto en francés como en su traducción fonética—. Así es como tienes que preguntar por ellos en francés. Si deseas ayuda para hacer las llamadas, házmelo saber. Las amigas hacen esa clase de cosas.

Je voudrais parler à Céline ou au barman qui vient du Senegal, s'il vous plaît. Una semana más tarde, he pronunciado esa frase tantas veces (primero practicando, luego en una serie de llamadas telefónicas cada vez más deprimentes) que juro que puedo decirla hasta en sueños. Hago veintitrés llamadas telefónicas. *Je voudrais parler à Céline ou au barman qui vient du Senegal, s'il vous plaît...* Eso es lo que digo. Y entonces pasa una de las tres cosas siguientes: una, me cuelgan. Dos, oigo distintas formas de decirme que no y entonces cuelgan. Son los que tacho de la lista como un «no» definitivo. Pero la tercera es cuando el que responde habla en francés con el turbo puesto, a lo que soy incapaz de responder. ¿Céline? ¿Barman? ¿Senegal?, repito en el teléfono mientras mis palabras se hunden como balsas salvavidas defectuosas. No tengo ni idea de lo que me dicen esas personas. Tal vez me

dicen que Céline y el gigante están almorzando pero volverán pronto. O tal vez me dicen que Céline está allí, pero que está abajo manteniendo relaciones sexuales con un hombre alto holandés.

Acepto la oferta de Kali de ayudarme, y a veces descifra que allí no hay ninguna Céline, ni ningún camarero senegalés, pero más a menudo no; ella está tan desconcertada como yo. Mientras tanto, ella y Dee empiezan a buscar en Google todos los posibles nombres senegaleses en Rochester. Hacemos unas cuantas llamadas embarazosas, pero acabamos con las manos vacías.

Después de la vigesimocuarta llamada telefónica, se acaban los clubes nocturnos en cualquier lugar de las proximidades de la estación *Gare du Nord*. Entonces recuerdo el nombre del grupo de las camisetas que Céline nos dio en el club a Willem y a mí. Tecleo en Google *Sous ou Sur* y busco todas las fechas de sus conciertos. Pero si alguna vez tocaron en el club nocturno de Céline, fue hace mucho tiempo, porque ahora son muy populares y tocan en grandes recintos, teatros enormes y no en clubes.

A estas alturas han pasado más de tres semanas desde que le envié mi carta, así que por ese lado también estoy perdiendo la esperanza. Las posibilidades de encontrarlo, que nunca fueron muchas, se desdibujan aún más. Pero lo más curioso es que la sensación de estar bien conmigo misma no lo hace. En todo caso crece más, brilla más.

—¿Cómo va tu búsqueda de Sebastian? —me pregunta el profesor Glenly después de clase un día mientras estamos haciendo cola para que nos devuelva nuestros trabajos sobre *Cimbelino*. Todas las grupis me miran con envidia. Desde que le hablé de Guerrilla Will, parece que siente un mayor respeto por mí. Y, por supuesto, siempre ha adorado a Dee.

—Estoy en dique seco —le digo—. Ya no tengo más pistas.

Sonríe.

—Siempre hay más pistas. ¿Qué es lo que siempre dicen los detectives en las películas? «Tengo que pensar» —dice con un terrible acento de Nueva York. Me entrega mi trabajo—. Muy bueno.

Miro mi trabajo, hay un «Excelente» escrito en rojo, y siento una enorme

oleada de orgullo. Mientras Dee y yo caminamos hacia nuestras próximas clases, sigo mirándolo, para asegurarme de que no cambia de forma y se convierte en un aprobado pelado, aunque sé que no lo hará. Todavía no puedo dejar de mirarlo. Y de sonreír. Dee me mira y se ríe.

—Para algunos de nosotros, un excelente es algo nuevo —le digo.

—Oh, vas a hacer que me eche a llorar, cielo —dice burlándose de mí—. ¿Nos vemos a las cuatro?

—Contaré los minutos.

Cuando Dee llega a las cuatro, se está subiendo por las paredes.

—La mente nunca piensa de forma original. —Me enseña dos DVDs que ha sacado de la biblioteca. El título de uno de ellos es La caja de Pandora, y hay una foto de una mujer hermosa de ojos tristes y oscuros y un elegante pelo negro. Inmediatamente sé quién es.

—¿Cómo nos va a ayudar esto?

—No lo sé. Pero cuando abres la caja de Pandora, nunca sabes lo que va a salir volando de dentro. Podemos verla esta noche. Después de que yo salga del trabajo.

Asiento con la cabeza.

—Haré palomitas de maíz.

—Traeré las pastas que sobren del comedor.

—Sabemos cómo divertirnos un viernes por la noche, ¿eh?

Más tarde, cuando lo estoy preparando todo para cuando llegue Dee, veo a Kali en el salón. Mira las palomitas de maíz.

—¿Tienes un ataque de hambre?

—Dee y yo vamos a ver algunas películas. —Nunca he invitado a Kali a nada. Y los fines de semana, ella casi siempre sale por las noches. Pero pienso en la ayuda que me ofreció, y en lo que dijo acerca de ser una amiga, así que la invitamos a unirse a nosotros—. Es una especie de película/misión para identificar las pruebas. Podríamos necesitar tu ayuda. Fuiste tan lista con tu idea de tratar de encontrar al hermano en Rochester...

Se le abren los ojos.

—Me encantaría ayudar. Estoy tan harta de las fiestas cerveceras... Jenn, ¿quieres ver una peli con Allyson y Dee?

—Antes de que digas que sí, te lo advierto, son películas mudas.

—Genial —dice Jenn—. Nunca he visto una.

Yo tampoco, y resulta ser un poco como ver un Shakespeare. Tienes que adaptarte a ella, entrar en su ritmo. No hay palabras, pero tampoco es como una película extranjera, en la que todos los diálogos están subtítulos. Solo las partes principales de los diálogos se muestran con palabras. El resto tienes que entenderlos a partir de las expresiones de los actores, del contexto, de la intensidad de la música orquestal. Tienes que esforzarte un poco.

Vemos La caja de Pandora, que trata sobre una hermosa chica de compañía llamada Lulu, que pasa de un hombre a otro. Primero se casa con su amante, luego le dispara en la víspera de su boda. Y la meten en la cárcel por asesinato, pero se escapa, y se va al exilio con el hijo de su marido asesinado. Luego la venden a un proxeneta que la prostituye. Y la peli acaba con ella muriendo el día de Nochebuena a manos de Jack el Destripador, nada menos. Todos la vemos como si estuviéramos contemplando un choque de trenes a cámara lenta.

Cuando acaba, Dee saca la siguiente, Diario de una chica perdida.

—Esta es una comedia —bromea.

No es tan mala. Lulu, aunque no se llama así en esta, no muere al final. Pero es seducida, tiene un hijo fuera del matrimonio, le quitan el bebé, la meten en un reformatorio horrible. Y también hace sus pinitos en la prostitución.

Son casi las dos de la mañana cuando encendemos las luces. Nos miramos unos a otros con los ojos turbios.

—¿Y? —pregunta Jenn.

—Me han gustado sus modelitos —dice Kali.

—El vestuario era realmente extraordinario, pero no exactamente revelador. —Dee se vuelve hacia mí—. ¿Alguna pista?

Miro a mi alrededor.

—Ni una. —Y es verdad, ni una sola. Todo este tiempo he estado pensando en que yo era como Lulu. Pero no me parezco en nada a la chica de esas películas. Y no me gustaría parecerme.

Jenn bosteza, abre su ordenador portátil y busca una página de Louise

Brooks, que aparentemente tenía una vida tan agitada como Lulu: de ser una estrella de cine pasó a ser dependienta en Saks, luego mujer mantenida, y finalmente reclusa.

—Pero aquí dice que siempre fue una rebelde. Que siempre hizo las cosas a su manera. ¡Y que tuvo un romance con Greta Garbo! —Jenn sonrío mientras lee.

Kali le coge el portátil y también se pone a leer.

—Además, fue pionera en llevar ese corte de pelo, media melena a la altura de las mejillas y flequillo.

—Yo llevaba el pelo así cuando nos conocimos. Probablemente debería haber mencionado eso.

Kali deja el ordenador, se deshace la cola de caballo y se dobla la melena hasta la barbilla.

—Hum. Con el pelo así, te pareces a ella.

—Sí, eso es lo que dijo él. Que me parecía a ella.

—Si te vio de esta manera —dice Jenn—, significa que pensó que eras muy guapa.

—Sí. Quizás. O tal vez todo esto era un juego para él. O llamarme Lulu era una manera de alejarme, para no tener que saber nada de mí. —Pero mientras trato de ahuyentar aquellos escenarios románticos (y los menos románticos, seamos honestos), no siento la habitual punzada de vergüenza y humillación. Con estos chicos a mi lado, nada es tan tenso.

Kendra dormirá en la litera de encima de Jeb, por lo que Kali le ofrece su cama a Dee, y ella dormirá en la cama de Kendra. Cuando ya estamos todos debajo de las mantas, nos damos las buenas noches, como si estuviéramos en un campamento de verano o algo así, y experimento esa sensación de estar haciendo lo correcto más fuerte que nunca.

Dee comienza a roncar de inmediato, pero yo tardo mucho en quedarme dormida, porque todavía estoy pensando en Lulu. Tal vez solo fue un nombre. Tal vez solo fue una pantomima. Pero en algún momento dejé de fingir. Porque aquel día realmente me convertí en Lulu. Quizá no sea la Lulu de la película o la verdadera Louise Brooks, pero era mi idea de lo que representaba Lulu. Libertad. Atrevimiento. Aventura. Decir sí.

Me doy cuenta de que no solo estoy buscando a Willem, también busco a Lulu.

Abril, Miami Beach

MAMÁ y papá me están esperando en la puerta del aeropuerto de Miami; mamá había programado su vuelo para que llegara media hora antes que el mío. Yo esperaba pasar fuera la Pascua Judía. He estado con mis padres durante las vacaciones de primavera, hace unas semanas, y aprovechar la Pascua Judía significaba un día libre en la universidad. Pero no he tenido suerte. La tradición es la tradición, y la Pascua es el momento del año en que vamos a casa de la abuela.

Adoro a la abuela, y aunque la Pascua es siempre abrumadoramente aburrida y me paso las horas comiendo de la abundante cocina casera de la abuela, ese no es el motivo por el que no me gusta la Pascua.

La abuela vuelve loca a mamá, lo que significa que cada vez que la visitamos, mamá nos vuelve locos a todos los demás. Cuando la abuela nos visita en casa, es más llevadero. Mamá puede salir, darle rienda suelta a Susan, jugar al tenis, organizar el calendario, ir al centro comercial para comprarme ropa nueva que no necesito. Pero cuando vamos al complejo de apartamentos de la residencia de ancianos de la abuela en Miami Beach, es como estar atrapado en una isla geriátrica. Mamá la toma conmigo nada más llegar a la cinta de recogida de equipajes: me echa la bronca por no haberles enviado una nota de agradecimiento por los regalos de mi cumpleaños, lo que significa que les ha preguntado a la abuela y a Susan si les han llegado. A excepción de Jenn y Kali —que me prepararon un pastel— y Dee —que me

llevó a cenar a su restaurante de camioneros favorito de Boston—, y mamá y papá, por supuesto, este año no había nadie más a quien enviarle una tarjeta de agradecimiento. Melanie no me envió nada. Simplemente me felicitó en mi página de Facebook.

Cuando nos metemos en el taxi (el segundo, porque mamá se había opuesto al primero porque llevaba el aire acondicionado muy bajo; nadie está a salvo de mamá cuando va a ver a la abuela) empieza a sonsacarme mis planes para el verano.

En febrero, cuando sacó el tema por primera vez y me preguntó qué iba a hacer durante el verano, yo le dije que no tenía ni idea. Luego, unas semanas más tarde, al final de las vacaciones de primavera, me anunció que había hecho algunas averiguaciones para mí y movido algunos hilos y ahora tenía dos ofertas prometedoras. Una es trabajar en un laboratorio de una de las compañías farmacéuticas de los alrededores de Filadelfia. La otra es trabajar en la consulta de un amigo de mi padre médico, un proctólogo llamado doctor Baumgartner (Melanie solía llamarlo doctor Bum-Gardner^[3]). No me pagarían, me explicó, pero ella y papá lo habían hablado y decidido que se harían cargo y me pasarían un generoso subsidio. Parecía muy satisfecha de sí misma. Ambos trabajos serían excelentes para mi currículum, porque aún debo recorrer un largo camino hasta compensar lo que ella denomina la «debacle» de mi primer semestre.

Yo me enfadé mucho, casi le dije que no podía hacer esas prácticas porque no estaba cualificada para ello, porque no estaba en el preparatorio de Medicina. Solo por fastidiarla. Solo para ver la expresión de su rostro. Pero entonces me dio miedo. Me habían puesto un excelente en Shakespeare en Voz Alta. Otro en chino mandarín, que era la primera vez que me pasaba. Un sólido notable en mi clase de Biología y en Laboratorios, y un excelente en Cerámica. Me di cuenta de que estaba realmente orgullosa de lo bien que me iba y no quería que la decepción inevitable y perenne de mamá envenenara mi euforia. Pero eso iba a pasar de todos modos, aunque estaba siguiendo mi plan A: enseñarle mis notas finales y explicárselo todo.

Pero aún faltan tres semanas para eso, y mamá no me deja respirar con las prácticas de trabajo. Así que cuando estamos a punto de llegar al apartamento

de la abuela, le digo que todavía estoy dándole vueltas y de inmediato me apeo para ayudar a papá con las bolsas.

Es tan extraño todo... Mamá es la persona más formidable que conozco, pero cuando la abuela abre la puerta, mamá parece encogerse, como si la abuela fuera un ogro en lugar de una señora rubia de bote de metro y medio de altura vestida con un chándal amarillo y un delantal en el que pone BESA A LA COCINERA MESHUGGENEH^[4]. La abuela me da un fuerte abrazo con olor a Shalimar y grasa de pollo.

—¡Ally! ¡Deja que te vea! ¡Le has hecho algo diferente a tu pelo! Vi las fotos en Facebook.

—¿Estás en Facebook? —pregunta mamá.

—Ally y yo somos amigas, ¿verdad? —Me guiña un ojo.

Veo a mamá hacer una mueca de dolor. No estoy segura de si es porque la abuela y yo somos amigas en Facebook o porque la abuela insiste en acortar mi nombre.

Entramos. El novio de la abuela, Phil, está dormido en el enorme sofá estampado de flores. Un partido de baloncesto suena de fondo en la pantalla gigante del televisor.

La abuela me toca el pelo. Ahora lo llevo por los hombros. No me lo he cortado desde el verano pasado.

—Estaba más corto antes —le digo—. Ahora lo llevo medio largo.

—¡Ahora está mucho mejor! ¡Aquel corte a la altura de las mejillas era horrible! —dice mamá.

—Era una media melena, mamá. No iba pelada como un Mohawk.

—Ya sé lo que era. Pero parecías un chico.

Me dirijo a la abuela.

—¿Mamá se traumatizó por un mal corte de pelo en su juventud? Porque no parece dispuesto a olvidarse de esto.

La abuela da una palmada.

—Oh, Ally, puede que tengas razón. Cuando tenía diez años, vio La semilla del diablo y me rogó que la llevara al salón de belleza infantil. Le fue diciendo a la peluquera que cortara y cortara, cada vez más, hasta que casi la dejó sin pelo, y cuando nos íbamos entró otra madre que señaló a Ellie, y

después le dijo a su hijo: «¿Por qué no te haces un corte de pelo como este niño tan guapo?». —Mira a mamá, sonriendo—. No me di cuenta de que todavía te molesta, Ellie.

—No me molesta, porque nunca sucedió, mamá. Nunca vi La semilla del diablo, y si lo hubiera hecho a los diez años de edad, habría sido totalmente inadecuado, por cierto.

—¡Te puedo enseñar las fotos!

—No será necesario.

La abuela le mira el cabello a mamá.

—Pues podrías pensar en volver a hacerte aquel corte. Creo que llevas el mismo desde que Bill Clinton fue elegido presidente. —La abuela sonrío con malicia.

Mamá parece encogerse un par de centímetros más cuando se toca el cabello, recogido en una coleta baja. La abuela la deja así, y tira de mí hacia la cocina.

—¿Quieres unas galletas? He hecho unos *macaroons*.

—Los *macaroons* no son galletas, abuela. Son los sustitutos de las galletas. Y son un asco. —La abuela nunca guarda en casa nada que contenga harina durante la Pascua.

—Vamos a ver qué más tengo. —Sigo a la abuela en la cocina. Me sirve un poco de limonada baja en azúcar—. Tu madre está pasando por un momento difícil —dice. Cuando mamá no está a la vista, ella es simpática, casi hasta la defiende, como si fuera yo la que ha hecho que se enfadara.

—No veo por qué. Tiene una vida de ensueño.

—Es curioso, eso es lo que ella dice de ti cada vez que piensa que estás siendo ingrata. —La abuela abre la puerta del horno para comprobar algo—. Le está costando adaptarse a que ya no estés con ella. Eres todo lo que tiene.

Siento un nudo en el estómago. Otra manera más de decepcionar a mamá.

La abuela saca un plato de esos caramelos de jalea a los que no puedo resistirme.

—Le dije que debería tener otro hijo, para encontrarle un sentido a su vida.

Escupo mi limonada.

—Tiene cuarenta y siete años.

—Podría adoptar. —La abuela agita la mano—. Uno de esos huérfanos chinos. Lucy Rosenbaum acaba de ser abuela de una cosita preciosa adoptada.

—¡No son perros, abuela!

—Ya lo sé. Aun así, podría adoptar uno de más edad. Sería un *mitzvá*^[5] de verdad.

—¿Se lo dijiste a mamá?

—Por supuesto que lo hice.

La abuela siempre se plantea cosas que el resto de nosotros no. Igual que cuando todos los años enciende una vela conmemorativa por el aniversario de cuando mamá tuvo su aborto involuntario. Eso también vuelve loca a mamá.

—Tiene que hacer algo si no va a volver a trabajar. —Vuelve la mirada hacia el salón. Sé que mamá y la abuela han estado discutiendo porque mamá no trabaja. Una vez, la abuela le envió un recorte de una revista acerca de lo mal que a las ex esposas de los médicos les iba económicamente en caso de divorcio. Después de eso, no se hablaron durante meses.

Mamá entra en la cocina. Mira el caramelo de jalea.

—Mamá, ¿puedes darle un poco de comida de verdad, por favor?

—Oh, enfría tus reactores. Puede alimentarse solita. Ya tiene diecinueve años. —Me guiña un ojo, luego se vuelve hacia mamá—: ¿Por qué no sacas un poco de embutido?

Mamá se asoma al refrigerador de la abuela.

—¿Dónde está el asado? Ya son casi las dos. Debemos darnos un poco de prisa.

—Oh, ya está en el horno —dice la abuela.

—¿A qué hora lo has metido?

—No te preocupes. Saqué una buena receta del periódico.

—¿Cuánto tiempo lleva? —Mamá le echa un vistazo al horno—. No es muy grande. No debería tardar más de tres horas. Y hay que cubrirlo con papel. Y el horno está demasiado caliente. Esta carne se tiene que hacer despacio. ¿Empezaremos la Pascua a las cinco? ¿Cuándo la has metido?

—No te importa.

—Estará como el cuero.

—¿Te digo cómo tienes que cocinar en tu cocina?

—Sí. Todo el tiempo. Pero no te escucho. Y hemos evitado más de un caso de intoxicación alimentaria gracias a eso.

—Basta ya de hacerte la sabihonda.

—Creo que voy a ir a cambiarme —les anuncio. Pero ninguna de las dos me presta atención.

Entro en la habitación de invitados y me encuentro a papá, mirando con nostalgia una camisa de golf.

—¿Cuáles son las probabilidades de que pueda escaparme de la bronca?

—Primero tendrías que soportar algunas de las plagas de Egipto. —Miro por la ventana la línea azul del mar.

Mete la camisa de golf en la maleta. Con qué facilidad nos rendimos a ella. La Pascua no significa nada para él. Papá ni siquiera es judío, aunque celebra todas las fiestas con mamá. La abuela supuestamente se puso furiosa cuando mamá se comprometió con él, aunque después de la muerte del abuelo, ella empezó a salir con Phil, que tampoco es judío.

—Solo estaba bromeando —le digo, aunque no bromeaba en absoluto—. ¿Por qué no te vas?

Papá sacude la cabeza.

—Tu madre necesita apoyo.

Me río de eso, como si mamá nunca necesitara nada de nadie.

Papá cambia de tema.

—Vimos a Melanie el pasado fin de semana.

—¿De verdad?

—Su grupo daba un concierto en Filadelfia, así que hizo una breve aparición.

¿Ahora está en un grupo? ¿Así que se ha convertido en Mel 4.0, y se supone que yo debo seguir siendo fiable? Le sonrío a mi padre, fingiendo que ya lo sé.

—Frank, no puedo encontrar mi bandeja de Pascua —grita la abuela—. La saqué para pulirla.

—Solo visualiza el último lugar donde la dejaste —dice papá. Entonces

se encoge un poco de hombros y sale para ayudarla. Después de encontrar la bandeja de Pascua, ayuda a la abuela a bajar los tazones del estante, y luego oigo a mamá que le dice que le haga compañía a Phil, así que papá se sienta y mira el baloncesto mientras Phil seeste. Demasiado para un golfista. Salgo al balcón y escucho los sonidos de la discusión entre mamá y la abuela y el partido en la tele. Siento que mi vida es tan pequeña que me pica, como un suéter de lana demasiado apretado.

—Voy a dar un paseo —anuncio, a pesar de que no hay nadie más que yo en el balcón. Me pongo los zapatos, salgo por la puerta y paseo por la playa. Me quito los zapatos y corro arriba y abajo por la orilla. El rítmico latido de los pies en la arena mojada parece expulsar algo de mi interior a través del sudor de mi piel empapada. Después de un rato, me paro y me siento a mirar el mar. Al otro lado está Europa. Y allí, en algún lugar, está él. Y en algún lugar por ahí, una versión diferente de mí.

Cuando vuelvo, mamá me dice que me duche y que ponga la mesa. A las cinco, nos sentamos, preparados para una larga noche en la que celebrar que los judíos escaparon de su esclavitud en el antiguo Egipto, que se supone que es un acto de liberación, pero de alguna manera, con mamá y la abuela frunciéndose el ceño mutuamente todo el rato, siempre termina pareciendo un acto de opresión. Por lo menos los adultos pueden emborracharse. Hay que beberse unas cuatro copas de vino durante la noche. Yo, por supuesto, bebo zumo de uva en mi propia jarra de cristal. Por lo menos es lo que suelo hacer. Esta vez, cuando voy a beber mi primer sorbo de zumo después de la primera bendición, casi me ahogo. Es vino. Creo que se ha equivocado, pero la abuela me hace un gesto y me guiña el ojo.

La Pascua continúa como de costumbre. Mamá, que en cualquier otro momento de su vida es respetuosa, asume el rol de una adolescente rebelde. Cuando la abuela lee la parte de los judíos errando por el desierto durante cuarenta años, mamá dice que eso es porque Moisés era un hombre que se negaba a preguntar por dónde se va a los sitios. Cuando el texto gira hacia Israel, mamá empieza a dar la vara con la política, a pesar de que sabe que

eso vuelve loca a la abuela. Cuando llega la sopa con albóndigas de *matzá*, discuten sobre el contenido de colesterol de las albóndigas de *matzá*.

Papá sabe lo suficiente para mantenerse callado. Y Phil juega con su audífono y dormita. Puedo rellenar mi vaso de «zumo» muchas, muchas veces.

Después de dos horas, llegamos a la carne, que significa que tenemos que dejar de hablar del Éxodo por un rato, lo cual es un alivio, aunque la carne no lo es. Está tan dura que parece carne seca y sabe a quemado. La paseo por el plato, mientras la abuela parlotea sobre su club de bridge y el crucero que hará con Phil. Entonces pregunta por nuestro viaje anual en verano a Rehoboth Beach, adonde por lo general viene de visita unos días.

—¿Qué más tienes planeado para el verano? —me pregunta.

Es una pregunta retórica, en realidad. Tipo «¿cómo estás?», o «¿qué hay de nuevo?». Estoy a punto de decir: «Oh, esto y lo otro», cuando mamá la interrumpe y le dice que trabajaré en un laboratorio. Y después se lo explica todo a la abuela. Un laboratorio de investigación en una empresa farmacéutica. Al parecer, he aceptado el plan precisamente hoy.

No es que yo no supiera que iba a hacer esto. No es como si ella no lleve haciendo lo mismo toda mi vida. No es como si no la deje que lo haga.

La furia que me llena es caliente y fría, líquida y metálica, reviste mis entrañas como un segundo esqueleto, más fuerte que el mío. Tal vez eso es lo que me permite decir:

—No voy a trabajar en un laboratorio este verano.

—Bueno, ya es demasiado tarde —vuelve a intervenir mamá—. Ya he llamado al doctor Baumgartner para declinar su oferta. Si tienes alguna preferencia, te quedan tres semanas para hacérmelo saber.

—Tampoco iba a trabajar con el doctor Baumgartner.

—¿Has conseguido otra cosa? —pregunta papá.

Mamá se burla, como si eso fuera impensable. Y quizá lo sea. Nunca he tenido un trabajo. Nunca tuve que buscar uno. Nunca he tenido que hacer nada por mí misma. Estoy indefensa. Estoy vacía. Soy una decepción. Mi impotencia, mi dependencia, mi pasividad, parecen formar una bola de fuego en mi interior, y me aprovecho de ese fuego, y en algún lugar de mi cabeza

me pregunto cómo algo hecho de debilidad puede hacerme sentir tan fuerte. Pero la bola de fuego arde cada vez más, tanto que lo único que puedo hacer es lanzarla. Lanzársela a ella.

—No creo que tu laboratorio me quiera, porque he dejado la mayoría de mis cursos de ciencias y voy a dejar los que quedan —digo, a pesar de que se quiebra la voz—. Mira, ya no estoy haciendo el preparatorio de Medicina. Así que lo siento si eso te decepciona de nuevo.

Mi sarcasmo cuelga en el aire húmedo, y luego, como un vapor, flota lejos mientras me doy cuenta de que, por primera vez en mi vida, no siento que la esté decepcionando. Tal vez sea el rencor, o tal vez el vino secreto de la abuela, pero casi estoy contenta. Estoy muy cansada de evitar lo inevitable, porque he sentido que la estaba decepcionando desde hace ya demasiado tiempo.

—¿Has dejado el preparatorio de Medicina? —Su voz es tranquila, pero contiene esa mezcla letal de furia y dolor con la que siempre me atraviesa el corazón como si fuera una bala.

—Ese siempre fue tu sueño, Ellie —dice la abuela, protegiéndome. Se vuelve hacia mí—. Aún no has contestado a mi pregunta, Ally. ¿Qué harás este verano?

Mamá se ve tan frágil y tan enfadada, que siento que mi fuerza de voluntad se empieza a romper, siento que empiezo a rendirme. Pero entonces oigo una voz —mi voz— que anuncia lo siguiente:

—Volveré a París.

Me sale como si la idea estuviera formada completamente, algo pensado desde hace meses, cuando en realidad simplemente se ha deslizado fuera de mi boca, igual que todas aquellas confesiones que le hice a Willem. Pero al hacerlo, me siento mil kilos más ligera, y mi enojo se diluye ahora por completo, sustituido por un regocijo que fluye a través de mí como la luz del sol y el aire.

Así es como me sentí ese día en París con Willem. Y así es como sé que estoy haciendo lo correcto.

—Además, estoy aprendiendo francés —añado. Y por alguna razón, este

anuncio hace que la mesa estalle en un pandemónium. Mamá empieza a gritarme por haberle mentido y tirar todo mi futuro inmediato a la basura. Papá me grita algo sobre cambiar de carrera y sobre quién va a pagar mi programa de intercambio en París. La abuela le grita a mamá por arruinar otra Pascua.

Así que con toda esa conmoción, es un poco extraño que nadie pueda oír a Phil, que apenas ha dicho una palabra desde la sopa, cuando abre la boca y dice:

—¿Volverás a París, Ally? Creía que Helen había dicho que tu viaje a París fue cancelado a causa de una huelga. —Sacude la cabeza—. Siempre están en huelga por allí.

Se hace el silencio. Phil se lleva un trozo de *matzá* a la boca. Mamá, papá y la abuela me miran.

Podría escabullirme fácilmente. El audífono de Phil ha fallado. Me ha oído mal. Podría decir que quiero ir a París porque no pude hacerlo durante el último viaje. He dicho ya tantas mentiras... ¿Qué significa una más?

Pero no quiero mentir. No quiero ocultarlo. No quiero fingir más. Porque durante ese día con Willem, pude haber fingido que era alguien llamada Lulu, pero nunca he sido más honesta en toda mi vida.

Tal vez pasa eso con la liberación. Tienes que pagar un precio. Cuarenta años vagando por el desierto. O provocar la ira de dos padres muy, muy cabreados.

Respiro hondo. Me envalentono.

—Volveré a París —digo.

26

Mayo, en casa

Hago una nueva lista.

VUELO A PARÍS: 1200 dólares

CLASE DE FRANCÉS EN LA UNIVERSIDAD PÚBLICA: 400 dólares

DINERO DE BOLSILLO PARA DOS SEMANAS EN EUROPA: 1000 dólares

EN total son dos mil seiscientos dólares. Esa es la cantidad de dinero que tendré que ahorrar para viajar a Europa. Mamá y papá no me ayudan con el viaje, obviamente, y se niegan a dejarme usar parte del dinero de mi cuenta de ahorros, que me han ido ingresando a lo largo de los años, porque se supone que es para fines educativos, y son los titulares de la cuenta, así que no puedo discutirlo. Además, solo gracias a la intervención de la abuela, junto con mi amenaza de irme a vivir con Dee durante el verano, mamá ha accedido a dejarme vivir en casa. Se ha puesto como loca. Y se ha puesto como loca sin siquiera conocer toda la historia. Les dije que me fui a París. No les dije por qué. O con quién. O por qué tengo que volver, salvo que dejé algo importante allí, que creen que es la maleta.

No estoy segura de qué le enfurece más. El engaño del verano pasado o el hecho de que no le he contado todo lo que hice allí. Se negó a hablar conmigo después de Pascua y luego pasaron cuatro semanas en las que apenas me dijo un par de palabras. Ahora que estoy de vuelta en casa para el comienzo de las vacaciones de verano, simplemente me evita. Lo que a su vez me alivia y

también me asusta un poco, porque ella jamás había hecho nada parecido.

Dee dice que dos mil seiscientos dólares es demasiado para dos meses, pero no imposible. Sugiere que me salte las clases de francés. Pero siento que tengo que hacerlas. Siempre he querido aprender francés. Y no voy a volver a París para enfrentarme a Céline sin hablar algo de francés.

Por lo tanto, dos mil seiscientos dólares. Factible. Si consigo un trabajo. Pero la cosa es que nunca he tenido un trabajo. Nada remotamente parecido a un trabajo de verdad, aparte de algún canguro o en el despacho de mi padre, donde apenas hice más que escribir un elegante currículum e imprimirlo en un papel muy bonito. Tal vez eso explica por qué, después de haber pasado por todas las empresas de la ciudad que tienen un puesto de trabajo, recibo cero respuestas.

Decido vender mi colección de relojes. Los llevo a un anticuario de Filadelfia. Me ofrece quinientos dólares por el lote. Me he gastado fácilmente el doble en esos relojes durante todos los años que llevo coleccionándolos, pero él me mira y me dice que tal vez me vaya mejor en eBay. Pero eso me llevaría meses, y quiero librarme de ellos cuanto antes. Así que le doy los relojes, a excepción del que tiene forma de Betty Boop, que se lo envío a Dee.

Cuando mamá se entera de lo que he hecho, se lleva un disgusto tan profundo que parece que acabara de vender mi cuerpo, no mis relojes. La desaprobación se intensifica. Se extiende por la casa como una nube radiactiva. No hay un lugar seguro donde esconderse.

Tengo que conseguir un trabajo. No solo para ganar dinero sino para salir de esta casa. Escaparme a la de Melanie no es una opción. Número uno, no hablamos, y número dos, estará en un programa de música en Maine durante medio verano, según papá.

—Solo tienes que seguir intentándolo —me dice Dee cuando le pido consejo por el teléfono fijo. Como parte de mi castigo, me han requisado el teléfono móvil, y han cambiado la contraseña de Internet de la casa, así que tengo que pedirles permiso para conectarme o bien ir a la biblioteca—. Deja tu currículum en todas las empresas de la ciudad, no solo en las que anuncian puestos de trabajo, porque, por lo general, en los sitios en los que están lo

suficientemente desesperados para contratar a alguien como tú, no tienen tiempo para poner anuncios en los periódicos.

—Muchas gracias.

—¿Quieres un trabajo? Trágate el orgullo. Y deja un currículum en todas partes.

—¿Incluso en los túneles de lavado de coches? —bromeo.

—Sí. Incluso ahí. —Dee no está bromeando—. Y cuando hables con el encargado trátalo como si fuera el Rey de Todos los Túneles de Lavado de América.

Me imagino a mí misma frotando tapacubos. Pero entonces pienso en Dee, que trabaja en una fábrica de almohadas este verano, o fregando platos en el comedor durante el curso. Él hace lo que tiene que hacer. Así que al día siguiente imprimo cincuenta nuevos currículos y empiezo a ir de puerta en puerta, de una librería a una mercería, de una tienda de comestibles a una inmobiliaria, de una tienda de licores a, sí, un túnel de lavado de coches. Y no solo dejo mi currículum. Trato de hablar con los directivos. A veces, los gerentes salen. Me preguntan sobre mi experiencia. Me preguntan cuánto tiempo quiero trabajar. Escucho mis propias respuestas: sin experiencia laboral real, y para trabajar dos meses. Y entiendo por qué nadie me contrata.

Casi he acabado los currículos cuando paso por el Café Finlay. Es un pequeño restaurante en las afueras del pueblo, decorado como en los años cincuenta, con el suelo de baldosas blancas y negras y mesas de formica. Cada vez que había pasado por delante parecía estar cerrado.

Pero hoy, dentro suena una música tan fuerte que hasta vibran las ventanas. Empujo la puerta. Está abierta. Grito «Hola». Nadie responde. Las sillas están apiladas sobre las mesas. Hay un montón de manteles en uno de los reservados. Los platos especiales de ayer están garabateados en una pizarra en la pared. Cosas como *halibut* con salsa de naranja, tequila y jalapeños con kiwi. En su extraño código, mamá llama a este tipo de comida «ecléctica», por lo que nunca hemos comido aquí. De hecho, no conozco a nadie que coma aquí.

—¿Traes el pan?

Miro alrededor. Hay una mujer, alta y ancha como una amazona, con el

pelo rojo revuelto que le sobresale por debajo de un pañuelo azul.

—No —le digo.

—¡Qué cabrón! —Sacude la cabeza—. ¿Qué quieres? —Le extiendo un currículum. Ella lo mira de lejos—. ¿Alguna vez has trabajado en una cocina?

—Niego con la cabeza.

—Lo siento. No —dice.

Mira el reloj de Marilyn Monroe en la pared.

—¡Voy a matarte, Jonas! —Sacude el puño hacia la puerta.

Me doy la vuelta para irme, pero entonces me detengo.

—¿Adónde hay que ir a por el pan? —le pregunto—. Voy corriendo y te lo traigo.

Ella mira el reloj de nuevo y suspira dramáticamente.

—A Grimaldi. Tengo dieciocho *baguettes* francesas, seis panes multicereales, y un par de *brioques*. ¿Lo tienes?

—Creo que sí.

—Si solo dices «creo que sí» no me resuelves el problema, cariño.

—Dieciocho *baguettes*, seis panes multicereales y un par de *brioques*.

—Asegúrate de que sean *brioques* un poco rancios. No se puede hacer budín de pan con pan fresco. Y pregunta por Jonas. Dile que es para Babs y dile que te dé los *brioques* gratis y que te quite el veinte por ciento de lo demás porque su maldito repartidor no se ha presentado otra vez. Además, asegúrate de que no hay nada de masa fermentada. Odio esa mierda.

Saca un fajo de billetes de la antigua caja registradora. Me lo da y corro a la panadería tan rápido como puedo, pregunto por Jonas, hago el pedido, y vuelvo con él, cosa que es más difícil de lo que parece porque llevo encima treinta piezas de pan.

Jadeo mientras Babs revisa el pedido.

—¿Sabes lavar platos?

Asiento con la cabeza. Eso puedo hacerlo.

Sacude la cabeza con resignación.

—Ve a la parte de atrás, pregunta por Nathaniel y dile que te presente a Hobart.

—¿A Hobart?

—Sí. Tú y Hobart vais a ser íntimos.

Hobart resulta ser el nombre del lavavajillas industrial, y una vez que el restaurante abre, me paso horas con él, enjuagando los platos con una manguera gigante, cargándolos en Hobart, descargándolos mientras están todavía muy calientes y repitiendo la operación una y otra vez. Por algún milagro, me las arreglo para mantener la interminable corriente de platos sin que se me caiga nada y sin quemarme los dedos demasiado. Cuando hay un momento de calma, Babs me ordena cortar pan o montar nata a mano (ella insiste en que sabe mejor así) o fregar el suelo o buscar los solomillos en una de las cámaras frigoríficas. Me paso la noche con la adrenalina disparada, pensando que estoy a punto de meter la pata a cada segundo.

Nathaniel, el ayudante de cocina, me ayuda todo lo que puede, me dice dónde están las cosas, me ayuda a fregar las cacerolas requemadas cuando estoy demasiado cansada.

—Espera a que llegue el fin de semana —me advierte.

—Pensaba que aquí nunca comía nadie. —Me tapo la boca con la mano, sabiendo instintivamente que Babs se pondría como loca si me oyera.

Pero Nathaniel se ríe.

—¿Estás bromeando? A Babs la adoran todos los gourmets de Filadelfia. Hacen el viaje hasta aquí solo por ella. Ganaría mucho más dinero si se trasladara a Filadelfia, pero dice que sus perros odian la ciudad. Y creo que cuando dice perros, piensa en nosotros.

Cuando sale el último comensal, el personal de la cocina y los camareros parecen exhalar el aire todos a la vez. Alguien pone a los Rolling Stones. Juntan unas cuantas mesas y todo el mundo se sienta. Pasa de medianoche, y aún tengo un largo camino de regreso a casa. Empiezo a recoger mis cosas, pero Nathaniel me hace un gesto de que me una a ellos. Me siento a la mesa, tímida a pesar de que me he estado golpeando las caderas contra toda esta gente toda la noche.

—¿Quieres una cerveza? —me pregunta—. Tenemos que pagarlas, pero solo el precio de coste.

—O puedes tomar un poco de vino del que traen de muestra los distribuidores y rechazamos —dice una camarera llamada Gillian.

—Beberé un poco de vino.

—Parece que alguien se ha muerto encima de ti —dice uno de los camareros. Miro hacia abajo. Mi preciosa falda y mi blusa —la preciosa blusa que me he puesto para buscar trabajo— están cubiertas de salsas que parecen vagamente sangre y fluidos humanos.

—Me siento como si fuera yo la que ha muerto —digo. No creo que nunca haya estado tan cansada. Me duelen todos los músculos. Tengo las manos rojas a causa del agua caliente. ¿Y mis pies? No quiero ni pensarlo.

Gillian se ríe.

—Hablas como una verdadera esclava de cocina.

Babs aparece con un par de grandes cuencos de pasta humeante y pequeños trozos de pescado y carne. Mi estómago deja escapar un murmullo. Reparten los platos. No sé si su cocina es «ecléctica», pero la comida es increíble, la salsa de naranja con tequila y jalapeños es solo ligeramente anaranjada y ahumada, y más que picante. Limpio mi plato, y luego rebaño toda la salsa restante con un trozo de pan.

—¿Y? —me pregunta Babs cuando he terminado.

Todas las miradas se vuelven hacia mí.

—Es la segunda mejor comida que he probado en mi vida —digo. Lo cual es la verdad.

Todos los demás exclaman un «¡Oooh!», como si acabara de insultar a Babs. Pero ella solo sonrío.

—Apuesto a que tu mejor comida fue con un amante —dice, y me pongo tan roja como su pelo.

Babs me da instrucciones para volver al día siguiente a las cinco, y la rutina comienza de nuevo. Trabajo más duro que nunca, devoro una comida increíble, y caigo rendida en la cama. No tengo ni idea de si estoy reemplazando a alguien o si estoy a prueba. Babs me grita constantemente, por usar jabón en su sartén de hierro fundido o por no quitar bien el pintalabios de las tazas de café antes de meterlas en Hobart o por montar demasiado la nata o por no montarla lo suficiente o por no añadir la cantidad exacta de vainilla en una crema. Pero a la cuarta noche, ya estoy aprendiendo a no tomármelo como algo personal.

Durante la quinta noche, antes de la hora de la cena, Babs me cita cerca de la cámara frigorífica. Está bebiendo de una botella de vodka, que es lo que hace antes de que empiece la faena. Su lápiz de labios deja manchas en los bordes. Por un segundo, creo que ya está, que me va a despedir. Pero en lugar de eso me entrega un fajo de documentos.

—Los formularios de impuestos —explica—. Te pagaré el salario mínimo, pero tendrás parte de las propinas. Lo que me recuerda algo. Has vuelto a olvidarte de coger tu parte. —Busca debajo del mostrador y saca un sobre con mi nombre escrito.

Abro el sobre. Hay un montón de dinero. Fácilmente cien dólares.

—¿Esto es mío?

Asiente con la cabeza.

—Repartimos las propinas. Todo el mundo tiene una parte.

Toco el dinero. Las yemas de los dedos me duelen. Mis manos están más que machacadas, pero no me importa, porque están así por trabajo. Por eso me he ganado este dinero. Siento algo bueno en mi interior que no tiene nada que ver con los billetes de avión o el viaje a París o el dinero en sí.

—En otoño será más —dice Babs—. Aquí el verano es la temporada baja. Dudo.

—Eso es genial. Excepto que en otoño no estaré aquí.

Ella arruga el ceño.

—Pero si te acabo de contratar.

Me siento mal, culpable, pero estaba claro en mi currículum, en la primera línea, «Objetivo: obtener un empleo temporal». Por supuesto, Babs nunca se leyó mi currículum.

—Voy a la universidad —le explico.

—Adaptaremos tu horario. Gillian también es estudiante. Y Nathaniel también, de vez en cuando.

—En Boston.

—Oh. —Hace una pausa—. Oh, bueno. Creo que Gordon volverá después del Día del Trabajo.

—Espero irme a finales de julio. Pero solo si puedo ahorrar dos mil dólares para entonces. —Y mientras lo digo, hago los cálculos. Más de cien

dólares a la semana en propinas, además del salario. Creo que podría ser capaz de conseguirlo.

—¿Estás ahorrando para un coche? —pregunta distraídamente. Le da otro trago al vodka—. Puedes comprarme el mío. Esa bestia será mi muerte. — Babs conduce un Thunderbird antiguo.

—No. Estoy ahorrando para viajar a París.

Baja la botella.

—¿París?

Asiento con la cabeza.

—¿Qué hay en París?

La miro. Pienso en él por primera vez en mucho tiempo. En la locura de la cocina, se había convertido en algo un poco abstracto.

—Respuestas.

Sacude la cabeza con tal vehemencia que sus rizos rojos se le escapan de debajo del pañuelo.

—No se puede ir a París en busca de respuestas. Tienes que ir en busca de preguntas, o, como mínimo, de *macarons*.

—¿Macaroons? ¿Esas cosas de coco? —Pienso en los sustitutos de las galletas de harina que comemos en Pascua.

—No, *macaroons*, no. *Macarons*. Son galletas de merengue de colores pastel. Son besos de ángel comestibles. —Me mira—. ¿Necesitas dos mil dólares para cuándo?

—Agosto.

Me mira con los ojos entrecerrados. Siempre están un poco inyectados en sangre, aunque, curiosamente, más aún al comienzo de un servicio que al final, cuando desprenden una especie de destello maniaco.

—Voy a hacer un trato contigo. Si no te importa un poco de trabajo doble en los almuerzos de los fines de semana, me aseguraré de que tengas tus dos de los grandes el veinticinco de julio, que es cuando cierro el restaurante durante dos semanas para las vacaciones de verano. Con una condición.

—¿Cuál?

—Cada día, en París, te comerás un *macaron*. Tiene que ser fresco, así que no compres un paquete y te comas uno al día. —Hace una pausa y cierra

los ojos—. Me comí mi primer *macaron* en París en mi luna de miel. Estoy divorciada, pero algunos amores nunca mueren. Sobre todo si, por casualidad, ocurren en París.

Un escalofrío me recorre la espalda hasta el cuello.

—¿De verdad lo crees? —le pregunto.

Bebe un trago de vodka, sus ojos brillan inteligentes.

—Ay, es ese tipo de respuestas las que estás buscando. Bueno, no te puedo ayudar con eso, pero si te das prisa y me traes de la nevera el suero de leche y la crema, te puedo dar la respuesta a la pregunta proverbial de cómo hacer que la *crème fraîche* te salga perfecta.

Junio, en casa

INTRODUCCIÓN al Francés son tres días a la semana durante seis semanas, desde las 11.30 h, a las 13.00 h, cosa que me da una razón más para estar fuera de la Casa de la Desaprobación. Aunque trabajo en el Café Finlay cinco noches a la semana y todo el día los fines de semana, entre semana no entro hasta las cinco. Y el restaurante está cerrado los lunes y martes, así que tengo un montón de tiempo muerto para que mamá y yo nos evitemos la una a la otra.

El primer día de clase llego media hora antes y me tomo un té helado en el pequeño quiosco; busco el aula y empiezo a hojear mi libro. Hay un montón de fotos de Francia, muchas de París.

Los demás estudiantes comienzan a llegar. Me esperaba universitarios, pero todo el mundo excepto yo tiene la edad de mis padres. Una mujer con el pelo rubio platino se deja caer en el pupitre junto al mío, se presenta como Carol y me ofrece un chicle. Acepto de buen grado su apretón de manos, pero rechazo el chicle. No parece muy francés masticar chicle en clase.

Una mujer con pinta de pájaro con el pelo gris muy corto entra dando largas zancadas. Parece salida de una revista, con su preciosa falda de tubo apretada y su blusa de seda, ambas perfectamente planchadas, cosa que parece imposible dada la humedad exterior del noventa por ciento. Además, lleva un pañuelo al cuello, cosa también extraña, dada la humedad del noventa por ciento.

Claramente, es francesa. Y si el pañuelo no es ya una señal reveladora, también está el hecho de que llega al frente del aula y empieza a hablar. En francés.

—¿Nos hemos equivocado de clase? —susurra Carol. A continuación, la profesora va hasta la pizarra y escribe su nombre, señora Lambert, y el nombre de la clase, Introducción al Francés. También lo escribe en francés—. Oh, no tendré esa suerte —dice Carol.

Madame Lambert se vuelve hacia nosotros y con el acento más espeso imaginable nos dice en inglés que esto es francés para principiantes, pero que la mejor manera de aprender francés es hablarlo y escucharlo. Y eso es todo lo que escucho en inglés durante la siguiente hora y media.

—*Je m'appelle Thérèse Lambert* —le dice ella, haciendo que suene Te-gués Lomb-Begt—. *Comment vous appelez-vous?*

La clase entera se la queda mirando. Ella repite la pregunta, señalándose a sí misma, y luego apuntándonos a nosotros. Sigue sin responder nadie. Ella entorna los ojos y chasquea los dientes. Me señala a mí. Los chasquea de nuevo, me hace un gesto para que me levante.

—*Je m'appelle Thérèse Lambert* —repite ella, pronunciando lentamente y golpeándose el pecho con la palma de la mano—. *Comment t'appelles tu?*

Me quedo congelada durante un segundo, sintiendo como si fuera otra vez Céline la que parlotea hacia mí con desdén. *Madame* Lambert repite la pregunta. Aventuro que me está preguntando cómo me llamo. Pero yo no hablo francés. Si lo hiciera, no estaría aquí. En Introducción al Francés.

Pero ella sigue esperando. No me deja sentarme.

—*Je m'appelle Allyson?* —pruebo a decir.

Ella sonrío, como si yo acabara de explicar los orígenes de la Revolución Francesa, en francés.

—¡*Bravo! Enchanté, Allyson.*

Recorre el aula preguntándole a todo el mundo el nombre de la misma manera.

Esa ha sido la primera ronda. Luego viene la segunda:

—*Pourquoi voulez-vous apprendre le français?*

Repite la pregunta, escribiéndola en la pizarra, subrayando ciertas

palabras y escribiendo sus traducciones al inglés. *Pourquoi*: por qué. *Apprendre*: aprender. *Voulez-vous*: queréis. Oh, ya lo pilló. Pregunta por qué queremos aprender francés.

No tengo ni idea de cómo empezar a responder a eso. Por eso estoy aquí.

Pero entonces, continúa.

—*Je veux apprendre le français parce que...* —Subraya *Je veux*: yo quiero. *Parce que*: porque. Lo repite tres veces. A continuación, nos señala a nosotros.

—Puedo hacer eso. Conozco esas palabras por la película —susurra Carol. Levanta la mano—. *Je veux apprendre le français parce que* —tropieza con las palabras y su acento es horrible, pero *Madame* solo la observa expectante—. *Parce que le divorce!*

—*Excellent* —dice *Madame Lambert*, solo que lo dice a la manera francesa, que hace que parezca aún más excelente. *Le divorce*, escribe en la pizarra.

—*Divorce. La même* —dice en voz alta. «Lo mismo», escribe^[6]. Luego escribe *mariage* debajo y explica que es el antónimo.

Carol se inclina hacia mí.

—Cuando me divorcié de mi marido, me dije a mí misma que iba a dejarme engordar y que iba a aprender francés. Si lo hago con el francés igual que lo estoy haciendo con la grasa, ¡hablaré con fluidez en septiembre!

Madame Lambert va de un lado a otro del aula, y la gente balbucea en sus intentos de explicar por qué quiere aprender francés. Dos de las personas que asisten a la clase se van de vacaciones a Francia. Otro va a estudiar Historia del Arte y necesita un poco de francés. Otro piensa que es bonito. En cada caso, *Madame Lambert* escribe la palabra, su traducción, y su opuesto. Vacaciones: *vacances*. Trabajo: *travail*.

He sido la primera la última vez, y esta vez me toca la última. Tengo un ataque de pánico tratando de pensar qué voy a decir. ¿Cómo se dice «accidentes» en francés? ¿O como se dice «porque creo que podría haber cometido un error»? O *Romeo y Julieta*. O «porque tengo que encontrar algo que perdí». O «porque solo quiero hablar francés». Pero no sé cómo decirlo en francés. Si lo hiciera, no estaría aquí.

Entonces recuerdo a Willem. La Nutella. Enamorarse frente a estar enamorado. ¿Cómo se dice «mancha» en francés? ¿*Sash*? ¿*Tache*?

—Allyson —dice ella—. *Pourquoi veux-tu apprendre le français?*

—*Je veux apprendre le français* —empiezo, imitando lo que acabo de oír a todos los demás. Y me quedo estancada—. *Parce que...* —Me paro a pensar—. *Le tache* —añado finalmente.

Es algo raro de decir, si es eso lo que he dicho. Una mancha. No tiene ningún sentido. Pero *Madame Lambert* se vuelve y escribe *La tâche* en la pizarra. Luego escribe «tarea». Me pregunto si he recordado una palabra equivocada. Ella me mira, ve mi confusión. Y entonces escribe una palabra en la pizarra. *La tache*: «mancha».

Yo asiento con la cabeza. Sí, eso es. Ella no escribe el opuesto. No hay un opuesto a «mancha».

Cuando hemos terminado, *Madame* sonrío y aplaude.

—*C'est courageux d'aller dans l'inconnu* —dice ella, escribiéndolo en la pizarra. Nos dice que anotemos todas las palabras y que compongamos un diccionario. *Courageux* es «valiente». *Dans* es «en». *L'inconnu* es «lo desconocido». *D'aller*. Tarda veinte minutos en que lo entendamos, pero al final lo consigue: significa «valiente para entrar en territorio desconocido». Al entender esto, la clase está tan orgullosa como *Madame*.

Aun así, me paso la primera semana de clase en un estado de medio terror continuo a ser preguntada, porque a todo el mundo le preguntan mucho, porque solo somos seis en el aula, y *Madame* es una gran fan de la participación en clase. Cada vez que nos da vergüenza, nos recuerda: «*C'est courageux d'aller dans l'inconnu*». Con el tiempo, acabo por exigirme más a mí misma. Tropiezo con las palabras cada vez que hablo, y sé que estoy destrozando la gramática, y que mi pronunciación es terrible, pero todos estamos en el mismo barco. Cuanto más lo hago, menos consciente soy de mí misma y más fácil me resulta hacerlo bien.

—Me siento como una idiota, pero podría estar trabajando —dice Carol, una tarde después de clase.

Ella y yo y algunos de los demás estudiantes hemos empezado a reunirnos para tomar un café o para merendar después de clase para practicar,

para recuperarnos de las andanadas verbales de *Madame Lambert*, y para deconstruir lo que ella realmente quiere decir cuando hace «pff» y sopla aire entre los labios. Hay todo un lenguaje en sus pffs.

—Creo que tuve un sueño en francés —dice Carol—. Le estaba diciendo cosas terribles a mi ex en un francés perfecto. —Sonríe ante el recuerdo.

—No sé si yo estoy tan avanzada, pero definitivamente le estoy pillando el truco —le respondo—. O tal vez solo le estoy pillando el truco a sentirme como una idiota.

—*Une idiote* —dice Carol—. La mitad de las veces, si dices las cosas en inglés pero con acento francés funciona. Pero sobrepasar la sensación de sentirse idiota apenas es llegar a la mitad de la batalla.

Me imagino sola en París. Hay tantas batallas en las que tendré que luchar, viajando sola, enfrentarme a Céline hablando en francés... Es tan desalentador que algunos días no puedo creer que realmente quiera ni tan solo intentarlo. Pero creo que Carol puede tener razón, y cuanto más meto la pata en la clase y más lo supero, de alguna manera me siento mejor y más preparada para el viaje. No solo por mi francés. Sino por todo ello. *C'est courageux d'aller dans l'inconnu*.

En el restaurante, Babs le ha cotorreado a todo el personal que estoy ahorrando para ir a París para encontrarme con mi amante, y estoy aprendiendo francés porque él no habla inglés, por lo que ahora Gillian y Nathaniel se han tomado a pecho lo de darme clases también. Babs también aporta su granito de arena: ha añadido un montón de elementos franceses en el menú de especialidades, incluyendo los *macarons*, que aparentemente tardan horas en hacerse, pero cuando me los como... Oh, Dios mío, me desaparecen todos los males. El exterior es de color rosa pálido, duro pero esponjoso y ligero y delicado, con un relleno delicioso que sabe a frambuesa.

Entre clases, cuando salgo con mis compañeros, y en el trabajo, paso una buena cantidad de tiempo si no hablando francés todo el rato, pensando en francés. Cuando Gillian trae los platos a la cocina, me pregunta los verbos.

—«Comer», me grita.

—*Je mange, tu manges, il mange, nous mangeons, vous mangez, ils mangent* —le respondo. Nathaniel, que en realidad no habla francés, pero

había tenido una novia francesa, me enseña a decir palabrotas. Específicamente, cómo discutir con tu novia. *T'es toujours aussi salope?* «¿Siempre eres tan zorra?». *T'as tes règles ou quoi?* «¿Tienes la regla o qué?». Y *Ferme ta gueule!* Que según él significa: «¡Cierra el pico!».

—No creo que digan «cierra el pico» en Francia —le digo.

—Bueno, tal vez no es una traducción directa, pero se acerca mucho — responde.

—Pero es algo tan burdo... Los franceses tienen buen gusto.

—Amiga, esa gente canonizó a Jerry Lewis. Son humanos como tú y como yo. —Hace una pausa y sonrío—. A excepción de las mujeres. Son sobrehumanas.

Pienso en Céline y tengo un mal presentimiento en el estómago.

Otro de los camareros me presta unos cedés para aprender idiomas, y también empiezo a practicar con ellos. Después de unas semanas, empiezo a notar que mi francés está mejorando, que cuando *Madame* Lambert me pide que describa lo que he comido en el almuerzo, puedo explicárselo. Hablo con frases cortas, luego con oraciones más largas, con expresiones que no tengo que planificar como me pasa con el chino mandarín. De alguna manera, está pasando. Lo estoy consiguiendo.

Una mañana hacia fin de mes, bajo las escaleras y me encuentro a mamá en la cocina. Frente a ella tiene el programa de la universidad pública y su talonario de cheques. Le doy los buenos días y abro la nevera en busca de un poco de zumo de naranja. Mamá me mira. Estoy a punto de llevarme el zumo al patio trasero (que es lo que suelo hacer si papá no está en casa haciendo de mediador: si ella está en una habitación, yo me voy a otra) cuando me dice que me siente.

—Tu padre y yo hemos decidido que te pagaremos las clases de francés —dice ella, arrancando un cheque del talonario—. Eso no significa que aprobemos este viaje. O que aprobemos tu hipocresía. No lo estamos haciendo, sin duda. Pero las clases de francés forman parte de tu educación, y obviamente estás tomándotelas en serio, por lo que no deberías tener que pagar por ello.

Me da el cheque. Es de cuatrocientos dólares. Un montón de dinero. Pero

ya he ahorrado cerca de mil dólares, incluso con lo que pago por mis clases, y acabo de pagar el adelanto de un billete de avión a París, y Babs me está avanzando el salario de una semana para que pueda terminar de pagarlo la próxima semana. Y tengo todavía un mes para ahorrar. Los cuatrocientos dólares se añadirían a lo que necesito para gastos. Pero la cosa es que creo que ya no necesito más dinero para gastos.

—Está bien —le digo a mamá devolviéndole el cheque—. Pero gracias de todos modos.

—¿Qué? ¿No lo quieres?

—No es eso. Es que no lo necesito.

—Por supuesto que lo necesitas —replica ella—. París es caro.

—Lo sé, pero estoy ahorrando un montón de dinero de mi trabajo, y apenas gasto nada. Ni siquiera tengo que pagar la gasolina. —Trato de bromear.

—Esa es otra cosa. Si vas a estar trabajando hasta altas horas, debes coger el coche por las noches.

—Eso está bien. Pero no quiero dejaros incomunicados.

—Bueno, pues me llamas y vengo a buscarte.

—Salgo muy tarde. Y por lo general siempre hay alguien que me trae a casa.

Coge el cheque con una violencia que me sorprende, y lo rompe en pedazos.

—Bueno, nunca podré hacer nada más por ti, ¿no?

—¿Qué significa eso?

—No quieres mi dinero o mi coche o que te lleve. Traté de ayudarte a conseguir un trabajo, y no me has necesitado ni para eso.

—Ya tengo diecinueve años —le digo.

—Soy consciente de la edad que tienes, Allyson. ¡Yo te di a luz! —Su voz restalla como un látigo, tan fuerte que parece asustarse también.

A veces, solo puedes sentir algo por su ausencia. Por el espacio vacío que deja atrás. Cuando miro a mamá, tan cabreada y ofendida, me doy cuenta de que no solo está enfadada. Está herida. Y una ola de simpatía me invade, abriendo una brecha en mi ira. Una vez que ha desaparecido, me doy cuenta

de lo muy enfadada que estaba con ella. Y ha sido así durante este último año. Tal vez un poco más.

—Ya sé que me diste a luz —le digo.

—Me he pasado diecinueve años criándote, y ahora me estás excluyendo de tu vida. No puedo saber nada de ti. No sé a qué clases vas. No sé quiénes son tus nuevas amigas. No sé por qué te vas a París. —Deja escapar algo entre un estremecimiento y un suspiro.

—Pero yo sí —le digo—. Y por ahora, ¿no puede ser eso suficiente?

—No, no —dice.

—Bueno, pues va a tener que serlo —le respondo bruscamente.

—Así que ahora tú dictas las reglas, ¿no?

—No hay ninguna regla. No estoy dictando nada. Solo estoy diciendo que tienes que confiar en los esfuerzos que hiciste conmigo.

—Que hice. En pasado. Me gustaría que dejaras de hablarme como si acabaras de despedirme de mi trabajo.

Eso me sorprende, no su forma de pensar en mí como en un trabajo, sino porque lo que ha dicho implica que puedo despedirla.

—Pensaba que ibas a volver a trabajar en algún puesto de relaciones públicas.

—Y lo iba a hacer. —Suelta una carcajada—. Dije que lo haría cuando empezaras la escuela primaria. Cuando empezaras la escuela secundaria. Cuando te sacaras el carné de conducir. —Se frota los ojos con las palmas de las manos—. ¿No crees que si hubiera querido volver a trabajar lo habría hecho ya?

—Entonces, ¿por qué no lo has hecho?

—Porque no era lo que quería.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Que las cosas sean como antes.

Por alguna razón, esto hace que me enfade. Porque es a la vez verdad (quiere tenerme fosilizada) y mentira.

—Incluso cuando las cosas eran como antes, nunca era suficiente. Yo nunca era suficiente.

Mamá levanta la mirada, con los ojos cansados y sorprendidos al mismo

tiempo.

—Por supuesto que lo eras —dice—. Lo eres.

—¿Sabes lo que me molesta? Que tú y papá siempre decíais que habíais abandonado cuando llevabais ventaja. No existe eso de abandonar mientras llevas ventaja. Abandonasteis porque ibais perdiendo. ¡Por eso abandonasteis!

Mamá frunce el ceño, exasperada, es su mirada de «estoy discutiendo con una adolescente» que he llegado a conocer tan bien durante este año pasado, mi último año de ser realmente una adolescente. Por extraño que parezca, no es algo que hiciera desde hacía mucho tiempo. Lo que ahora me doy cuenta de que era tal vez una parte del problema.

—Querías más hijos —continúo—. Y tuvisteis que parar conmigo. Y te has pasado toda mi vida tratando de hacer que yo fuera suficiente.

Eso despierta su interés.

—¿De qué estás hablando? Tú eres suficiente.

—No, no lo soy. ¿Cómo puedo serlo? Soy el único intento, y no tengo repuesto, así que tienes que estar absolutamente segura de que tu inversión vale la pena porque no tienes ningún plan B.

—Eso es ridículo. Tú no eres una inversión.

—Pues me tratas como si lo fuera. Has proyectado en mí todas tus expectativas. Es como si tuviera que llevar la carga de las esperanzas y sueños de todos los hijos que no llegaste a tener.

Niega con la cabeza.

—No sé de qué estás hablando —dice con voz tranquila.

—¿En serio? A los trece años me dijiste que iría a la facultad de Medicina. ¡Vamos! ¿Qué niña de trece años quiere ir a la facultad de Medicina?

Por un momento, mamá me mira como si le hubiera dado un puñetazo en el estómago. Luego se pone la mano en el vientre, como si se acariciara el lugar del impacto.

—Esta niña de trece años.

—¿Qué? —Me siento totalmente confusa. Pero entonces recuerdo que en la escuela secundaria, mi padre siempre me mandaba con mamá cuando yo

necesitaba ayuda con la química o la biología, a pesar de que él era el médico. Y aún puedo oír a mamá recitar los requisitos del preparatorio de Medicina de memoria cuando recibimos el programa de la universidad. Y pienso en el trabajo que tuvo una vez, de relaciones públicas, pero para una compañía farmacéutica. Entonces recuerdo lo que la abuela le dijo durante la Pascua desastrosa: «Ese fue siempre tu sueño».

—¿Tú? —pregunto—. Tú querías ser médico.

Asiente con la cabeza.

—Estaba estudiando para los exámenes de admisión en la universidad de Medicina cuando conocí a tu padre. Él estaba en primer curso de la facultad de Medicina y de alguna manera encontró tiempo para darme clases en su tiempo libre. Hice las pruebas, para diez escuelas, y no conseguí entrar en ninguna. Tu padre dijo que era porque no tenía experiencia en el laboratorio. Así que me fui a trabajar a Glaxo, y pensé en hacer las pruebas otra vez más adelante, pero entonces tu padre y yo nos casamos, y terminé dejando de lado el asunto, y después decidimos formar una familia, y no quería que tu padre y yo estuviéramos ambos a mitad de la carrera y en el período de residencia con un bebé, y luego tuvimos todos aquellos problemas de fertilidad. Cuando nos dimos por vencidos porque no podíamos tener otro hijo, dejé de trabajar, porque podíamos permitirnos el lujo de vivir con los ingresos de tu padre. Pensé en ponerme a trabajar de nuevo, pero entonces descubrí que me gustaba mucho pasar el tiempo contigo. Y no quería estar lejos de ti.

La cabeza me da vueltas.

—Siempre decías que tú y papá os establecisteis.

—Y lo hicimos. Por culpa del centro de tutoría del campus. Nunca te lo he contado todo porque no queríamos que te sintieras como si nos hubiéramos dado por vencidos por tu culpa.

—No querías que yo supiera que habíais abandonado cuando ibais perdiendo —aclaro. ¿Porque no es eso exactamente lo que hicieron?

Mamá me coge por las muñecas.

—¡No! Allyson, te equivocas con respecto a eso de abandonar cuando llevas ventaja. Significa que estás agradecido. Nos detuvimos cuando nos dimos cuenta de que lo que teníamos era suficiente.

No la creo del todo.

—Si eso es cierto, tal vez deberíamos dejarlo ahora que llevamos ventaja, antes de que las cosas entre nosotras empeoren.

—¿Me estás pidiendo que deje de ser tu madre?

Al principio creo que la pregunta es retórica, pero luego veo cómo me mira, con los ojos muy abiertos, con miedo, y mi corazón se rompe un poco al pensar que alguna vez lo había pensado de verdad.

—No —le digo en voz baja. Hay un momento de silencio mientras me armo de valor para decir lo siguiente. Mamá se pone rígida, como si estuviera tratando de controlar los nervios—. Pero te estoy pidiendo que seas un tipo diferente de madre.

Ella se desploma en la silla, no puedo decir si es de alivio o derrota.

—¿Y qué gano yo con esto?

Por un breve instante, puedo imaginarnos un día, tomando el té, contándole todo lo que pasó en París el verano pasado, y lo que va a suceder en este viaje que estoy a punto de emprender. Un día. Eso sí, aún no.

—Un tipo diferente de hija —le digo.

Julio, en casa

HE comprado el billete de avión. He pagado mis clases de francés, e incluso con ambos gastos, todavía tengo 500 dólares ahorrados al final del sorprendentemente ocupado y lucrativo fin de semana del 4 de Julio. El Café Finlay se cierra el 25 de julio, pero a menos que las cosas vayan desastrosamente mal las próximas tres semanas, debería tener suficiente dinero ahorrado para entonces.

Justo después del 4 de Julio, Melanie vuelve a casa. Mis padres me dijeron que estaría de regreso en una semana, antes de partir hacia Colorado para practicar rafting. Cuando ella regrese de ese viaje, yo ya me habré ido. Y cuando yo regrese de Europa, será el momento de empezar la facultad. Me pregunto si vamos a pasar todo el verano, como los últimos seis meses, como si nuestra amistad nunca hubiera existido. Cuando veo el coche de Melanie en el camino de entrada de su casa, no digo nada. Mamá tampoco, que es lo que sé que ella y Susan han decidido hacer al respecto de nuestro desencuentro.

Las clases de francés llegan a su fin. Durante la última semana, cada uno de nosotros tiene que hacer una presentación oral sobre algo particularmente francés. Yo hago la mía sobre los *macarons*, explico sus orígenes y cómo se hacen. Me pongo uno de los delantales de chef de Babs y el gorro de cocinera, y cuando he terminado, ofrezco los *macarons* que Babs hizo especialmente para la clase, junto con unas cuantas tarjetas del Café Finlay.

Al salir de clase vuelvo a casa en el coche de mamá, que he tomado prestado para llevar todas las cosas para la presentación, y al llegar veo a Melanie en su camino de entrada. Ella me ve a mí también, y nos miramos la una a la otra durante un momento. Es como si estuviéramos preguntándonos mutuamente, «¿De verdad las dos vamos a fingir que la otra no existe?». ¿Que «nosotras» no existimos?

Pero sí existimos. Al menos existíamos. Así que la saludo. Después camino hasta el territorio neutral de la acera. Melanie también lo hace. Cuando se acerca, abre los ojos como platos. Yo bajo la mirada hacia mi extraña ropa.

—La clase de francés —explico—. Mira, ¿quieres un *macaron*? —Saco uno de los que me han sobrado y que traía a casa para mamá y papá.

—Oh, gracias. —Le da un bocado, y vuelve a abrir los ojos como platos. Quiero decirle: «lo sé». Pero con todos los meses que han pasado, no digo nada. Porque a lo mejor no lo sé. Ya no.

—¿Así que clase de francés? —dice—. Las dos hemos ido a la escuela de verano de este año, ¿eh?

—Sí, tú estabas en Portland. ¿En un curso de música?

Sus ojos se iluminan.

—Sí. Ha sido algo muy intenso. No solo porque he tocado, sino porque he compuesto y aprendido las diferentes facetas de la industria. Teníamos a gente profesional que venía a trabajar con nosotros. He compuesto una pieza experimental que voy a producir en la escuela el próximo año. —Se le ilumina toda la cara—. Creo que me licenciaré en Teoría de la Música. ¿Qué hay de ti?

Niego con la cabeza.

—No estoy segura. Creo que me gustan los idiomas. —Además del mandarín, este otoño voy a seguir con el francés, y asistiré a la otra clase sobre Shakespeare del profesor Glenny. Y haré Introducción a la Semiótica. Y Danza Africana.

Ella levanta la vista, duda por un segundo.

—Así que, ¿nada de Rehoboth Beach este verano?

Hemos ido a la misma casa de verano desde que tenía cinco años. Pero no

este año.

—Invitaron a papá a una conferencia en Hawái, y convenció a mamá para que fuera con él. Como un favor personal hacia mí, creo.

—Porque vas a París.

—Sí. Me voy a París.

Hay una pausa. De fondo oigo a los niños del vecindario chapoteando en los aspersores. Como solíamos hacer Melanie y yo.

—Para buscarle.

—Tengo que saberlo. Si pasó algo. Solo quiero saberlo.

Me preparo para el escarnio de Melanie, para que se burle o se ría de mí. Pero solo considera lo que le he dicho. Y cuando habla, no es sarcástica:

—Incluso si lo encuentras. Incluso si no te dejó a propósito, es posible que no llegue a la altura de la persona que te has imaginado.

No es que la idea no se me haya ocurrido. Sé que las posibilidades de encontrarlo son pocas, pero las posibilidades de encontrar lo que recuerdo de él son aún menores. Pero sigo volviendo a lo que mi padre siempre dice cuando pierdes algo: tienes que visualizar el último lugar en que lo dejaste. Y encontré, y luego perdí, muchas cosas en París.

—Lo sé —le digo a Melanie. Y es raro porque no me siento a la defensiva. Me siento un poco aliviada porque casi parece que Melanie se preocupa por mí de nuevo. Y también aliviada porque yo no me estoy preocupando por mí. No por esto, de todos modos—. Pero no sé si eso importa.

Al oír eso abre mucho los ojos. Luego los entrecierra, y me mira de arriba abajo.

—Pareces diferente.

Me río.

—No. Todavía me parezco a mí. Es solo esta ropa.

—No es la ropa —dice Melanie, casi con dureza—. Simplemente pareces diferente.

—Oh. Bueno... ¿Gracias?

Miro a Melanie, y por primera vez me doy cuenta de su aspecto. Que me es completamente familiar. Como Melanie otra vez. Lleva el pelo largo y ha

vuelto a dejarse su color natural. Lleva pantalones cortos, y una camiseta bordada muy bonita. No lleva aros en la nariz. No lleva tatuajes. No lleva el pelo de colores. No va vestida de tía cachonda a la moda. Por supuesto, solo porque parezca la misma no tiene por qué ser en realidad la misma. Sospecho que este año ha sido para Melanie probablemente tan tumultuoso como lo ha sido para mí, pero en aspectos que yo tampoco entendería.

Melanie sigue mirándome.

—Lo siento —dice al fin.

—¿Por qué? —pregunto.

—Por obligarte a cortarte el pelo en Londres cuando no estabas lista. Me sentí muy mal cuando lloraste.

—No pasa nada, está bien. Y me alegro de haberlo hecho. —Y es verdad. Tal vez él nunca se habría fijado en mí si yo no hubiera llevado el pelo como Louise Brooks. O tal vez lo habría hecho, y hubiéramos intercambiado nuestros nombres reales. Nunca lo sabremos. Una vez que ocurre el accidente, no hay vuelta atrás.

Las dos nos quedamos ahí de pie en la acera, con las manos a los lados, sin saber qué decir. Oigo los gritos de los niños en los aspersores. Pienso en mí y en Melanie cuando éramos más jóvenes, lanzándonos a la piscina de México. Siempre cogidas de la mano mientras saltábamos, pero mientras nadábamos de regreso a la superficie, nos las soltábamos. No importa que lo intentáramos, una vez que empezábamos a nadar, siempre nos soltábamos. Pero después de salir a la superficie, nos gustaba salir de la piscina, subirnos al trampolín, y lanzarnos de nuevo.

Ahora nadamos por separado. Lo entiendo. Tal vez es solo lo que tenemos que hacer para mantenernos fuera del agua. Pero ¿quién sabe? Tal vez un día saldremos del agua, nos cogeremos de las manos y saltaremos de nuevo.

Nueva York

MIS padres quieren llevarme en coche al JFK, pero he hecho planes para pasar el día con Dee antes de irme, así que me dejan en la estación de la calle Treinta de Filadelfia. Voy a coger el tren, mi primer tren en un año, a Manhattan, y Dee me recogerá en la estación de la calle Penn. Mañana por la noche, cogeré el vuelo a Londres, y luego a París.

Cuando anuncian mi tren, caminamos hacia la plataforma. Papá camina a zancadas, impaciente, con imágenes de los campos de golf de Maui bailando en su cabeza. Se van el lunes. Mamá simplemente camina. Luego, cuando las luces del tren se hacen visibles en la distancia, saca una caja de su bolso.

—Pensé que esta vez no nos haríamos regalos. —El año pasado celebramos aquella gran cena en el restaurante, y un montón de pequeños aparatos de última hora. Anoche fue algo más discreto. Lasaña casera en el comedor de casa. Tanto mamá como yo nos dejamos más de la mitad en el plato.

—No es tanto para ti como para mí.

Abro la caja. Dentro hay un pequeño teléfono móvil con un cargador y un adaptador de enchufe.

—¿Me has comprado un teléfono nuevo?

—No. Quiero decir, sí. Quiero decir, tu antiguo teléfono... Vamos a levantarte el castigo cuando regreses. Pero este es un teléfono especial que no tiene problemas con las bandas. Definitivamente funciona en Europa. Solo

tienes que comprar una... ¿cómo se llaman? —le pregunta papá.

—Tarjeta SIM.

—Eso. —Trata de abrir la tapa trasera—. Son muy baratas, por lo visto. Así que puedes conseguir un número local en cualquier lado y usar el teléfono si lo necesitas, y puedes llamarnos en caso de emergencia o mandarnos un mensaje de texto, pero solo si quieres. Es más para ti, para que tengas una manera de comunicarte con nosotros. Si es necesario. Pero no tienes que...

—Mamá —la interrumpo—, vale. Te mandaré mensajes.

—¿En serio?

—¡Bueno, sí! Y vosotros podéis mandarme mensajes desde Hawái. ¿Y esto tiene función de cámara? —Miro el teléfono—. Te mandaré fotos.

—¿De verdad?

—Claro que sí.

Por la expresión de su rostro, uno pensaría que el regalo se lo he dado yo a ella.

La estación de la calle Penn está atestada, pero veo a Dee de inmediato, debajo del panel de salidas, lleva un par de pantalones cortos de nilón de color lima limón y una camiseta sin mangas que lleva estampada la leyenda LOS UNICORNIOS SON REALES. Me achucha en un fuerte abrazo.

—¿Dónde está tu maleta? —me pregunta.

Me vuelvo, le enseño la mochila caqui que compré en la tienda de excedentes del Ejército y la Armada, en Filadelfia.

Dee silba.

—¿Cómo es que has venido con tu vestido de gala?

—Es realmente útil.

—Pensé que vendrías con una bolsa más grande, y le dije a mi madre que volveríamos a casa antes de salir a explorar, de modo que hizo el almuerzo.

—Tengo hambre.

Dee levanta las manos.

—En realidad, mi madre ha organizado una fiesta sorpresa para ti. No le

digas que te lo he dicho.

—¿Una fiesta? Pero si ni siquiera me conoce.

—Lo hace por lo mucho que le he hablado de ti, y pondrá cualquier excusa con tal de cocinar. Vendrá mi familia, incluyendo a mi prima Tanya. ¿Te hablé de ella?

—¿Cuál, la peluquera?

Dee asiente.

—Le pregunté si quería peinarte. Lleva el pelo de chica blanca también, trabaja en un salón de belleza de lujo en Manhattan. Pensé que tal vez podrías cortártelo otra vez al estilo de Louise Brooks. Como lo llevabas cuando lo conociste. Tienes que hacer algo con esta fregona. —Mete los dedos entre mi pelo y tira de mi clip, como siempre.

Vamos en metro hasta la parte alta de la ciudad, nos bajamos en la última parada y cogemos un autobús. Miro por la ventana, esperando ver las calles peligrosas del sur del Bronx, pero el autobús pasa por un montón de bonitos edificios de ladrillo a la sombra de árboles en flor.

—¿Esto es el sur del Bronx? —le pregunto a Dee.

—Nunca dije que vivía en el sur del Bronx.

Lo miro.

—¿Hablas en serio? Te he oído decir un montón de veces que eres del sur del Bronx.

—Solo dije que era del Bronx. Esto es el Bronx, técnicamente. Es Riverdale.

—Pero le dijiste a Kendra que eras del sur del Bronx. Le dijiste que fuiste al instituto en el sur del Bronx... —Hago una pausa, recordando aquella conversación—. Que no existe.

—Dejé que la niña sacara sus propias conclusiones. —Me sonrío con picardía. Toca el timbre para bajarnos del autobús. Salimos a una calle concurrida, llena de edificios altos de apartamentos. No es lujosa, pero está bien.

—Eres un maestro del fingimiento, D'Angelo Harrison.

—Hay que ser uno para reconocer a otro. Soy del Bronx. Y soy pobre. Si la gente quiere traducir eso como «chico del gueto», es su elección. —Sonrío

—. Especialmente si quieren darme una beca de estudios.

Llegamos a un bonito edificio de ladrillo con gárgolas rotas colgando sobre la entrada principal. Dee toca el timbre, «Para que sepan que llegamos», y luego nos subimos a uno de esos ascensores antiguos que parecen jaulas hasta la planta quinta. Ante la puerta principal, me mira y se mete algunos mechones de pelo suelto detrás de la oreja.

—Hazte la sorprendida —susurra y abre la puerta.

Nos metemos en una fiesta, una docena de personas llenan la pequeña sala donde hay un cartel que pone BON VOYAGE, ALLYSON clavado en una mesa llena de comida. Miro a Dee con los ojos muy abiertos de la impresión.

—¡Sorpresa! —dice mientras abre y cierra las manos en plan bailarín de jazz.

La madre de Dee, Sandra, se me acerca y me envuelve en un abrazo de oso con olor a gardenias.

—Te lo ha dicho, ¿no? Ha sido la peor cara de sorpresa que he visto nunca. Mi bebé no podría guardarse un secreto aunque se lo grapara. Bueno, vamos, entonces, tienes que conocer a esta gente, y comer un poco.

Sandra me presenta a varias tías y tíos y primos, me da un plato de pollo asado y macarrones con queso y verduras, y me sienta en una mesa.

—Ahora tienes toda nuestra atención.

Dee le ha hablado de Willem a todo el mundo, por lo que todos me dan consejos sobre cómo localizarlo. Luego me acribillan con preguntas sobre el viaje. Cómo voy (en un vuelo de Nueva York a Londres y luego a París), y dónde me voy a quedar (en la zona de la Villette, por donde Willem y yo estuvimos, en un albergue de veinticinco dólares la noche por una habitación compartida) y cómo voy a llegar (con la ayuda de una guía, y me arriesgaré a coger el metro). Y me preguntan acerca de París, y yo les digo lo que vi el año pasado, y están muy interesados en saber cosas de su diversidad racial, de los barrios que estaban llenos de africanos, y entonces eso desata un gran debate sobre los países africanos colonizados por Francia hasta que alguien va a buscar un mapa para verlo mejor.

Mientras todos se inclinan sobre el atlas, Sandra se acerca con una ración de tarta de melocotón.

—Te traigo algo —dice, y me da un paquete delgado.

—Oh, no deberías...

Sacude la mano ante mis objeciones como si fueran volutas de humo. Abro el paquete. En el interior hay un plano desplegable de París.

—El hombre de la tienda dijo que es «indispensable». Dispone de todas las paradas de metro y un índice de las calles principales. —Abre el plano para enseñármelo—. D'Angelo y yo hemos pasado muchas horas mirándolo, y tiene nuestras bendiciones.

—Entonces nunca más volveré a perderme.

Dobla el plano y lo pone en mis manos. Tiene los mismos ojos de Dee.

—Quiero darte las gracias por ayudar a mi niño este año.

—¿Yo ayudar a Dee? —Niego con la cabeza—. Creo que ha sido al revés.

—Sé exactamente cómo ha sido —dice.

—No, en serio. Dee es el que me ha ayudado a mí. Es casi vergonzoso.

—Basta de esas tonterías. D'Angelo es a la vez brillante y ha sido bendecido con el camino que ha tomado en la vida. Pero no ha sido fácil para él. En sus cuatro años de escuela secundaria y en el año que lleva de universidad, tú eres la primera amiga de la que nos ha hablado, y traído a casa.

—Vosotras dos estáis hablando de mí, ¿verdad? —pregunta Dee. Y nos pasa los brazos por el hombro a las dos—. ¿Ensalzando mi inteligencia?

—Ensalzando tu algo —le digo.

—¡No te creas una sola palabra! —Se vuelve y me presenta a una chica alta y elegante con la cabeza llena de intrincados rizos—. Ya te hablé de Tanya.

Intercambiamos saludos, y Sandra se va a buscar un poco más de tarta. Tanya me quita el clip y deja suelto mi cabello. Me coge las puntas entre los dedos y niega con la cabeza, chasqueando la lengua con desaprobación, igual que hace Dee tan a menudo.

—Lo sé. Lo sé. Ha sido un año —le digo. Y entonces me doy cuenta de que es así. Ha pasado un año.

—¿Y se te ha hecho corto o largo? —pregunta Dee. Se vuelve a Tanya—.

Tienes que dejarla igual. Para cuando ella lo encuentre.

—Si lo encuentro —aclaró—. Estaba por aquí. —Señalo la base del cráneo, por donde el estilista en Londres me había cortado el pelo al año pasado. Pero entonces se me cae la mano—. Pero, sabes, no creo que quiera que me lo cortes igual.

—¿No quieres que te lo corte? —pregunta Tanya.

—No, me encantaría que me lo cortes —le digo—. Pero no como entonces. Quiero probar algo totalmente nuevo.

París

TARDO aproximadamente trece horas y seis zonas horarias en ponerme frenética.

Sucede cuando llego a la terminal de llegadas del aeropuerto Charles de Gaulle. A mi alrededor, los demás pasajeros son recibidos por familiares que los abrazan o por carteles con sus nombres escritos. A mí nadie viene a buscarme. Nadie me está esperando. Nadie me busca con la mirada. Sé que ahí fuera, en el mundo, hay personas que me quieren, pero, ahora mismo, nunca me he sentido tan sola. Sé que llevo una señal luminosa intermitente encima de mi cabeza que dice: TURISTA. Solo que ahora también puede leerse: ¿QUÉ HAS HECHO?

Me aprieto las correas de la mochila alrededor del pecho un poco más, como si pudieran abrazarme. Respiro profundamente. Muevo una pierna y la pongo delante de la otra. Un paso. Otro paso. Y otro. Saco la lista de cosas por hacer que escribí en el avión. Número uno: cambio de moneda.

Voy a una de las oficinas de cambio y en un francés vacilante pregunto si puedo cambiar los dólares.

—Por supuesto. Esto es un banco —responde en francés el hombre de detrás del mostrador. Le doy más de cien dólares y me alivia mucho tomarme la molestia de contar los euros que recibo a cambio.

Siguiente en la lista: encontrar el albergue. He trazado la ruta, en tren a la ciudad, y luego en metro hasta la parada de Jaurès. Sigo las indicaciones

hacia el RER, el tren al centro de París, pero resulta que tengo que tomar un tren hasta llegar a la estación del RER, y me equivoco y acabo en una terminal diferente y tengo que volver atrás e ir por otro sitio, por lo que tardo casi una hora en llegar a la estación de tren del aeropuerto.

Cuando llego a las máquinas expendedoras de billetes automáticas, es como estar frente a frente contra el enemigo. Incluso eligiendo el inglés como idioma, las instrucciones son desconcertantes. ¿Necesito un billete de metro? ¿Un billete de tren? ¿Dos billetes? Siento que el letrero de neón sobre mi cabeza vuelve a brillar intermitentemente. Ahora dice: ¿QUÉ DIABLOS HAS HECHO?

Abro la guía de nuevo por la sección que explica cómo entrar en París. Bueno, un billete me llevará a París y luego cogeré el metro. Miro el plano del metro de París. Hay un nudo de líneas diferentes entre sí que parece una orgia de serpientes. Por fin, localizo mi parada, Jaurès. Trazo la ruta desde la línea RER del aeropuerto y el punto de trasbordo, y con un sobresalto me doy cuenta de que es en la estación *Gare du Nord*. Un lugar familiar, un lugar que me ata a ese día.

«Está bien, Allyson, no tengo otra manera de librarme de esto más que librándome de esto», me digo. Y entonces me enfrento a la máquina expendedora de billetes, echo los hombros hacia atrás, como si compitiera en un duelo. Presiono la pantalla táctil, meto un billete de diez euros y luego me escupe el cambio y un billete pequeño. Una pequeña victoria contra un oponente impasible, pero respiro satisfecha.

Sigo a la multitud hacia las puertas, que funcionan como las puertas del metro, aunque resulta que es mucho más fácil pasar a través de ellas cuando no se está cargando con una maleta gigante. ¡Ja! Otro enemigo frustrado.

En el trasbordo de Metro/RER, debajo de *Gare du Nord*, me pierdo otra vez tratando de encontrar la línea de metro correcta, y luego no sé dónde he metido el billete, que no solo necesito para salir del RER, sino también para entrar en el metro. Luego estoy a punto de coger el metro en la dirección equivocada, pero consigo saltar fuera justo antes de que se cierren las puertas. Cuando por fin llego a mi parada, estoy completamente agotada y

desorientada. Tardo unos quince minutos en estudiar detenidamente el plano solo para averiguar dónde estoy. Doy media docena de vueltas más en direcciones equivocadas hasta que llego a los canales, que es la primera señal de que estoy en la zona correcta.

Pero todavía no tengo ni idea de dónde está el albergue, y estoy exhausta, frustrada, y a punto de echarme a llorar. Ni siquiera puedo encontrar el albergue. Y eso que cuento con la dirección. Y con un plano. ¿Qué me hace pensar que puedo encontrarlo?

Entonces, justo cuando estoy a punto de perderme otra vez, me detengo, miro los canales, y respiro. Y mi pánico desaparece. Porque este lugar me resulta familiar. Lo conozco porque he estado aquí antes.

Doblo el plano y lo guardo. Respiro hondo. Miro alrededor. Ahí están las mismas bicicletas grises. Las mismas mujeres elegantes balanceándose sobre sus tacones por los adoquines. Los cafés, llenos de gente, como si nunca nadie tuviera que trabajar. Respiro hondo otra vez, y una especie de memoria sensorial se hace cargo de mí. De alguna manera sé dónde estoy. A la izquierda se encuentra el parque con el lago donde nos encontramos con Jacques y los daneses. A mi derecha, a pocas manzanas, es la cafetería donde comimos las *crêpes*.

Cojo el plano de nuevo. Lo estudio. Cinco minutos más tarde, estoy en el albergue.

Mi habitación está en la sexta planta, y el ascensor no funciona, de modo que subo por la escalera de caracol. Un tipo con un tatuaje de una especie de dios griego en el brazo me señala la sala de desayunos, los baños comunes (para ambos sexos), y luego mi habitación, con siete camas. Me da un candado y me muestra dónde puedo guardar mis cosas cuando salga. Después me dice «*bonne chance*», que significa «buena suerte», y me pregunto si se lo dice a todo el mundo o si ha visto claramente que la voy a necesitar.

Me siento en la cama y desengancho el saco de dormir de la parte superior de la mochila, y mientras me hundo en el colchón elástico, me pregunto si Willem habrá estado aquí. Si habrá dormido en esta cama. No es probable, pero tampoco es imposible. Este es el primer barrio que me enseñó. Y todo parece posible en este momento, esta sensación de estar haciendo lo

correcto, palpitando justo al lado de mi corazón, calmándome hasta que me quedo dormida.

Me despierto varias horas más tarde con la almohada cubierta de babas y electricidad estática en la cabeza. Me doy una ducha tibia, me quito el *jet lag* lavándome el pelo a fondo. Luego me seco con una toalla y me pongo el gel como me enseñó Tanya. Llevo el pelo muy diferente, escalado, y me gusta.

Abajo, el reloj que hay en el vestíbulo detrás del signo de la paz gigante pintado con espray señala las siete, no he comido nada desde el rollo de primavera y el yogur que me dieron en el avión después de despegar de Londres, y el hambre hace que me sienta un poco mareada. El pequeño bar del vestíbulo solo sirve bebidas. Sé que parte de viajar sola significa comer sola y pedir en francés, y eso lo practiqué mucho con *Madame Lambert*. Y no es que no haya comido sola un montón de veces en el comedor el año pasado. Pero decido que ya he conquistado bastantes cosas por un día. Esta noche puedo comprarme un sándwich y comer en mi habitación.

Delante del albergue, un montón de gente pasa el rato bajo la llovizna. Hablan en inglés y por su acento deben de ser australianos. Respiro hondo, me acerco y pregunto si conocen algún lugar cerca donde pueda comprar un buen sándwich.

Una joven musculosa, con pelo castaño entreverado y un rostro rojizo se vuelve hacia mí y me sonrío alegremente.

—Oh, hay un lugar junto al canal que hace unos sándwiches de salmón ahumado magníficos —dice. Me señala el camino y luego se vuelve a hablar con su amigo sobre un restaurante que supuestamente tiene un menú por doce euros, quince con un vaso de vino.

Se me hace la boca agua ante la sola idea de la comida.

Pero, de nuevo, estoy sola en París, así que todo esto es territorio virgen. Toco a la chica australiana en el hombro quemado por el sol y le pregunto si puedo acompañarlos para cenar.

—Es mi primer día de viaje, y no estoy segura de adónde ir —explico.

—Bien por ti —responde ella—. Todos llevamos en esto mucho tiempo. Estamos en las AT.

—¿Las AT?

—Las Aventuras Transoceánicas. Es tan condenadamente caro salir de Australia que una vez que lo haces desapareces por un tiempo. Soy Kelly, por cierto. Este es Mick, ese es Nick, ese es Nico, abreviatura de Nicola, y ese es Shazzer. Es de Inglaterra, pero la queremos de todos modos.

Shazzer le saca la lengua a Kelly y me sonrío.

—Soy Allyson.

—Mi madre también se llama así —dice Kelly—. Y precisamente ahora estaba diciendo que echo mucho de menos a mi madre, ¿verdad? ¡Es el karma!

—El *Kismet* —la corrige Nico.

—Eso también.

Kelly me mira, y por un instante me quedo allí, porque ella aún no me ha dicho que sí y me voy a sentir como una idiota si ahora me dice que no. Sin embargo, tal vez sea culpa de mis clases de francés, pero de alguna manera me da igual lo que piense. El grupo empieza a alejarse, y yo empiezo a girar hacia el lugar del sándwich. Entonces Kelly se vuelve.

—Vamos pues —me dice—. No sé vosotros, pero yo me comería un caballo.

—Puedes. Aquí se alimentan de caballo —dice Shazzer.

—No, no —interviene uno de los chicos. Mick o Nick. No estoy muy segura de quién es quién.

—Eso es en Japón —dice Nico—. Allí es un manjar.

Empezamos a caminar, y escucho cómo el resto de ellos discute sobre si los franceses comen carne de caballo, y mientras los acompaño me doy cuenta de que lo estoy haciendo. Voy a cenar. En París. Con gente que he conocido hace cinco minutos. De alguna manera, más que cualquier otra cosa que me haya pasado durante el último año, esto me da la razón.

De camino hacia el restaurante, nos detenemos para que pueda comprar una tarjeta SIM para el teléfono. Luego, después de perdernos un poco, encontramos el lugar y esperamos a que quede libre una mesa lo suficientemente grande para acomodarnos a todos. El menú está en francés, pero puedo entenderlo. Puedo pedir una deliciosa ensalada con remolacha que es tan hermosa que le saco una foto y se la mando a mi madre. Ella me

envía inmediatamente la imagen del menos apetecible loco moco hawaiano del mundo que papá se está comiendo para desayunar. De plato principal me he pedido una especie misteriosa de pescado en salsa picante. Me lo estoy pasando tan bien, sobre todo escuchando los relatos de sus viajes extravagantes, que solo cuando llega el momento del postre me acuerdo de mi promesa a Babs. Echo un vistazo a la carta, pero no hay *macarons*. Ya son las diez de la noche y las tiendas están cerradas. El primer día, y ya he roto mi promesa.

—Mierda —digo—. O más bien, *merde!*

—¿Qué pasa? —pregunta Mick/Nick.

Le explico lo de los *macarons*, y todo el mundo escucha, absorto.

—Pregúntale al camarero —dice Nico—. Yo trabajaba en un lugar de Sydney y teníamos una carta completa que no estaba en el menú. Para VIPs. —Todos lo miramos—. Nunca está de más preguntar.

Así que lo hago. Le explico, en un francés que haría que *Madame Lambert* se sintiera orgullosa, *ma promesse du manger des macarons tous les jours*. El camarero me escucha con atención, como si fuera un asunto serio, y se va a la cocina. Regresa con los postres de todos los demás: *crèmes brûlées* y *mousses au chocolat*, y, milagrosamente, un *macaron* cremoso perfecto para mí. El interior está lleno de una dulce y suave pasta de castaña e higos, creo. Han espolvoreado por encima azúcar en polvo con tanto arte que parece una pintura. Le saco una foto. Y después me lo como.

A las once en punto me estoy durmiendo encima del plato. El grupo me acompaña hasta el albergue antes de irse a escuchar un grupo de música francés cuyos miembros son todo chicas. Caigo en un sueño profundo y me despierto por la mañana para descubrir que Kelly, Nico, y Shazzer son mis compañeros de dormitorio.

—¿Qué hora es? —pregunto.

—¡Tarde! Las diez —dice Kelly—. Has dormido lustros. Y con todo el jaleo. Hay una chica rusa que se seca el pelo durante una hora todos los días. Te he esperado para ver si querías venir con nosotros. Hoy vamos a Père Lachaise. Haremos un picnic, cosa que a mí me suena rarísima, pero parece que los franceses lo hacen continuamente.

Es tentador: ir con Kelly y sus amigos y pasar mis dos semanas en París siendo una turista más, divirtiéndome. No tendría que recorrerme esos clubes húmedos. No tendría que enfrentarme a Céline. No tendría que arriesgarme a que se me rompiera el corazón otra vez.

—Tal vez me reúna con vosotros más tarde —digo—. Hoy tengo que hacer cosas.

—Vale. Estás haciendo tu búsqueda épica de *macarons*.

—Bueno —le digo—, algo así.

En el desayuno, me paso un rato mirando el plano, trazando la ruta entre el albergue y la estación *Gare du Nord*. Está a poca distancia, así que decido ir. La ruta me resulta familiar, la amplia avenida con el carril bici y las aceras en el centro. Pero a medida que me acerco a la estación, me empiezo a sentir mal del estómago, el té que me he tomado hace un rato me vuelve a la garganta: el ácido del miedo.

En la *Gare du Nord* me quedo un rato. Vago por encima de las vías del Eurostar. Hay un convoy ahí abajo, como un caballo esperando que se abra la puerta para empezar la carrera. Pienso en cuando yo estaba aquí hace un año, rota, asustada, corriendo hacia la señora Foley.

Me obligo a salir de la estación, dejando que mi memoria me guíe de nuevo. Doy vueltas y vueltas. Vago por las calles. Por los pasos elevados sobre las vías del tren y por el barrio industrial. Y entonces, ahí está. Es un poco chocante, después de todas las vueltas que he dado, lo fácil que es de encontrar. Me pregunto si no sale en Google, o si sale y mi francés era tan penoso que nadie me entendía.

O a lo mejor no es eso en absoluto. Tal vez me entendieron perfectamente y Céline y el gigante simplemente ya no están aquí. Un año es mucho tiempo. ¡Pueden cambiar muchas cosas!

Cuando abro la puerta y veo detrás de la barra a un hombre de aspecto más joven con el pelo recogido en una coleta, casi grito mi decepción. ¿Dónde está el gigante? ¿Y si él no está aquí? ¿Y si ella no está aquí?

—*Excusez-moi, je cherche Céline ou un barman qui vient du Senegal.*

Él no dice nada. Ni siquiera me responde. Solo sigue lavando vasos con agua y jabón.

¿He hablado? ¿En francés? Lo intento de nuevo: esta vez añado un *s'il vous plaît*. Él me echa una mirada rápida, saca su teléfono, manda un mensaje, y luego regresa a sus vasos.

Con, murmuro en francés, otra de las enseñanzas de Nathaniel. Empujo la puerta y la abro, la adrenalina me llena las venas. Estoy muy enfadada con ese idiota de detrás del mostrador que ni siquiera me ha contestado y conmigo misma, por haber venido hasta aquí para nada.

—¡Has vuelto!

Y levanto la vista. Y es él.

—Sabía que volverías. —El gigante me coge la mano y me besa en las mejillas, como la última vez—. ¿A por la maleta, non?

Me quedo sin palabras. Así que me limito a asentir con la cabeza. Luego le echo los brazos alrededor del cuello. Porque estoy tan feliz de verlo otra vez... Se lo digo.

—Yo también me alegro de verte. Y te he guardado la maleta. Céline insistía en que me deshiciera de ella, pero le dije que no, que volverías a París y querías recuperar tus cosas.

Encuentro mi voz.

—Espera, ¿cómo has sabido que estaba aquí? Quiero decir, ahora.

—Marco me acaba de enviar un SMS diciéndome que una chica americana sola me estaba buscando. Yo sabía que tenías que ser tú. Ven.

Me interno tras él en el club, donde el tal Marco está fregando el suelo y se niega a mirarme. Me cuesta mirarlo después de haberle llamado gilipollas en francés.

—*Je suis très désolée* —me disculpo cuando paso a su lado.

—Es letón. No habla francés muy bien, así que habla muy poco, es tímido —dice—. Él es quien limpia. Vamos abajo, que es donde está tu maleta. —Miro a Marco y pienso en Dee, y en Shakespeare, y me acuerdo de que las cosas rara vez son lo que parecen. Espero que tampoco entendiera mi insulto en francés. Le pido disculpas de nuevo. El gigante me lleva abajo, a la bodega. En un rincón, detrás de un montón de cajas, está mi maleta.

Todo está como lo dejé. El Ziploc con la lista. Los *souvenirs*. Mi diario de viaje con el sobre de postales en blanco en su interior. Me lo esperaba todo

cubierto por una capa de polvo. Rozo el diario con el dedo. Los recuerdos del viaje del año pasado. No son los recuerdos que importan, los que perduraron.

—Es una maleta muy bonita —dice el Gigante.

—¿La quieres? —le pregunto. No quiero cargarla conmigo. Puedo enviar los *souvenirs* a casa por correo.

—Oh, no, no, no. Es tuya.

—No puedo llevármela. Voy a coger las cosas importantes, pero no puedo cargar con todo esto.

Me mira, serio.

—Pero la he guardado para ti.

—Que me la guardaras es lo mejor que podías hacer por mí, de verdad, pero realmente ya no la necesito.

Sonríe.

—Voy a Roche Estair en primavera, para celebrar la graduación de mi hermano.

Saco las cosas importantes, mi diario, mi camiseta favorita, los pendientes que había perdido, y los meto en mi bolsa. Pongo todos los *souvenirs* y las postales escritas en una caja de cartón para enviarla a casa.

—Llévatela a Roche Estair para la graduación —le digo—. Me harías feliz.

Él asiente con la cabeza solemnemente.

—No has vuelto por la maleta.

Niego con la cabeza.

—¿Le has visto? —pregunto.

Me mira largamente, y por fin asiente con la cabeza.

—Una vez más —dice—. El día después de conocerte.

—¿Sabes dónde puedo encontrarlo?

Se acaricia el mentón y me mira con una compasión que en realidad no necesito. Después de un momento, responde:

—Tal vez sea mejor que hables con Céline.

Y la manera en que lo dice implica todas las cosas que ya sé. Que Willem y Céline tienen una historia. Que yo estaba en lo cierto al dudar de él todo el tiempo. Pero si el Gigante sabe algo de todo eso, no lo dice.

—Es su día libre, pero a veces se ocupa de los espectáculos de la noche. Hoy tocan los Androgynie, y ella es muy amiga de ellos. Me entero de si viene y te lo digo. Entonces podrás preguntarle lo que quieres saber. Puedes llamarme más tarde, y te diré si va a venir.

—Vale. —Saco mi teléfono parisino e intercambiamos los números—. Nunca me dijiste tu nombre, por cierto.

Se ríe.

—No, no lo hice. Soy Modou Mjodi. Y tampoco sé cómo te llamas tú. Miré en la maleta, pero no había nada.

—Mi nombre es Allyson, pero Céline me conocerá como Lulu.

—¿Y cuál es el correcto?

—Estoy empezando a pensar que ambos.

Se encoge de hombros, me toma de la mano, me besa ambas mejillas y luego me dice *adieu*.

Solo es la hora del almuerzo cuando dejo a Modou, y sin saber cuándo veré a Céline, me siento extrañamente aliviada, como si me hubieran dado un respiro. No me había planteado realmente lo de hacer de turista en París, pero decido hacerlo. Me aventuro en el metro y me bajo en el barrio de Marais y voy a uno de los cafés de la hermosa Place des Vosges, donde pido una ensalada y un *citron pressé*, y le añado un montón de azúcar. Me quedo allí sentada durante horas, esperando a que el camarero me eche, pero me deja en paz hasta que le pido la cuenta. En una pastelería, compro un *macaron* ridículamente caro. Es de mandarina, de un color naranja pálido como los últimos rayos de una puesta de sol. Me lo como y echo a andar, entro y salgo de las estrechas calles, cruzo un barrio judío, lleno de hombres ortodoxos con sus sombreros negros y sus elegantes trajes ajustados. Saco unas cuantas fotos para mamá y se las envío, y le digo que se las reenvíe a la abuela, que flipará con ellas. Luego paseo por los alrededores buscando en las tiendas, mirando la ropa que apenas puedo permitirme el lujo de tocar. Cuando las vendedoras me preguntan en francés si necesito ayuda, les respondo en francés que solo estoy explorando.

Compro algunas postales y vuelvo a la Place des Vosges y me siento en uno de los bancos que hay en el centro de la plaza. Las madres juegan con sus bebés y los ancianos leen el periódico, fuman cigarrillos, mientras yo escribo las postales. Tengo un montón para enviar. Una a mis padres, una a mi abuela, una a Dee, una a Kali, una a Jenn, una al Café Finlay, una a Carol. Y luego, en el último momento, me decido a escribirle una a Melanie también.

Es una especie de día perfecto. Me siento totalmente relajada, y aunque sin duda soy una turista, también me siento parisina. Y casi aliviada por no haber recibido ninguna llamada o mensaje de Modou. Kelly me envía un mensaje en el que me pregunta si quiero cenar con ellos, y me dispongo a volver al albergue cuando suena un mensaje en mi teléfono. Es de Modou. Céline estará en el club después de las diez.

El ambiente relajante de la tarde desaparece detrás de una nube de tormenta. Solo son las siete. Tengo varias horas en las que matar el tiempo, y podría irme a cenar con la cuadrilla de Oz, pero estoy demasiado nerviosa. Así que camino por la ciudad sin poder relajarme. Llego al club a las nueve y media y me quedo fuera, de pie, sintiendo que se me acelera el corazón al escuchar la música en directo que tocan dentro. Es probable que ella ya esté, pero si entro antes de la hora es como dar una especie de paso en falso. Así que me quedo fuera, observando a los parisinos de aspecto vanguardista, con el pelo rapado y ropas angulosas que se meten en el club. Me miro a mí misma: falda caqui, camiseta negra, chanclas. ¿Por qué no me he vestido para la batalla?

Pago mi entrada de diez euros y entro. El club está lleno, y hay un grupo en el escenario, dos guitarras heavy y un violín eléctrico chillando, y una chica asiática y jovencísima cantando con una voz alta y chirriante. Completamente sola, rodeada por todos estos hipsters, creo que nunca antes me he sentido tan fuera de lugar, y todo mi cuerpo me dice que salga de allí antes de hacer el ridículo. Pero no lo hago. No he venido hasta aquí para salir corriendo como una gallina. Me abro paso hasta la barra, y cuando veo a Modou, lo saludo como a un hermano perdido hace mucho tiempo. Me sonrío y me pone un vaso de vino. Cuando trato de pagar, sacude la cuenta en el aire, y de inmediato me siento mejor.

—Ah, Céline está ahí —dice, señalando a una mesa frente al escenario. Está sentada, sola, viendo el grupo con una extraña intensidad en la mirada, el humo de su cigarrillo se encrespa a su alrededor.

Me acerco a su mesa. Ella no me reconoce, aunque no puedo decir si es porque me está ignorando a propósito o porque está concentrada en la música. Me quedo de pie al lado de la silla vacía esperando a que me invite a sentarme, pero entonces me doy por vencida. Tiro de la silla y me siento. Ella se digna mirarme con un levísimo movimiento de cabeza, da una calada al cigarrillo y me echa el humo en la cara, en lo que imagino es una especie de saludo. Luego se vuelve de nuevo hacia el grupo.

Nos quedamos allí sentadas, escuchando. Estamos cerca de los altavoces, por lo que el sonido es aún más ensordecedor; me empiezan a resonar los tímpanos. Es difícil decir si está disfrutando de la música. No sigue el ritmo ni se balancea ni nada. Solo mira y fuma.

Por fin, cuando el grupo se toma un descanso, me mira.

—Tu nombre es Allyson. —Pronuncia Alisssioon, lo que de alguna manera hace que suene ridículo, un nombre demasiado americano y con demasiadas sílabas.

Asiento con la cabeza.

—Así que no eres francesa después de todo.

Niego con la cabeza. Nunca dije que lo fuera.

Nos miramos a los ojos, y me doy cuenta de que no me va a dar nada. Tengo que cogerlo.

—Estoy buscando a Willem. ¿Sabes dónde puedo encontrarlo? —Quería decírselo en un francés tan fluido como una ráfaga de ametralladora, pero mis nervios me han enviado corriendo de vuelta a la comodidad de mi lengua materna.

Enciende otro cigarrillo y vuelve a echarme el humo a la cara.

—No.

—Pero, pero él dijo que erais buenos amigos.

—¿Eso dijo? No, yo lo mismo que tú.

No me puedo ni imaginar cómo podría pensar que es ni remotamente parecida a mí, aparte de que ambas tenemos dos cromosomas X.

—¿Qué quieres decir con que eres como yo?

—Soy solo una chica más. Hay muchas.

No es que yo no supiera esto acerca de él. No es que él lo ocultara. Pero oírlo en voz alta, y dicho por ella, me agota.

—¿Así que no sabes dónde está?

Niega con la cabeza.

—¿Y tampoco sabes dónde puedo encontrarlo?

—No.

—¿Y podrías decirme al menos si tú sí puedes?

Enarca una ceja mientras el humo sale de su boca en elegantes volutas.

—¿Puedes decirme su apellido? —añado—. ¿Es mucho pedir?

Y entonces, sonrío. Porque en este pequeño juego que estamos jugando, que he estado jugando desde el verano pasado, le acabo de enseñar mis cartas. Y son realmente malas. Ella saca un bolígrafo y un pedazo de papel y escribe algo. Me lo da. Su nombre aparece en él. ¡Su nombre completo! Pero no voy a darle la satisfacción de que me vea el anhelo en el rostro, así que me meto el papel en el bolsillo sin siquiera mirarla.

—¿Necesitas algo más? —Su tono, altanero y de regodeo, consigue elevarse por encima del ruido del grupo, que ha empezado a tocar de nuevo. Ya puedo oírle reírse de mí con todos sus amiguitos hipsters.

—No, ya has hecho suficiente.

Cruzamos las miradas durante un breve segundo. Sus ojos no son tan azules como violetas.

—¿Qué vas a hacer ahora?

Fuerzo una sonrisa maliciosa, que espero que me salga más de perra que de estreñida.

—Oh, ya sabes, contemplar las vistas.

Me echa más humo a la cara.

—Sí, puedes hacer de *touriste* —dice, como si «turista» fuera un epíteto. Entonces empieza a enumerar los lugares adonde va la gente como yo. La Torre Eiffel. El Sacré-Coeur. El Louvre.

Busco en su rostro algún significado oculto. ¿Él le explicó algo del día que pasamos juntos? Me los imagino riéndose de que les lanzara el libro a los

skinheads, me imagino a Willem diciéndole que yo iba a cuidar de él.

Céline sigue hablando de todas las cosas que puedo hacer en París.

—Puedes ir de compras. —Me dice que puedo comprar un bolso nuevo. Joyas. Otro reloj. Zapatos.

No logro entender cómo alguien puede sonar tan antipático diciendo lo mismo que decía la señora Foley con tanta amabilidad.

—Gracias por tu tiempo —le digo. En francés. El enfado me ha convertido en bilingüe.

31

WILLEM de Ruiten.

Su nombre es Willem de Ruiten. Voy corriendo a un cibercafé y empiezo a buscarlo en Google. Pero Willem de Ruiten resulta ser un nombre muy popular en Holanda. Hay un cineasta holandés con ese nombre. Hay un diplomático con ese nombre. Y cientos de personas, cada una de las cuales tiene sus razones para estar en Internet. Miro cientos de páginas, en inglés, en holandés, y no encuentro un solo enlace que me conduzca a él, ni una sola prueba de que existe. Busco los nombres de sus padres, Bram de Ruiten. Yael de Ruiten. Naturópata. Actor. Cualquier cosa que pueda imaginarse. Y todas sus combinaciones. Me emociono levemente cuando doy con un enlace a algo relacionado con el teatro, pero cuando hago *clic* la página web ya no existe.

¿Cómo puede ser tan difícil encontrar a alguien? Se me ocurre que quizá Céline me ha dado un nombre equivocado intencionadamente.

Luego me busco a mí misma en Google, «Allyson Healey», y tampoco aparezco. Tengo que añadir el nombre de mi universidad antes de llegar a mi página de Facebook.

Entonces me doy cuenta de que no basta con conocer el nombre de alguien.

Tienes que saber quién es.

32

A la mañana siguiente, Kelly y sus amigos me preguntan si quiero ir con ellos al museo Rodin, y después de compras. Y estoy a punto de decir que sí. Porque eso es lo que me gustaría hacer. Pero todavía me queda una parada. Ni siquiera creo que vaya a encontrar nada, pero si he venido a enfrentarme a mis demonios, debo ir allí también.

No estoy segura de dónde está exactamente, pero sí me conozco la intersección de calles donde me mandó un coche la señora Foley para recogerme. La llevo marcada a fuego en mi cerebro. Avenida Simon Bolivar y Rue de l'Equerre, el cruce de calles de la Humillación y la Derrota.

Cuando salgo del metro, nada me parece familiar. Tal vez porque la última vez que estuve aquí iba de un lado a otro presa del pánico. Pero no corrí tanto antes de encontrar el teléfono público, así que sé que no puedo estar muy lejos de la casa ocupada. Metódicamente, recorro cada manzana. Una tras otra. Sin embargo, nada parece familiar. Intento preguntar la dirección, pero ¿cómo se dice «casa ocupada» en francés? ¿Edificio antiguo lleno de artistas? No funcionaría. Me acuerdo de los restaurantes chinos de la zona y pregunto dónde están. Un hombre joven se emociona mucho y, creo, me recomienda un lugar supuestamente bueno en la Rue de Belleville. Lo encuentro. Y desde allí, camino hasta encontrar un cartel con el signo de la doble felicidad. Podría ser uno de muchos, pero tengo la sensación de que es este.

Paseo quince minutos más y, en un tranquilo cruce de tres calles, encuentro la casa ocupada. Aún está puesto el mismo andamiaje, los mismos

retratos distorsionados. Llamo a la puerta de acero. Nadie responde, pero es evidente que hay gente dentro. La música sale por las ventanas abiertas. Empujo un poco la puerta. Se abre con un chirrido. Empujo más y la abro. Entro. Nadie viene a decirme nada. Subo las escaleras hacia el lugar donde sucedió todo.

Veo la habitación blanca y brillante, que, sin embargo, al mismo tiempo es dorada y cálida. En ella hay un hombre trabajando. Es menudo, asiático, un cúmulo de contrastes: el pelo blanco con las raíces negras, la ropa negra y extrañamente anticuada, como si se hubiera escapado de una novela de Charles Dickens, y todo cubierto del mismo polvo blanco que me cubría aquella noche.

Está tallando un trozo de arcilla con una cuchilla, tan profundamente concentrado que temo que se asuste con el mínimo sonido. Me aclaro la garganta y llamo a la puerta sin hacer demasiado ruido.

Levanta la vista y se frota los ojos, tiene la mirada turbia, de pura concentración.

—*Oui*.

—*Bonjour* —digo. Mi limitado francés no puede competir con lo que tengo que explicarle. Entré en el edificio con un tipo. Pasé la noche más íntima de mi vida, y me desperté completamente sola—. Hum, estoy buscando a un amigo que creo que usted podría conocer. Oh, lo siento, *¿parlez-vous anglais?*

Asiente, con la delicadeza y el control de una bailarina de ballet.

—Sí —dice.

—Estoy buscando a un amigo mío, y me pregunto si es posible que lo conozca. Su nombre es Willem de Ruiters. Es holandés. —Miro su rostro en busca de un destello de reconocimiento, pero está impasible, tan suave como las esculturas de barro que nos rodean—. ¿No? Él y yo nos alojamos aquí una noche. Bueno, no exactamente... —Miro alrededor y todo vuelve a mí: el olor de la lluvia contra el suelo sediento, el remolino de polvo, la suave madera del escritorio contra mi espalda. Willem alzándose sobre mí.

—¿Cómo has dicho que te llamabas?

—Allyson —me oigo decir como si estuviera lejos.

—Van —dice él, presentándose mientras saca un antiguo reloj de bolsillo con una cadena.

Miro la mesa, recordando su tacto contra mi espalda, la facilidad con la que Willem me levantó y me apoyó en ella. La mesa está, como lo estaba entonces, meticulosamente limpia, la ordenada pila de papeles, las piezas a medio terminar en una esquina, el bote de alambre con los carboncillos y los pinceles... Espera, ¿qué? Me fijo en los bolígrafos.

—¡Ese es mi bolígrafo!

—¿Disculpa? —pregunta Van.

Cojo el bolígrafo del bote. Leo la inscripción: RESPIRA TRANQUILO CON PULMOCLEAR.

—¡Este bolígrafo es mío! De la consulta de mi padre.

Van me mira, perplejo. Pero no me entiende. El bolígrafo estaba en mi bolso. Nunca lo saqué. Simplemente desapareció. Lo tenía en la barcaza. Escribí la doble felicidad con él. Y al día siguiente, cuando yo estaba al teléfono con la señora Foley, había desaparecido.

—El verano pasado —continúo— mi amigo Willem y yo, bueno, vinimos aquí esperando que alguien nos dejara pasar la noche. Me dijo que en las casas ocupadas se hacía eso. —Hago una pausa. Van asiente con la cabeza—. Pero no había nadie. A excepción de una ventana abierta. Así que dormimos aquí, en tu estudio, y cuando me desperté a la mañana siguiente, mi amigo, Willem, ya no estaba.

Temo que Van se enfade por nuestra intrusión, pero sigue mirándome, tratando de entender por qué agarro el bolígrafo de Pulmoclear como si fuera una espada.

—Este bolígrafo estaba en mi bolso y luego desapareció y ahora está aquí, y me pregunto, a lo mejor había una nota o algo así...

El rostro de Van permanece en blanco, y estoy a punto de pedirle disculpas por invadir su propiedad en aquella ocasión, y ahora otra vez, pero entonces veo algo, como ese tenue destello de luz antes de la salida del sol, y una especie de expresión de reconocimiento ilumina su rostro. Se da unos golpecitos con el índice en el puente de la nariz.

—Encontré algo, pensé que era una lista de la compra.

—¿Una lista de la compra?

—Ponía algo así como... No lo recuerdo, ¿puede que algo de chocolate y pan?

—¿Chocolate y pan? —Eran los alimentos básicos de Willem. El corazón empieza a latirme con fuerza.

—No me acuerdo. Pensé que venía de la basura. Yo había estado ausente por vacaciones, y cuando volví todo estaba desordenado. Me deshice de ella. Lo siento mucho. —Parece afectado.

Nos colamos en su estudio, se lo revolvimos todo, y él se siente culpable.

—No, no lo sientas. Esto me ayuda mucho. ¿Había alguna razón para que hubiera aquí una lista de la compra? Quiero decir, ¿podrías haberla escrito tú?

—No. Y si lo hubiera hecho, no habría puesto pan y chocolate.

Sonrío.

—¿Esa lista podría ser, tal vez, una nota?

—Es posible.

—Se suponía que íbamos a comer pan con chocolate para el desayuno. Y mi bolígrafo está aquí.

—Por favor, coge tu bolígrafo.

—No, quédate con él —le digo, y se me escapa una carcajada. Una nota. ¿Podía haberme dejado una nota?

Echo mis brazos alrededor del cuello de Van, que se pone tenso por un instante, sorprendido, pero al instante se relaja y también me abraza. Es tan agradable... y huele muy bien, a pintura, a aceite y a trementina, y a polvo de arcilla y a madera vieja, olores que, como todo lo de aquel día, impregnan ahora mi ropa. Por primera vez en mucho tiempo, esto no me parece una maldición.

Cuando salgo del estudio de Van, ya es media tarde. Es probable que la cuadrilla de Oz todavía esté en el museo Rodin, podría encontrarme con ellos. Pero, en cambio, me decido a probar otra cosa. Voy a la estación de metro más cercana y cierro los ojos, y muevo el dedo al azar y luego elijo una parada. El dedo apunta a Jules Joffrin y entonces calculo la serie de trenes

que me llevará hasta allí.

Acabo en un barrio que me parece muy parisino, un montón de calles estrechas y en pendiente y tiendas de todo tipo: zapaterías, barberías, pequeños bares de barrio. Recorro las calles serpenteantes, no tengo ni idea de dónde estoy, pero, sorprendentemente, disfruto de la sensación de estar perdida. Al rato, encuentro una amplia escalera, tallada en la ladera empinada, formando un pequeño cañón entre los edificios de apartamentos y el follaje verde que cuelga a ambos lados. No tengo ni idea de adónde conducen las escaleras. Prácticamente puedo oír la voz de Willem: «Razón de más para subirlas».

Así que lo hago. Y subo, y subo. Tan pronto como llego a un rellano me encuentro con otro tramo de escaleras. En lo alto de estas hay una callejuela medieval adoquinada y entonces, bum, es como si estuviera de vuelta en el Tour para Adolescentes. Hay autocares turísticos aparcados y cafeterías abarrotadas, y un acordeonista tocando una canción de Edith Piaf.

Sigo a la multitud al otro lado de la esquina, y al final de una calle llena de cafés con menús en español, inglés, francés y alemán hay una enorme cúpula blanca de una catedral.

—*Excusez-moi, qu'est-ce que c'est?* —le pregunto a un hombre que está de pie en la puerta de uno de los cafés.

Él entorna los ojos.

—*C'est le Sacré-Coeur!*

Oh, el *Sacré-Coeur*. Por supuesto. Me acerco más y veo las tres cúpulas, dos pequeñas que flanquean la grande, que reina majestuosa sobre los tejados de París. Frente a la catedral, que brilla dorada bajo el sol de la tarde, hay una explanada de hierba atravesada por unas escaleras de mármol que conducen al otro lado de la colina. Hay gente por todas partes: los turistas con sus cámaras de vídeo, mochileros tomando el sol, artistas con lienzos en caballetes, parejas jóvenes tumbadas que se susurran secretos al oído. ¡París! ¡Vida!

Al final del tour había renunciado a poner un pie en ninguna otra iglesia antigua más. Pero por alguna razón, sigo a la multitud que se dirige a su interior. Incluso con los mosaicos dorados, las estatuas y las multitudes que la

ocupan, de alguna manera se las arregla para parecerse a una iglesia de barrio, con la gente rezando en silencio, tocando sus rosarios, o simplemente perdida en sus pensamientos.

Hay un puesto de velas, y por unos euros puedes encender una allí al lado. No soy católica, y no tengo del todo claro qué significa este ritual, pero siento la necesidad de conmemorar esto de alguna manera. Le entrego unas monedas y me da una vela, y cuando la enciendo, se me ocurre que debería decir una oración. ¿Debo rezar por alguien que ha muerto, como mi abuelo? ¿Por Dee? ¿Por mi madre? ¿Debo rezar para encontrar a Willem?

Pero nada de todo eso me parece lo correcto. Lo correcto es solo esto. Estar aquí. Una vez más. Por mí, en esta ocasión. No estoy segura de cuáles son las palabras para reflejar esta sensación, pero rezo una plegaria de todos modos.

Estoy hambrienta, y el sol empieza a caer lentamente. Decido bajar las mismas escaleras hasta ese barrio típico y tratar de encontrar un restaurante barato donde cenar. Pero primero tengo que encontrar un *macaron* antes de que cierren las pastelerías.

Tras bajar las escaleras, recorro unas cuantas manzanas antes de encontrar una pastelería. Al principio creo que está cerrada porque no se ve luz por debajo de la puerta, pero en el interior se oyen voces, montones y montones de voces y, aunque un poco vacilante, empujo la puerta hasta abrirla un poco.

Parece que están celebrando una fiesta. El ambiente es húmedo, con tantas personas hacinadas, y hay botellas de licor y ramos de flores. Empiezo a volverme, pero hay una enorme protesta en el interior, así que abro la puerta de nuevo, y me dicen que entre. Dentro hay unas diez personas, algunas todavía llevan delantales de panadería, otras van en ropa de calle. Todos llevan tazas en las manos, y sus rostros están enrojecidos por la emoción.

En francés vacilante, pregunto si sería posible comprar un *macaron*. Se oye un ruido de pasos, y aparece alguien con un *macaron*. Cuando saco el dinero de la cartera, lo rechazan. Empiezo a dirigirme hacia la puerta, pero antes de llegar a ella, me dan un poco de champán en un vaso de papel. Levanto la copa y todos brindan conmigo y beben. Entonces un tipo fornido de enorme bigote empieza a llorar y todo el mundo le da palmaditas en la

espalda.

No tengo ni idea de lo que está pasando. Miro a mi alrededor con los ojos como platos, y una de las mujeres empieza a hablarme muy rápido, con un acento muy fuerte, así que no pillo mucho, pero sí capto bebé.

—¿Un bebé? —exclamo en inglés.

El tipo del bigote me pasa su teléfono. En él hay una foto de una carita arrugada y enrojecida que lleva una gorra azul.

—Remy —declara.

—¿Tu hijo? —pregunto—. *Votre fils?*

El Señor Bigotón asiente, luego sus ojos se llenan de lágrimas.

—*Félicitations!* —le digo. Y entonces el Señor Bigotón me aprisiona en un abrazo enorme, y la multitud aplaude y lo vitorea.

Una botella de un licor ambarino pasa de mano en mano. Cuando todos nuestros vasos de papel están llenos, la gente los levanta y ofrecen brindis o simplemente dicen alguna versión de «¡Salud!». Todo el mundo se vuelve, y cuando me toca a mí, grito lo que los judíos dicen en momentos como este:

—*Lejaim!* Significa «por la vida» —explico. Y al hacerlo creo que tal vez ha sido eso lo que he dicho en mi oración en la catedral: por la vida.

—*Lejaim!* —repiten a coro los panaderos. Y luego bebemos.

33

AL día siguiente acepto la invitación de Kelly para unirme a la cuadrilla de Oz. Hoy vamos al Louvre. Mañana iremos a Versalles. Y al día siguiente cogerán un tren a Niza. Me invitan a ir con ellos. Tengo diez días de plazo para usar mi billete y la sensación de que ya he encontrado todo lo que podía encontrar. Sé que me dejó una nota. Lo cual es casi más de lo que podría haber esperado. Estoy pensando en irme con ellos a Niza. Y, después de mi maravilloso día de ayer, también estoy pensando en ir por mi cuenta a alguna parte. Después del desayuno, cogemos el metro hacia el Louvre. Nico y Shazzer me enseñan algunas prendas de ropa que se han comprado en un mercadillo callejero, y Kelly se burla de ellas por haber venido a París a comprar ropa hecha en China.

—¡Por lo menos tengo algo de aquí! —nos enseña la muñeca para mostrar su nuevo reloj digital de alta tecnología, de fabricación francesa—. Hay un enorme almacén cerca de Vendôme donde solo venden relojes.

—¿Para qué necesitas un reloj cuando estás de viaje? —pregunta Nick.

—¿Cuántos puñeteros trenes hemos perdido porque la alarma del teléfono de alguien no ha sonado?

Nick la señala con el dedo, como diciendo «eres muy lista».

—Deberías ver ese lugar. Es condenadamente enorme. Venden relojes de todo tipo, algunos cuestan cien mil euros. Imagínate gastarte eso en un reloj. —Kelly continúa, pero he dejado de escucharla porque de repente estoy pensando en Céline. En lo que dijo. En que dijo que podría comprarme otro reloj. Otro. Es decir, que sabía que perdí el mío.

El metro entra en una estación.

—Lo siento —le digo a Kelly y a sus amigos—. Tengo que irme.

—¿Dónde está mi reloj? Y ¿dónde está Willem?

Encuentro a Céline en la oficina del club, rodeada de pilas de papeles. Lleva un par de gafas gruesas que por alguna extraña razón la hacen a la vez más y menos intimidatoria.

Levanta la vista de sus papeles con los ojos soñolientos y, lo que me saca de quicio, nada sorprendida.

—Me dijiste que podía comprarme otro reloj, lo que significa que sabías que Willem tenía el mío —continúo.

Espero que lo niegue, que eche por tierra mi argumento. En cambio, encoje levemente los hombros, con desdén.

—¿Por qué hiciste eso? ¿Darle un reloj tan caro después de un día? Es un acto un poco desesperado, ¿no?

—¿Tan desesperado como para mentirme?

Se encoge de hombros otra vez, y con pereza le da un golpecito a su ordenador.

—Yo no te mentí. Me preguntaste si sabía dónde encontrarlo. No lo sé.

—Pero no me lo dijiste todo. Lo viste, después de... después de que me dejara.

Hace algo, no es un gesto, no es un movimiento de cabeza, es algo entre medio de ambas cosas. Una expresión perfecta de ambigüedad. Un muro de piedra con incrustaciones de diamantes.

Y justo en ese momento, otro de los cursos de francés de Nathaniel vuelve a mí:

—*T'es toujours aussi salope?* —le pregunto.

Enarca una ceja y deja el cigarrillo en el cenicero.

—¿Ahora hablas francés? —pregunta en francés.

—*Un petit peu.* —Un poco.

Revuelve unos papeles, apaga la colilla.

—*Il faut mieux être salope que lâche* —dice ella.

No tengo idea de lo que ha dicho. Me mantengo tan seria como puedo mientras trato de encontrar las palabras clave para desbloquear la oración, como nos enseñó *Madame, salope, zorra; mieux, mejor; lâche*, ¿leche? No, eso es *lait*. Pero entonces recuerdo el estribillo de *Madame* de que aventurarse a lo desconocido es un acto de valentía, y de que, como siempre, nos dice el opuesto de *courageux: lâche*.

¿Céline acaba de llamarme cobarde? Siento que la indignación se traslada de mi nuca a las orejas y de ahí a mis sienes.

—No puedes llamarme eso —le escupo en inglés—. ¡No vuelvas a llamarme eso! ¡Ni siquiera me conoces!

—Sé lo suficiente —responde ella en inglés—. Sé que abandonaste. —¿Abandoné? Me veo ondeando una bandera blanca.

—¿Que abandoné? ¿Por qué?

—Te escapaste.

—¿Qué decía la nota? —le digo casi gritando.

Pero cuanto más enfadada estoy yo, más distante parece ella.

—No sé nada al respecto.

—Pero sabes algo.

Enciende otro cigarrillo y me lanza el humo. Sacudo el humo con la mano.

—Por favor, Céline, durante todo un año he supuesto lo peor, y ahora me pregunto si supuse lo peor equivocadamente.

Más silencio. Entonces dice:

—Él tenía una... ¿Cómo lo decís vosotros? *Sue-tours*.

—¿Sue-tours?

—La piel cosida. —Se señala la mejilla.

—¿Una sutura? ¿Puntos? ¿Le pusieron puntos?

—Sí, y tenía la cara muy hinchada y un ojo negro.

—¿Qué le pasó?

—No me lo dijo.

—¿Por qué no me lo dijiste ayer?

—No me lo preguntaste.

Quiero estar furiosa con ella. No solo por esto, sino por comportarse

como se comportó aquel primer día en París, y por acusarme de cobardía. Pero me doy cuenta de que no tiene nada que ver con Céline, que de hecho nunca tuvo nada que ver con ella. Yo soy quien le dijo a Willem que estaba enamorada de él. Yo soy quien le dijo que cuidaría de él. Soy yo la que lo rescató.

Miro a Céline, que me mira con la cautela de un gato mirando a un perro dormido.

—*Je suis désolée* —me disculpo. Y luego saco el *macaron* de mi bolso y se lo doy. Es de frambuesa, y me lo estaba guardando como una recompensa por enfrentarme a Céline. Estoy rompiendo la promesa que le hice a Babs pero, por alguna razón, siento que ella estaría de acuerdo.

Ella lo mira con recelo, luego lo coge y lo sostiene entre los dedos como si fuera contagioso. Con cuidado lo pone sobre una pila de cajas de CD.

—Entonces, ¿qué pasó? —pregunto—. ¿Volvió aquí todo magullado?

Ella asiente con la cabeza.

—¿Por qué?

Ella frunce el ceño.

—No me lo hubiera dicho aunque se lo hubiera preguntado.

Silencio. Baja la mirada, y luego, rápidamente, me mira a los ojos.

—Buscó algo en tu maleta.

¿Qué había allí? Una lista de los contenidos. Ropa. *Souvenirs*. Postales en blanco. ¿La etiqueta de mi equipaje? No, que se desprendió en la estación de metro de Londres. ¿Mi diario? Lo llevo conmigo. Lo saco de mi bolsa, busco por las páginas. Hay cosas sobre Roma y los gatos asilvestrados. Sobre Viena y el palacio de Schönbrunn. Sobre la ópera de Praga. Pero no hay nada, nada de mí. No está mi nombre. Ni mi dirección. Ni mi dirección de correo electrónico. Ni las direcciones de cualquiera de las personas que conocí en el viaje. Ni siquiera nos molestamos en fingir que mantendríamos el contacto. Meto el diario en mi bolsa. Céline me mira con los ojos entornados mientras finge no hacerlo.

—¿Se llevó algo de mi bolsa? ¿Encontró algo?

—No. Solo olía... —Se detiene, como si le doliera.

—¿Olía a qué?

—Olía fatal —dice con solemnidad—. Llevaba puesto tu reloj. Le dije que lo dejara. Mi tío es joyero, así que sé que era caro. Pero él se negó.

Suspiro.

—¿Dónde puedo encontrarlo, Céline? Por favor. Puedes ayudarme mucho.

—¿Mucho? Ya te he ayudado mucho —dice ella enfadada por su propia indignación—. No sé dónde encontrarlo. Yo no miento. —Me mira fijamente—. Te digo la verdad, Willem es el tipo de hombre que viene cuando viene. Y la mayoría de las veces no viene.

Me gustaría decirle que está equivocada. Que conmigo fue diferente. Pero si él no estaba enamorado de Céline, ¿qué me hace pensar que después de un día, aunque sí lo estuviera de mí, no tuvo suficiente con hacer lo que hizo?

—¿Así que no tuviste suerte? ¿Tampoco en Internet? —me pregunta.

Empiezo a recoger mis cosas.

—No.

—Willem de Ruiten es un nombre común, *n'est-ce pas?* —dice. Entonces hace algo que no me habría creído ni en un millón de años. Se sonroja. Y así es como sé que ella también lo buscó. Y que tampoco lo encontró. Y de pronto, me pregunto si no he juzgado mal a Céline, o al menos un poco mal.

Saco una de las postales de París que me sobran. Escribo mi nombre, mi dirección y todos mis datos, y se la entrego.

—Por si ves a Willem. O por si alguna vez vas a Boston y necesitas un lugar donde dormir o guardar tus cosas.

Ella coge la postal y la mira. Luego la mete en un cajón.

—Boston —dice—. Creo que prefiero Nueva York. —Casi es un alivio oírle hablar de nuevo con su tono altivo.

Pienso en Dee. Podría manejar a Céline.

—Eso probablemente se puede arreglar.

Cuando llego a la puerta, Céline me llama por mi nombre. Me vuelvo. Veo que ha tomado un bocado del *macaron*, la galleta es ahora una media luna.

—Siento haberte llamado cobarde —dice.

—Está bien —digo—. A veces siento que lo soy. Pero trato de ser

valiente.

—*Bon*. —Hace una pausa, y si no la conociera, pensaría que tal vez esté considerando la posibilidad de sonreír—. Si encuentras a Willem de nuevo, tendrás que ser valiente.

Me siento en el borde de una fuente a pensar en lo que me ha dicho Céline. No puedo distinguir si su intención era apoyarme o advertirme, o tal vez ambas cosas. Pero todo me parece demasiado teórico, de todos modos, porque he llegado a un callejón sin salida. Ella no sabe dónde está él. Puedo intentar buscarlo un poco más en Internet y enviar otra carta a los Guerrilla Will, pero aparte de eso, nada más.

«Tendrás que ser valiente».

Tal vez sea mejor así. Tal vez termino aquí. Mañana me iré a Versalles con la cuadrilla de Oz. Y eso me sentará bien. Saco el plano que me dio Sandra Dee para trazar mi camino de regreso al albergue. No está demasiado lejos. Puedo ir andando. Sigo la ruta con el dedo. Cuando lo hago, paso por encima de dos cuadrados grandes de color rosa. Los cuadrados grandes de color rosa de este plano son hospitales. Alejo un poco el plano. Hay cuadrados rosa por todas partes. París es una locura de hospitales. Planto el dedo en la posición del edificio ocupado. A la distancia de un pulgar de este hay varios hospitales.

Si Willem se lesionó cerca del edificio ocupado, y tuvieron que ponerle puntos de sutura, es muy probable que se los pusieran en uno de estos hospitales.

—¡Gracias, Dee! —grito en la tarde parisina—. Y gracias, Céline —añado un poco más tranquila. Y entonces me levanto y me voy.

Al día siguiente, Kelly me saluda fríamente, lo cual puedo decir es algo muy difícil para ella. Le pido disculpas por cómo me fui ayer.

—*Passa na'* —dice ella—. Pero ¿vendrás hoy con nosotros a Versalles?

Le hago una mueca.

—No puedo.

Sacude la cabeza con expresión de tristeza.

—Si no quieres pasar el rato con nosotros, está bien, pero no hagas planes y luego juegues con nuestros sentimientos.

No estoy segura de por qué no se lo he dicho. Me siento un poco tonta, rondando por aquí, con todo este problema, por un tipo que conocí durante un día. Pero cuando le cuento a Kelly una versión corta de la historia, incluyendo mi loca búsqueda de hoy, se pone seria. Cuando he terminado, simplemente asiente un poco con la cabeza.

—Entiendo —dice con solemnidad—. Te veré abajo, en el desayuno.

Cuando llego a la sala de los desayunos, Kelly y el grupo están sentados alrededor de una de las grandes mesas de madera, con unos planos extendidos delante de ellos. Me tomo un té, un cruasán y un yogur y me uno a ellos.

—Estamos contigo —declara Kelly—. Todos nosotros.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque se necesita un ejército para esto. —El resto del grupo me saluda, y entonces todos empiezan a hablar al mismo tiempo. Muy fuerte. La gente nos mira, pero estos chicos son incontenibles. Solo la muchacha pálida y menuda en un extremo de nuestra mesa nos ignora, con la nariz metida en un libro.

—¿Estáis seguros de que queréis perderos Versalles?

—Versalles es una reliquia —dice Kelly—. Esto, en cambio, es la vida real. El romance real. ¿Qué podría ser más francés que esto?

—Estamos contigo, te guste o no. Aunque tengamos que seguirte por todos los hospitales franceses de aquí a Niza —dice Shazzer.

—No creo que sea necesario —digo—. Los he buscado en el mapa. He reducido la búsqueda a tres hospitales probables.

La niña elfo levanta la mirada. Sus ojos son tan pálidos que parecen de agua.

—Lo siento, pero ¿has dicho que ibas a un hospital? —pregunta.

Miro a los australianos, mi ejército variopinto, todos ellos tan entusiastas.

—Parece que sí.

La niña elfo me mira con una intensidad extraña.

—Conozco los hospitales —dice con voz tranquila.

La miro. En serio, no puedo pensar en nada más aburrido que esto, excepto tal vez en una visita a una oficina del paro francesa. No me puedo imaginar que quiera venir. Excepto tal vez porque se sienta sola. Y eso lo entiendo.

—¿Tú... quieres venir con nosotros? —pregunto.

—No especialmente —responde ella—. Pero creo que debo hacerlo.

El primer hospital en el plano resulta una especie de hospital privado, donde, después de una hora de que nos manden de despacho en despacho, nos encontramos con que, si bien hay una sala de urgencias, no atienden la mayoría de los casos que se presentan, sino que los envían a los hospitales públicos. Nos envían al Lariboisière Hôpital.

Entramos directamente en *urgences*, la versión francesa de la sala de urgencias, y después de haber recibido un número y de que nos digan que esperemos, pasamos un buen rato sentados en unas sillas incomodísimas junto a todas las personas con codos rotos y toses estentóreas que suenan realmente feas y hasta contagiosas.

El entusiasmo inicial del grupo empieza a decaer cuando se dan cuenta de que estar en una sala de urgencias es tan aburrido en Francia como en cualquier otro lugar. Se entretienen lanzándose bolitas de papel y juegan a las cartas, y no se hacen querer por las enfermeras. Wren, la extraña y pálida niña elfo que hemos recogido, no participa en ninguna de las tonterías. Solo lee su libro.

Cuando nos llaman al mostrador, las enfermeras ya nos odian, y el sentimiento es más o menos mutuo. Shazzer, que aparentemente habla el mejor francés, es nombrada embajadora, y no sé si es su nivel de francés o su ausencia de dotes diplomáticas, pero a los cinco minutos ya está discutiendo acaloradamente con la enfermera, y a los diez minutos nos escoltan hasta la calle.

Ahora son las tres en punto. Hemos perdido casi medio día, y veo que el grupo está ansioso, cansado, hambriento, arrepentido de no haber ido a Versalles. Y ahora que lo pienso, me doy cuenta de lo ridículo que es esto. En la recepción de la consulta de mi padre hay una enfermera llamada Leona, que ni siquiera me deja entrar a menos que esté mi padre esperándome

dentro. Leona nunca me daría un historial médico, y soy la hija de su jefe, y hablo su mismo idioma, así que mucho menos a un extranjero desconocido.

—Esto ha sido un fracaso —les digo cuando salimos a la acera. La capa de nubes que se ha asentado en París durante los últimos días ha volado mientras esperábamos en el interior, y el día se ha vuelto claro y cálido—. Al menos podemos salvar el resto de la tarde. Comprar algo de comida y hacer un picnic en los jardines de Luxemburgo.

Veo que la idea les tienta. Nadie lo rechaza.

—Pero te prometimos que seríamos tu comando de ataque —dice Kelly—. No podemos dejarte hacer esto sola.

Levanto las manos en señal de rendición.

—No es necesario. Ya he terminado. Es una causa perdida.

Sacan los planos. Discuten sobre los trayectos en metro. Enumeran qué necesitan para hacer el picnic.

—La gente confunde sus santos patrones, ¿sabes? —levanto la mirada. Wren, nuestra chica elfo, que ha estado casi todo el día en silencio, por fin se decide a hablar.

—¿De verdad?

Asiente.

—San Antonio es el santo patrón de las cosas perdidas. Pero san Judas es el santo patrón de las causas perdidas. Tienes que asegurarte de que no le pides ayuda al santo equivocado.

Durante unos segundos todo el mundo mira a Wren. ¿Es una especie de fanática religiosa?

—¿Y cuál sería al que debo pedirle entonces que me ayude a encontrar a una persona perdida? —pregunto.

Wren se detiene a considerarlo.

—Eso depende. ¿Qué tipo de pérdida?

No lo sé. Tampoco sé si él se ha perdido. Tal vez esté exactamente donde quiere estar. Tal vez yo soy la que estoy perdida, persiguiendo a alguien que no tiene ningún deseo de ser encontrado.

—No estoy segura.

Wren hace girar su pulsera, se toca los dijes que cuelgan de ella.

—Tal vez lo que debemos hacer es rezar a ambos. —Ella me muestra los dijes. Hay muchos, uno con una fecha, otro con un trébol, uno con un pájaro.

—Pero yo soy judía.

—Oh, pero a ellos no les importa. —Wren me mira. Sus ojos no parecen tanto azules como casi azules. Como el cielo justo antes del amanecer—. Deberías pedirles ayuda a los santos. Y deberías ir a ese tercer hospital.

El Hôpital Saint-Louis tiene la friolera de cuatrocientos años de antigüedad. Wren y yo nos dirigimos hacia el ala moderna que se levanta a su lado. He enviado a los otros a los jardines de Luxemburgo sin que se quejaran demasiado.

La sala de urgencias está tranquila, solo hay unas pocas personas sentadas entre las filas de sillas vacías. Wren va hasta los dos enfermeros de la recepción y les habla en un perfecto francés con su voz extrañamente meliflua. Me quedo de pie detrás de ella, entendiendo bastante de lo que dice mientras les cuenta mi historia, fascinándolos. Incluso la gente en las sillas se inclina adelante para escuchar su voz tranquila. No tengo ni idea de cómo es que Wren conoce la historia, yo no se la he contado. Tal vez la escuchó de los demás en el desayuno. Termina, y se hace el silencio. Los enfermeros la miran, y luego miran hacia abajo y empiezan a escribir.

—¿Cómo puedes hablar francés tan bien? —susurro.

—Soy de Quebec.

—¿Por qué no hiciste de intérprete en el otro hospital?

—Porque no era el correcto.

Los enfermeros me preguntan su nombre. Se lo digo. Se lo deletreo. Oigo que teclean en el ordenador.

—*Non* —dice uno de los enfermeros—. *Pas ici*. —Niega con la cabeza.

—*Attendez* —dice el otro. «Espera».

Teclea un poco más. Le dice un montón de cosas a Wren, y pierdo la pista, pero luego unas palabras flotan por encima de las otras: una fecha. El día después del que Willem y yo pasamos juntos. El día en que nos separamos.

Dejo de respirar. Él levanta la mirada, me repite la fecha a mí.

—Sí —le contesto. Ese es el día en que habría venido a urgencias—. *Oui*.

El enfermero dice algo más que no entiendo. Me dirijo a Wren.

—¿Pueden decirnos cómo encontrarlo?

Wren hace algunas preguntas, y luego traduce de nuevo.

—Los registros están protegidos.

—Pero no tienen que darnos nada por escrito. Deben tener algo de él.

—Dicen que ahora todo está en el departamento de facturación. No llevan mucho aquí.

—Tiene que haber algo. Ahora es el momento de pedirle ayuda a san Judas.

Wren se toca uno de los dijes de la pulsera. Un par de médicos en bata blanca entran por las puertas dobles con sendas tazas de café en la mano. Wren y yo nos miramos la una a la otra, al parecer san Judas nos ha otorgado inspiraciones gemelas.

—¿Puedo hablar con un médico? —les pregunto a los enfermeros en mi terrible francés—. Tal vez el... —Me dirijo a Wren—. ¿Cómo se dice «médico de guardia» en francés, o lo que fuera el médico que trató a Willem?

El enfermero debe de comprender algo de inglés, porque se frota la barbilla y vuelve a teclear en el ordenador.

—Ah, el doctor Robinet —dice, y levanta un teléfono. Unos minutos más tarde, las puertas dobles se abren y es como si en ese momento san Judas hubiera decidido enviarnos un bono, porque el médico es tan guapo como el de una serie de la tele: pelo rizado entrecano, una cara que es a la vez delicada y fuerte. Wren empieza a explicarle la situación, pero luego me doy cuenta de que, perdida la causa o no, soy yo quien tengo que explicar mi caso. En el francés más esforzado imaginable, se lo intento explicar: «Amigo herido. En este hospital. Amigo perdido. Necesidad de encontrarlo». Estoy agotada, y con mis frases básicas debo de sonarle como una mujer de las cavernas.

El doctor Robinet me mira durante un rato. Luego nos hace una seña para que lo sigamos a través de las puertas dobles a una sala de examen vacía, donde hace un gesto para que nos sentemos frente al escritorio mientras se

acomoda en una silla con ruedas al otro lado.

—Entiendo tu dilema —responde en perfecto inglés con acento británico—. Pero no podemos enseñar el historial de un paciente. —Se vuelve para mirarme directamente a los ojos. De color verde brillante, a la vez fuertes y amables—. Tengo entendido que ha viajado desde Estados Unidos para encontrarlo, pero lo siento.

—¿Puedes decirme al menos qué le pasó? ¿Eso sería romper el protocolo?

El doctor Robinet sonríe pacientemente.

—Veo a decenas de pacientes al día. Y esto fue... ¿hace un año?

Asiento con la cabeza.

—Sí. —Lo disparatado de todo esto me golpea de nuevo en el pecho. Un día. Un año.

—Quizá si me lo describes... —dice el doctor Robinet, y siento que se afloja un poco el nudo de mi garganta.

—Era holandés. Muy alto. Setenta y cinco kilos. Tenía el cabello muy claro, casi como la paja, pero los ojos muy oscuros, casi como brasas. Era delgado. Sus dedos eran largos. Tenía una cicatriz, en zigzag, justo en el empeine. —A medida que lo describo, detalles que pensaba que había olvidado vuelven a mí, y surge una imagen de él.

Pero el doctor Robinet no visualiza la misma imagen. Me mira perplejo, y me doy cuenta de que, desde su punto de vista, he descrito a un tipo alto y rubio, una persona entre miles.

—Tal vez, si tuvieras una fotografía...

Siento como si la imagen que he creado de Willem estuviera viva en la sala. Él tenía razón sobre que no se necesita una cámara para grabar las cosas importantes. Él había estado dentro de mí todo este tiempo.

—No —le digo—. Oh, pero le pusiste puntos. Y tenía un ojo morado.

—Eso describe a la mayoría de las personas que tratamos —dice el doctor Robinet—. Lo siento mucho. —Se levanta del taburete y algo cae tintineando en el suelo. Wren recupera una moneda de un euro del suelo y se la tiende.

—¡Espera! Él hacía eso con las monedas —le digo—. Era capaz de mantener en equilibrio una moneda y pasársela por los nudillos. De esta

manera. ¿Puedo? —Extiendo la mano para que me dé el euro y le enseño cómo se pasaba la moneda por los nudillos.

Le devuelvo el euro al doctor Robinet, y lo mira en su mano, examinándolo como si se tratara de una moneda rara. Luego lo lanza al aire y lo recoge.

—*Commotion cérébrale!* —dice.

—¿Qué?

—¡Conmoción cerebral! —traduce Wren.

—¿Conmoción cerebral?

Él levanta el dedo índice y lo mueve en círculos lentamente, como si la información se hundiera en un pozo profundo.

—Tenía una conmoción cerebral. Y si no recuerdo mal, una herida en la cara. Queríamos que se quedara en observación, porque las conmociones cerebrales pueden ser graves, y también queríamos informar de ello a la policía porque había sido asaltado.

—¿Asaltado? ¿Por qué? ¿Por quién?

—No lo sé. Se suele presentar un informe a la policía, pero él se negó. Estaba muy agitado. ¡Ahora lo recuerdo! No quiso quedarse más que unas pocas horas. Quería irse de inmediato, pero insistí en que se quedara para hacerle una tomografía computarizada. Sin embargo, tan pronto como le suturamos la herida y nos aseguramos de que no había hemorragia cerebral, insistió en que tenía que irse. Dijo que era muy importante. Porque iba a perder a alguien. —Se vuelve hacia mí, con los ojos muy abiertos ahora—. ¿A ti?

—A ti —dice Wren mirándome.

—A mí —le digo. Unos puntos negros me bailan en los ojos y me empieza a dar vueltas la cabeza.

—Creo que va a desmayarse —dice Wren.

—Pon la cabeza entre las piernas —me aconseja el doctor Robinet. Sale al pasillo y llama a una enfermera, que me trae un vaso de agua. Me lo bebo. El mundo deja de girar. Poco a poco, vuelvo en mí por completo. El doctor Robinet me está mirando ahora, y veo que la sombra de su profesionalidad se ha reducido un poco.

—Pero eso fue hace un año —dice con una voz suave—. ¿Os perdisteis el uno al otro hace un año?

Asiento.

—¿Y lo has estado buscando todo este tiempo?

En cierto modo, así es, de modo que vuelvo a asentir.

—¿Y crees que él ha estado buscándote a ti?

—No lo sé. —Y también es verdad. El hecho de que tratara de encontrarme hace un año no quiere decir que ahora quiera encontrarme. O que quiere que yo lo encuentre.

—Pero tienes que saberlo —responde. Y por un momento creo que me está regañando porque debería saberlo, pero entonces levanta el teléfono y hace una llamada. Cuando termina, se vuelve hacia mí—. Debes saberlo —repite—. Ves a la ventanilla dos de la oficina de facturación ahora. No pueden darte su historial, pero les he dado instrucciones de que te proporcionen su dirección.

—¿La tienen? ¿Tienen su dirección?

—Tienen una dirección. Ve a buscarla ahora mismo. Y después encuéntralo. —Me mira de nuevo—. No importa el qué, pero tienes que saberlo.

Salgo del edificio. Llevo la dirección de Willem apretada en el puño. Todavía no la he mirado. Le digo a Wren que necesito un momento a solas y camino hacia los muros del antiguo hospital.

Me siento en un banco al lado de un arriate, entre los viejos edificios de ladrillo. Las abejas zumban entre los arbustos en flor y los niños juegan; hay tanta vida entre los muros del antiguo hospital... Miro el papel aún en mi mano. Podría tener cualquier dirección. Podría estar en cualquier parte del mundo. ¿Hasta qué punto estoy dispuesta a soportar esto?

Pienso en Willem, magullado —¡golpeado!— y todavía está tratando de encontrarme. Respiro hondo. Me llega el olor de la mezcla del césped recién cortado con el polen y el humo de los camiones al ralentí en la calle. Me miro la marca de nacimiento en mi muñeca.

Abro el papel, sin saber adónde iré después, solo segura de que iré.

Agosto, Utrecht, Holanda

MI guía de viajes solo tiene dos páginas sobre Utrecht, así que espero que sea pequeña o fea o industrial, pero resulta ser una ciudad preciosa, medieval y llena de casas adosadas con tejados a dos aguas y canales con casas flotantes, y de callejuelas que tanto podrían albergar seres humanos como muñecas. No hay muchos albergues juveniles, pero cuando llego al único que puedo pagar, me entero de que antes de que fuera un hostel era un edificio ocupado y lleno de estudios de artistas. Y tengo la sensación como si un radar se comunicara conmigo desde alguna parte secreta del mundo y me dijera: «Sí, aquí es donde tienes que quedarte».

Los chicos del albergue juvenil son amables y serviciales y hablan un inglés perfecto, como Willem. Uno de ellos incluso se parece a él: el mismo rostro anguloso, esos labios rojos e hinchados. Le pregunto si conoce a Willem. Y no, no lo conoce, y cuando le explico que se parece a alguien a quien estoy buscando, se ríe y me dice que a él y a la mitad de Holanda. Me da un plano de Utrecht y me enseña cómo llegar a la dirección que me dio el hospital, a unos kilómetros de aquí, y me sugiere que alquile una bicicleta.

Opto por el autobús. La casa se encuentra más allá del centro, en una zona llena de tiendas de discos, restaurantes étnicos y grafitos en las paredes. Después de equivocarme un par de veces, encuentro la calle, frente a las vías del tren, en las que hay un vagón abandonado, casi completamente repleto de pintadas. Justo al otro lado de la calle hay una de esas casas estrechas que,

según el papel, es la última dirección conocida de Willem de Ruiten.

Tengo que abrirme paso entre seis bicicletas atadas con cadenas hasta llegar a la puerta, que está pintada de azul eléctrico. Dudo antes de pulsar el timbre, que parece un globo ocular. Me siento extrañamente tranquila cuando llamo. Oigo el timbre. A continuación, se oye el sonido de unos pasos muy pesados. Solo he estado con Willem durante un día, pero reconozco que esos no son sus pasos. Por alguna razón estoy segura de que los suyos serían más ligeros. Una chica guapa, alta, con una larga trenza marrón, abre la puerta.

—Hola. ¿Hablas inglés? —le pregunto.

—Sí, por supuesto —responde ella.

—Estoy buscando a Willem de Ruiten. Me han dicho que vive aquí. —Le enseño el pedazo de papel como si fuera la prueba.

De alguna manera yo sabía que él no estaría aquí. Tal vez porque no estaba lo suficientemente nerviosa. Así que cuando la expresión de ella no cambia, no me sorprende.

—No lo conozco. Solo he alquilado una habitación aquí para pasar este verano —dice ella—. Lo siento. —Empieza a cerrar la puerta.

Por ahora, solo he oído «no», o «lo siento» o «no puedo ayudarte», ese tipo de ofertas de apertura.

—¿Hay alguien aquí que pueda conocerlo?

—Saskia —llama la chica guapa. Desde lo alto de una escalera tan estrecha y empinada que parece una de esas escalas de cuerda, aparece una chica. Baja. Tiene el pelo rubio, las mejillas rosadas y los ojos azules, y hay algo vagamente rural y fresco en ella, como si acabara de montar a caballo o arar la tierra, a pesar de que su cabello está cortado de un modo impecable y lleva un suéter negro que es de todo menos tradicional.

Una vez más, explico que estoy buscando a Willem de Ruiten. Entonces, a pesar de que no me conoce, Saskia me invita a pasar y me ofrece una taza de café o de té, lo que elija.

Las tres nos sentamos a una sucia mesa de madera cubierta de montones de revistas y sobres. Hay ropa esparcida por todas partes. Está claro que aquí vive mucha gente. Menos Willem, al parecer.

—Él nunca ha vivido aquí —explica Saskia tras servirme un té y unas

chocolatinas.

—Pero ¿lo conoces? —pregunto.

—Lo he visto un par de veces. Yo era amiga de Lien, que era la novia de uno de los amigos de Robert-Jan. Pero en realidad no conozco muy bien a Willem. Al igual que Anamiek, solo pasaré aquí el verano.

—¿Sabes por qué habría dicho que esta era su dirección?

—Probablemente por Robert-Jan —dice Saskia.

—¿Quién es Robert-Jan?

—Va a la Universidad de Utrecht, igual que yo. Vivía aquí —explica Saskia—. Pero se fue. Ahora ocupó su habitación.

—Claro —murmuro para mis adentros.

—En las casas de estudiantes, las personas van y vienen. Pero Robert-Jan volverá a Utrecht. No aquí, sino a otro piso. Por desgracia, no sé dónde. Yo solo estoy en su habitación. —Se encoge de hombros, como diciendo «eso es todo».

Tamborileo con los dedos sobre la vieja mesa de madera. Miro el correo amontonado.

—¿Crees que podría mirar el correo, a ver si hay alguna pista?

—Adelante —responde Saskia.

Pongo manos a la obra. En su mayor parte son facturas, revistas y catálogos dirigidos a diversas personas que viven o han vivido en esta dirección. Puedo contar por lo menos media docena de nombres, incluyendo el de Robert-Jan. Pero no hay ni una sola para Willem.

—¿Willem recibió alguna vez correo aquí?

—Algo —responde Saskia—. Pero alguien organizó el correo hace unos días, así que quizá lo tiró a la basura. Como he dicho, no ha estado por aquí durante meses.

—Espera —dice Anamiek—. Creo que he visto algo con su nombre en el correo nuevo. Todavía está en la caja junto a la puerta.

Regresa con un sobre. No es correo basura. Es una carta, con la dirección escrita a mano. Los sellos son holandeses. Quiero encontrarlo, pero no lo suficiente para abrir su correspondencia personal. Dejo el sobre encima de los montones, pero luego doy un respingo. Porque la dirección del remitente en

la esquina superior derecha, escrita con una letra enrevesada y desconocida para mí, es la mía.

Cojo el sobre y lo miro contra la luz de la lámpara. Hay otro sobre más en su interior. Abro el sobre exterior y cae mi carta, la que les envié a los de Guerrilla Will en Inglaterra, en busca de Willem. Por el aspecto de los sellos y las direcciones tachadas y la cinta adhesiva en el sobre, se ha enviado un par de veces. Abro la carta original para ver si alguien ha añadido algo, pero no es así. Solo la han leído y reenviado.

Aun así, por alguna razón me siento muy contenta. Durante todo este tiempo, mi cartita también ha estado tratando de encontrarlo. Quiero besarla por su tenacidad.

Les enseño la carta a Saskia y a Anamiek. Se la leo y me miran confundidas.

—Yo escribí esta carta —les digo—. Hace cinco meses. La primera vez que traté de encontrarle. Me dieron una dirección en Inglaterra, y de alguna manera encontró su camino hasta aquí. Igual que yo. —De pronto, me asalta de nuevo esa sensación. Estoy en el camino correcto. Mi carta y yo aterrizamos en el mismo lugar, aunque se trate de un lugar equivocado.

Saskia y Anamiek se miran.

—Vamos a hacer unas llamadas —dice Saskia—. Podemos ayudarte a encontrar a Robert-Jan.

Las chicas desaparecen por las escaleras. Oigo que encienden un ordenador. Oigo a Saskia hablar por teléfono. Unos veinte minutos más tarde, vuelven a la habitación.

—Es agosto, por lo que casi todo el mundo está fuera, pero estoy segura de que puedo conseguir el contacto de Robert-Jan en un día o dos —dice Saskia.

—Gracias —le digo.

Parpadea. No me gusta la forma en que me miran.

—A pesar de que podrías haber encontrado a Willem de una forma más rápida.

—¿En serio? ¿Cuál?

Ella vacila.

—Preguntándole a su novia.

ANA Lucía Aureliano. Así se llama. La novia de Willem. Y asite a algún colegio universitario vinculado a la Universidad de Utrecht.

En todo el tiempo que he pasado buscándolo, nunca soñé con llegar hasta aquí. Así que no me permito imaginar que lo he encontrado. Y aunque me he imaginado que tiene un montón de chicas, no había pensado que tuviera una sola. Lo cual, mirando hacia atrás, parece terriblemente estúpido.

No es que esté aquí para volver a estar juntos. No es como si viniera para recuperar a mi pareja. Pero si he llegado tan cerca solo para volverme ahora, creo que lo lamentaría el resto de mi vida.

Irónicamente, es lo que dijo Céline lo que finalmente me convenció para ir a buscar a la novia de Willem: «Tendrás que ser valiente».

El campus del colegio universitario es pequeño y autónomo, a diferencia de la Universidad de Utrecht, que se extiende por todo el centro de la ciudad, me explicó Saskia. Está en las afueras, y mientras me paseo por allí en una bicicleta de color rosa que Saskia insistió en prestarme, pienso lo que voy a decirle si la encuentro. O si lo encuentro a él.

La escuela cuenta con muy pocos alumnos, y todos viven en el campus, y también hay una escuela internacional que atrae a estudiantes de todo el mundo, y todas las clases se imparten en inglés. Lo que significa que solo necesito preguntar a dos personas por Ana Lucía antes de que me den la dirección de su apartamento en la residencia de estudiantes. Y son unos apartamentos que se parecen menos a una residencia universitaria que a un escaparate de Ikea. Me asomo a la puerta de corredera de cristal, todo es de

madera, el mobiliario es moderno y elegante, a un millón de kilómetros de distancia del soso estilo industrial de la habitación que compartía con Kali. Las luces están apagadas, y cuando llamo, nadie responde. Justo fuera de una de las cristaleras de la puerta hay un rellano de hormigón con algunos cojines bordados, así que me siento y espero.

Debo de haberme dormido, porque me despierto cayendo hacia atrás. Alguien ha abierto la puerta detrás de mí. Levanto la vista. La chica —Ana Lucía, supongo—, es guapa, con el cabello ondulado, largo y castaño, y labios de fresa, que se acentúa con un lápiz labial rojo. Entre ella y Céline, debería sentirme halagada de estar en tal compañía, pero eso no es lo que siento en este momento.

—¿Puedo ayudarte? —pregunta inclinada sobre mí, mirándome como se mira a un vagabundo que duerme en tu porche.

El sol ha salido de detrás de las nubes y se refleja en la ventana de cristal, creando un resplandor. Me protejo los ojos con las manos y me levanto.

—Lo siento. Debo de haberme dormido. Estoy buscando a Ana Lucía Aureliano.

—Yo soy Ana Lucía —dice, haciendo hincapié en la pronunciación correcta con la fuerza de su ceceo español. Entrecierra los ojos, me estudia—. ¿Nos hemos visto antes?

—Oh, no. Soy Allyson Healey. Yo... lo siento. Esto es muy raro. Soy de Estados Unidos, y trato de encontrar a alguien.

—¿Es tu primer semestre aquí? Hay un directorio de estudiantes online.

—¿Qué? Oh, no. No estudio aquí. Voy a la facultad en Boston.

—¿Y a quién buscas?

Casi que no quiero decir su nombre. Podría decirlo y entonces ella se haría la lista. Y no tendría que escucharla preguntarme con ese acento adorable por qué quiero saber dónde está su novio. Pero tendría que irme a casa de vuelta, y después de haber llegado hasta aquí, no perdonaría no hacerlo. Así que se lo digo.

—Willem de Ruiters.

Me mira largamente y por fin arruga su cara bonita, hace un puchero con sus labios perfectos. Y después, de esos labios perfectos sale un chorro de

palabras que supongo que son imprecaciones. No puedo estar segura. Está hablando en español. Pero agita los brazos y habla a mil por hora, y se le ha puesto la cara roja como un tomate. «¡Vete! ¡Lárgate, puta!». Y entonces me coge por los hombros y me empuja fuera de la escalinata, como un gorila echando a un borracho de un bar. Y me arroja la mochila a los pies, y su contenido se derrama en el suelo. Luego cierra la puerta de golpe, tanto como se puede cerrar de golpe una puerta de corredera de cristal. Echa el cerrojo. Y desaparece en las sombras.

Me quedo boquiabierta por un momento. Luego, como en un sueño, meto las cosas en mi bolsa. Me examino el codo, que tiene un rasguño donde me he golpeado al aterrizar, y mis brazos, que llevan las medias lunas de las marcas de sus uñas.

—¿Estás bien? —Levanto la vista y veo a una chica bonita con rastas que se agacha a mi lado y me da mis gafas de sol.

Asiento con la cabeza.

—¿No necesitas hielo o algo? Tengo un poco en mi habitación. —Empieza a caminar de regreso a su porche.

Me toco la cabeza. También tengo un chichón, pero nada serio.

—Creo que estoy bien. Gracias.

Me mira y sacude la cabeza.

—¿Estabas, por casualidad, preguntando por Willem?

—¿Lo conoces? —pregunto—. ¿Conoces a Willem? —La sigo a su habitación. Hay un ordenador portátil y un libro de texto. Es un libro de Física. Lo ha dejado abierto por un capítulo que habla de entrelazamientos cuánticos.

—Lo he visto por aquí. Solo llevo aquí dos años, así que no lo conocía cuando llegó. Pero solo una persona pone así de loca a Ana Lucía.

—Espera. ¿Aquí? ¿Iba a la universidad? ¿Aquí? —Trato de conciliar al Willem que conocí, el actor itinerante, con un estudiante de un colegio universitario, y me golpea de nuevo lo poco que lo conozco.

—Durante un año. Antes de que yo llegara. Estudió Economía, creo.

—Entonces, ¿qué pasó? —Me refiero a la Universidad, pero ella comienza a hablarme de Ana Lucía. De cómo ella y Willem volvieron a

reunirse el año pasado, pero que entonces ella se enteró de que él había estado engañándola con una chica francesa todo el tiempo. Lo dice como si nada de eso fuera sorprendente.

Pero a mí, la cabeza me da vueltas. Willem estuvo aquí. Estudió Economía. Así que tardo un minuto en digerir la última parte. La parte de que engañó a Ana Lucía con una chica francesa.

—¿Una chica francesa? —repito.

—Sí. Al parecer, Willem iba a reunirse con ella en secreto, en España, creo. Ana Lucía le vio comprar los billetes por Internet, en su ordenador, y pensó que quería darle una sorpresa porque ella tiene parientes allí. Así que canceló sus vacaciones en Suiza, y luego le contó a su familia todo sobre él, y planearon una gran fiesta, solo para descubrir que los billetes no eran para ella sino para la francesa. Ella se puso como loca, le montó una escena delante de todo el mundo, en medio del campus. Desde entonces no ha vuelto por aquí, obviamente. ¿Seguro que no necesitas un poco de hielo para tu cabeza?

¿Se referirá a Céline? Pero dijo que no lo había visto desde el año pasado. Pero también dijo un montón de cosas. Incluyendo que ambas éramos dos de sus muchas otras chicas, porque seguro que tenía una en cada puerto. Tal vez éramos un montón. Una chica francesa. O dos, o tres. Una española. Una estadounidense. Unas Naciones Unidas enteras de chicas saludando desde sus puertos. Pienso en las palabras de despedida de Céline, y ahora parecen de mal agüero.

Siempre supe que Willem era un jugador y que yo era una de muchas. Pero ahora también sé que ese día no me abandonó. Me escribió una nota. Intentó, aunque sin mucho entusiasmo, encontrarme.

Pienso en lo que dijo mi madre. Lo de agradecer lo que tienes en lugar de anhelar lo que crees que quieres. De pie aquí, en el campus por donde una vez caminó Willem, creo que por fin entiendo de qué hablaba mi madre. Creo que por fin entiendo lo que realmente significa abandonar mientras llevas ventaja.

Ámsterdam

EMPUJE. Ese es mi nuevo lema. Nada de quejas. Y no hay vuelta atrás.

Puedo cancelar el vuelo París-Londres y volar directamente a casa desde Londres. No quiero volver a París. Quiero irme a otro lugar. Tengo cinco días más en Europa, y están todas esas compañías de bajo coste. Podría ir a Irlanda. O a Rumanía. Podría coger un tren a Niza y reunirme con la cuadrilla de Oz. Podría ir a cualquier parte.

Pero para llegar a cualquiera de esos lugares, tengo que ir a *Ámsterdam*. Así que ahí es donde voy primero. En la bicicleta de color rosa.

Cuando fui a devolverle la bici a Saskia, junto con una caja de bombones para darle las gracias, le dije que ya no necesitaba que me buscara la información de contacto de Robert-Jan.

—¿Encontraste lo que buscabas? —preguntó.

—Sí y no.

Ella pareció entenderme. Aceptó los bombones pero me dijo que me aquedara la bici. Que no era de nadie, y que la necesitaría en *Ámsterdam*, y que podría llevármela en el tren o dársela a otra persona.

—La Bicicleta Blanca —dije.

Ella sonrió.

—¿Sabes lo de la Bicicleta Blanca?

Asentí con la cabeza.

—Me gustaría que todavía existieran.

Pensé en mis viajes, en todas las cosas que la gente me había dado a mí: amistad, ayuda, ideas, aliento, *macarons*.

—Creo que todavía existen —dije.

Anamiek me ha escrito instrucciones para ir en bicicleta desde Utrecht a Ámsterdam. Solo son cuarenta kilómetros, y hay carriles para bicicletas en todo el camino, y son planos. Una vez que llego al extremo oriental de la ciudad, conecto con la línea nueve del tranvía, y solo tengo que seguirla todo el camino hasta la Estación Central, que es donde está la mayoría de los albergues juveniles económicos.

A las afueras de Utrecht el paisaje se convierte en un panorama industrial y luego en una sucesión de granjas. Vacas pastando en prados verdes, molinos de viento; incluso veo a un agricultor con zuecos. Pero pasa mucho tiempo hasta que el paisaje bucólico se funde con el de los bloques de oficinas y ya estoy en las afueras de Ámsterdam, pasando por un estadio enorme que dice AJAX y luego el carril bici me lleva hasta una calle y las cosas se ponen un poco confusas. Oigo el traqueteo de un tranvía, y es el número nueve, como me había prometido Anamiek. Lo sigo hasta más allá del Oosterpark y lo que supongo que es el zoológico, una bandada de flamencos rosados en el centro de la ciudad, pero luego las cosas se lían otra vez en una intersección con un gran mercadillo al aire libre y pierdo las vías del tranvía. Detrás de mí resuenan los motores de las motos, y el tráfico de bicicletas parece duplicar el de los coches, y sigo tratando de encontrar el tranvía, pero todos los canales parecen discurrir en círculos, y cada uno me parece igual que el anterior, metidos entre muros altos de piedra y con todo tipo de barcos en el agua salobre, desde casas flotantes y botes de remos a barcazas de paseo con cúpulas de cristal. Paso por delante de casas adosadas con tejados a dos aguas, y de cafés diminutos y acogedores cuyas puertas abiertas revelan paredes teñidas de marrón por cientos de años de hacer café en su interior. Giro a la derecha y llego al mercado de las flores, cuyos colores resaltan contra la luz mortecina de la mañana gris.

Saco el plano y le echo un vistazo. En esta ciudad todo parece girar en círculos, y los nombres de las calles se leen como si todas las letras del alfabeto se hubieran mezclado en un accidente de coche: *Oudezijds*

Voorburgwal. Nieuwebrugsteeg. Completamente perdida, pedaleo hasta llegar junto a un hombre alto con una chaqueta de cuero que está asegurando a un niño rubio a un asiento de bicicleta. Cuando veo su cara, doy otro respingo, porque es, aunque más viejo, otro clon de Willem.

Le pregunto por dónde debo ir, y me dice que lo siga hasta la plaza Dam y allí me señala la rotonda que da a la vertiginosa Warmoesstraat. Pedaleo por una calle llena de sex-shops, y de escaparates espeluznantes. Al final de la manzana hay uno de los albergues juveniles más baratos de la ciudad.

El vestíbulo hierve de actividad: la gente juega al billar, al pimpón y a las cartas, y todo el mundo parece tener una cerveza en la mano, a pesar de que apenas es la hora del almuerzo. Pido una habitación y sin pronunciar palabra la chica de ojos oscuros del mostrador escribe la información de mi pasaporte y recibe el dinero que le doy. Arriba, en la habitación compartida que me ha tocado, a pesar del cartel que dice EL CONSUMO DE DROGAS ESTÁ PROHIBIDO EN LAS HABITACIONES, el aire está lleno de humo de hachís, y un tipo con expresión somnolienta fuma a través de un tubo algo que está en un pedazo de papel de aluminio; estoy bastante segura de que aunque no es hachís tampoco es legal. Guardo mi mochila en el armario y bajo las escaleras. Salgo a la calle y me meto en un cibercafé repleto de gente.

Pago por media hora y echo un vistazo a los sitios de las compañías aéreas de bajo coste. Es jueves. Vuelo a casa desde Londres el lunes. Hay un vuelo a Lisboa por cuarenta y seis euros. Uno a Milán, y uno a algún lugar de... ¡Croacia! Busco Croacia en Google y veo fotos de playas rocosas y faros antiguos. Incluso hay hoteles baratos en los faros. Podría quedarme en un faro. ¡Podría hacer cualquier cosa!

No sé casi nada acerca de Croacia, así que decido ir allí. Saco mi tarjeta de débito para pagar el billete, pero me doy cuenta de que un correo electrónico nuevo ha aparecido en la otra ventana que tengo abierta. Pincho encima. Es de Wren. La frase del asunto dice: «¿Dónde estás?».

Rápidamente contesto que estoy en Ámsterdam. Cuando le dije adiós a Wren y a la cuadrilla de Oz en París la semana pasada, estaba pensando en coger un tren a Madrid, y Kelly y el grupo se dirigían a Niza, y estaban hablando tal vez de reunirse en Barcelona, por lo que estoy un poco

sorprendida cuando, treinta segundos después, recibo un correo electrónico de vuelta que dice «IMPOSIBLE. ¡¡YO TAMBIÉN!!». En el mensaje me da su número de teléfono.

Sonrío mientras la llamo.

—Sabía que estabas aquí —dice ella—. ¡Podía sentirlo! ¿Dónde estás?

—En un cibercafé en la Warmoesstraat. ¿Dónde estás tú? ¡Pensé que te ibas a España!

—He cambiado de planes. Winston, ¿Warmoesstraat está muy lejos? —le pregunta a un tercero—. Winston es un chico muy guapo que trabaja aquí —me susurra. Oigo una voz masculina de fondo. Entonces Wren chilla—: Estamos a cinco minutos una de la otra. Nos vemos en la plaza Dam, frente a esa torre blanca que parece un pene.

Cierro la ventana del navegador y diez minutos más tarde estoy abrazando a Wren como si fuera una pariente perdida hace mucho tiempo.

—Chica, qué rápido trabaja san Antonio —dice ella.

—¡No lo sabes bien!

—Entonces, ¿qué pasó?

Le hago un rápido resumen de la búsqueda de Ana Lucía, y que casi encuentro a Willem, y que he decidido no buscarlo más.

—Así que ahora me voy a Croacia.

Parece decepcionada.

—¿Cuándo?

—El vuelo sale mañana por la mañana. Estaba a punto de reservar el billete cuando me has enviado el e-mail.

—Oh, quédate unos días más. Podemos explorar juntas la ciudad. Podemos alquilar un par de bicicletas. O alquilar una sola y mientras una va en el sillín la otra va en el portabultos, como lo hacen las chicas holandesas.

—Ya tengo una bicicleta —le digo—. Es de color rosa.

—¿Tiene un portabultos detrás donde pueda sentarme?

Su sonrisa es demasiado contagiosa como para resistirme.

—Así es.

—Oh. Tienes que quedarte. Estoy en un hostel cerca de Jordaan. Mi habitación es del tamaño de una bañera, pero es bonita y la cama es doble.

Ven a compartirla conmigo.

Miro hacia arriba. Amenaza con llover otra vez, y hace mucho frío en agosto, y la web decía que en Croacia hace sol y calor. Pero Wren está aquí, y ¿qué posibilidades había de que pasara esto? Ella cree en los santos. Yo creo en los accidentes. Creo que básicamente creemos en lo mismo.

Saco mis cosas de la habitación del albergue, donde el chico de antes está desmayado en su cama, y me voy al albergue de Wren. Es mucho más acogedor que el mío, sobre todo porque Winston —alto, oscuro y sonriente— está en el mostrador. Arriba, su cama está cubierta de guías de viaje, no solo de Europa, sino de todo el mundo.

—¿Qué es todo esto?

—Winston me las ha prestado. Son para mi lista de cosas pendientes.

—¿Lista de cosas pendientes?

—Todas las que quiero hacer antes de morir.

Aquella curiosa y críptica frase que dijo Wren cuando nos conocimos en París me vuelve al recuerdo de inmediato: «Conozco los hospitales». Solo he estado con Wren un día y medio, pero eso es suficiente para que la idea de perderla sea inconcebible. Debe de verme algo en la cara, porque me toca suavemente el brazo.

—No te preocupes, tengo la intención de vivir mucho tiempo.

—¿Por qué tienes una lista de deseos, entonces?

—Porque si esperas hasta que te estás muriendo de verdad, ya es demasiado tarde.

La miro. «Conozco los hospitales». Los santos.

—¿Quién? —pregunto en voz baja.

—Mi hermana, Francesca. —Saca un pedazo de papel. Tiene un montón de títulos y direcciones, La bella Ángela (París), La lección de música (Londres), La resurrección (Madrid). Y así.

—No lo entiendo. —Le devuelvo el papel.

—Francesca no tenía muchas posibilidades de ser buena en muchas cosas, pero era una artista totalmente dedicada a su arte. Mientras estaba en el hospital, con un gotero de quimioterapia en un brazo, siempre tenía un bloc de dibujo en la otra mano. Hizo cientos de pinturas y dibujos, su legado, le

gustaba decir, porque al menos cuando ella muriera, sus dibujos vivirían, aunque solo fuera en un desván.

—Nunca se sabe —le digo, pensando en esas pinturas y esculturas de la casa ocupada que algún día podrían estar en el Louvre.

—Bueno, eso es exactamente. Encontró un montón de consuelo en el hecho de que artistas como Van Gogh y Vermeer fueran desconocidos en vida pero famosos después de su muerte. Y ella quería ver sus pinturas en persona, por lo que la última vez que estuvo en remisión, hicimos una peregrinación a Toronto y a Nueva York para ver un montón de obras. Después de eso, hizo una lista más larga.

Echo un nuevo vistazo a la lista.

—Así que ¿qué pintura hay aquí? ¿Una de Van Gogh?

—Hubo un Van Gogh en su lista. La noche estrellada, que vimos juntas en Nueva York, y hay algunos Vermeer aquí, aunque el que más le gustaba está en Londres. Pero esa es su lista, que ha sido pospuesta desde París.

—No lo entiendo.

—Adoraba a Francesca, y voy a ver esas pinturas por ella, un día. He pasado gran parte de mi vida a la sombra de ella. Tenía que ser así. Pero ahora se ha ido, y es como si yo todavía estuviera a la sombra de ella, ¿sabes?

Extrañamente, en cierto modo lo entiendo. Asiento.

—Me ocurrió algo cuando te vi en París. No eres más que una chica normal que está haciendo algo un poco loco. Eso me inspiró. He cambiado mis planes. Y ahora he comenzado a preguntarme si encontrarme contigo no es la única razón por la que estoy en este viaje. Que tal vez Francesca, los santos, querían que nos encontráramos.

Me da un escalofrío al oírlo.

—¿De verdad lo crees?

—Yo creo que sí. No te preocupes, no les diré a mis padres que eres la razón por la que volveré a casa un mes después. Están un poco enfadados.

Me río. También entiendo eso.

—Entonces ¿qué hay en tu lista?

—Es mucho menos noble que la de Francesca. —Busca en su diario de viaje y saca un trozo arrugado de papel. «Besar a un chico en lo alto de la

Torre Eiffel. Rodar por un campo de tulipanes. Nadar con los delfines. Ver las auroras boreales. Subir a un volcán. Cantar en una banda de rock. Fabricarme unas botas. Cocinar un festín para 25 amigos. Hacer 25 amigos»—. Está incompleta. Sigo añadiendo cosas, y ya he tenido algunos contratiempos. He venido aquí para correr por los campos de tulipanes, pero solo florecen en primavera. Así que ahora voy a tener que hacer otra cosa. Oh, bueno, creo que puedo ver la aurora boreal en ese lugar de Noruega llamado Bodø.

—¿Has conseguido besar a un chico en lo alto de la Torre Eiffel?

Esboza una sonrisa de duendecillo travieso.

—Lo hice. Fui la mañana en que te marchaste. Había un grupo de italianos. Pueden ser muy serviciales, los italianos. —Baja la voz hasta susurrarme—: Ni siquiera sé su nombre.

—A veces no es necesario —le susurro yo.

37

VAMOS a un restaurante indonesio en el que sirven esos platos enormes llamados *rijsttafel*, y nos atiborramos de comida, y cuando nos tambaleamos montadas en la bici, tengo una idea. No es como los campos de flores de Keukenhof, pero tal vez servirá. Nos perdemos durante unos veinte minutos hasta que encuentro el mercado de flores que vi esta mañana. Los vendedores están cerrando sus puestos y dejando tras de sí un buen número de flores desechadas. Wren y yo recogemos un montón y las coloco en la acera por encima de la orilla del canal. Se vuelve de lado sobre la alfombra de flores, feliz. Me río mientras le saco algunas fotos con su cámara y con mi teléfono y se las mando a mamá.

Los vendedores la miran sonriendo, pero como si este tipo de cosas sucedieran por lo menos dos veces a la semana. Luego un tipo grande con barba que lleva tirantes sobre un vientre prominente se acerca con un poco de lavanda marchita.

—Ella poner estas también.

—Toma, Wren. —Le lanzo las fragantes flores púrpuras.

—Gracias —le digo al tipo. Entonces le explico lo de Wren y su lista de cosas pendientes y que los campos de tulipanes no florecerán hasta la primavera, y que ha tenido que conformarse con esto.

Mira a Wren, que está tratando de quitarse los pétalos y las hojas de su suéter. Mete la mano en el bolsillo y saca una tarjeta.

—Tulipanes en agosto, no es tan fácil. Pero si a ti y a tu amiga no os importa despertaros temprano, tal vez podáis disfrutar de un pequeño campo

de tulipanes.

A la mañana siguiente, Wren y yo nos despertamos a las cuatro cuando suena la alarma del despertador, y quince minutos más tarde bajamos a la calle desierta para encontrarnos con Wolfgang que nos espera en su mini camión. Todos los avisos de mis padres de que no me meta en coches con desconocidos me vienen a la mente, pero me doy cuenta, por improbable que sea, de que Wolfgang no es un extraño. Los tres nos apretamos en el asiento delantero mientras nos vamos a un invernadero en Aalsmeer. Wren está prácticamente saltando de emoción, que parece algo antinatural a las cuatro y cuarto de la mañana, y eso que ni siquiera se ha tomado un café todavía, aunque Wolfgang ha traído un termo y algunos huevos duros y pan.

Pasamos el trayecto escuchando *europop* cursi y Wolfgang nos cuenta que pasó treinta años en la marina mercante antes de mudarse al barrio de Jordaan de Ámsterdam.

—Soy alemán de nacimiento, pero seré un Amsterdammer cuando muera —dice con una amplia sonrisa.

A las cinco de la mañana, llegamos a Bioflor, que apenas se parece a las fotos de los Jardines de Keukenhof, con sus alfombras de colores, sino que más bien parece una especie de granja industrial. Miro a Wren y me encojo de hombros. Wolfgang se detiene junto a un invernadero del tamaño de un campo de fútbol, con una fila de paneles solares en la parte superior. Un hombre de rostro sonrosado llamado Jos nos saluda. Y entonces abre la puerta, y Wren y yo soltamos sendos gritos ahogados.

Hay filas y filas de flores de todos los colores. Hectáreas. Caminamos por los senderos estrechos, el aire huele a humedad y a estiércol, y entonces Wolfgang nos señala una sección repleta de tulipanes de color fucsia y de una combinación explosiva de naranjas que se parecen al color de la carne de las naranjas sanguinas. Me alejo, dejando a Wren con sus flores.

Ella se queda allí quieta durante un rato. Por fin la oigo gritar:

—¡Esto es increíble! ¿Puedes ver esto? —Wolfgang me mira pero no contesto porque no creo que nos esté hablando a nosotros.

Wren corre por el invernadero, y yo le hago un montón de fotos. Y entonces Wolfgang nos dice que tenemos que volver. Escuchamos canciones de Abba durante todo el camino, y a Wolfgang diciendo que Abba es el esperanto de la felicidad, y que las Naciones Unidas deberían poner sus canciones en las asambleas generales.

Y solo cuando llegamos a un almacén de las afueras de Ámsterdam me doy cuenta de que la parte posterior del camión de Wolfgang sigue vacía.

—¿No has comprado flores para tu puesto?

Niega con la cabeza.

—Oh, nunca compro flores en las granjas. Puedo comprarlas en una subasta de mayoristas que hacen aquí. —Señala a la gente cargando de flores sus camiones.

—¿Así que has hecho todo el camino solo por nosotras? —le pregunto.

Se encoje un poco de hombros, como diciendo «por supuesto, ¿por qué si no?». Y en este punto realmente no tengo derecho a sorprenderme por la capacidad de bondad y generosidad que tienen las personas, pero aun así, me sorprende. Me sorprende cada vez.

—¿Puedo invitarte a cenar esta noche? —le pregunto.

Niega con la cabeza.

—Esta noche no. Voy a ver una obra de teatro en Vondelpark. —Nos mira—. Deberías venir. Es en inglés.

—¿Por qué hacen en Holanda una obra de teatro en inglés? —pregunta Wren.

—Esa es la diferencia entre los alemanes y los holandeses —responde Wolfgang—. Los alemanes traducen a Shakespeare. Los holandeses lo dejan en inglés.

—¿Shakespeare? —pregunto, sintiendo que se me eriza cada pelo de mi cuerpo—. ¿Qué obra?

Y antes de que Wolfgang termine de decirme el título, me echo a reír. Porque sencillamente no es posible. Es menos posible que encontrar una aguja en una fábrica de agujas. Menos posible que encontrar una estrella solitaria en el universo. Es menos posible que encontrar a esa única persona entre todos los miles de millones que podrías amar.

Porque esta noche, en Vondelpark, están representando *Como gustéis*. Y sé con certeza que no puedo explicarlo, pero apostarí mi vida a que él tiene un papel en esta obra.

38

Y así, después de un año, lo encuentro como lo encontré por primera vez: en un parque, en la penumbra sofocante, pronunciando los versos de William Shakespeare.

Excepto que esta noche, después de este año, todo es diferente. No son los Guerrilla Will. Es una producción de verdad, con un escenario, con asientos, con luces, con una multitud. Una gran multitud. De tal manera que cuando llegamos, nos redirigen a un pequeño muro en el borde del pequeño anfiteatro.

Y este año ya no es un actor sustituto. Este año, él es una estrella. Es Orlando, como yo ya sabía. Es el primer actor en escena, y desde el primer segundo en el escenario, se adueña del personaje. Es fascinante. No solo para mí. Para todos. Un silencio cae sobre la multitud tan pronto como declama el primer monólogo y continúa durante el resto de la actuación. El cielo se oscurece, y las polillas y los mosquitos revolotean en torno a los focos, y el Vondelpark de Ámsterdam se transforma en el bosque de Arden, un lugar mágico donde encontrar lo perdido.

Mientras lo miro, es como si solo estuviéramos nosotros dos. Solo Willem y yo. Todo lo demás desaparece: el sonido de los timbres de las bicicletas y el de las campanillas de los tranvías desaparecen. Los insectos que zumban alrededor de la fuente del estanque desaparecen. El grupo de chicos ruidosos sentado a nuestro lado desaparece. Los otros actores desaparecen. El año pasado desaparece. Todas mis dudas desaparecen. La sensación de estar en el camino correcto llena cada poro de mi piel. Lo he

encontrado. Aquí. En Orlando. Todo me ha llevado a esto.

Su Orlando es diferente de como lo representamos en clase o de como lo realizó el actor que hizo su papel en Boston. El suyo es sexy y vulnerable, el anhelo por Rosalinda se hace palpable, una especie de feromona que emana de él y se desplaza a través de la luz de los focos, hasta aterrizar sobre mi piel húmeda y acogedora. Siento que mi deseo, mi anhelo y, sí, mi amor, late en mí y flota hacia el escenario, donde me imagino que alimentan su corazón, como versos.

No puede saber que estoy aquí. Pero aunque parezca extraño, siento que lo sabe. Tengo la sensación de que me siente en las palabras que recita, de la misma manera que yo lo sentí la primera vez que recité en la clase del profesor Glenny.

Recuerdo muchos versos de Rosalinda, también de Orlando, que puedo recitar en voz baja mientras hablan los actores. Tengo la sensación de que es como un diálogo privado entre Willem y yo.

La poca fuerza que tengo, contigo la tendría.

Que tengas suerte: ¡ruega al cielo que me deje embaucar por ti!

Amadme, pues, Rosalinda.

¿Y tú me tienes?

¿No sois bueno?

Lo espero al menos.

Ahora dime cuánto tiempo estarías con ella después de haberla poseído.

Para siempre y un día más.

Para siempre y un día más.

Sostengo la mano de Wren en una de las mías y la de Wolfgang en la otra. Hacemos una cadena, nosotros tres. Allí de pie, hasta que la obra ha terminado. Hasta que todo el mundo tiene su final feliz: Rosalinda se casa con Orlando, y Celia se casa con Oliver, que se reconcilia con Orlando, y Phoebe se casa con Silvius, y el duque malo es redimido, y el duque exiliado

vuelve a casa.

Después del monólogo final de Rosalinda, se acaba, y la gente se vuelve loca, grita, aplaude y silba, y yo lanzo los brazos alrededor de los hombros de Wren y de Wolfgang, y presiono mi mejilla contra la tela de su camisa de algodón, inhalando el olor a tabaco mezclado con néctar de flores y polvo. Y entonces alguien me abraza, los chicos ruidosos de al lado.

—¡Ese es mi mejor amigo! —grita uno de los chicos. Tiene unos traviosos ojos azules, y es un palmo más bajo que los otros, más Hobbit que holandés.

—¿Quién? —pregunta Wren. Los chicos ruidosos y, al parecer, borrachos, la abrazan a ella ahora.

—Orlando —responde el Hobbit.

—Oh —dice Wren con los ojos tan abiertos y pálidos que brillan como perlas—. Oh —me dice a mí.

—¿No serás Robert-Jan, por casualidad? —le pregunto.

El Hobbit se sorprende por un segundo. Entonces sonrío.

—Broodje para los amigos.

—Broodje —dice Wolfgang entre risas. Se vuelve hacia mí—. Es una especie de sándwich.

—Que a Broodje le encanta comer —dice uno de sus amigos acariciándose la barriga.

Broodje/Robert-Jan me tiende la mano.

—Tenéis que venir a la fiesta que damos esta noche. Será la madre de todas las fiestas. Él ha estado fantástico, ¿verdad?

Wren y yo asentimos. Broodje/Robert-Jan continúa hablando de lo fantástico que ha estado Willem y entonces su amigo le dice algo en holandés, algo, creo, sobre Willem.

—¿Qué le ha dicho? —le susurro a Wolfgang.

—Le ha dicho que no lo ha visto, a Orlando, creo, tan feliz, desde que... No lo he oído todo. Ha dicho algo sobre su padre.

Wolfgang saca un paquete de tabaco de una bolsa de cuero y empieza a liar un cigarrillo. Sin mirarme, dice con su voz grave:

—Creo que los actores salen por ahí. —Apunta a una puerta de metal en

el lado más alejado del escenario.

Se enciende el cigarrillo. Le brillan los ojos. Señala la puerta de nuevo.

Siento como si mi cuerpo ya no estuviera hecho de materia sólida. Son solo partículas de polvo. Pura electricidad. Mi cuerpo tira de mí a través del teatro, hacia esa puerta. Hay una multitud de simpatizantes que espera a los actores. Personas que llevan ramos de flores, botellas de champán. La actriz que ha interpretado a Celia sale entre gritos y abrazos. Luego Jacques, después Rosalinda, que recibe un montón de ramos de flores. Mi corazón empieza a tronar. ¿Podría estar tan cerca de él solo para perderlo?

Pero entonces lo oigo. Es él, como siempre, riéndose de algo que ha dicho alguien. Y luego veo que lleva el pelo más corto que antes, sus ojos, oscuridad y luz a la vez, su cara, una pequeña cicatriz en su mejilla que lo hace aún más hermoso.

Se me hace un nudo en la garganta. Creía que en mi mente había idealizado su belleza, aumentado. Pero, en realidad, en todo caso, más bien era lo contrario. Había olvidado lo verdaderamente hermoso que es. Lo intrínsecamente bello que es Willem.

Willem. Su nombre se forma en mi garganta.

—¡Willem! —Su nombre suena en voz alta y clara.

Pero no es mi voz la que lo ha pronunciado.

Me toco la garganta con los dedos para asegurarme.

—¡Willem!

Oigo la voz de nuevo. Y luego veo un borrón de movimiento. Una chica sale corriendo de entre la muchedumbre. Las flores que lleva caen al suelo mientras ella se lanza a sus brazos. Y lo abraza. Él la levanta del suelo, y la mantiene en alto con fuerza. Le roza el pelo castaño con su mejilla, riéndose de lo que ella le está susurrando al oído. Dan vueltas en una maraña de felicidad. De amor.

Me quedo de pie, bloqueada, asistiendo a este espectáculo público y a la vez tan privado. Finalmente, alguien se acerca a Willem y le toca el hombro, y Willem desliza a la chica hasta el suelo. Ella coge el ramo de flores — girasoles, exactamente lo que yo habría elegido para él— y lo recompone. Willem le pasa un brazo por los hombros y le besa la mano. Ella le pasa el

brazo por la cintura. Y entonces me doy cuenta de que no estaba equivocada sobre que emanara amor de él durante la actuación. Estaba equivocada sobre quién lo recibiría.

Echan a andar, y pasan tan cerca de mí que puedo sentir el aire que mueven a su paso. Estamos muy cerca, pero él la mira a ella, así que no me ve. Van de la mano, hacia una glorieta, lejos del bullicio. Yo me quedo aquí quieta.

Siento un suave golpecito en el hombro. Es Wolfgang. Me mira, inclina la cabeza hacia un lado.

—¿Ya está? —pregunta.

Miro a Willem y a la chica. Tal vez ella es la chica francesa. O una nueva. Están sentados uno frente a otro, con las rodillas tocándose, hablando, cogidos de la mano. Es como si el resto del mundo no existiera. Eso es lo que sentía yo cuando estaba con él el año pasado. Puede que si entonces también nos hubiera mirado alguien desde la distancia, habría visto exactamente lo mismo. Pero ahora yo soy la que los contempla. Los miro de nuevo. Incluso desde aquí puedo decir que ella es alguien especial para él. Alguien a quien ama.

Espero el golpe devastador, el colapso de un año de esperanza, el rugido de la tristeza. Y lo siento. El dolor de perderlo. O la idea de él. Pero junto al dolor hay algo más, algo tranquilo al principio, así que tengo que esforzarme por identificarlo. Y cuando lo hago, escucho el sonido de una puerta que se cierra apenas sin hacer ruido. Y sucede lo más sorprendente: la noche está tranquila, pero siento una ráfaga de viento, como si miles de otras puertas se abrieran simultáneamente de golpe.

Miro una última vez a Willem y a la chica. Entonces me dirijo a Wolfgang.

—Se acabó —le digo.

Pero sospecho que es todo lo contrario. Que, en realidad, solo estoy empezando.

ME despierto a la luz parpadeante del brillante sol. Entrecierro los ojos y miro el despertador de viaje. Es casi mediodía. Me voy dentro de cuatro horas. Wren ha decidido quedarse unos días más. Hay un montón de museos extraños que acaba de descubrir y que quiere ver, uno dedicado a la tortura medieval, otro a los bolsos, y Winston le ha dicho que él conoce a alguien que puede enseñarle a fabricar zapatos, lo que podría retenerla aquí una semana más. Pero a mí me quedan tres días, y he decidido ir a Croacia.

No voy a llegar hasta esta noche, y a primera hora del lunes cogeré el vuelo de regreso. Así que me quedará un día completo para pasarlo allí. Solo que ahora sé lo que puede ocurrir en un solo día. Absolutamente nada.

Wren cree que estoy cometiendo un error. No vio a Willem con la muchacha, y sigue argumentando que podía ser cualquiera; su hermana, por ejemplo. No le digo que Willem, como yo, como ella misma, Wren, ahora, es hijo único. Anoche me rogó que fuera a la fiesta, para salir de dudas.

—Sé dónde la celebran. Me lo dijo Robert-Jan. Está en, oh, no puedo recordar el nombre de la calle, pero dijo que significa «cinturón» en holandés. En el número ciento ochenta y nueve.

Yo levanté la mano.

—¡Basta! No quiero ir.

—Pero solo imagínate... —había dicho ella—. ¿Qué pasaría si no hubieras conocido a Willem antes, y Broodje nos invita a la fiesta, y vamos, y ambos os vierais allí por primera vez y os enamorerais? Tal vez eso es lo que pasaría.

Es una buena teoría. Y no puedo evitar preguntarme si habría pasado eso. ¿Nos enamoraríamos si nos encontráramos hoy por primera vez? ¿Me enamoré de verdad la primera vez? ¿O fue solo un enamoramiento alimentado por el misterio?

Pero también estoy empezando a preguntarme algo más. Si tal vez el punto de esta búsqueda loca no era encontrar a Willem. A lo mejor era que iba a encontrar a alguien completamente distinto.

Estoy vistiéndome cuando Wren abre la puerta. Lleva una bolsa de papel en la mano.

—Hola, dormilona. Te hice el desayuno. O mejor dicho, te lo ha hecho Winston. Dice que es muy holandés.

Cojo la bolsa.

—Gracias. —Miro a Wren, que sonrío como una loca—. Winston, ¿eh?

Ahora se ruboriza.

—Acaba de salir del trabajo y tan pronto como te vayas va a llevarme a dar un paseo en bicicleta y a presentarme a su amigo zapatero —dice, y ahora su sonrisa amenaza con partirle la cara en dos—. Y dice que mañana tengo que ir con él a un partido del Ajax. —Hace una pausa para considerarlo—. No estaba en mi lista, pero nunca se sabe.

—Exacto, nunca se sabe. Bueno, debo irme pronto. Venga, vete a tu... improvisación.

—Pero aún falta mucho para que salga tu vuelo.

—No pasa nada. Quiero llegar con tiempo suficiente, y he oído que el aeropuerto es increíble.

Metó en la mochila el resto de mis cosas y bajo las escaleras con Wren. Winston me indica cómo llegar a la estación de tren.

—¿Estás segura de que no quieres que vaya contigo a la estación o al aeropuerto? —pregunta Wren.

Niego con la cabeza. Quiero ver a Wren alejarse sobre la bicicleta de color rosa, como si mañana fuera a verla otra vez. Ella me abraza con fuerza y luego me besa tres veces, como hacen los holandeses.

—*Tot ziens* —dice—. Significa «hasta la vista» en holandés, porque no nos estamos diciendo adiós.

Me trago el nudo que noto en la garganta. Y entonces Winston se sube a su bici grande y negra y Wren se sube a la bicicleta rosa, y se alejan pedaleando.

Me pongo la mochila a la espalda y camino hasta la estación. Hay trenes a Schiphol cada quince minutos más o menos, y compro un billete y una taza de té y me siento debajo de los paneles que anuncian las salidas y desayuno. Cuando veo lo que hay dentro de la bolsa de papel, tengo que reírme. Porque Winston me ha hecho un sándwich *hagelslag*. A pesar de nuestra conversación, nunca había tenido la oportunidad de probar este manjar particular.

Le doy un bocado. El *hagelslag* cruje, y entonces el pan y la mantequilla todavía calientes se deshacen en mi boca. Y me sabe a él.

De pronto, por fin entiendo qué significa cuando dice que el tiempo es un fluido. Porque en ese instante todo el año pasado fluye delante de mí, condensándose y expandiéndose, así que estoy aquí en Ámsterdam comiéndome un *hagelslag*, y al mismo tiempo estoy en París, con su mano en mi cadera, y al mismo tiempo estoy en ese primer tren a Londres, viendo pasar los campos por la ventanilla, y al mismo tiempo estoy en la cola para ver *Hamlet*. Veo a Willem. En el canal, mirándome a los ojos. En el tren, sus vaqueros todavía sin la mancha; y yo, todavía sin la mancha. En el tren a París, oyendo los miles de matices de la risa de Willem.

El panel de salidas cambia y lo miro, y mientras lo hago me imagino una versión diferente del tiempo. Una en la que Willem abandona mientras lleva ventaja. Una en la que nunca hace ese comentario acerca de mi desayuno. Una en la que se limita a decirme adiós en el andén de Londres en lugar de invitarme a París. O una en la que nunca se detiene a hablar conmigo en Stratford-upon-Avon.

Y entonces es cuando comprendo que me ha manchado. No importa si todavía estoy enamorada de él, no importa si él estuvo alguna vez enamorado de mí, y no importa de quién esté enamorado ahora, Willem cambió mi vida. Me enseñó a perderme, y entonces me mostró cómo encontrarme.

Quizás «accidente» no sea la palabra correcta después de todo. Puede que la palabra sea «milagro».

O tal vez no es un milagro. Tal vez esto solo es la vida. Cuando te abres a ella. Cuando te cruzas en su camino. Cuando dices que sí.

¿Cómo puedo llegar tan lejos y no decirle —a él, que lo entendería mejor que nadie—, que al darme aquel folleto, que al invitarme a no ver *Hamlet*, me ayudó a darme cuenta de que ser no es lo que importa, sino cómo ser?

¿Cómo puedo llegar hasta aquí y no ser valiente?

—Disculpe —le digo a una mujer con un vestido de lunares y botas de vaquero—. ¿Hay una calle de Ámsterdam que tiene nombre de cinturón?

—Ceintuurbaan —responde ella—. En la línea veinticinco del tranvía. Justo fuera de la estación.

Salgo corriendo de la estación de tren y me subo al tranvía que está en la parada. Le pregunto al conductor dónde bajar para ir al número ciento ochenta y nueve de Ceintuurbaan.

—Cerca de Sarphatipark —responde—. Yo te aviso.

Veinte minutos más tarde me bajo en el parque. En el centro hay un pequeño parque infantil con un gran cajón de arena, y me siento debajo de un árbol para reunir valentía. Un par de niños le están dando los toques finales a un elaborado castillo de arena, de varios metros de altura, con torres, torreones y fosos.

Me levanto y me dirijo al edificio. Ni siquiera sé con seguridad que él viva aquí, excepto porque la sensación de estar haciendo lo correcto nunca ha sido más fuerte. Hay tres timbres. Llamo al de abajo. Una mujer grazna por el intercomunicador.

—Hola —digo. Antes de decir cualquier otra cosa, la puerta hace *clic* y se abre.

Entro en un pasillo oscuro, mohoso. Hay una puerta abierta al fondo, y el corazón me da un vuelco, pero no es él. Es una mujer mayor con un perro que ladra junto a sus talones.

—¿Willem? —pregunto. Señala con el pulgar hacia arriba y cierra la puerta.

Subo las escaleras empinadas hasta el primer piso. Hay otros dos pisos en

el edificio, por lo que este podría ser el suyo, o el de arriba. Así que me quedo parada en la puerta por un momento, escuchando los sonidos del interior. Parece todo tranquilo, a excepción de las notas débiles de una canción. Pero mi corazón late rápido y fuerte, como un radar, diciéndome: «Sí, sí, sí».

Me tiembla un poco la mano cuando llamo a la puerta con los nudillos. Al principio el sonido es débil, como si estuviera golpeando en un tronco hueco. Pero luego aprieto el puño, y llamo de nuevo. Oigo sus pasos. Me acuerdo de la cicatriz de su pie. ¿Era en el derecho o en el izquierdo? Los pasos se acercan. Siento que se me acelera el corazón al ritmo de esos pasos.

Y entonces se abre la puerta, y él está ahí.

Willem.

Su cuerpo alto proyecta una sombra sobre mí, como el primer día, ese día único en que nos conocimos. Sus ojos, esos ojos tan oscuros, que esconden un espectro de secretos, se abren como platos, y abre la boca. Oigo su grito ahogado, siento su conmoción.

Él se queda allí parado, su cuerpo ocupando toda la puerta, mirándome como si yo fuera un fantasma, que supongo que lo soy. Pero si él sabe algo sobre Shakespeare, es que los fantasmas siempre llegan por sorpresa.

Ve en su rostro todas las preguntas y respuestas. Hay tantas cosas que quiero decirle... ¿Por dónde empiezo?

—Hola, Willem —digo—. Mi nombre es Allyson.

No responde. Se queda allí quieto un minuto, mirándome. Y luego da un paso a un lado, y abre más la puerta, lo suficiente como para dejarme entrar.

Y entro.



GAYLE FORMAN. Nació el 5 de junio de 1970. Es una escritora bestseller de novelas juveniles y periodista americana. Ha publicado cuatro libros, entre los que destacan *Si decido quedarme* y su secuela, *Lo que fue de ella*. Sus artículos han aparecido en diversos medios de comunicación como *Seventeen*, *Cosmopolitan*, *The Nation* y *The New York Times Magazine*.

Notas

[1] Juego de palabras intraducible entre *pants*, en Inglaterra «calzoncillos», y *pants*, en Estados Unidos «pantalones». (N. del T.) <<

[2] *Reality show* televisivo norteamericano cuyo tema central es el diseño de moda. (N. del T.) <<

[3] *Bum* (fam.): Vagabundo, vago, zángano, holgazán. (*N. del T.*) <<

[4] *Meshuggeneh*: En yiddish, «loca». (*N. del T.*) <<

[5] *Mitzvá*, del hebreo: mandamiento del judaísmo. (*N. del T.*) <<

[6] «Divorcio» se escribe igual en francés que en inglés: *divorce*. (N. del T.)

<<